El Nacimiento De Los Estados Unidos 1763 – 1816

Isaac Asimov

ÍNDICE

Título original: *The Birth of the United States 1763-1816*
Traductor: Néstor Mínguez

Primera edición en «El Libro de Bolsillo»: 1983
Tercera reimpresión en «El Libro de Bolsillo»: 1994

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid. Teléf 741 66 00
I.S.B.N.: 84-206-1964-7 (obra completa)
I.S.B.N,; 84-206-9968-3 (Tomo XII)
Depósito legal: M. 17.381/1994
Compuesto e impreso en Fernández Ciudad, S. L. Catalina Suárez, 19. 28007 Madrid
Printed in Spain

CAPÍTULO 1 - LA CÓLERA CRECIENTE

Las consecuencias de la victoria

En el año de 1763, el Tratado de París puso fin a una larga serie de guerras con los franceses que habían abrumado a los colonos británicos de la costa marítima oriental del continente durante tres cuartos de siglo. Dichas guerras terminaron con una total victoria británica.

Los franceses fueron expulsados del continente. Toda América del Norte, desde la bahía de Hudson hasta el golfo de México y desde el río Misisipí hasta el océano Atlántico, era británico. Al oeste del Misisipí y al sur, América del Norte aún era española, pero España era, desde hacía más de un siglo, una potencia en declive y causó pocos problemas a los británicos y a los colonos. Esto era particularmente así desde que los españoles se habían visto obligados a abandonar Florida, que había sido su bastión durante casi dos siglos, fortaleza desde la que habían hostigado a las colonias sureñas.

Los grandes tramos noroccidentales del continente todavía no habían sido reclamados por nadie, pero una tercera potencia, Rusia, buscaba pieles en lo que es ahora Alaska. Pero no era de ninguna importancia para los colonos del Este, por entonces.

Sin embargo, esa victoria total marcó el comienzo de nuevos problemas para Gran Bretaña. La derrota de sus enemigos inició una cadena de sucesos que condujo a la mayor derrota que Gran Bretaña sufriría en tiempos modernos, y al nacimiento de una nueva nación destinada, en el curso de dos siglos, a convertirse en la más poderosa de la historia. De esta historia se ocupa este libro[1].

El problema básico era que los colonos británicos estaban llegando a la mayoría de edad y obteniendo una confianza en sí mismos que los británicos y su gobierno pasaban por alto y no reconocían.

Las partes habitadas de las trece colonias cubrían una superficie de unos 650.000 kilómetros cuadrados, casi tres veces la superficie de la isla de Gran Bretaña. En 1763, había un millón y cuarto de colonos de origen europeo en esas colonias, a los que se añadía la mano de obra no pagada de más de un cuarto de millón de esclavos negros. La población de Gran Bretaña, a la sazón, no era superior a los siete millones, de modo que la población colonial, también a este respecto, era una parte respetable de los británicos.

Más aún, la sociedad colonial había llegado a ser distintivamente diferente de la británica. La población colonial ya estaba totalmente mezclada y, además de los hombres de ascendencia inglesa, había también cantidades considerables de personas cuya cultura originaria era escocesa, irlandesa, neerlandesa, alemana o escandinava. Las presiones de las fronteras hicieron a la sociedad colonial mucho más igualitaria que la británica, y había un difundido desprecio en las colonias por los títulos británicos y hacia la sumisión británica.

---

1 En mi libro *The Shaping of North American*, Houghton Mifflin, 1973 [versión española de Alianza Editorial, La formación de América del Norte], relato la historia de América del Norte hasta el año 1763.

Las trece colonias en 1763

En grado creciente, los colonos se consideraron como ingleses transplantados, por ascendencia o por adopción, sino como americanos. Y con este nombre me re refiere a ellos en lo sucesivo.

La reciente asociación de británicos y americanos como aliados en la guerra contra Francia tampoco contribuye en nada a acercar a los dos pueblos. La familiaridad llevó al mutuo desprecio de ambas partes.

Los funcionarios británicos consideraban a los americanos como una población ruda e ignorante, indisciplinada, no fiable y bárbara, totalmente dispuesta a negociar con el enemigo en busca de beneficios. Y puesto que los americanos no tenían un ejército

profesional entrenado y generalmente luchaban a la manera de las guerrillas, adecuada a los bosques pero no a los cultivados campos de batalla de Europa, eran considerados cobardes por los británicos.

A los americanos, por su parte, los británicos les parecían autoritarios, esnobs y tiránicos.

Cada una de las partes pensaba que había ganado la guerra contra los franceses sin mucha ayuda de la otra y hasta pese al obstáculo decidido de la otra. Para los británicos, la guerra la había ganado el ejército regular en la decisiva batalla de Quebec de 1759. Para los americanos, había sido ganada en interminables batallas contra los indios interminables pequeñas escaramuzas y el sufrimiento de una cantidad de matanzas de mujeres y niños. Había sido una guerra en la que habían conquistado heroicamente Louisburg sólo para que los británicos la devolviesen pusilánimemente. Una guerra en la que los británicos habían sido vergonzosamente derrotados en Fort Duquesne y fueron salvados de su completa aniquilación por los americanos[2].

Hasta 1763, por supuesto, los americanos no podían permitirse libremente presentar quejas contra los británicos. Los franceses eran el enemigo y se necesitaba la potencia de Gran Bretaña. Pero ahora los franceses se habían marchado y los americanos, seguros en su tierra, se sintieron en condiciones de enfrentarse con los británicos, finalmente.

Esto era tanto más cierto cuanto que los americanos preveían un brillante futuro. Eliminada Francia, toda la tierra al oeste, hasta el lejano Misisipí, estaba abierta a la colonización americana, pensaban, y las colonias seguirían creciendo en superficie y población hasta constituir una gran potencia sobre la Tierra. ¿Quién los detendría?

Pero, ¡ay!, las nuevas tierras no estaban vacías. Los franceses se habían marchado, pero los indios no.

Tampoco agradaba a los indios el acuerdo de 1763. Los británicos no estaban tan dispuestos como los franceses a recibir a los indios en los fuertes en un pie de igualdad, sino que habían hecho desagradablemente obvio su sentimiento europeo de superioridad. No juzgaban conveniente apaciguar la dignidad india con palabras amables y regalos, sino que en cierto modo esperaban que los indios reconociesen su inferioridad y se colocasen en su lugar.

Más aún, los británicos no estaban interesados principalmente en pieles. Eran los colonos de la costa quienes deseaban tierras, querían hacer a un lado a los indios y convertir las soledades en granjas. Y los franceses, cuando se dispusieron a partir, susurraron todo esto al oído de los indios y no tuvieron escrúpulos en estimularlos a resistir, con vagas promesas de ayuda futura.

Un jefe indio llamado Pontiac, que había nacido en lo que es ahora el noroeste de Ohio y había luchado con los franceses, pasó a primer plano. Formó una confederación de las tribus indias que vivían entre los Montes Apalaches y el río Misisipí, y organizó ataques sorpresivos contra varios puestos occidentales avanzados en mayo de 1763, apenas tres meses después de firmarse el Tratado de París e implantarse, en apariencia, la paz.

El plan tuvo éxitos iniciales. Ocho fuertes de la región de los Grandes Lagos fueron tomados y sus guarniciones aniquiladas. Pero Detroit resistió un ataque conducido por el mismo Pontiac.

Fort Pitt (donde está la moderna Pittsburgh) también resistió un asedio indio y acudió en su socorro una compañía de 500 soldados regulares británicos comandados por el coronel Henry Bouquet. El 2 de agosto de 1763, los británicos chocaron con una fuerza india en Bushy Run, a cuarenta kilómetros al este de Fuerte Pitt. Bouquet derrotó a los indios en una lucha de dos días y, aunque también los británicos sufrieron fuertes

2 Para mayores detalles sobre esto, véase mi libro *La formación de America del Norte*.

pérdidas, el combate marcó un giro decisivo. Fuerte Pitt fue socorrido el 10 de agosto y Pontiac se vio obligado a levantar el sitio de Detroit en noviembre.

Poco a poco, la coalición de Pontiac se deshizo. Las tribus lo abandonaron y Pontiac se vio obligado a aceptar la paz, el 24 de julio de 1766. En lo sucesivo, mantuvo la paz con los británicos, pero fue muerto en Cahokia, Illinois, en 1769, por un indio de una tribu enemiga de la suya que había sido sobornado a tal fin por un negociante inglés.

Pero fue una paz de compromiso. Los británicos no deseaban entregarse a guerras interminables contra los indios y a sufrir una constante efusión de sangre y dinero en lugares desérticos situados a cinco mil kilómetros de su hogar. Tampoco tenían muchos deseos de ver crecer sin límite a las irritantes colonias. Por ello, convinieron, por su parte, respetar las tierras de caza de los indios situadas al oeste de los Montes Apalaches.

El 7 de octubre de 1763, una proclama real estableció una frontera occidental a lo largo de las cadenas de los Apalaches más allá de la cual no podían crearse colonias. Fue esto, más que cualquier otra cosa, lo que rompió la coalición de Pontiac y trajo la paz.

Mas para los americanos, la «Línea de la Proclama» era algo abominable. Su efecto era confinarlos a la llanura costera, exactamente donde habían estado confinados antes de 1763 por los franceses. ¿De qué servía (pensaban los americanos) la derrota de los franceses?

Incansablemente, los americanos presionaron contra la Línea de la Proclama y aprendieron a ignorar, y por ende a despreciar, las leyes promulgadas en Gran Bretaña. Los colonos occidentales, los especuladores con tierras, los tramperos que negociaban con pieles, todos aprendieron a ver en el gobierno británico a un enemigo que se ponía de lado de los indios.

En Virginia, la más antigua y populosa de las colonias, el hambre de tierras de los grandes propietarios de plantaciones era particularmente marcada. Habían deseado colonizar el valle del Ohio que fue la causa inmediata de la última guerra con los franceses, y muchos de ellos, pese a sus vínculos con la cultura inglesa, se volvieron cada vez más antibritánicos.

Pero los americanos más prósperos e influyentes eran los comerciantes de las ciudades costeras y particular mente de Nueva Inglaterra, hombres que habían hecho fortuna con el comercio marítimo con las Antillas y con Europa. Si Gran Bretaña hubiese conseguido mantener su lealtad, el descontento podía haberse conservado dentro de ciertos límites. Los americanos más conservadores podían haber mantenido a raya a los granjeros y hombres de la frontera mal organizados.

El fracaso en conseguirlo fue el mayor error táctico de Inglaterra.

Durante cien años, Gran Bretaña había tratado de regular el comercio americano de tal modo que los manufactureros y terratenientes británicos pudiesen beneficiar se con él. (Según las normas de la época, esto parecía racional a los británicos. El territorio en el que vivían los americanos había sido ocupado y colonizado por iniciativa británica. Había sido la armada británica y la fuerza de las armas británicas las que los habían protegido continuamente, primero contra los neerlandeses y los españoles, y luego contra los franceses. Puesto que los americanos existían y prosperaban gracias a la generosidad de Gran Bretaña, ¿por qué no debían ofrecer alguna compensación a cambio?

Era casi como si Gran Bretaña considerase que los americanos habían alquilado su vasto territorio a la madre patria, y esperase de ellos que pagasen gustosamente el alquiler.

Para los americanos, desde luego, las cosas eran diferentes. Las colonias habían sido creadas por hombres que habían llevado a cabo la tarea con muy escasa ayuda del

gobierno británico, y en algunos casos porque habían sido expulsados de sus hogares por la persecución religiosa.

También pensaban los americanos que habían defendido sus tierras contra los indios, los neerlandeses, los españoles y los franceses sin mucha ayuda de la madre patria. Sólo en la última guerra Gran Bretaña, viendo amenazados sus intereses en Europa y Asia, se había decidido a intervenir de manera vigorosa, y aun entonces los americanos habían ayudado enormemente.

Por ello, cuando los británicos trataron de controlar la industria y el comercio americanos de modo tal que el dinero fuese a parar a los bolsillos de los comerciantes y terratenientes británicos, los americanos pensaron que esto era injusto.

Los comerciantes americanos respondieron efectuando un comercio ilegal con otros países, o realizando el comercio sin pagar derechos de aduana o hurtando de otros modos a Gran Bretaña el dinero que trataba de recaudar. Los americanos no consideraban que violaban la ley, sino que ignoraban restricciones injustas y tiránicas.

Fue a causa de las restricciones al comercio y el contrabando por lo que los comerciantes de Nueva Inglaterra y las ciudades marítimas se volvieron cada vez más antibritánicas.

El nuevo rey

Retrospectivamente, vemos que los británicos podían haber manejado las cosas más sabiamente. Si se hubiese permitido a los americanos autogobernarse en cierta medida y si se hubiera permitido que los americanos más influyentes compartiesen los beneficios, por su propio acuerdo los americanos habrían entregado a los británicos más dinero del que Gran Bretaña podía obtener mediante la coerción.

A las circunstancias que contribuyeron al fracaso británico en comprender esto se agregó el hecho de que subiese al trono un nuevo rey, un rey que, por desgracia, no estaba precisamente a la altura de los tiempos.

El 25 de octubre de 1760, el rey británico, Jorge II, murió después de un reinado de treinta y tres años durante los cuales los dominios británicos de ultramar aumentaron mucho. En verdad, sólo a partir de este reinado podemos hablar verdaderamente del «Imperio Británico».

Su hijo Federico, que hubiera sido el heredero al trono, había muerto en 1751. Fue el hijo de Federico, quien tenía veintidós años en el momento de la muerte de su abuelo, quien sucedió a éste con el nombre de Jorge III.

El nuevo rey no era muy brillante. No aprendió a leer hasta los once años y, más tarde, se volvió loco. Nunca tuvo realmente confianza en sí mismo y, como sucede a veces, convirtió esto en obstinación. Nunca pudo admitir que estaba equivocado, de modo que persistía en su modo de actuar hasta mucho después de que fuese claro para todo el mundo que lo que hacía producía el efecto contrario de los resultados que buscaba.

Jorge III no era un tirano. Era un hombre moral, que amaba a su familia y llevaba una vida en un todo respetable, con su esposa y sus hijos. Hasta era amable en ciertos aspectos y, ciertamente, como ser humano era mucho mejor que los dos Jorges anteriores.

Pero vivía en una época en que, en otras partes de Europa, los reyes eran absolutos. Por ejemplo, el rey Luis XV de Francia, que gobernaba ya desde hacía casi medio siglo cuando Jorge III subió al trono, hacía lo que quería. No tenía ningún parlamento que le pusiese obstáculos, ningún primer ministro que gobernase el país sin control, ni elecciones que decidiesen sobre la politica, ni partidos que riñesen unos con otros ni político con libertad de atacar al rey.

Era humillante para Jorge que sólo él, de todos los monarcas europeos, fuese controlado y acosado por los caballeros terratenientes que dominaban el Parlamento. Su bisabuelo, Jorge I y su abuelo, Jorge II, no se habían preocupado por ello. Habían sido alemanes de nacimiento y habían gobernado la tierra alemana de Hannover. Les interesaba mucho más Hannover que Gran Bretaña y se sentían muy gustosos de dejar que el primer ministro gobernase como quisiese. Los Primeros Jorges, en efecto, apenas hablaban inglés.

Pero Jorge III pensaba de otro modo. Aunque aún gobernaba Hannover, había nacido y se había criado en Inglaterra. Hablaba inglés y se sentía inglés, y tenía un intenso deseo de gobernar a Gran Bretaña.

Durante su adolescencia, cuando era heredero al trono su madre viuda (a quien adoraba) constantemente lo urgía a que asumiese los deberes y los poderes que antaño pertenecían a la corona. «¡Sé un rey!», decía a su hijo con lo cual quería significar un rey a la manera de los monarcas absolutos de otras partes de Europa

Jorge trató de ser un rey. No podía abolir los poderes del Parlamento y convertirse en un monarca absoluto. Si hubiese intentado hacerlo, seguramente habría sido derrocado de inmediato por una nación que desde hacía largo tiempo había puesto límites estrictos a los poderes regios. Lo que hizo, pues, fue tratar de gobernar mediante el Parlamento, eligiendo a políticos que estuviesen a su lado y actuasen en su nombre. De este modo, hizo todo lo posible para poner al Parlamento bajo su control.

Le disgustaba William Pitt, por ejemplo. Pitt (el ministro que había asumido la dirección de la política británica en los oscuros días en que los franceses parecían a punto de obtener la victoria, y había conducido a Gran Bretaña a la recuperación y el triunfo) era la encamación misma de todo lo que Jorge III detestaba. Pitt era un político poderoso y resuelto que se comportaba como si él fuese el rey.

Después de un año de haber subido al trono, Jorge halló medios para obligar a renunciar a Pitt, en octubre de 1761. Pudo hacerlo sin problemas, desde luego, porque para entonces la victoria británica era segura. Desplazado Pitt, el Tratado de París de 1763 lanzó un destello de gloria sobre Jorge III. Estaba en el trono a la sazón y recibió el mérito de la victoria, aunque ésta se hallaba asegurada ya antes de que él subiese al trono.

Era en las colonias americanas donde Jorge III podía tener más éxito en su ambición de «ser un rey». En las colonias, no había parlamento alguno que le disputase el control. Allí, al menos, podía gobernar a su gusto, nombrando y destituyendo a funcionarios, estableciendo la política y ajustando los tornillos a los transgresores. Había legislaturas coloniales, sin duda, pero en conjunto tenían escaso poder contra el rey.

Jorge III no ejerció su poder en las colonias de mala manera, pues no era un hombre malo. La queja americana era sencillamente que lo pudiera ejercer, para bien o para mal, sin consultar a los mismos americanos.

Los choques empezaron casi tan pronto como Jorge III subió al trono, y concernían al problema del contrabando. Este era siempre un mal para los británicos, pero durante la Guerra contra Franceses e Indios, pareció absolutamente insoportable. Al menos parte del comercio ilegal americano se realizaba con el enemigo, con lo que apoyaba a los franceses y contribuía a la muerte de soldados británicos (y de soldados americanos también).

Los británicos se sintieron totalmente justificados en hacer esfuerzos especiales para poner fin al contrabando y aplicar las leyes que el Parlamento había aprobado regulando el tráfico y el comercio americanos. Esto había sido decidido por Pitt en 1760, por la época en que Jorge III subió al trono, y en este caso Jorge III estuvo de acuerdo con Pitt.

Pero poner en práctica las leyes sobre el comercio a un gran territorio escasamente poblado y situado a cinco mil kilómetros de distancia, donde la población, en general, no estaba dispuesta a admitir que se aplicaran, era más fácil de planear que de lograr. La búsqueda de artículos de contrabando y probar, una vez hallados, que habían entrado de contrabando eran cosas casi imposibles sin la cooperación de la gente del lugar.

Por esta razón, el gobierno británico decidió promulgar «mandatos de asistencia». Estas eran órdenes de búsqueda generalizada. Un funcionario de aduanas, provisto de un mandato de asistencia, tenía derecho de entrar en cualquier lugar en busca de artículos. No era necesario especificar el lugar particular o la naturaleza de los artículos buscados.

Tales mandatos de asistencia no eran algo nuevo. Habían sido expedidos ya en 1751. Pero en 1761, cuando salieron los nuevos mandatos, los americanos ya no temían a los franceses ni dependían de la ayuda militar británica. Eran más conscientes de sus derechos y más dispuestos a hacerlos valer.

No estaba en discusión lo bueno o lo malo del contrabando (¿quién podía defender honestamente el comercio con el enemigo?). La cuestión era si tales mandatos de asistencia eran legales. Esas órdenes de búsqueda generalizadas eran ilegales en Gran Bretaña, donde un axioma de la ley era que «la casa de un hombre es su castillo». Por humilde o desvencijada que fuese la casa de un hombre, en ella no podían entrar el rey ni sus representantes sin un proceso judicial en regla concerniente a una casa específica y para un fin específico.

¿Por qué, pues, en las colonias la casa de un hombre no era su castillo?

En Massachusetts, particularmente, donde el contrabando era desenfrenado, se levantó una enorme oposición y se puso en tela de juicio la legalidad de los mandatos.

Contra los mandatos se levantó James Otis (nacido en West Barnstable, Massachusetts, el 5 de febrero de 1725), hijo de uno de los más respetados jueces de la colonia. Su argumento, expuesto con la mayor elocuencia, era que los derechos poseídos por los ingleses, como consecuencia del «derecho natural», no podían ser violados por decretos del rey ni por edictos del Parlamento. Había una «constitución» básica que, aunque no estuviese escrita, encarnaba esos derechos naturales, y «un decreto contra la constitución es vacío», decía.

Otis sostenía, en efecto, que el gobierno británico, al promulgar mandatos de asistencia, era subversivo, y los americanos, al negarse a obedecer a esa ley particular, defendían los principios básicos del derecho. (Predicaba lo que hoy llamamos «desobediencia civil».)

Los británicos no se inmutaron por ese argumento y prosiguieron su política de expedir mandatos de asistencia. Mas para muchos americanos, Otis había encendido un faro que iba a guiarlos en adelante y a justificarlos en su rebelión contra la ley británica en nombre de una ley superior.

Un suceso similar tuvo lugar en Virginia un poco más tarde.

En Virginia, era costumbre desde 1662 pagar a los clérigos en tabaco. El dinero en efectivo era escaso, y el tabaco era una mercancía valiosa.

El problema era que el valor del tabaco fluctuaba.

Aunque su precio era generalmente de dos peniques la libra, hubo una serie de años malos en los que la cosecha de tabaco fue escasa por la sequía y el precio subió a seis peniques la libra. Esto significaba que, si el clero recibía su asignación habitual de tabaco (17.000 libras el año), su salario se triplicaba.

La legislatura de Virginia, la Casa de los *Burgesses*, que estaba dominada por los plantadores de tabaco, abandonó el pago en tabaco, en 1755, y estableció en cambio un pago en dinero a una tasa de dos peniques la libra.

El clero, por supuesto, se opuso, y llevó el caso ante el gobierno británico. El 10 de agosto de 1759, cuando Jorge II todavía era rey, el gobierno británico anuló la ley de Virginia y restableció el pago en tabaco.

Los virginianos ignoraron el fallo británico y, final mente, un clérigo llevó el caso ante los tribunales de Virginia a fines de 1763. Fue llamado el «caso Parsons».

En contra del clérigo y en defensa de la ley aprobada por la Casa de los Burgesses, actuó Patrick Henry (nacido en el condado de Hanover, Virginia, el 29 de mayo de 1736), hijo de un inmigrante escocés. Había tenido poca instrucción y no pudo abrirse camino como tendero o como granjero. Sólo cuando ensayó la abogacía encontró su vocación, pues demostró ser un notable orador.

En su discurso contra el pleito del clérigo, pronunciado el 1 de diciembre de 1763, Henry no se ocupó de si la ley aprobada por la Casa de los Burgesses era juiciosa o absurda, humanitaria o cruel. La cuestión era si el gobierno británico podía, a su voluntad, anular una ley aprobada por la Casa de los *Burgesses*. Henry arguyo que no podía; que, nuevamente, el «derecho natural» había sido violado por esa arbitraria acción británica y que, por tanto, tal acción carecía de validez.

El jurado se sintió suficientemente conmovido por la elocuencia de Henry como para otorgar al clérigo solamente un penique por daños y perjuicios.

La noción de «derecho natural» era atractiva para los intelectuales de la época.

Cien años antes, el gran científico ingles Isaac Newton había hallado las leyes del movimiento y de la gravitación universal, y había mostrado cómo el funcionamiento del Universo podía expresarse en esas leyes, que podían ser enunciadas sencillamente e interpretadas con claridad.

Así surgió el entusiasmo de la llamada «Edad de la Razón», en la que muchos pensaron, con exceso de optimismo, que todo en el Universo podía ser reducido a leyes tan generales, tan poderosas y tan sencillamente formuladas como las de Newton. Algunos pensaron que leyes semejantes gobernaban la sociedad, leyes tan naturales e inevitables como las del movimiento y esencialmente inviolables por los gobiernos.

El más explícito y elocuente de los que creían en este «derecho natural» de la sociedad era un autor suizo francés llamado Jean Jacques Rousseau, que ejerció una extraordinaria influencia en su época sobre los intelectuales de Europa y América. En 1762, publico su libro *El contrato social*, en el que sostenía que los gobiernos se instituían con el consentimiento de los gobernados para alcanzar ciertos fines deseables más eficientemente que lo que sería posible sin gobierno. Cuando un gobierno se mostraba por alguna razón incapaz de lograr esos fines deseables o no deseaba hacerlo, rompía el contrato. Entonces, era derecho de los gobernados reorganizar o reemplazar el gobierno.

Era este tipo de ideas lo que tenían en la mente hombres como Otis y Henry, pero el rey británico y su Parlamento, totalmente ajenos a las ideas de Rousseau, siguieron su camino.

La Ley de Timbres (The Stamp Act)

Como para hacer frente a las crecientes muestras de cólera en las colonias, el gobierno británico apostó soldados británicos permanentemente en las colonias.

Antes de la Guerra contra Franceses e Indios, cuando las colonias eran amenazadas por indios, neerlandeses, españoles y franceses, los soldados británicos habían estado en otras partes. Pero ahora que todo peligro había pasado, el Parlamento votó, después del Tratado de París, la instalación permanente de una fuerza de 10.000 soldados regulares británicos en las colonias.

Eso era claramente más de lo necesario; y más de lo que los generales británicos de América pedían. Además, los soldados británicos no fueron ubicados en puestos fronterizos, donde, podía argüirse, se los necesitaba contra los levantamientos indios o las incursiones españolas. ¡En absoluto! Se los apostó en las ciudades más grande y confortables.

Los americanos podían argüir, y lo hicieron, con considerable justificación, que los soldados eran apostados en América para dar empleo a aquellos oficiales del ejército que, de lo contrario, tenían que retirarse con la mitad de la paga al terminar la guerra; y que se los ubicaba allí para ser usados contra los americanos descontentos, y no contra otros enemigos de Gran Bretaña.

El gobierno británico fue sordo a esas quejas. Tenía problemas que, para él, eran mucho más importantes, problemas financieros.

En abril de 1763, George Grenville fue nombrado primer ministro y se halló frente a un problema insoluble. La deuda nacional británica ascendía a 136 millones de libras, como resultado de la guerra contra Francia. Era una cifra enorme para esos tiempos, y los gastos cotidianos del gobierno también habían aumentado.

Era absolutamente necesario poner nuevos impuestos, medida que nunca es popular. Los esfuerzos de Grenville para establecer uno u otro impuesto fueron anulados por un Parlamento hostil (respaldado por un público británico igualmente hostil).

Finalmente, se le ocurrió al desesperado Grenville que, en cambio, se podían crear impuestos en las colonias. Después de todo, la deuda nacional había sido originada por una guerra librada, en gran medida, en interés de las colonias; había sido de su umbral de donde había sido eliminada la amenaza francesa. Y los americanos habían florecido y prosperado durante la guerra, en gran parte gracias al contrabando, que les había brindado beneficios a expensas de los británicos.

¿Por qué, pues, los americanos no habrían de sufragar ahora una parte justa del coste de la guerra? En 1764, Grenville hizo que el Parlamento aprobase una «Ley del Azúcar», que elevaba los aranceles aduaneros sobre el azúcar, el vino, el café y los textiles. Eran «impuestos indirectos» pagados por los importadores, que luego pasaban el gasto al consumidor. Pero pese a todo lo que pudieran hacer los británicos, esos impuestos indirectos se recaudaron con dificultad, y el contrabando siguió creando un abismo grande entre el dinero que se debía recibir y el que realmente se recibía.

Grenville también aprobó leyes prohibiendo a las colonias emitir papel moneda. El papel moneda valía menos, en general, que su valor nominal en oro. Por ello, era conveniente para los deudores pagar sus deudas en papel moneda. Puesto que los americanos eran en gran medida deudores de los británicos, el papel moneda redundaba en ventaja para las colonias y en desventaja para los comerciantes británicos.

Pero lo que se necesitaba realmente era algo más: un «impuesto directo». Tenía que hacerse pagar al consumidor individual alguna suma en ocasiones específicas y en condiciones tales que el pago fuese inevitable.

Surgió la excitante idea de hacer ilegales todos los papeles oficiales que no llevasen un timbre especial y luego cobrar dinero por este timbre; así, ese dinero iría a manos del gobierno británico. Los timbres podían ser emitidos con diversos valores, desde medio penique hasta diez libras, y toda transacción oficial exigiría un timbre a un precio proporcionado al caso.

Todo el que acudiera a los tribunales tendría que llenar innumerables papeles y en cada uno poner un timbre de valor de tres chelines. Todo el que obtuviese un diploma tendría que pagar dos libras para colocarlo en él o de lo contrario no obtendría el diploma. Diversas licencias necesitarían timbres, como las notas de venta, los periódicos, los anuncios, los juegos de cartas, los almanaques y los dados.

Debía ser un impuesto lucrativo, pues no habría manera de evitarlo, ya que las transacciones serían simplemente ilegales sin un timbre. Si además de eso se imponían

severas multas por las violaciones, se calculaba que el impuesto podía rendir 150.000 libras al año.

El Parlamento pareció satisfecho con la idea. La «Ley de Timbres» [«Stamp Act»] fue aprobada el 22 de marzo de 1765 e iba a entrar en vigor el 1 de noviembre de ese año. Luego, el 15 de mayo de 1765, el Parlamento aprobó la «Ley de Acuartelamiento». Esta ley establecía que los soldados británicos podían ser alojados en casas privadas, si era necesario.

La excusa para esto era que no había suficientes cuarteles en las colonias para alojar adecuadamente a los soldados. Pero era muy obvio que los soldados alojados en una casa contra la voluntad de los dueños de casa podían ser huéspedes incómodos, y que si se seleccionaban cuidadosamente a las casas de familia, la obligación de alojar soldados podía ser usada como un modo de castigar a los individuos que incurrían en el disgusto del gobierno. Aunque no tenía ninguna relación con la Ley de Timbres, los americanos tenían la certeza de que la Ley de Acuartelamiento había sido aprobada como un modo de sofocar las protestas contra los timbres colocando soldados en casa de los protestadores más eminentes.

Si la Ley de Acuartelamiento pretendía mantener en calma a los americanos en lo concerniente a la Ley de Timbres, no tuvo tal efecto. De hecho, es difícil imaginar que se pudiese concebir un impuesto más odioso para los americanos.

En primer lugar, la Ley de Timbres era el primer impuesto directo que establecía en las colonias el gobierno británico. Era la primera vez que los americanos tenían que extraer de su bolsillo personal un dinero que iba directamente a manos del rey británico. El hecho de que el impuesto afectase a su bolsillo ya era bastante malo; y que fuese una novedad era mucho peor.

Además, afectaba de manera específica a grupos que eran particularmente articulados e influyentes: abogados que ahora tenían que poner timbres en todos los papeles legales y editores de periódicos que también necesitaban timbres para sus productos. (Por entonces había veinticinco periódicos en las colonias, que eran muy leídos.)

Más aún, la Ley de Timbres era universal pues afectaba a todas las colonias por igual, con lo que los británicos no podían beneficiarse poniendo a un sector contra otro. Y llegaba en un período postbélico de depresión económica. Todo se sumaba para hacer la Ley de Timbres completamente inaceptable para los americanos.

En primer lugar, los americanos no admitían la justicia del impuesto. Los británicos habían tenido enormes gastos en una guerra (sostenían) que se había librado principalmente al servicio de los intereses británicos en Europa y Asia. En la parte de la guerra que se libró en el continente americano, los americanos habían contribuido con hombres y dinero de manera totalmente desproporcionada con respecto a su población.

Además, aunque el impuesto fuese justo, no era aceptable en principio porque se había establecido sin su consentimiento, y esto iba contra el «derecho natural» y los derechos de los americanos como súbditos libres de la corona.

James Otis halló una frase afortunada que tuvo gran difusión en las colonias y fue un grito de combate para todos los que, de manera creciente, se resistieron contra el gobierno británico en la década siguiente. Decía Otis: «El impuesto sin representación es tiranía».

En otras palabras, un Parlamento americano podía promulgar una ley como la de Timbres y dar los ingresos a Gran Bretaña; ésta sería una acción legal. O delegados americanos podían sentarse en el Parlamento británico y oponerse a la Ley de Timbres, la cual podía ser aprobada pese a su oposición, y ésta también sería una acción legal. Pero aprobar tal ley sin dar a ningún americano ni siquiera la posibilidad de discutirla o tratar de volver al Parlamento contra ella, no era legal, sino el ejercicio de la tiranía.

Los británicos no eran de esta opinión. Por aquel entonces, sólo la gente que poseía cierta cantidad de propiedad podía votar representantes al Parlamento. La mayoría de la población británica no tenía voto y no estaba representada, pese a lo cual el Parlamento podía ponerle impuestos, y de hecho lo hacía.

Para los americanos, ésta era una falsa analogía. El individuo sin propiedad en Gran Bretaña, aunque careciese de voto, podía fácilmente hacer sentir su presencia. Podía gritar, hacer demostraciones y motines, y si una ley era impopular, la agitación a que daba lugar podía hacer reflexionar al Parlamento sobre todo después dela experiencia, en el siglo anterior, con el rey Carlos I, que fue ejecutado, y el rey Jacobo II, que fue exiliado.

En cambio, ¿quién, en el Parlamento, se preocuparía en lo más mínimo por protestas y motines que tuviese; lugar en tierras situadas a cinco mil kilómetros de distancia, del otro lado de un océano?

Y, en verdad, cuando el Parlamento aprobó la Ley de Timbres, no vio ningún motivo para preocuparse por una agitación tan lejana. Correspondía a los americanos hallar maneras de obligarlo a preocuparse.

¡Resistencia!

La cólera popular en las colonias aumentó constantemente en los meses siguientes a la aprobación de la Ley de Timbres.

En Virginia, Patrick Henry, que acababa de ser elegido miembro de la Casa de *Burgesses* (principalmente por la fáma que había obtenido en el caso Parson), se levantó el 29 de mayo de 1765 para oponerse a la Ley de Timbres y apoyar ciertas resoluciones en defensa del derecho de Virginia a elaborar leyes para ella.

Henry no vaciló en señalar lo que les había sucedido a los gobernantes del pasado que habían pasado por alto los derechos del pueblo y habían encontrado la muerte a manos de quienes no habían hallado reparación legal.

Dijo solemnemente: «César tuvo su Bruto, Carlos I su Cromwell y Jorge III...»

Sonaba como si estuviera amenazando al rey con asesinarlo o ejecutarlo, y algunos de los *burgesses* conmocionados y horrorizados gritaron: «¡Traición! ¡Traición!»

Pero Henry terminó su frase de manera muy diferente, diciendo: «...puede beneficiarse con su ejemplo».

Dicho de otro modo, de las lecciones de la historia Jorge III podía aprender a no ser un tirano, en cuyo caso podía gobernar con el amor de su pueblo. Henry terminó irónicamente: «Si esto es traición, sacad el mayor provecho de ello», y salió de la sala.

La Casa de los Burgesses no aprobó las resoluciones, pero se publicaron en los periódicos para que todos las viesen.

Ya antes de que la Ley de Timbres entrara en vigencia, los discursos fueron traducidos a la acción. Hubo tumultos en las grandes ciudades; los funcionarios del gobierno fueron colgados en efigie; y todo el que pareciese dispuesto a asumir la tarea de agente de timbres fue amenazado, y en algunos casos recibió una paliza. Antes de que llegase la ocasión de usar legalmente los timbres, todos los agentes americanos renunciaron aterrorizados y se destruyeron grandes cantidades de timbres.

En el otoño de 1765, casi mil comerciantes de Boston, Nueva York y Filadelfia se unieron y organizaron el boicot de productos británicos para castigar aún más a los británicos, hasta reduciendo los derechos de aduana. Los tribunales anunciaron planes para cerrar antes que usar los timbres en documentos legales. Se convirtió en una cuestión de patriotismo el consumir bebidas alcohólicas domésticas, vestidos

domésticos y objetos manufacturados domésticos de todo género, aunque no fuesen tan buenos como los que se podía importar.

El furor de América no dejó de tener efecto sobre el Parlamento. Ya desde el comienzo, un quinto de los representantes habían votado contra la Ley de Timbres. Muchos se oponían sinceramente a la política de poner impuestos en las colonias sin su consentimiento y otros hablaban a favor de los americanos como una manera de dejar sentada su oposición al rey.

William Pitt, hostigado por la gota, ya que, en general, tenía mala salud, apoyó vigorosamente la causa americana. Lo mismo Edmund Burke, que iba a convertirse en un parlamentario particularmente renombrado.

Isaac Barré adquirió notoriedad a este respecto, al menos en las colonias americanas. Había nacido en Dublín, Irlanda, y era de ascendencia francesa, pero había luchado lealmente del lado británico contra Francia y había sido herido en la campaña de Quebec.

Al defender a los americanos en el Parlamento, se refirió a ellos, emotivamente, como «hijos de la libertad», y los americanos no lo olvidaron. Una ciudad del noreste de Pensilvania, fundada en 1769, fue llamada Wilkes Barre en su honor y en el de John Wilkes, otro parlamentario opositor a Jorge III. Barre, de Vermont, que fue fundada justamente por aquel entonces, también fue así llamada en su honor.

La furiosa oposición a la Ley de Timbres alentó la aparición de puntos de vista aún más radicales entre los americanos. En Massachusetts, dos hombres, Samuel Adams y John Adams (eran primos segundos), se destacaron.

John Adams, el más joven de los dos (nacido en Quincy, Massachusetts, el 30 de octubre de 1735), era un brillante abogado, de características poco amables y sin ninguna capacidad para hacerse popular. Aunque era un hombre de estricta integridad y rara inteligencia, su vanidad era su rasgo más notable. Escribió eruditos y eficaces artículos contra la Ley de Timbres, pero Sam Adams siguió otro camino.

La vida de Samuel Adams (nacido en Boston el 27 de septiembre de 1722) había sido un fracaso. Fracasó en la abogacía, en los negocios y en todo lo que intentó, hasta que halló la labor de su vida el año de la Ley de Timbres. Descubrió a la sazón que era un agitador, y muy eficiente como tal. Entró en la política e hizo de ella toda su vida, colocándose siempre del lado de la acción radical. Fue el primer americano que se declaró abiertamente por la independencia. No deseaba que Gran Bretaña enmendase sus actitudes; quería que se marchase totalmente, y a este fin dirigió sus esfuerzos.

Sam Adams no solamente organizó tumultos contra la Ley de Timbres, sino que también fundó la organización llamada «Hijos de la Libertad», nombre que se inspiraba en la frase de Barré.

Los Hijos de la Libertad han sido idealizados en la leyenda americana, pero en realidad su conducta estaba muy cerca de la que hoy llamaríamos propia de tropas de asalto. Amenazaron a todo el que comprase timbres o comerciase con Inglaterra, y a veces cumplieron sus amenazas hasta el punto de destrozar negocios y untar con alquitrán y pegar plumas a algunas personas. Hostigaron a los coleccionistas de sellos y a funcionarios públicos, hasta el punto de que ni siquiera el gobernador estaba seguro. La casa del principal magistrado de la colonia fue saqueada, mientras que la de Thomas Hutchinson, un miembro del consejo del gobernador, fue incendiada porque se creía (erróneamente) que había aprobado la Ley de Timbres.

Tampoco James Otis permaneció ocioso. Pensó que era un caso apropiado para la cooperación colonial. El 8 de junio envió cartas a todas las colonias proponiendo efectuar una reunión en Nueva York para emprender una acción común contra la Ley de Timbres.

La respuesta fue entusiasta, y del 7 al 25 de octubre de 1765 se reunión en la ciudad de Nueva York el «Congreso de la Ley de Timbres». Nueve colonias estuvieron

representadas por delegados, y las cuatro restantes estuvieron ausentes por falta de oportunidad para designar delegado, no por falta de simpatía. Una figura destacada entre los delegados fue John Dickinson de Pensilvania (nacido en Talbot, Maryland, el 8 de noviembre de 1732). Fue él quien redactó una declaración, aprobada por el Congreso, para ser presentada al rey y al Parlamento, negando el derecho a establecer ningún impuesto sin el consentimiento de las legislaturas coloniales.

Cuando llegó el 1 de noviembre y entró en vigencia la Ley de Timbres, ya estaba claro que éste era un completo fracaso. Tampoco en los meses siguientes hubo una mejora. Los inútiles esfuerzos dirigidos a poner en práctica la ley costaron mucho más dinero que el recaudado, de modo que el resultado fueron gastos, no ingresos.

Además, también los comerciantes británicos estaban empezando a padecer el hosco boicot americano, y en enero de 1766, ellos mismos pidieron al Parlamento la anulación de la Ley de Timbres. Los opositores parlamentarios eran cada vez más firmes en su oposición, y Pitt, en particular, pronunciaba discursos tremendamente efectivos contra ella y en apoyo del punto de vista americano.

El ministerio de Grenville había terminado en el desorden, en octubre de 1765, y el nuevo primer ministro, Charles Watson-Wentworth, segundo marqués de Rockingham, estaba más dispuesto a apoyar la revocación de la ley.

Benjamin Franklin estaba en Londres a la sazón[3]. Había llegado a Gran Bretaña en diciembre de 1764, con la esperanza de persuadir al gobierno británico de que arrancara Pensilvania de la garra reaccionaria de la familia Penn, que por entonces la poseía como una especie de patrimonio de familia, y a que la convirtiese en una colonia de la corona, sometida al gobierno británico. Llegó a tiempo para hablar contra la Ley de Timbres, pero, cuando fue aprobada por el Parlamento, pensó que era la ley, por injusta que fuese, y por ende debía ser obedecida.

Por un tiempo, esto lo hizo sumamente impopular en las colonias. Fue prácticamente la única vez en su vida que estimó erróneamente el sentimiento popular de América, quizá porque estaba a cinco mil kilómetros de distancia. Cambiando rápidamente de posición, empezó a presionar para que se revocase la Ley de Timbres.

El 13 de febrero de 1766, fue interrogado sobre el tema por una comisión parlamentaria y habló elocuentemente a favor de la revocación, justamente por la época en que llegaba la declaración del Congreso de la Ley de Timbres. Detalló las grandes contribuciones hechas por los americanos en la guerra reciente y advirtió del peligro de una rebelión abierta si el Parlamento persistía en su actitud. Cuando las acciones de Franklin fueron conocidas en las colonias, recuperó el favor de los americanos.

El Parlamento se inclinó ante lo inevitable y revocó la Ley de Timbres. Jorge III firmó la revocación el 18 de marzo de 1766.

Cuando la noticia llegó a América, hubo una explosión de alegría y se dieron todas las expresiones posibles de lealtad y gratitud al gobierno británico. Dos meses más tarde, se celebró delirantemente el cumpleaños de Jorge III y se le erigieron estatuas.

Podía parecer que todo estaba bien nuevamente, pero lo que pocos americanos observaron fue que, si bien el Parlamento había revocado la Ley de Timbres, no había renunciado al derecho de establecer impuestos en las colonias sin el consentimiento de éstas. De hecho, el mismo día en que se aprobó la revocación mantuvo específicamente ese derecho.

Todo lo que el Parlamento había hecho era admitir que la Ley de Timbres era una manera equivocada de actuar. Ahora buscaría otros modos.

3 Nacido en Boston, Massachusetts, el 17 de enero de 1706, fue con mucho el más famoso americano de su tiempo. Su vida anterior se describe en *La formación de América del Norte*.

CAPÍTULO 2 - EL CAMINO A LA REVOLUCIÓN

El segundo asalto

En julio de 1766, Rockingham, bajo cuyo gobierno fue revocada la Ley de Timbres, fue destituido por Jorge, por razones que no tenían nada que ver con las colonias. Desde entonces, Rockingham y sus seguidores continuaron siendo favorables a la causa americana, pero también permanecieron fuera del poder.

Jorge III, que se había visto obligado a retroceder ensayó la formación de un ministerio que representase una amplia variedad de concepciones, y eligió para que lo encabezase nada menos que a William Pitt. Si éste hubiera sido un hombre más joven o de mejor salud podía haber habido alguna posibilidad de conciliación pero los azares de la historia dieron otro dictamen.

Nunca realmente sano, Pitt, aunque sólo se hallaba a fines de su cincuentena, era un hombre quebrantado. Aceptó un *earldom* [título nobiliario típicamente ingles de rango similar al de un conde; n. del t.] y se convirtió en el primer *Earl* de Chatham. Esto lo apartó de la Cámará de los Comunes y lo colocó en la atmósfera más cómoda de la Cámara de los Lores. Se retiró cada vez más de la conducción activa y durante algunos años ni siquiera apareció en el Parlamento. El duque de Grafton, que le sucedió, no tenía ninguna capacidad, y el ministerio que encabezó, por tanto, estuvo realmente dirigido por el hombre más fuerte que había en él. Este era Charles Townshend, hombre agudo y que podía hablar con elocuencia, particularmente cuando estaba ligeramente bajo los efectos del alcohol. Pero de lo que carecía era de juicio.

Townshend era *Chancellor of the Exchequer* (cargo similar al norteamericano actual de secretario del Tesoro o al de ministro de Hacienda de otros países), y su deber era hallar el dinero necesario para sustentar al gobierno. Se trataba de una tarea ingrata, sobre todo en ese momento, cuando las colonias tenían plena conciencia de su éxito al haber forzado la revocación de la Ley de Timbres. A Townshend, ni a ningún miembro del gobierno, no se le ocurrió explorar la posibilidad de que las mismas asambleas coloniales pusiesen impuestos a los americanos. Esto habría sido considerado como una intolerable admisión de derrota y habría sentado un precedente que hubiese conducido de modo inevitable a la total pérdida por Gran Bretaña del control sobre las colonias. No, los líderes parlamentarios opinaban que era la misma Gran Bretaña la que debía establecer impuestos en las colonias.

Pero, ¿cómo?

El 8 de mayo de 1767, Townshend se bebió una gran cantidad de champán, y luego, lleno de exaltación, pronunció el que más tarde fue llamado «discurso del champán». En él, burbujeó con tanta efervescencia como el champán y ridiculizó a sus opositores, en particular, a Grenville, que estaba abrumado todavía por la vergüenza de haber aprobado la desdichada Ley de Timbres.

Acuciado a responder, Grenville vociferó que las palabras de Townshend eran muy valientes pero no se atrevía a poner impuestos a los americanos.

Acalorado, Townshend rechazó la acusación y juró que pondría impuestos a los americanos, y procedió hacerlo.

Eludió el impuesto directo y volvió al impuesto indirecto sobre las importaciones americanas. Los americanos nunca habían objetado oficialmente el derecho británico a controlar el comercio y pagaban los aranceles regularmente... cuando eran atrapados, cosa que no sucedía a menudo. Townshend pensó, entonces, que

solo era cuestión de poner nuevos aranceles sobre nuevas mercancías, elevar los aranceles ya existentes y mejorar la recaudación.

El 29 de junio, hizo aprobar por el Parlamento leyes que ponían aranceles sobre el té, el vidrio, el papel tintes, que entrarían en vigencia el 20 de noviembre de 1767. Se iban a emitir mandatos de asistencia y se darían amplios poderes a los funcionarios de aduanas para que pusiesen fin al contrabando. De este modo, se esperaba recaudar 40.000 libras por año, que podían ser usadas, en parte, para pagar a los gobernadores y jueces de las colonias. Esto tendría el efecto de poner los ejecutivos y las magistraturas coloniales bajo control parlamentario, ya que sería el Parlamento el que les pagaría y ya no las legislaturas coloniales.

Las llamadas «Leyes de Townshend» eran un milagro de torpeza. Su aprobación sin consultar a las colonias, la manera proyectada de recaudación y el propósito anunciado, todo se sumó para exasperar a los americanos Dado el humor reinante en las colonias, esas leyes eran meras incitaciones a nuevos desórdenes y el avispero se agitó nuevamente.

En verdad, el avispero no había dejado de agitarse y no necesitaba de la adicional irritación de los impuestos para que provocaran problemas. La Ley de Timbres había sido anulada, pero la Ley de Acuartelamiento no, y cualquier americano en cualquier momento podía ser obligado a convertirse en anfitrión involuntario de uno o de varios soldados, si el comandante en jefe de las tropas británicas en América juzgaba conveniente ubicarlos allí. El comandante en jefe era Thomas Gage, que no se caracterizaba por su tacto o su capacidad. Había llegado a América en 1755 con Braddock, había conducido la vanguardia en la derrota de Fort Duquesne (véase *La formación de América del Norte*) y había conseguido sobrevivir. Prestó servicios, en el curso posterior de la guerra, sin distinguirse particularmente y, en 1763, con el rango de general de división se convirtió en comandante en jefe de todas las fuerzas británicas en América. Fue él quien pidió al Parlamento que aprobase la Ley de Acuartelamiento, que no aumentó su popularidad entre los americanos. El cuartel general de Gage estaba en Nueva York y le irritaba que las autoridades coloniales interfiriesen continuamente en sus esfuerzos para ubicar a sus oficiales y soldados en lugares confortables. Enfurecido, exigió que la Asamblea de Nueva York ordenase la aplicación de la Ley de Acuartelamiento. La Asamblea se negó resuelta mente a hacerlo, y Gage presionó al gobernador de Nueva York para que disolviese el organismo.

Esto se hizo el 1 de diciembre de 1766, y posteriormente el Parlamento confirmó la decisión. Se eligió entonces una asamblea nueva y más conservadora, que permitió el acuartelamiento. Logrado esto, en Nueva York y en otras partes, aumentó el odio popular hacia los soldados. El término «capote rojo» [«redcoat»] se convirtió en una expresión de insulto y cólera entre los americanos.

Las noticias de las Leyes de Townshend y de los problemas con la Asamblea de Nueva York se difundieron por las colonias. Era claro que, no sólo el gobierno británico no tenía intenciones de actuar mediante las asambleas coloniales, sino que no permitiría más que las asambleas que fuesen de gusto del Parlamento. A ese paso, pronto los americanos no tendrían ninguna autonomía y estarían sujetos a un puro despotismo parlamentario.

La situación venía como anillo al dedo a Samuel Adams, quien inmediatamente empezó a batir tambores para lograr una renovación del boicot que tanto había contribuido a la revocación de la Ley de Timbres. En septiembre de 1767, aún antes de que las Leyes de Townshend entrasen en vigor, se realizaron en Boston reuniones públicas en las que se acordó suspender las importaciones. Adams escribió también a líderes radicales de otras colonias para difundir la consigna; los Hijos de la Libertad empezaron en todas partes a hostigar a los funcionarios de aduanas.

Adams era un brillante agitador y sabía aprovechar al máximo las oportunidades, pero no hubiera podido hacer nada sin la colaboración de la locura británica. Tan extremista era Adams en sus opiniones que la mayoría de los líderes americanos seguramente se habrían vuelto contra él, si hubiesen tenido posibilidad de hacerlo. Los líderes americanos de la época eran tan aristocráticos en sus inclinaciones como los británicos, tan aferrados como éstos a la creencia de que el gobierno debía estar en manos de los hombres de las mejores familias que también tuviesen propiedades, igualmente temerosos de lo que llamamos «democracia» y que ellos habrían considerado como «el gobierno del populacho».

Si los británicos hubiesen aceptado a los líderes americanos como sus iguales, es muy probable que aún habría hoy una relación política entre los Estados Unidos y Gran Bretaña (como entre Canadá y Gran Bretaña). Fue porque Gran Bretaña no se avino a ello y persistió en una línea dura por lo que muchos conservadores americanos se vieron obligados a echarse en brazos de radicales como Adams, Otis y Henry.

Un ejemplo de esto fue John Dickinson, que había tenido una actuación destacada en el Congreso de la Ley de Timbres. Pertenecía a una familia acomodada, era un gran terrateniente, había estudiado derecho en Filadelfia y en Inglaterra y era un hombre conservador totalmente probritánico en sus sentimientos. Sin embargo, no podía estar de acuerdo en que los británicos tenían el derecho de hacer leyes para los americanos sin ninguna consideración por lo que los americanos pudieran decir en la materia.

Después de la promulgación de las Leyes de Townshend, Dickinson tomó la pluma y, a partir del 2 de diciembre, escribió las *Cartas de un Granjero*. En total, fueron catorce cartas, que aparecieron en muchos periódicos americanos en el invierno de 1767-1768, y luego fueron publicadas en forma de folleto.

En las *Cartas*, Dickinson protestaba de su lealtad a Gran Bretaña, reconocía el derecho de los británicos a regular el comercio americano, instaba a los americanos a no participar en demostraciones violentas y rechazaba la apelación a la doctrina de los «derechos humanos».

No obstante, Dickinson se manifestó vigorosamente contra las leyes de Townshend y contra la anulación de la asamblea de Nueva York, como un despojo a los americanos de sus derechos como ingleses. (No era de sus «derechos naturales» de lo que se les despojaba, en su opinión, sino de sus derechos específicos con respecto a la ley británica.) Lo que Dickinson deseaba, aparentemente, era una autonomía limitada para América, el tipo de relación que un Estado americano tiene con el gobierno central en la actualidad.

Un sistema como el que Dickinson imaginaba oscuramente y como el que posteriormente (pero sólo con grandes dificultades) funcionaría en los Estados Unidos era totalmente sin precedentes por la época. El Parlamento británico no podía concebirlo. Jorge III no quería ningún compromiso y la mayoría parlamentaria estaba firmemente a favor de una política de «mantenimiento de la ley y el orden». A los americanos se debía hacerles comprender quiénes eran los amos.

La primera sangre

El centro del sentimiento antibritánico radical era Boston. Allí Samuel Adams mantenía en ascenso la histeria. El 11 de febrero de 1768, él y James Otis persuadieron a la Asamblea de Massachusetts a que diera su aprobación a una circular a todas las colonias que ellos prepararon.

El lenguaje de la carta era bastante suave, pero llamaba a una acción común por parte de las colonias en defensa de sus libertades, y los británicos lo consideraron

sedicioso. Cuando la Asamblea de Massachusetts se negó a desautorizarla, fue disuelta, el 1 de julio, por Hutchinson, cuya casa había sido incendiada durante los desórdenes de la Ley de Timbres, y que era ahora gobernador de la colonia.

Por entonces, también John Hancock (nacido en Braintree, Massachusetts, el 12 de enero de 1737) estuvo de actualidad. Había heredado una gran fortuna y un próspero negocio de un tío que había muerto en 1764 y era ahora uno de los hombres más ricos de América. Gran parte de la riqueza que había heredado provenía del contrabando, de modo que, naturalmente, estaba en un todo contra la regulación británica del comercio y proporcionaba gran parte del dinero que mantenía la acción de los Hijos de la Libertad.

Esto hacía de Hancock un hombre notorio para los funcionarios de aduanas, y el 10 de junio de 1768 se incautaron de uno de sus barcos con la acusación de que contenía artículos de contrabando. Probablemente era así, pero lo mismo era un acto poco juicioso, pues Hancock apeló a los Hijos de la Libertad y en Boston se montó el espectáculo de un disturbio grave. El barco fue rescatado y los funcionarios de aduanas lograron escapar por un pelo.

Gran Bretaña respondió ordenando que dos regimientos de tropas británicas fuesen de Halifax a Boston. Llegaron el 1 de octubre de 1768, y de inmediato comenzó una guerra fría entre los ciudadanos de Boston y los capotes rojos.

Pero aunque Boston era el sitio donde más intensamente se manifestaba el sentimiento antibritánico, ciertamente no era el único. El espíritu rebelde cundía por todas partes, y si bien los agitadores de Boston contribuían a estimularlo, no era creación suya.

En Virginia, la Casa de *Burgesses* adoptó resoluciones antibritánicas elaboradas por George Mason (nacido en el condado de Fairfax, Virginia, en 1725), un plantador que fue uno de los grandes pensadores liberales de la época. Las resoluciones fueron presentadas por el amigo y vecino de Mason, George Washington[4], el más distinguido soldado americano, quien de este modo se colocó del lado antibritánico. La Casa de los *Burgesses* fue inmediatamente disuelta por el gobernador, pero se reunió de manera no oficial y organizó un boicot comercial contra Gran Bretaña.

Y en la ciudad de Nueva York las pasiones eran tan extremas como en Boston.

Era costumbre del sector más radical de la población elevar un «asta de la libertad» en algún lugar conspicuo de la ciudad. Allí los Hijos de la Libertad podían reunirse, perorar, beber y, en general, adquirir notoriedad. La política habitual de los británicos era hacer la vista gorda, y en verdad ésta era la política más juiciosa, ya que, al permitir desahogarse a los radicales, se disminuían las presiones revolucionarias.

Pero de tanto en tanto, algún oficial británico decidía que lo que necesitaba el populacho era una lección. Por ejemplo, soldados británicos habían echado abajo un asta de la libertad en Nueva York en 1766, durante el alboroto producido por la Ley de Acuartelamiento, y esto parecía haber dado algunos resultados. El 19 de enero de 1770, algún comandante local se sintió irritado por otra demostración de este género.

Un destacamento de soldados derribó el Asta de la Libertad de Nueva York, la cortó en pedazos y apiló éstos , frente a la sede de los Hijos de la Libertad, en una deliberada provocación.

Naturalmente, se produjo un alboroto y varios neoyorquinos fueron acuchillados por las bayonetas británicas. Inmediatamente, los heridos fueron convertidos en mártires y, mientras circulaban relatos sobre el derrame de sangre americana por los capotes rojos, los no comprometidos se transformaban en nuevos radicales.

Pero los peores incidentes de este período ocurrieron en Boston, donde el conflicto entre ciudadanos y soldados fue más agudo. Los Hijos de la Libertad hicieron

4 Washington nació en el Condado de Westmoreland, Virginia, el 22 de febrero de 1732. Sobre su vida anterior y algunas de las razones de su actitud antibritánica, véase La formación de América del Norte.

todo lo posible para hostigar a los soldados directamente y, además, amenazar y poner en insegura posición a todo bostoniano que mostrase signos de fraternizar con los capotes rojos.

El resultado fue que los soldados británicos, quienes, a fin de cuentas, no estaban allí voluntariamente y, por cierto, no querían problemas, se hallaron en una posición insostenible. Tenían órdenes estrictas de no disparar sobre los ciudadanos, pero estos ciudadanos no tenían ningún remordimiento en arrojar piedras a los soldados.

El 5 de marzo de 1770, un grupo de ociosos decidió que sería divertido arrojar bolas de nieve a un soldado británico que estaba de centinela. El soldado hizo lo posible para esquivar las bolas de nieve y pidió ayuda. Un destacamento de veinte soldados acudió en su socorro, con las bayonetas caladas, mas para entonces los bostonianos sumaban cientos de personas.

Como los soldados tenían, claramente, orden de no responder, la multitud, en la que se destacaba un negro llamado Crispus Attucks, se hizo más audaz. Después de los insultos y las bolas de nieve, llegaron las piedras y los palos. Uno de los soldados, atormentado más allá de lo tolerable, finalmente disparó. Otros lo siguieron. La muchedumbre huyó rápidamente, dejando detrás tres muertos y dos heridos. Uno de los muertos era Attucks, que, por ello, es llamado a veces la primera baja de la revolución.

Samuel Adams estaba listo. El suceso fue llamado «La Matanza de Boston», y se difundieron relatos ficticios sobre él. Se describió a los soldados como habiendo disparado sin provocación a multitudes de ciudadanos pacíficos y respetables, y matado sin ningún remordimiento. La ira de los bostonianos ante esos coloridos cuentos se hizo tan intensa que el gobernador Hutchinson, para impedir un derramamiento de sangre mucho peor, tuvo que ordenar a los regimientos británicos que se retirasen de la ciudad y los colocó en islas, hasta que la situación se enfriase.

Que el incidente no fue realmente una matanza se demuestra por el hecho de que los soldados fuesen llevados a juicio y de que el mismo John Adams (contra cuya lealtad americana no había ninguna sombra de duda) optase por defenderlos. Los defendió tan bien y los hechos reales se hicieron tan evidentes que se absolvió a los soldados de la acusación de asesinato. Dos fueron acusados de homicidio involuntario y recibieron una pena leve, más como concesión a la multitud que a la verdad.

Pero no fueron los gritos y la violencia lo que más persuadió al Parlamento de que estaba fracasando. Fue el boicot. Nuevamente, como en la época de la Ley de Timbres, industriales y expedidores británicos fueron muy perjudicados cuando el comercio americano declinó en un 40 por 100 entre 1767 y 1769. La presión empezó a aumentar otra vez, y se pidió al Parlamento que abandonase su política fiscal.

Townshend no estaba allí para presenciar el fracaso de su política. Había muerto, repentinamente, el 4 de septiembre de 1767, antes de que sus leyes entrasen en vigor. Fue sucedido como *Chancellor* del *Exchequer* por Frederick, lord North, quien era y siguió siendo un favorito de Jorge III.

El 31 de enero de 1770, cuando el duque de Grafton renunció, lord North fue elegido como primer ministro por Jorge III y, por fin, el rey tuvo un primer ministro en el que confiaba y de quien podía estar seguro de que sería un fiel reflejo de las opiniones reales. Lord North permanecería en el cargo durante doce años y, entre su incapacidad y la testadurez regia, Gran Bretaña iba a perder Norteamérica.

Sin embargo, las primeras medidas de North fueron conciliatorias. Al mes de la matanza de Boston (y sin ninguna relación con ella), el nuevo gabinete decidió dejar que la Ley de Acuartelamiento expirase sin ser renovada y anuló los impuestos creados por Townshend, con una excepción.

Cautelosamente, lord North mantuvo el impuesto sobre el té. No lo hizo para recaudar rentas, en particular, sino simplemente como un modo de conservar el principio de que el Parlamento británico podía establecer impuestos en las colonias sin

su consentimiento. Se esperaba que, desaparecidos la mayor parte de los impuestos, las colonias aceptarían la aparente victoria y olvidarían el principio. Luego, presumiblemente, en algún momento futuro menos agitado, Gran Bretaña podría poner impuestos mayores.

En cierta medida, el plan tuvo éxito. Los conservadores acomodados que había entre los americanos, para quienes era incómodo estar del mismo lado que los Hijos de la Libertad, aceptaron gustosos la acción de lord North como un gesto de paz y conciliación.

No hubo ningún júbilo extendido como después de la revocación de la Ley de Timbres. Esta había demostrado ser solamente el preludio para un segundo asalto, y aquélla podía ser el preludio para un tercero. Sin embargo, Sam Adam se halló súbitamente solo, a medida que las pasiones se apaciguaban entre sus compatriotas. Se puso fin al boicot, las colonias se calmaron y parecía que la crisis había pasado.

Sam Adams y el té

Sam Adams tuvo que esperar a que se produjesen nuevos incidentes, y por un momento pareció que tendría que esperar en vano. Transcurrieron dos años en una profunda calma y parecía que los americanos habían ganado victorias inmediatas y se habían avenido a una con fortable aquiesciencia a la política británica.

A principios de 1772, por ejemplo, se anunció que el gobernador de Massachusetts y los jueces de esta colonia sería pagados con fondos reales, haciéndolos de este modo independientes de la legislatura colonial, pero esto apenas causó un murmullo fuera de Massachusetts.

Pero luego se produjo un dramático incidente.

Los diversos puertos americanos eran patrullados por pequeñas naves británicas para impedir el contrabando.

Naturalmente, eran impopulares entre los contrabandistas y entre los que eran antibritánicos por cualquier razón. Una de esas naves, el *Gaspée*, era particularmente eficiente en su labor mientras patrullaba la bahía de Narragansett, en la colonia de Rhode Island, por lo que era particularmente detestada por la población de las ciudades costeras de la región.

Luego, en la noche del 9 de junio de 1772, el *Gaspée*, mientras perseguía a un contrabandista, encalló desafortunadamente en un banco de arena, sin poder salir de allí.

La noticia se difundió, y muchos habitantes de Rhode Island quedaron pasmados de este golpe de suerte y emprendieron una acción inmediata. Antes de que terminase la noche, se reunió una muchedumbre que abordó el barco, maltrató a los hombres de a bordo, los envió a la costa y luego incendió la nave.

Cuando las noticias llegaron a Gran Bretaña, el gobierno se enfureció. La flota británica protegía a la metrópoli y sus vastos intereses en el exterior, y no se podía permitir ningún atropello contra ningún barco que formase parte de su armada, aunque sólo fuese un pequeño guardacostas.

Se ofreció una recompensa de 500 libras (una suma enorme para aquellos días) para quien identificase a cual quiera de los que habían cometido el atropello, y se anunció que quien fuese capturado sería sometido a juicio en Gran Bretaña.

Los británicos, por supuesto, tenían buenas razones para sospechar que nadie que cometiese un acto en defensa del derecho a contrabandear sería condenado en un tribunal colonial, pero fue un serio error anunciar que a tales malhechores se los juzgaría en Gran Bretaña.

En primer lugar, no sirvió de nada, pues pese a la recompensa ofrecida no se presentó ni una sola persona.

En cambio, la amenaza de un juicio por traición en Gran Bretaña fue execrada en todas partes. Para cualquier habitante de las colonias, era fácil creer que ningún americano acusado de traición podía recibir un juicio justo en Gran Bretaña. El acusado estaría lejos de su país y estaría rodeado por hombres extraños a él y llenos de prejuicios antiamericanos.

¿Quién podía sentirse seguro? Muchos americanos que eran completamente leales a Gran Bretaña habían, sin embargo, hecho afirmaciones apresuradas en lo peor de la colérica reacción contra la Ley de Timbres y las Leyes de Townshend. Si eran llamados a dar cuenta de ello y enviados a Gran Bretaña para ser juzgados, ¿qué ocurriría? Y a la luz de esto, el pago de los jueces de Massachusetts por las arcas reales empezó a parecer un intento de hacer de los jueces coloniales criaturas del gobierno británico.

El grito contra la «tiranía» británica empezó a tener connotaciones de terror personal.

Sam Adams, desde luego, no se durmió. Halló un espíritu afín a él en un brillante y elocuente médico, Joseph Warren (nacido en Roxbury, Massachusetts, el 30 de mayo de 1741), quien había llamado la atención de los radicales por un encendido y eficaz discurso pronunciado en ocasión del segundo aniversario de la Matanza de Boston.

El 2 de noviembre de 1772, Adams y Warren pusieron a toda marcha su máquina propagandística. Adams hacía tiempo que enviaba cartas a todos los puntos de las colonias, siempre urgiendo a la acción unida, pero ahora él y Warren formaron «comités de correspondencia» para utilizar al por mayor el recurso de las cartas y formar una red de propaganda que ayudase a unir las colonias a favor de la causa radical[5].

En los tres meses siguientes, ochenta de tales comités se formaron en diversas ciudades de Massachusetts, y otras colonias empezaron a hacerlo. En Virginia, por ejemplo, la Cámara de los *Burgesses* creó oficialmente un comité de correspondencia, el 12 de marzo de 1773. Entre los miembros de este grupo estaba Patrick Henry, desde luego. También estaba Thomas Jefferson (nacido en Shadwell, Virginia, el 13 de abril de 1743) y Richard Henry Lee (nacido en Stratford, Virginia, el 20 de enero de 1732). George Washington, que era antibritánico pero no tan radicalmente, no figuraba entre ellos.

Sam Adams, con una organización multicolonial a su disposición, esperó su próxima oportunidad. Esta llegó desde una dirección inesperada e involucró al pequeño impuesto sobre las importaciones de té que era un residuo de las Leyes de Townshend.

Ese impuesto sobre el té se había mantenido, y, en general, Sam Adams, pese a todos sus esfuerzos, no había logrado despertar resistencia contra ese pequeño impuesto ni convencer a la gente de que debían luchar por principio, cuando la situación, en conjunto, era próspera y tranquila. Si Gran Bretaña hubiera dejado las cosas donde estaban, todo se habría calmado.

Pero, desgraciadamente, la Compañía de las Indias Orientales estaba en apuros.

La Compañía de las Indias Orientales era una empresa privada formada en 1600 para competir con la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales en el comercio con el Lejano Oriente. En su variada historia, la Compañía de las Indias Orientales llegó al pináculo de su fama cuando creó lo que prácticamente era un imperio propio en la India, a mediados del siglo XVIII.

---

5 James Otis fue designado para encabezar el comité de Boston, pero se estaba escurriendo fuera del mundo real. En 1769 había sido golpeado en la cabeza durante una reyerta con un funcionario de aduanas y desde entonces había entrado en un estado de locura inocua. Sólo estaba cuerdo en raros intervalos y no desempeñó ningún papel en el conflicto que se estaba gestando.

Pero en 1773, la Compañía de las Indias Orientales tenía problemas financieros por el té. La India era una gran productora de té y la Compañía de las Indias Orientales tenía a su disposición millones de toneladas de té para las que no habría ningún mercado.

En el curso ordinario de las cosas, la Compañía de las Indias Orientales habría tenido que poner el té en su basta en Gran Bretaña y haberlo adjudicado a precios baratísimos a los comerciantes ingleses, que probable mente se las habrían arreglado para venderlo aquí y allá con un beneficio.

El gobierno británico, ansioso de salvar a la Compañía, le concedió el derecho de venderlo a las colonias británicas directamente y sin tener que pagar los impuestos sobre el té. Esto significaba que la Compañía de las Indias Orientales podía vender el té a los americanos a un precio considerablemente mayor del que habría obtenido en subasta, pero, por la supresión de los impuestos, menor del que los americanos podían conseguir en otras partes. El té era una bebida popular en las colonias y la Compañía de las Indias Orientales estaba segura de poder vender lo suficiente como para salir de apuros.

Pero ya no se trataba de un mero impuesto al té. Varios comerciantes en té de las colonias se arruinarían, pues la Compañía de las Indias Orientales usaría sus propios agentes, en un esfuerzo para reducir aún más los costes a expensas de las pérdidas de los intermediarios. Muchos contrabandistas de té también perderían mucho, pues ni siquiera por medio del contrabando podían competir.

Además de eso, hasta para los que no eran directa mente perjudicados, la mera idea de que los americanos podían ser utilizados para suministrar el dinero necesario a fin de sacar de apuros a una compañía británica era humillante. Esta vez podía no ser perjudicial, pero se establecería un peligroso precedente.

Los comités de correspondencia de Sam Adams empezaron a trabajar de inmediato y no hallaron dificultad alguna para levantar una tormenta de indignación contra el nuevo estado de cosas. Se hicieron planes para hacer el boicot al té y hasta para impedir el desembarco de los cargamentos de té.

La Compañía de las Indias Orientales, ignorante de los disturbios, embarcó medio millón de libras de té para Piladelfia, Nueva York, Charleston y Boston. Pero no se vendió ni una libra. En Charleston, el té fue descargado, almacenado en sótanos húmedos y nunca fue comprado o utilizado. En Filadelfia y Nueva York ni siquiera se llegó a eso. No se permitió a los barcos descargar, y se vieron obligados a volver a Gran Bretaña con el té todavía en sus bodegas.

Pero en Boston, como era de predecir, la situación fue peor. Allí los barcos que transportaban el té no pudieron descargar, pero se negaron a marcharse. Permanecieron en el puerto, en parte porque dos hijos y un sobrino del gobernador Hutchinson habían sido nombrados agentes de la Compañía de las Indias Orientales y esperaban hacer una buena cantidad de dinero, si podían desembarcar y vender el té.

Los barcos permanecieron en el puerto de Boston durante tres semanas, mientras el gobernador Hutchinson trataba de lograr que la colonia pagase el arancel y aceptase el cargamento. Luego, Sam Adams inició la acción directa.

El 16 de diciembre de 1773, un grupo de Hijos de la Libertad disfrazados con ropas mohawks abordaron los buques y arrojaron 342 cajas de té al agua. Ninguna otra cosa a bordo de los barcos fue dañada. Esto fue llamado la «Reunión de Té de Boston».

Boston asediada

Finalmente, Sam Adams logró su propósito. Durante una década, en todo momento de vigilia, había tratado, de todos los modos que pudo, de provocar al gobierno británico para que hiciese algo que le enemistase con suficientes americanos como para hacer inevitable el conflicto. Hasta entonces, los británicos nunca llegaron a atravesar la línea de la que no hay retorno, pero esta vez lo hicieron.

La destrucción de las cajas de té inspiraron al rey y sus adeptos una rabia ciega. Para ellos era el colmo. Les parecía que la colonia de Massachusetts, y la ciudad de Boston en particular, era el centro de todos los problemas de la década pasada (y, en gran medida, tenían razón en pensar así).

Sin duda, deben de haber pensado, era tiempo de tomar medidas firmes contra la contumaz ciudad, aplastarla y dar así una buena lección. Una vez que Boston fuera acobardada y se le hiciese comprender quién era el amo, no habría problemas con el resto de las colonias. Al menos, así razonaba el partido del rey.

El 7 de marzo de 1774, pues, el Parlamento se reunió para considerar la situación colonial. Fue guiado por el colerizado rey Jorge, y aprobó una tras otra una serie de leyes destinadas a refrenar u obligar a Boston a observar mejor conducta. William Pitt y Edmund Burke se opusieron a esas «Leyes Coercitivas», pero la apisonadora parlamentaria pasó sobre ellos.

La primera de las Leyes Coercitivas fue el «Proyecto de Ley del Puerto de Boston», aprobado el 31 de marzo y que debía entrar en vigor el 1 de junio de 1774. Equivalía nada menos que a cerrar el puerto de Boston hasta que se pagase a la Compañía de las Indias Orientales el té que había sido destruido. No podían llegar ni partir barcos a menos que llevasen suministros militares para los británicos o alimentos y combustibles vitales, en cargamentos que debían ser autorizados por los funcionarios de aduanas. Para toda otra cosa, había que usar el puerto de Salem. Esto estaba, obviamente, dirigido a destruir la prosperidad de Boston, que dependía casi totalmente del comercio marítimo y, literalmente, obligar a la ciudad a someterse por hambre.

La «Ley del Gobierno de Massachusetts», que debía entrar en vigencia el 1 de agosto de 1774, prácticamente despojaba a Massachusetts de toda autonomía. Todos los funcionarios que antes eran elegidos ahora debían ser nombrados por el gobernador, quien a su vez era designado por el rey. Ni siquiera podían efectuarse reuniones en la ciudad sin autorización del gobernador. Más aún, el gobernador ya no sería Thomas Hutchinson, quien, aunque conservador, era americano y civil.

En cambio, gobernaría Massachusetts el general Gage, un militar británico; el 13 de mayo de 1774, trasladó su cuartel general de Nueva York a Boston. Los dos regimientos de Massachusetts fueron aumentados a cinco, mientras se instaló en el puerto de Boston una escuadra de barcos británicos. El 20 de mayo, fue anulada la carta de Massachusetts, con lo que quedó claro que las Leyes Coercitivas habían reducido a Massachusetts a la condición de un territorio bajo ocupación militar.

Y, para desalentar la resistencia, una «Ley de Administración de Justicia» dispuso que los juicios por traición se realizasen en Gran Bretaña, cuando se juzgase inseguro efectuarlos en Massachusetts.

Seguramente, ni en sus más desenfrenadas fantasías Sam Adams podía haber pedido más. Las Leyes Coercitivas hicieron en un momento lo que él no había podido conseguir en diez años. Convirtieron a Massachusetts en el héroe y mártir colectivo de todas las colonias.

Massachusetts, y particularmente Boston, y muy particularmente Sam Adams, nunca habían sido muy populares en el resto de las colonias. Había cierto fariseísmo y una tendencia a la intolerancia en la religión de Massachusetts, una calculadora y ávida inescrupulosidad en los negociantes y comerciantes de Massachusetts y una violencia en la política de esta colonia que irritaba a los que dirigían la opinión pública en las otras colonias.

Indudablemente, muchos americanos influyentes pensaban que Boston era más responsable que los británicos de los conflictos de la década anterior y que si los bostonianos abandonasen su actitud provocativa y dejasen de crear problemas, las cosas irían mejor con los británicos.

Pero las Leyes Coercitivas cambiaron todo eso. La respuesta a la Reunión de Té de Boston fue tan desmesurada que, en un abrir y cerrar de ojos, Boston pasó de ser una ciudad pendenciera y alborotadora a ser una mártir postrada. Las que los británicos llamaban Leyes Coercitivas en América fueron llamadas en todas partes las «Leyes Intolerables».

Y el gobierno británico, como en una deliberada locura, pasó a llevar a cabo otros actos que sólo podían estar destinados a encolerizar aún más a las otras colonias, aparte de Massachusetts. El 2 de junio de 1774 se revivió la Ley de Acuartelamiento, no sólo para Massachusetts, lo cual ya habría sido bastante malo, sino también para todas las colonias.

Además, en una acción que no tenía nada que ver con las Leyes Coercitivas, el 22 de junio los británicos eligieron ese momento para reorganizar el gobierno de Quebec, la provincia canadiense capturada quince años antes por los británicos, pero aún ocupada principalmente por católicos franceses. El Parlamento británico puso a Quebec bajo un gobierno centralizado. Los franceses de Quebec estaban habituados a este tipo de gobierno distante y despótico, pero los colonos británicos lo consideraron como un precedente peligroso para ellos. Se concedió plena tolerancia a la religión católica y hasta se le reconocieron sus comunes privilegios sobre otras religiones, algo que los protestantes americanos hallaron detestable.

Finalmente, y esto fue lo peor de todo, los límites de la provincia fueron extendidos al sur del río Ohio. Esta había sido la situación de los días del dominio francés, y la Guerra contra Franceses e Indios, librada sangrientamente de 1754 a 1763, se había desencadenado para expulsar a los franceses de esa región. Ahora los británicos la devolvían a los franceses.

Esto era tanto más grave cuanto que algunas de las colonias reclamaban el territorio para ellas, por los términos de sus viejas cartas. Así, partes de ese territorio eran reclamadas por Massachusetts y Connectitcut.

El gobierno británico podía ignorar las reclamaciones de Nueva Inglaterra ahora que Massachusetts estaba siendo aplastada, pero también Virginia tenía sus reclamaciones sobre el territorio. Había sido su interés por el territorio lo que había desatado la Guerra contra Franceses e Indios (véase La formación de América del Norte) y no estaba dispuesta a abandonar sus pretensiones. La Ley de Quebec disgustó a la poderosa colonia de Virginia más que todo lo que el gobierno británico hizo a Massachusetts.

Sam Adams, mientras tanto, estaba trabajando tan afanosamente como el Parlamento. Azuzó a la opinión pública de Massachusetts con tanta eficacia que el general Gage sólo controlaba el terreno que pisaban sus soldados. Fuera de Boston, Massachusetts era prácticamente una colonia en rebelión, que se autogobernaba en desafío al Parlamento.

El comité de correspondencia de Adams escribió interminablemente a todos los puntos de las otras colonias, llamando a la acción unida y a realizar demostraciones abiertas de apoyo a Massachusetts.

Tales demostraciones se produjeron. Aportes de alimentos y dinero empezaron a llegar a Boston de todas partes, y Boston se volvió tanto más intransigente cuanto que se sentía a la cabeza de una coalición colonial.

En verdad, tan claramente estaban las colonias unidas contra las Leyes Coercitivas que pareció natural convocar a una reunión de delegados de todas las colonias, como en los días de la Ley de Timbres. La primera medida en esa dirección la tomó Virginia.

El 24 de mayo de 1774, cuando llegó la noticia de que el Proyecto de Ley del Puerto de Boston se había convertido en ley, la Cámara de *Burgesses* de Virginia, bajo el liderazgo de Patrick Henry, denunció inmediatamente la ley, diciendo que ponía a

Massachusetts bajo una «invasión hostil». Designaron el 1 de junio, el día en que entraría en vigor la Ley del Puerto de Boston, como día de plegaria.

El gobernador de Virginia, que era John Murray, cuarto Earl de Dunmore, inmediatamente disolvió la Cámara de los *Burgesses*, puso fin a sus reuniones y mandó a sus miembros a su casa. Pero antes de marcharse, sus miembros radicales instruyeron a sus comisiones de congresos para que sondeasen a las otras colonias en lo concerniente a una posible reunión de delegados de todas las colonias.

Sam Adams se adhirió a esta idea inmediatamente, por supuesto, y se convocó a tal reunión. Para destacar el hecho de que estaban representadas colonias de todo el continente norteamericano, se lo llamó espectacularmente un «congreso continental». Habitualmente es conocido en la historia como el «Primer Congreso Continental».

Doce de las trece colonias (Georgia era la excepción) enviaron delegados, y cincuenta y seis hombres se reunieron en Filadelfia el 5 de septiembre de 1774. Peyton Randolph de Virginia (nacido alrededor de 1721) fue elegido presidente del Congreso (y desde entonces los términos «presidente» y «congreso» han formado parte de la política americana).

En el Primer Congreso Continental hubo muchos hombres distinguidos. Algunos eran radicales, como John Adams y Sam Adams de Massachusetts, y Patrick Henry, Thomas Jefferson y Richard Henry Lee de Virginia.

Pero también había conservadores, como Joseph Galloway de Pensilvania (nacido en West River, Maryland, alrededor de 1731) y James Duane de Nueva York (nacido en 1733).

Inmediatamente se produjo una división entre los radicales y los conservadores. Patrick Henry quería que cada colonia contase con un número de votos proporcional a su población. Esto habría dado un peso preponderante a las colonias de Massachusetts y Virginia, ambas populosas y radicales. Pero las colonias menores insistieron en que sólo hubiese un voto por colonia, independientemente de la población. Para evitar la disolución del Congreso, los radicales cedieron.

Luego se planteó la cuestión de qué hacer frente a las Leyes Coercitivas. Galloway de Pensilvania instó a adoptar una acción moderada y propició una actitud conciliadora hacia Gran Bretaña. Sugirió que se crease una especie de parlamento americano y que las leyes referidas a las colonias tuviesen que ser aprobadas por ambos parlamentos, el americano y el británico.

Mientras tanto, en el condado de Suffolk, Massachusetts (que incluía la ciudad de Boston), Joseph Warren estaba en acción. Preparó lo que llamó las «Resoluciones de Suffolk». Estas declaraban inconstitucionales las Leyes Coercitivas, de modo que los ciudadanos de Massachusetts no estaban obligados a obedecerlas. Aconsejó al pueblo de Massachusetts formar su propio gobierno, recaudar sus propios impuestos y también armarse, formando una «milicia» civil. Finalmente, las colonias debían establecer nuevamente un boicot a todo comercio con Gran Bretaña.

Las Resoluciones de Suffolk fueron aprobadas en una reunión de radicales de Massachusetts y luego fueron confiadas a Paul Revere (nacido en Boston el 1 de enero de 1735), un habilidoso platero que había tomado parte en la Reunión de Té de Boston y estaba de todo corazón con la causa radical.

Hincando las espuelas, Revere llevó una copia de las Resoluciones a través de los quinientos kilómetros que separaban Boston de Filadelfia. Los delegados de Massachusetts rápidamente empezaron a presionar al Congreso para que las aprobase.

El Primer Congreso Continental suscribió las Resoluciones de Suffolk el 17 de septiembre de 1774, y luego, el 28 de septiembre, rechazó el Plan de Galloway por el estrecho margen de 6 a 5 votos. Galloway señaló con malhumor que, en su opinión, esa votación equivalía a una declaración de guerra a Gran Bretaña.

Finalmente, el Congreso terminó redactando una petición que fue enviada al rey Jorge el 26 de octubre. Se envió otra petición al pueblo de Gran Bretaña. Al Parlamento no se le envió nada, para mostrar que las colonias pensaban que el rey había sido extraviado por malos consejeros y respondería favorablemente si se llegaba a él pasando por encima del Parlamento.

La petición denunciaba todos los males infligidos a las colonias desde 1763 y se declaraba a favor de que se considerase a todos los colonos como poseedores de los diversos derechos naturales de los ingleses. Por otro lado, el Congreso no negó el derecho del Parlamento a regular el comercio americano. El Congreso también empezó a organizar un boicot de los productos ingleses, como manera de dar fuerza a su petición. Luego, el 26 de octubre, suspendió sus sesiones, pero no de modo permanente. Un «Segundo Congreso Continental» se reuniría el 10 de mayo de 1775, si para entonces las quejas americanas no habían sido es cuchadas. En general, la opinión de Galloway de que las actas del Primer Congreso Continental equivalían a una declaración de guerra a Gran Bretaña era correcta, al menos en Massachusetts. El general Gage así lo interpretó, mas para entonces ya esperaba lo peor desde hacía algún tiempo. El 1 de septiembre de 1774, ya antes de que se convocase el Primer Congreso Continental, hizo todo lo posible por confiscar las provisiones de pólvora que los americanos pudiesen almacenar para usarla más adelante. Envió soldados a Cambridge y Charleston, dos ciudades situadas inmediatamente del otro lado del río desde Boston, y se apoderó de pólvora y cañones. Colonos armados acudieron a Cambridge, pero nadie realmente se atrevió a disparar sobre los soldados británicos.

En aquellos días, Boston estaba situada en una península conectada con la tierra firme sólo por una estrecha franja. (Desde entonces, los ríos de ambos lados han sido parcialmente rellenados, y lo que es ahora el «centro de Boston» está unido con las partes exteriores de la ciudad por una ancha franja de tierra.) El general Gage se puso a fortificar esa franja estrecha, y era claro que se preparaba para un asedio.

En cuanto a los colonos, organizaron un gobierno propio encabezado por John Hancock y, de acuerdo con las Resoluciones de Suffolk, empezaron a formar una milicia. Grupos especiales de la milicia iban a mantenerse listos para la acción en cualquier minuto en que pudieran ser llamados, por lo que se los llamó los «minutemen» («hombres del minuto»).

A fines de 1774, ambas partes estaban claramente listas para la guerra abierta. Sólo se necesitaba una chispa —unos pocos disparos— para iniciarla.

CAPÍTULO 3 - EL CAMINO HACIA LA INDEPENDENCIA

Comienza la revolución

El hecho de que la disposición colonial a la resistencia estaba aumentando era cada día más claro. Cuando se supo, el 13 de diciembre de 1774, que Gage iba a apostar hombres en Portsmouth, New Hampshire, Paul Revere galopó hacia el norte con las noticias, y el 14 de diciembre los colonos de allí irrumpieron en un fuerte local y se llevaron armas y pólvora. Pero no hubo bajas, y el hecho no supuso realmente la guerra.

A comienzos de 1775, el Parlamento tuvo que considerar las acciones del Primer Congreso Continental y sopesar la reacción americana a las Leyes Coercitivas. No faltaron voces que señalaran la clara lógica de la situación. Hombres como Pitt y Burke subrayaron que era inútil continuar con el uso de la fuerza, que a la larga las colonias no podían ser obligadas a aceptar un gobierno que no querían, que era erróneo tratar de imponérselo.

Todo chocó contra la roca de la intransigencia del rey y de su primer ministro, lord North. Lo único que lord North estaba dispuesto a hacer a modo de compromiso era ofrecer no poner impuestos a toda colonia que entregase dinero voluntariamente en la medida deseada por el Parlamento. (Para las colonias, esto era como si un bandido ofreciese a alguien no atracarlo si le entregaba voluntariamente su cartera.) Y aun esto sólo obtuvo del rey un consentimiento a regañadientes.

En verdad, lord North presentó una nueva Ley Coercitiva ante el Parlamento, el 27 de febrero de 1775. De acuerdo con dicha ley, se prohibía a las cuatro colonias de Nueva Inglaterra comerciar con ninguna nación que no fuese Gran Bretaña y las Antillas Británicas. Los habitantes de Nueva Inglaterra tampoco podían comerciar con las otras colonias ni hacer uso de las pesquerías atlánticas, que eran de fundamental importancia para la población.

Era claro que Gran Bretaña respondía a todos los pedidos de moderación con un mayor endurecimiento de sus exigencias, de modo que los colonos de Massachusetts siguieron preparándose para la guerra.

Y el general Gage siguió tratando de despojarlos de los medios para hacerlo. El 26 de febrero de 1775, Gage envió a sus soldados a Salem a recoger unos suministros militares que había allí, pero la ciudad estaba llena de colonos coléricos, y los soldados se volvieron.

Nuevamente, no se disparó ningún tiro, no se dio ningún golpe. Pero sólo era cuestión de tiempo. Hasta en la distante Virginia los hombres esperaban con el aliento contenido las noticias del norte, esperando con cada correo que llegaba recibir la nueva de que había comenzado el fuego.

El 23 de marzo de 1775, Patrick Henry se levantó en la Cámara de los *Burgesses* para afirmar la necesidad de formar una milicia armada en Virginia. Sostuvo vigorosamente que la guerra estaba por empezar. «El próximo vendaval que venga del Norte traerá a nuestros oídos el resonar de las armas. ¡Nuestros hermanos ya están en el campo de batalla! ¿Por qué esperar aquí, ociosos?

¿Qué es lo que desean los caballeros? ¿Qué quieren?

¿Son la vida o la paz tan dulces como para ser comparadas al precio de las cadenas o la esclavitud? ¡Impídelo, Señor Todopoderoso! No sé qué elegirán otros, pero en cuanto a mí, dadme la libertad o la muerte!»

Estas palabras resonaron a través de las colonias mientras, durante tres semanas más, la situación estuvo pendiente de un hilo. Después de todo, la perspectiva no era la

de una mera rebelión, sino la de una guerra civil del mundo de habla inglesa. Las colonias tenían considerables dimensiones. Su población era ahora de unos dos millones y medio, alrededor de un tercio de la de Gran Bretaña. La mayor ciudad colonial, Filadelfia, con una población de cuarenta mil habitantes, era la segunda ciudad de habla inglesa del mundo. Sólo Londres era mayor.

Entonces ocurrió...

El general Gage decidió aumentar sus esfuerzos para desarmar a los colonos de Massachusetts. El centro de la resistencia colonial era la ciudad de Concord, a treinta kilómetros al noroeste de Boston. Allí los Congresos Provinciales ilegales se reunieron para reclutar gente y organizar la resistencia. Allí se encontraban los dos líderes radicales, Sam Adams y John Hancock. Y allí se había acumulado una gran provisión de pertrechos militares.

Gage decidió enviar 700 soldados británicos a Concord, donde debían apoderarse de los depósitos militares o destruirlos, y arrestar a Adams y Hancock. Pero entre las tropas británicas las medidas de seguridad eran escasas, y había pocas decisiones tomadas por Gage de las que los colonos no obtuvieran pronto información.

Fotofoto 60

Paul Revere y William Dawes (nacido en Boston, en 1745) partieron en la tarde del 18 de abril de 1755, para prevenir a la región rural. Llegaron a Lexington, ciudad situada a diecisiete kilómetros al noroeste de Boston en la ruta a Concord. Ocurrió que Adams y Hancock estaban durmiendo allí. Despertados y alertados a tiempo, partieron a toda prisa.

En Lexington, se unió a Revere y Dawes un joven médico, Samuel Prescott (nacido en Concord en 1751) Todos se dirigieron a Concord, pero fueron detenidos por una patrulla británica. Revere fue arrestado y llevado de vuelta a Lexington, donde fue puesto en libertad Dawe escapo, pero volvió. Sólo Prescott siguió a Concorc cumpliendo con la vital misión de alertar al centro colonial.[6]

La alerta fue eficaz. Cuando los 700 británicos llegaron a Lexington, al alba del 19 de abril de 1755 hallaron a un puñado de *minutemen*, quizá no más de cuarenta, que se enfrentaron con ellos. El comandante John Pitcairn que condujo el avance del contingente inglés grito a los *minutemen* que se dispersasen.

Los *minutemen* debían haberlo hecho, y probablemente lo hubiesen hecho, pues eran superados en número casi veinte a uno Pero desde detrás de un muro de piedra llego un balazo. Quién disparó nadie lo sabe hasta hoy pero fue suficiente. Los nerviosos soldados británicos, sin recibir ordenes, dispararon a boca de jarro sobre lo *minutemen*, mataron a ocho y dejaron a diez más heridos. Los *minutemen* respondieron al fuego brevemente, y luego huyeron. Los británicos avanzaron, con un solo herido como única baja. En ese momento, la acción debe de haberles parecido meramente como hacer a un lado una mosca, pero fue la primera sangre derramada en batalla en el curso de lo que llego a llamarse «La Guerra de la Revolución Americana o, mas brevemente, «La Guerra Revolucionaria»[7]. Sam Adams, al menos, comprendió cabalmente el suceso. Mientras huía de Lexington, se afirma que dijo, exultante: «Este es un día glorioso para América.»

Los británicos llegaron a Concord y destruyeron los depósitos que pudieron hallar (la mayor parte había sido quitada para entonces), pero a su alrededor se estaba reuniendo la milicia de Massachusetts. En North Bridge, en Concord, los británicos se

---

6 El papel que desempeñó Revere en todo esto fue embellecido y agigantado más allá de toda posibilidad de reconocimiento por Henry Wadsworth Longfellow un siglo más tarde. En su poema «La Cabalgada de Paul Revere», que es la versión generalmente conocida por el público americano, Rever cabalga solo y llega hasta Concord.

7 Para quienes piensen que el término «revolución» es algo no americano, la lucha que comenzó ese día puede ser llamada «La Guerra de la Independencia».

hallaron frente a una multitud de granjeros armados. Hubo una dura pelea y los británicos sufrieron catorce bajas. Ya no se trataba de hacer a un lado una mosca[8].

A mediodía, los británicos ya estaban hartos y se dispusieron a regresar a Boston. Pero entonces llegó lo peor. La milicia encolerizada pululaba por todo el campo; había cuatro mil hombres, según algunas estimaciones. Detrás de cada árbol y cada roca, al parecer, brillaba un fusil y salía disparada una bala. En cambio, raramente se presentaba algún blanco fácil y las desconcertadas tropas británicas se tambaleaban, a medida que un soldado tras otro recibía un impacto. Hubieran muerto todos antes de llegar a Boston, de no haber sido por un fuerte contingente enviado en su socorro.

El viaje a Concord dio como resultado 99 soldados británicos muertos y desaparecidos y 174 heridos, un 40 por 100 del total de la fuerza, mientras que las bajas americanas fueron 93.

Fue una pequeña batalla, con bajas relativamente escasas, para lo que suelen ser las batallas, pero difícilmente habrá habido una batalla más importante en la historia, pues señaló el nacimiento de los Estados Unidos.

Se trataba ya de una guerra abierta, pues se había librado la primera batalla y habían caído las primeras bajas. Los radicales de Massachusetts hicieron todo lo posible en Lexington para demostrar que había sido provocada por los británicos. También explotaron al máximo la imagen de los soldados británicos escapando inútilmente por el camino a Boston bajo el demoledor fuego americano, de modo que la moral de los americanos subió alto.

La retirada de Concord no fue resultado solamente de la ineptitud británica, por supuesto, sino también de una diferencia en las armas que tuvo una influencia importante, y hasta decisiva, en los sucesos.

A fines de la Guerra contra Franceses e Indios, apareció una nueva arma en la frontera de Pensilvania y al sur. Fue llamada el «rifle de Kentucky» y había sido introducida por los neerlandeses de Pensilvania, quienes modificaron una versión europea de ella para hacerla más ligera y más fácil de cargar. Se cargaba con una bala más pequeña que el alma, de modo que se usaba un parche engrasado para mantenerla ajustada. Un cañón rayado «rifled» (esto es, con estrías en espiral en su superficie interna) hacía girar la bala y le imprimía una trayectoria más recta y más precisa que los mosquetes de alma lisa usados por los ejércitos regulares de las potencias europeas.

Este primitivo rifle americano, adecuadamente manejado, podía acertar en un blanco del tamaño de la cabeza de un hombre a 70 metros. Tenía la desventaja de que para cargarlo se necesitaba el triple de tiempo que con el mosquete, por lo que no era apto para las andana das rápidas que se efectuaban en las batallas formales de la época. En cambio, en manos de un guerrillero, seguro detrás de un árbol o una roca, el rifle de Kentucky era un arma mortal. Esto hizo que, si bien los soldados americanos, que carecían de entrenamiento y experiencia, perdieron la mayor parte de las batallas campales que libraron, mantuvieran pese a todo el dominio de las zonas rurales, y raramente los británicos pudieron controlar un territorio mayor que aquel en el cual estaba su ejército.

---

8 Este incidente fue inmortalizado por Ralph Waldo Emerson en 1837, en su poema «Concord Hymn», que comienza:

En el tosco puente que se alzaba sobre la corriente,
Su bandera [de los granjeros] se desplegaba bajo la brisa de abril;
Aquí, antaño, los granjeros formaron en orden de batalla
Y dispararon el tiro que se oyó en todo el mundo.

De Concord a Bunker Hill

Los radicales de Massachusetts no querían dejar que las cosas se enfriasen. El Congreso Provincial se dispuso inmediatamente a poner sitio a Boston. El 23 de abril había autorizado el reclutamiento de un ejército de 13.000 hombres, que puso bajo el mando de Artemas Ward (nacido en Shrewsbury, Massachusetts, en 1727). Había combatido en la Guerra contra Franceses e Indios y era lo más parecido a un soldado profesional que tenía Massachusetts en ese momento.

Las otras colonias de Nueva Inglaterra rápidamente enviaron contingentes a unirse a las fuerzas de Ward en Cambridge, al otro lado del río desde Boston, de manera que la guerra ahora había arrastrado a toda Nueva Inglaterra. Las noticias de la batalla y sus consecuencias se difundieron por todas las colonias. Una partida de cazadores acampados en las soledades de Ohio oyeron las noticias y pusieron a su campamento un nombre que era un homenaje. Alrededor de él creció la actual ciudad de Lexington de Kentucky.

Pero si las fuerzas coloniales querían tener alguna esperanza de tomar Boston realmente, necesitaban artillería, y no la tenían. Lo que tenían que hacer era tomarla de los ingleses, y el lugar más cercano donde tenían alguna posibilidad de hacerlo era en Fort Ticonderoga, sobre el lago Champlain, escenario de muchos combates durante la Guerra contra Franceses e Indios.

La captura del fuerte fue sugerida por Benedict Arnold (nacido en Norwich, Connecticut, el 14 de enero de 1741). Se había incorporado a la milicia de Massachusetts tan pronto como ésta se formó, y tenía ahora el rango de capitán. Su plan fue aprobado, él fue ascendido al rango de coronel, el 3 de mayo, y se le envió a que emprendiese la aventura.

En esto, como en toda otra cosa, sin embargo, Arnold tuvo la suerte contra él. Demostró ser uno de los mejores soldados de América, pero nada le salía bien. Con respecto a Ticonderoga, por ejemplo, se le adelantó alguien que estaba más cerca de ese lugar.

Fort Ticonderoga estaba unos 270 kilómetros al noroeste de Boston. Al este, del otro lado del lago Champlain, estaba la región de las Montañas Verdes (ahora llamada Vermont, de palabras francesas que significan «montañas verdes»). Allí vivía Ethan Alien (nacido en Lichfield, Connectitcut, el 21 de enero de 1738). Había luchado en la Guerra contra Franceses e Indios y llegado a la región de las Montañas Verdes en 1769. Allí formó un grupo de milicianos que se llamaron a sí mismos los «Muchachos de las Montañas Verdes» y cuyo principal objetivo era vigilar para que la colonia de Nueva York no lograse establecer su dominación sobre esa región.

Cuando le llegaron las noticias concernientes a Lexington y Concord, pensó que sería una buena idea tomar Fort Ticonderoga, que estaba inmediatamente del otro lado del lago. Benedict Arnold se abalanzó al oeste para tratar de ocupar el lugar, pero Allen no lo permitió. Frustrado (como lo estaría en muchas ocasiones) Arnold acompañó a la partida, sin embargo; ochenta y tres hombres cruzaron a remo el lago Champlain el 9 de mayo de 1755. Lograron una sorpresa total. La guarnición inglesa fue incapaz de resistir la repentina invasión de los rústicos y se rindieron el 10 de mayo. Dos días más tarde, Crown Point, a quince kilómetros al norte, también fue tomado.

El 10 de mayo, el mismo día en que fue tomado Fort Ticonderoga, el Segundo Congreso Continental se reunió en Filadelfia, según lo planeado, y se vio obligado a abordar el tema de la guerra en curso, al menos en Nueva Inglaterra.

Nuevamente, fue elegido presidente Peyton Randolph, pero murió casi inmediatamente, y John Hancock fue puesto en su lugar, indicio de la creciente radicalización del organismo. Muchos de los delegados del Primer Congreso Continental estuvieron también en el Segundo, además de otros hombres de prestigio.

Benjamin Franklin y George Washington, que no estuvieron en el Primero, asistieron al Segundo.

John Adams fue la principal fuerza radical del Segundo Congreso Continental y trabajó afanosamente para que las colonias que no formaban parte de Nueva Inglaterra hiciesen causa común con Massachusetts. Quería que la milicia de Nueva Inglaterra que estaba asediando a Boston fuese reconocida como un ejército intercolonial, un «ejército continental», para usar el mismo enfoque por el que la reunión era llamada un congreso continental.

Adams sabía que esto no sería aceptado si Massachusetts insistía en comandar el ejército e insinuó claramente que el delegado de Virginia, el coronel Washington, sería aceptable para Massachusetts como comandante en jefe, y que la milicia de Nueva Inglaterra gustosamente prestaría servicios bajo su mando.

Fue un golpe brillante. George Washington había combatido en las primeras batallas de la Guerra contra Franceses e Indios, pero había sido frustrado en su intento de desempeñar un papel más importante por los prejuicios británicos anticoloniales. Y ahora estaba ansioso por demostrar de lo que era capaz. Más aún, era un rico plantador que prestaría sus servicios sin paga, y un hombre enormemente respetado de carácter conservador y conocida integridad. Los hombres que no habrían confiado en los agitadores de Massachusetts confiarían en George Washington.

Así, el Congreso aceptó. El Ejército Continental fue creado el 14 de junio de 1775, y George Washington fue nombrado su comandante en jefe el 15 de junio.

Bajo su mando hubo cuatro generales, uno de los cuales era Artemas Ward. Otro era Israel Putnam de Connecticut (nacido en Danvers, Massachusetts, en 1718), quien, en un arranque patriótico, acudió a tomar parte en el sitio de Boston en el mismo momento en que se enteró de los sucesos de Lexington y Concord, aunque estaba cerca de los sesenta años. Los otros eran Philip Schuyler de Nueva York (nacido en Albany en 1733), un rico terrateniente tan respetado y conservador como Washington, y Charles Lee de Virginia, un oficial nacido en Gran Bretaña. Los cuatro generales habían actuado en la Guerra contra Franceses e Indios, pero ninguno de los cuatro había demostrado tener mucho talento militar.

Pero, apenas formado, el Ejército Continental se vio ante un momento decisivo en Boston. Los británicos no tenían ninguna intención de ceder y desembarcaron más tropas en Boston el 28 de mayo.

El 12 de junio el general Gage se sintió suficientemente confiado en la fuerza de sus tropas como para poner oficialmente a Boston bajo la ley marcial y declarar rebelde o traidor a todo americano que portase armas o prestase ayuda a otro que las portase. Pero, como gesto conciliador, ofreció el perdón a todo rebelde o traidor que depusiese las armas, con excepción de Sam Adams y John Hancock.

La respuesta americana fue hacer preparativos para ocupar y fortificar el terreno elevado de Charlestown, inmediatamente al norte del río Charles e inmediatamente al otro lado del río desde Boston. Como Boston, Charlestown estaba situada por entonces en una península unida a tierra firme por una estrecha franja de tierra. Había dos colinas en Charlestown, Bunker Hill y Breed's Hill, y cualquiera de ellas ofrecía una posición dominante para colocar la artillería que, se esperaba, llegase de Ticonderoga. En un principio, se pensó en fortificar Bunker Hill solamente, pero Breed's Hill estaba más cerca de Boston y el plan fue ampliado para incluirla.

En el alba del 17 de junio de 1775, 1.600 americanos estuvieron en Breed's Hill. Gage podía haber cercado la península de Charlestown colocando hombres en la franja terrestre, y luego haber bombardeado la colina desde los barcos del puerto. Si lo hubiese hecho, los americanos no habría podido resistir por mucho tiempo. Pero Gage probablemente estaba todavía irritado por la vergüenza de la retirada de Concord.

Pensaba que los americanos necesitaban una lección y que se debía demostrar claramente su total inferioridad frente a los soldados regulares británicos.

Por ello, ordenó tomar por asalto las fortificaciones de la colina de Charlestown y, para tal fin, envió 2.400 hombres a través del río Charles, durante el mediodía del 17 de junio. Las tropas estaban al mando de William Howe, quien había llegado con el grupo más reciente de refuerzos.

Para los británicos, era una mala situación militar. Tenían que trepar por una colina expuestos al fuego de un enemigo protegido detrás de murallas en la cima[9]. La única razón posible de que un jefe británico ordenase tal asalto era la idea de que la milicia americana flaquearía a la vista de soldados regulares británicos marchando hacia ellos y simplemente huirían.

Howe, pues, ordenó a un contingente de sus hombres que subiese por la colina en un perfecto orden cerrado, llevando pesadas mochilas y con sus uniformes escarlatas brillando al sol. Detrás de sus defensas esperaban los americanos, en perfecta posición, excepto por el hecho de que prácticamente no tenían pólvora.

Su comandante, el coronel William Prescott (nacido en Groton, Massachusetts, en 1726), no permitió que esa preciosa pólvora se desperdiciara. Toda bala debía dar en el blanco, lo cual significaba que sus hombres debían permitir a los británicos acercarse mucho, por atemorizadora que fuese su cercanía para muchachos granjeros no entrenados.

«No disparéis —ordenó— hasta que veáis el blanco de sus ojos.»

El contingente británico subió por la colina, tanto más confiado cuanto que la falta de disparos parecía indicar temor por parte de los americanos. En el momento apropiado, éstos, que se habían abstenido de hacer fuego hasta que los soldados estuvieron casi sobre ellos, lanzaron una andanada en la que casi toda bala dio en el blanco. La línea británica se derrumbo, y los sobrevivientes descendieron tambaleándose por la colina, dejando el terreno frente al reducto americano rojo de sangre y uniformes.

Por segunda vez, Howe envió un contingente por la colina que hallo la misma suerte que el primero. Ya no quedaba mas remedio que continuar el mismo juego estúpido, pues marcharse habría sido un golpe tremendo para el prestigio británico.

Así, Howe envió un tercer contingente, y dice mucho de la disciplina británica el hecho de que los soldados se movieran. Lo que mantuvo con vida a los soldados del contingente fue que los americanos habían agotado sus municiones. El tercer contingente de tropas británicas llego a la cima de las colinas, calo sus bayonetas y cargó. Los americanos, que tampoco tenían bayonetas, no tuvieron mas opción que marcharse. Lo mas rápidamente que pudieron, abandonaron Charlestown.

Los británicos retuvieron el terreno, por lo que proclamaron su victoria, pero estaban demasiado maltrechos para tratar de perseguir a los americanos mas allá de Charlestown. Sus perdidas habían sido enormes, 1.054 soldados muertos o heridos, entre ellos 89 oficiales. Uno de los oficiales muertos era el comandante Pitcairn, quien había conducido la vanguardia del ataque en el que se derramó sangre por primera vez, en Lexington. Las bajas americanas fueron de solo 450, pero uno de ellos era Joseph Warren, quien había elaborado las Resoluciones de Suffolk el año anterior.

Los británicos quedaron muy desalentados por esa «victoria» demasiado costosa y parecían haber caído en el letargo. Después de tomar las colinas de Charlestown, debían haber ocupado las alturas de Dorchester, inmediatamente mas allá de la franja de tierra que unía a Boston con tierra firme. Si lo hubiesen hecho, no habría quedado ningún lugar desde el cual la artillería americana pudiese dominar el puerto de Boston.

9 La colina [hill, en inglés] se llamaba «Breed’s Hill», pero la batalla fue llamada, por alguna razón, la «batalla de Bunker Hill». Por ello, lo que antaño se llamaba Breed’s Hill se llama hoy Bunker Hill.

Antes de la batalla de Bunker Hill, esa había sido la intención de Gage. Pero después de la batalla, Gage, aturdido, no hizo nada. Estaba apabullado, y lo único que se podía hacer era relevarlo del mando. Fue enviado de vuelta a Gran Bretaña el 10 de octubre de 1775, y William Howe fue puesto al frente de las fuerzas británicas en las colonias.

Esto también fue un error. Howe se mostraría, de manera creciente, incapaz de actuar de forma decisiva contra los americanos. Una explicación de esto es que nunca se sintió a gusto en una guerra que consideraba insensata e injusta, pero otra es que nunca se recupero de la horrible conmoción que le produjo la sangría de Breed's Hill.

Dos semanas después de la batalla, George Washington llego a Cambridge y asumió el mando de un ejercito que se consideraba vencedor de la batalla de Bunker Hill. No eran los británicos, sino su falta de pólvora, lo que les había derrotado. Quienes habían sido destrozados no eran ellos, sino los británicos.

Boston liberada

Fuera de Nueva Inglaterra, aun había una vaga esperanza de que se pudiese detener la guerra, que en verdad se estaba ahondando. El Segundo Congreso Continental aun no sonaba con la independencia y cundía la fría convicción de que los británicos finalmente triunfarían y los líderes coloniales serían ahorcados por traición. Por ello, se hizo un ultimo esfuerzo para lograr la paz. Dickinson de Pensilvania redacto una «Petición de Paz» que el Congreso firmo el 8 de julio de 1775 y la envió al rey Jorge. Reafirmaba la lealtad de las colonias y le pedía algunas concesiones que pusiesen fin a las hostilidades.

Pero esa petición no tenía ninguna probabilidad de ser escuchada. El 23 de agosto el Parlamento proclamo oficialmente que se había producido una rebelión general, y el 1 de septiembre, cuando se presento la petición al rey Jorge, éste la rechazó arguyendo que no aceptaba comunicaciones de rebeldes. Estaba claro que los británicos iban a someter a las colonias por la fuerza y no admitirían compromisos.

De todos modos, en Nueva Inglaterra no había sentimientos a favor de la paz. La euforia que siguió a la batalla de Bunker Hill era tal que las colonias de Nueva Inglaterra empezaron a pensar en acciones ofensivas. Se rumoreaba que los británicos iban a reclutar canadienses para combatir con los americanos, y se pensó que un audaz ataque contra Montreal y Quebec no sólo pondría fin a eso, sino que arrastraría a los franceses a la lucha contra su vieja enemiga, Gran Bretaña, con la esperanza de recuperar el Canadá.

La expedición fue puesta en un comienzo bajo el mando de Schuyler, pero su mala salud lo excluyó temporalmente y se puso en su lugar a otro neoyorquino, Richard Montgomery (nacido en Irlanda en 1736), quien había prestado servicios en el ejército británico. Montgomery condujo a su pequeño contingente hacia el norte mientras empeoraba el tiempo de otoño, y, cuando se aproximó a Montreal, el comandante británico, sir Guy Carleton, efectuó una retirada estratégica a Quebec. Montgomery tomó la ciudad indefensa el 13 de noviembre de 1775.

Mientras tanto, Benedict Arnold, que había sido defraudado al no obtener el mando de la expedición contra Fort Ticonderoga, estaba ansioso de tomar parte en esa nueva aventura. Con el permiso de Washington, reclutó 1.100 hombres y marchó hacia el norte, a través de Maine, hasta Quebec. Allí esperó a que Montgomery descendiese por el río desde Montreal para unirse a él. En el momento del encuentro, se había producido un considerable desgaste de hombres, y juntos tenían bajo su mando menos de mil hombres. Quebec estaba defendido por un número de hombres que duplicaba esa cantidad.

El 31 de diciembre de 1775, aventuraron un asalto en medio de una tormenta de nieve que terminó en el fracaso. La mitad de los hombres fueron muertos, heridos o tomados prisioneros. Montgomery fue muerto y Arnold herido. Arnold y los pocos cientos de hombres que quedaban permanecieron cerca de Quebec, pero no tenían esperanzas, y después de perder en otra escaramuza se retiraron, en junio.

El fracaso fue deprimente para los americanos y se convirtió en una excelente arma de propaganda en manos de los británicos. Los colonos habían proclamado que ellos sólo luchaban en defensa de sus derechos, pero ahora podía replicarse que los americanos habían atacado a una provincia pacífica sin provocación alguna.

El conflicto se agudizó aún más. Georgia se incorporó al Segundo Congreso Continental en septiembre de 1775, de modo que por primera vez estuvieron representadas las trece colonias[10].

Frente a una Gran Bretaña intransigente, el Congreso, ahora aumentado, tomó con renuencia medidas adicionales dirigidas a una expansión de la guerra. El 13 de octubre de 1775, autorizó la formación de una armada. Sus barcos no podían ser buques de guerra desde el principio, por supuesto, pero podían armarse y llevar a cabo incursiones contra las naves británicas.

En respuesta, los británicos anunciaron, el 23 de diciembre, que todos los puertos americanos estarían cerrados al comercio desde el 1 de marzo de 1776. Las colonias, en efecto, fueron sometidas a un bloqueo.

A fines de 1775, pues, la guerra era abierta, y sin embargo los portavoces de las colonias, en general, proclamaban su lealtad a Gran Bretaña. Sólo Sam Adams y unos pocos ultraradicales como él osaban hablar de «independencia».

Pero esto cambió gracias a la labor de Thomas Paine, quien, después de Sam Adams, tiene derecho a ser considerado el apóstol de la independencia americana.

Thomas Paine nació en Inglaterra, el 29 de enero de 1739. Era hijo de un cuáquero y fue durante toda su vida un hombre muy humanitario, que no sólo simpatizaba con los necesitados y esclavizados, sino hasta con el oprimido sexo femenino. En noviembre de 1774, llevando una recomendación de Benjamin Franklin, llegó a Pensilvania.

Una vez allí, publicó el *Pennsylvania Magazine* y pronto llegó a la conclusión de que la independencia era necesaria para las colonias. En primer lugar, era la única manera en que las colonias podían crear una república y liberarse de la tiranía del gobierno de un solo hombre y del despilfarro de una aristocracia hereditaria. Además, razonaba, sólo declarando que luchaban por su independencia podían obtener ayuda extranjera.

Paine se hizo con muchos amigos influyentes en las colonias, entre ellos el doctor Benjamin Rush (nacido cerca de Filadelfia, en 1745). Rush también era de una familia cuáquera y un hombre humanitario interesado por las mismas causas que movían a Paine. Rush alentó a Paine a publicar sus ideas en un folleto, que salió el 10 de enero de 1776. Llevaba el título de *Sentido común* y pasaba revista a todas las razones a favor de la independencia. Paine no vaciló en dejar de lado toda reverencia irracional y en echar toda la culpa de la política represiva británica sobre el mismo Jorge III.

---

10 En realidad, había más de trece colonias en América del Norte, pero las otras, por una u otra razón, no tomaron parte en la Guerra Revolucionaria. Canadá, aún habitado principalmente por católicos franceses, prefería el gobierno de una Gran Bretaña distante que la protegería contra los enérgicos protestantes de Nueva Inglaterra. Nueva Escocia, separada de las otras colonias por el mar, no consideraba que hubiese ninguna causa común. Las Antillas Británicas también se hallaban separadas por el mar y, de todas formas, contenían grandes cantidades de esclavos que, como temía la minoría blanca, no podían ser sujetados una vez iniciada la actividad revolucionaria.

El *Sentido común* resultó ser un *best-seller*. Su estilo sencillo, directo y muy dramático le ganó una enorme popularidad. Más que cualquier otro factor, produjo un necesario cambio en el pensamiento popular y convirtió la independencia en algo exigido por una cantidad suficiente de americanos como para hacerla posible políticamente. Entre otras cosas, ganó a George Washington para su causa.

Por supuesto, la cuestión era si la independencia sería posible militarmente. Esto dependía casi totalmente de George Washington, quien estaba esperando lo único que permitiría avanzar: los cañones de Ticonderoga.

Había puesto la responsabilidad de llevar esos cañones sobre los hombres de Henry Knox (nacido en Boston el 25 de julio de 1750). Knox era librero de profesión y había aprendido mucho sobre el aspecto técnico de la artillería en los libros con que comerciaba. Había estado presente en la matanza de Boston, se había incorporado a la milicia, cuando ésta se formó, estaba ahora en el Ejército Continental y llegó a ser uno de los más íntimos amigos de Washington.

Era lo más cercano a un experto en artillería que había en el ejército, por lo que Washington lo envió a Ticonderoga a por esos cañones. La distancia era de 270 kilómetros en línea recta, pero de 500 kilómetros por caminos transitables.

Mientras esperaba, Washington recibió el nuevo año de 1776 desplegando una nueva bandera sobre su cuartel general. Llevaba las trece franjas rojas y blancas que hoy nos son familiares, una por cada colonia. Pero en la parte superior izquierda aún estaba la Unión Jack (la bandera del Reino Unido), formada por las cruces de San Jorge y San Andrés, los santos patronos de Inglaterra y Escocia, respectivamente, y el conocido símbolo de Gran Bretaña.

En el invierno (y ayudado, más que obstaculizado, por la nieve) Knox arrastró esos cañones. El 24 de enero de 1776, cincuenta y cinco piezas de artillería, con un peso medio por pieza de más de una tonelada, lograron entrar en las líneas americanas.

El 4 de marzo, Washington colocó esas piezas de artillería en las alturas de Dorchester, que Howe había dejado, imprudentemente, sin ocupar. Desde esa ventajosa posición, los americanos podían bombardear cualquier punto de Boston y casi cualquier barco que estuviese en el puerto.

Howe se percató del peligro y, no habiendo sido capaz de prevenirlo, planeó ahora un asalto contra la artillería. Fue retrasado por fuertes lluvias y, cuando el tiempo se despejó, los americanos parecían demasiado bien atrincherados y Howe había tenido tiempo de acordarse de Bunker Hill.

Decidió que Boston se había vuelto demasiado peligrosa para permanecer en ella y, el 17 de marzo, evacuó la ciudad, llevando a todos los soldados a los barcos del puerto. Luego zarpó para Halifax, en Nueva Escocia, el 26 de marzo.

En poco menos de un año desde los días de Lexington y Concord, los británicos habían perdido Nueva Inglaterra, y de manera permanente. Después de la partida de Howe, los británicos nunca volvieron, y desde ese día hasta hoy Massachusetts nunca oyó el paso de un ejército hostil.

La evacuación de Boston fue justamente considerada una gran victoria para los americanos, pero en definitiva constituyó una medida juiciosa por parte de los británicos.

Nueva Inglaterra era la parte más densamente poblada y más rabiosamente radical de las colonias, y todo intento de tomarla por la acción militar directa habría sido costoso y difícil. Había estrategias mejores. Por ejemplo, Nueva Inglaterra podía ser aislada de las otras colonias y luego ser sometida por hambre. En las colonias que no formaban parte de Nueva Inglaterra los sentimientos de rebelión eran mucho más débiles y éstos, posiblemente, podían ser sofocados, para luego golpear a gusto a Nueva Inglaterra.

Los americanos probritánicos eran llamados «leales» por los británicos y por sí mismos, y se los encontraba principalmente (aunque no exclusivamente) entre las clases propietarias. Según algunos cálculos, un tercio de la población americana era leal, mientras que otro tercio era indiferente a las cuestiones políticas y solamente trataba de vivir lo mejor posible. Sólo el tercio restante lo constituían los «rebeldes» activamente empeñados en el conflicto con Gran Bretaña. En realidad, en las colonias medias, los leales eran mayoría.

Para sí mismos, por supuesto, los rebeldes eran «patriotas», mientras que los leales eran «tories», nombre dado al partido británico que defendía los poderes y las prerrogativas del Rey.

La Guerra Revolucionaria, pues, fue tanto una guerra civil como una guerra de liberación nacional. Hasta en Nueva Inglaterra había leales, y miles de ellos fueron llevados de Boston cuando la evacuación británica. Temían por sus vidas si permanecían en la ciudad, y tal temor probablemente era justificado.

Los leales fueron muy útiles para los británicos durante toda la guerra. Muchos de ellos servían como agentes de espionaje entre los americanos. Otros, hasta unos 30.000, servían en las filas británicas. Su ayuda podía haber sido decisiva, pero los británicos siempre vacilaron en utilizar sus servicios a fondo. Si los británicos hubiesen aplastado las rebeliones con la importante ayuda de los leales, éstos, una vez hechos con el dominio de las colonias, podían haber pedido, como recompensa, esas mismas concesiones que los británicos negaban a los americanos en armas contra ellos.

La Declaración de la Independencia

La evacuación británica de Boston no hizo pensar a Washington erróneamente que la guerra había terminado. No hacía falta mucha penetración para percatarse de que los británicos, derrotados en un punto, harían intentos en otro, y de que el punto débil de las colonias era la región media, entre la radical Nueva Inglaterra y la radical Virginia. Por ello, Washington condujo la parte principal de su ejército al sudoeste y llegó a Nueva York el 13 de abril de 1776, con 9.000 hombres.

Mientras tanto, entre el *Sentido común* de Paine y la excitación de la evacuación británica de Boston, el sentimiento favorable a la independencia llegó a récords de altura y los delegados del Segundo Congreso Continental podían sentirlo en cada mensaje.

Extrañamente, fue Carolina del Norte la que estuvo en el primer plano de la lucha. Ya el 31 de mayo de 1775, poco después de los sucesos de Lexington y Concord, los habitantes del condado de Mecklenburg, cerca de lo que era entonces la frontera occidental del Estado, elaboraron las «Resoluciones de Mecklenburg», en la que todas las leyes británicas eran declaradas nulas y vacías, e inútiles todos los despachos británicos. Las resoluciones declaraban la intención de los firmantes de lograr el autogobierno, pero no se hacía uso en realidad de la palabra «independencia». Sin embargo, el suceso dio origen a la leyenda de una «Declaración de la Independencia de Mecklenburg».

Un año más tarde, el Congreso Provincial de Carolina del Norte, el 12 de abril de 1776, instruyó oficialmente a sus delegados al Congreso Continental para que abogasen por la independencia. Fue la primera colonia que lo hizo de manera formal. Virginia la siguió, el 15 de mayo, y se dio por sentado que harían lo mismo las cuatro colonias de Nueva Inglaterra. Pero lo que se necesitaba para obtener la independencia era unanimidad. Sin ella, no se la alcanzaría. (Un delegado del Congreso dijo

nerviosamente: «Debemos permanecer unidos.» Benjamin Franklin respondió secamente: «Sí, o con toda seguridad nos colgarán separadamente.»)[11]

El 7 de junio de 1776, Richard Henry Lee de Virginia puso la cuestión a prueba. Se levantó y propuso que se aprobase una resolución en el sentido de que las colonias «son, y por derecho deben ser, Estados libres e independientes»[12].

La resolución era todavía demasiado difícil de abordar, y el Congreso postergó la votación designando a varios de sus miembros para que preparasen una formal Declaración de Independencia. Los designados para esto fueron Jefferson, Franklin y John Adams, junto con Robert Livingston de Nueva York (nacido en la ciudad de Nueva York el 27 de noviembre de 1746) y Roger Sherman de Connecticut (nacido en Newton, Massachusetts, el 19 de abril de 1721).

Fue Thomas Jefferson quien hizo lo principal de la tarea de preparar la Declaración, y obviamente fue influido por Rousseau y la doctrina del derecho natural. Escribió que las colonias debían asumir «la posición separada e igual a la que las Leyes de la Naturaleza y el Dios de la Naturaleza les daban derecho». También decía: «Sostenemos que son evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales, que están dotados por su creador de ciertos derechos inalienables, entre ellos el de la Vida, el de la Libertad y el de la búsqueda de la Felicidad. Que para asegurar estos derechos se instituyen entre los hombres gobiernos, cuyos poderes derivan justamente del consentimiento de los gobernados. Que cuando cualquier forma de gobierno se vuelve destructora de estos fines, es derecho del pueblo alterarla o aboliría e instituir un nuevo gobierno que se funde en tales principios y organice sus poderes de la forma en que se considera más probable el logro de la Seguridad y la Felicidad». Jefferson luego hizo una larga lista de los males infligidos a las colonias por Gran Bretaña, atribuyéndolos todos, clara y específicamente, a Jorge III; no mencionaba. al Parlamento. Esto era necesario, desde luego. Ningún americano sentía lealtad mística alguna hacia un cuerpo legislativo, sino sólo al rey; y era del rey de quien debían ser apartados los sentimientos americanos. Uno de los males registrados por Jefferson fue quitado por insistencia de aquellos que no lo consideraban un mal. Jefferson acusaba al rey de impedir que Virginia tratase de regular el comercio de esclavos africanos. Los delegados de Carolina del Sur se negaron a permitir toda mención acusatoria de la esclavitud, y ese punto fue suprimido.

El 28 de junio de 1776 se presentó al Congreso la Declaración de Independencia. Fue difícil hacerla aceptar. Algunos, como Galloway, estaban horrorizados. «La independencia —decía— significa la ruina. Si Inglaterra la niega, nos arruinará; si la otorga, nos arruinaremos nosotros mismos.» Galloway era absolutamente leal a Gran Bretaña, quizá el hombre leal más importante de las colonias. Más tarde, se unió al ejército de Howe y finalmente abandonó América, en 1778. Vivió los últimos quince años de su vida en Gran Bretaña.

Algunos delegados que no eran «leales» y que estaban ardientemente a favor de los derechos americanos y de su autogobierno, sin embargo, pensaban que buscar la independencia efectiva era poco juicioso, que no era un objetivo práctico. El más destacado de ellos era Dickinson.

---

11 Hay aquí un juego de palabras que es imposible traducir al castellano. El delegado al Congreso dice, en inglés: «We must all hang together», que significa «debemos mantenernos unidos», pero que en una imposible traducción literal, traducción sin sentido, claro está, es: «debemos colgar todos juntos». De aquí la ironía de la respuesta de Franklin. (N. del T.)

12 Un «Estado», debe recordarse, es una región soberana, que se gobierna a sí misma y no debe lealtad a ningún poder exterior. En los Estados Unidos, hoy, un Estado es una sección no independiente y subsidiaria de la nación, pero éste no era el significado de la palabra en 1776.

Pero una colonia tras otra fue ganada para una votación a favor de la Declaración. El voto de Carolina del Sur fue conseguido eliminando la referencia a la esclavitud. Dickinson y otro delegado de Pensilvania fueron persuadidos a que se abstuvieran, para que los delegados restantes pudiesen dar el voto de Pensilvania a favor. Había dos delegados de Delaware que estaban en posiciones opuestas en la cuestión, pero en el último minuto apareció un tercer delegado que se levantó de su lecho de enfermo, Caesar Rodney (nacido cerca de Dover, Delaware, en 1728), y dio su decisivo voto por la independencia. Sólo Nueva York no votó, pues sus delegados habían recibido instrucciones de no participar en el debate. Así, aunque la votación fue unánime, sólo fue de 12 a O, y la moción por la independencia fue aprobada el 2 de julio de 1776.

John Adams previo que en el futuro indefinido los americanos celebrarían el 2 de julio como el «Día de la Independencia». Tenía razón en esencia, pero se equivocó en cuanto a la fecha. Dos días más tarde, el 4 de julio de 1776, la Declaración de la Independencia fue firmada por John Hancock, presidente del Congreso Continental, y es este día el que hoy se conmemora.

La Declaración de la Independencia fue leída públicamente por primera vez en Filadelfia, el 8 de julio. El 9 de julio fue leída en Nueva York al general Washington y sus tropas, y la Legislatura de Nueva York, presumiblemente avergonzada de su intento de eludir el problema, votó la aceptación de la Declaración, con lo que se llegó a la totalidad de los 13 votos.

El 19 de julio el Congreso votó la redacción de la Declaración de la Independencia en una hermosa copia sobre pergamino (copia que aún existe como valioso le gado de la historia americana) que firmaron todos los delegados. En el curso del verano y el otoño de 1776, cincuenta y cinco firmas se añadieron a la de John Hancock. Esa acción de firmar estableció realmente la línea demarcatoria, pues todo el que ponía su firma en el documento dejaba una prueba escrita de que era un traidor (si los británicos ganaban). Consciente de esto, John Hancock firmó con letra clara y firme, «para que el rey Jorge pueda leerla sin sus gafas», lo que convirtió su nombre en un término del slang americano para «firma». Cuando Charles Carroll de Maryland (nacido en Annapolis el 19 de septiembre de 1737) puso su firma, alguien comentó que la mano le temblaba. Carroll, para demostrar que no era por temor, añadió el nombre de su finca, para que pudiese ser identificado más fácilmente.

Aparece como «Charles Carroll de Carrollton» en el documento. Entre los firmantes también estaban Samuel Adams, John Adams, Richard Henry Lee, Thomas Jefferson, Benjamin Rush y Benjamin Franklin.

Todos los firmantes son los «Padres Fundadores» de la nación, y por esta razón son semideificados, aunque algunos de ellos son totalmente oscuros y sólo se los conoce por ese acto. El primero de ellos que murió fue Button Gwinnet de Georgia (nacido en Inglaterra en 1735). Murió en 1777, y su firma (valiosa porque era un firmante de la Declaración de la Independencia) es tan rara que su valor es muy elevado entre los coleccionistas de cosas semejantes.

De los cincuenta y seis firmantes, treinta y nueve era de ascendencia inglesa, y todos tenían al menos un progenitor que descendía de antepasados de algún lugar de las Islas Británicas. Treinta de ellos eran episcopalistas (Iglesia de Inglaterra) y doce eran congregacionalistas. Había tres unitarios (entre ellos Thomas Jefferson y John Adams). Benjamin Franklin, quien se negó a identificarse con ninguna secta, se llamó a sí mismo un «deísta». Charles Carroll de Carrollton fue el único católico romano que había entre los firmantes.

CAPÍTULO 4 - HOWE CONTRA WASHINGTON

La ayuda extranjera

El 4 de julio de 1776 es celebrado por los americanos como la fecha en que se estableció la independencia de los Estados Unidos, la fecha en la que comienza nuestra historia como nación; y, por esta razón, su aniversario es celebrado triunfalmente todos los años. Pero la verdad es que la Declaración de la Independencia no fundó, ni siquiera en teoría, una nación nueva e independiente. Fundó trece naciones separadas nuevas e independientes, naciones con fronteras inciertas y con mucha hostilidad entre ellas. Durante 1776, diversos Estados adoptaron constituciones escritas, que delineaban su forma de gobierno, eligieron «presidentes», etcétera. Algunos hasta lo hicieron antes de la Declaración de la Independencia, y el primero de ellos fue New Hampshire, el 5 de enero de 1776. La más importante de las constituciones de los Estados fue la de Virginia, adoptada el 29 de junio, cinco días antes de que Hancock firmase la Declaración de la Independencia. Incluía una declaración de derechos que el gobierno del Estado no podía violar, entre ellos la libertad de prensa y de religión, el derecho a un juicio por jurados, el derecho a no ser obligado a testimoniar en contra de sí mismo, etcétera. Este Proyecto de Declaración de Derechos, esbozado por George Mason, influyó en la elaboración por Jefferson de la Declaración de la Independencia y fue el modelo de documentos similares de otras constituciones, en los Estados Unidos y en Francia. La preocupación americana por las libertades civiles como derechos legales proviene de este documento.

Las diversas ex colonias, ahora afanosamente dedicadas a organizarse como naciones, eran celosas de su propia identidad y cada una tenía toda la intención de gobernarse a sí misma sin interferencia de ninguna de las otras ex colonias. Sólo el hecho de que estaban unidas en la guerra contra Gran Bretaña permitía alguna cooperación, aunque a regañadientes.

Y la cooperación era insuficiente. El Congreso Continental no tenía ningún poder para establecer impuestos, ningún poder para aprobar leyes. Sólo podía pedir, con la esperanza de que los Estados independientes optasen por dar.

Los Estados nunca daban bastante. El Ejército Continental estaba constantemente necesitado de alimentos, ropas y municiones, mientras que los británicos, por supuesto, siempre tenían bastante. De hecho, los granjeros americanos preferían vender a los británicos, que pagaban en dinero contante y sonante, y no a los harapientos continentales, que no tenían dinero sino trozos de papel que representaban promesas de un futuro pago en oro, si la rebelión tenía éxito. (En inglés americano aún se usa la expresión: «No vale un continental», con referencia al papel moneda que el Congreso Continental había empezado a emitir ya en junio de 1775.)

En estas condiciones, los americanos podían mantener una guerra de guerrillas por largo tiempo, pero no había esperanza de victoria mientras Gran Bretaña se mantuviera firme. Lo que se necesitaba imperiosamente era apoyo extranjero; suministros, dinero y ayuda naval, si era posible, para romper el bloqueo británico.

Sólo había una nación a la que los americanos podían recurrir, que era Francia. Era una decisión difícil, pues durante casi un siglo Francia había sido la enemiga. Apelar a ella ahora contra Gran Bretaña era sumamente desagradable, pero tenía que hacerse. Sólo Francia podía proporcionar ayuda, sólo Francia estaría dispuesta a ayudar y sólo Francia tenía fuerza suficiente para desafiar a Gran Bretaña.

Pero Francia no estaba ansiosa de ayudar. Quería ayudar, no por generosidad, sino por el deseo de debilitar a Gran Bretaña. Francia no había olvidado la pérdida de sus posesiones norteamericanas, menos de veinte años antes, y deseaba hacer algo para perjudicar el dominio inglés, ya que esto le brindaría, quizá, la oportunidad para recuperar lo que había perdido; o, al menos, impedir que Gran Bretaña se hiciese demasiado peligrosamente poderosa.

Por otro lado, el gobierno francés de Luis XVI (quien había subido al trono en 1774, a la muerte de su abuelo Luis XV) era un monarca absoluto que no sentía ninguna simpatía por el tipo de gobierno representativo al que los británicos y los americanos estaban acostumbrados. En verdad, el gobierno francés se enfrentaba con la bancarrota y la creciente oposición de su propio pueblo y, en vez de enredarse en aventuras extranjeras, habría debido, si hubiese tenido sensatez (que no tenía), efectuar reformas internas profundas y drásticas. También surgía la consideración de que una América independiente podía ser (si se hacía demasiado fuerte) tan peligrosa para los sueños imperiales de Francia como una Gran Bretaña fuerte, mientras que, si América perdía la guerra, una Gran Bretaña enfurecida podía volverse contra Francia.

Por consiguiente, Francia vacilaba.

Un factor que favorecía a los americanos era el hecho de que el ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Charles Gravier de Vergennes, odiaba ardientemente a Gran Bretaña y siempre se hallaba dispuesto a arriesgarse un poco ayudando a los americanos en rebelión. Un autor francés de obras de teatro, Pierre Augustin Carón de Beaumarchais, famoso a la sazón por su obra El barbero de Sevilla, era un entusiasta defensor de los americanos[13] e hizo todo lo posible para persuadir a Vergennes a que asumiese ese riesgo. El 10 de junio de 1776, aun antes de firmarse la Declaración de la Independencia, Beaumarchais había persuadido a Vergennes a que concediese un préstamo secreto a los americanos. España, también ansiosa de debilitar el dominio de Gran Bretaña sobre América del Norte, concedió un préstamo igual.

Naturalmente, los americanos querían cada vez más ayuda, una ayuda ilimitada, en verdad, de Francia. Para defender su causa, el Congreso, el 3 de marzo de 1776, cuatro meses antes de la Declaración de la Independencia, había enviado un representante a Francia. Este representante, el primer diplomático americano, era Silas Deane (nacido en Groton, Connecticut, el 24 de diciembre de 1737). Por desgracia, era un hombre incompetente. Su mejor amigo era un espía británico, y Deane nunca lo supo. De todo lo que hacía, pues, era inmediatamente informado el gobierno británico.

Pero pese a todos los apremios de Deane y los impulsos de Vergennes, Francia seguía corriendo los menores riesgos posibles. Se formó un círculo vicioso. Los franceses no ayudarían realmente hasta estar seguros de que los americanos ganarían. Los americanos, por otro lado, difícilmente podían ganar sin ayuda francesa.

Extrañamente, también los británicos necesitaban ayuda extranjera, pero en otro aspecto.

La guerra no era popular en Gran Bretaña. Jorge III se enfrentaba con una gran oposición dentro de la nación, y aunque era suficientemente poderoso para mantener en su cargo a los ministros que favorecía por mucho que careciesen de un fuerte apoyo nacional, no lo era para hacer popular la guerra. Los británicos no acudían en masa a alistarse para ser enviados a cinco mil kilómetros para matar a quienes muchos en Gran Bretaña aún consideraban como otros súbditos británicos. En verdad, había cierta sensación de que si Jorge III derrotaba a los americanos, establecería en América un

---

13 Aunque el gobierno francés era una monarquía absoluta y, en teoría, enemigo de la democracia, muchos intelectuales franceses tenían elevados ideales democráticos y eran lo que hoy llamaríamos «izquierdistas». La Revolución Americana fue apoyada, en su época, por los izquierdistas de todas partes.

género de absolutismo que podía ser usado como antecedente para imponerlo también en la isla metropolitana.

Por consiguiente, Jorge III se vio obligado a buscar mercenarios extranjeros para engrosar sus ejércitos. Comenzó a hacerlo inmediatamente después de la batalla de Bunker Hill, y los halló principalmente en los dos pequeños Estados alemanes de Hesse-Cassel y Hesse-Darmstadt. Los gobernantes de estos dos minúsculos países tenían poderes absolutos. Como se hallaban en dificultades financieras, sencillamente enviaron a miles de sus súbditos a prestar servicios con los británicos a cambio de generosos pagos que, claro está, iban a manos de los gobernantes, no de los soldados, aunque éstos recibían una paga regular de los británicos una vez incorporados.

En total, quizá unos 30.000 hessianos (como se los llamaba) prestaron servicios en los ejércitos británicos. Los americanos aprovecharon su presencia en las fuerzas británicas para despertar la indignación en su propio pueblo. Fue una de las quejas contra Jorge III mencionada en la Declaración de la Independencia, por ejemplo. Y, en verdad, aumentó el reclutamiento, pues los americanos se incorporaron para luchar, indignados contra los mercenarios extranjeros.

Debe decirse que los hessianos eran buenos soldados, y no cometieron particulares atrocidades; tampoco fueron maltradados cuando se los tomó prisioneros. En verdad, muchos de ellos permanecieron en el país, una vez terminada la guerra, y se convirtieron en ciudadanos americanos.

La lucha por Nueva York

El general Washington, en Nueva York, tenía poco tiempo para discutir cuestiones como la ayuda extranjera a la independencia. Esperaba al ejército británico que, estaba seguro, debía llegar.

Y llegó. Tres meses después de la evacuación de Boston, Howe llevó su ejército a las cercanías de Nueva York, donde podía esperar que hubiera un menor sentimiento antibritánico entre la población que en Boston.

El 2 de julio de 1776, mientras el Congreso aprobaba la Declaración de la Independencia, Howe desembarcó 10.000 hombres en Staten Island sin hallar oposición alguna. El hermano de Howe, el almirante Richard Howe, llegó diez días más tarde con un fuerte contingente de barcos. Además, el 1 de agosto llegaron refuerzos de Charleston (donde habían atacado la ciudad sin ningún éxito) bajo el mando de Henry Clinton y Charles Cornwallis.

En agosto, pues, Howe tenía bajo su mando a 32.000 soldados entrenados, entre ellos 9.000 hessianos. Washington sólo tenía 18.000 hombres, en su mayoría soldados mal preparados y por un período breve. (Los americanos, no acostumbrados a largas campañas y muy preocupados por sus granjas y familias, sólo se alistaban por unos pocos meses. Para el momento en que se les había enseñado los rudimentos del entrenamiento, su plazo ya expiraba. El cambio era terrorífico, y Washington nunca tuvo, en realidad, tantos hombres como parecía tener en el papel.)

Washington comprendió que Nueva York debía ser entregada si Howe se apoderaba de las alturas de Brooklyn, inmediatamente al otro lado del río East. Por ello, colocó un tercio de sus tropas del otro lado del río para tratar de rechazar a los británicos.

Entre el 22 y el 25 de agosto, Howe desembarcó 20.000 hombres en los estrechos de lo que hoy llamamos el barrio de Brooklyn. (La batalla que se libraría es llamada comúnmente la «batalla de Long Island», y hablando estrictamente se produjo en Long Island. Pero se libró en la parte más occidental de la isla, donde está ahora

Brooklyn. Sería más claro para oídos modernos si la llamásemos la «batalla de Brooklyn.)

Con poco tino, los americanos colocaron fuerzas al sur de las fortificaciones de las alturas de Brooklyn, con lo cual invitaron a una lucha en campo abierto que no tenían ninguna posibilidad de ganar. Los británicos los atacaron el 27 de agosto. Se combatió duramente en las colinas boscosas de Flatbush, cuando un contingente británico que había sido enviado al Este llegó para aplastar a la retaguardia de las fuerzas americanas, que se vieron obligadas a retirarse a las alturas de Brooklyn. Ambas partes perdieron unos 400 hombres entre muertos y heridos, pero los británicos tomaron 1.200 prisioneros y sólo la mitad de las tropas americanas lograron volver a la seguridad de las alturas.

El paso siguiente, de ordinario, habría sido que Howe atacase las alturas. Una victoria aplastante probablemente habría destruido la moral de las fuerzas de Washington y hecho un daño terrible a la causa americana.

Pero surgió el fantasma de Bunker Hill. Howe no podía decidirse a enviar a sus hombres laderas arriba frente al fuego americano. Otra vez no. En cambio, se preparó para poner sitio a las alturas y rendir por hambre a los americanos.

Pero Washington pensó que ya había obtenido todo lo que podía en Brooklyn. Sus hombres habían luchado contra un enemigo que los superaba numéricamente de la mejor manera posible y era inútil pedirles más sacrificios. Que Howe no atacase las alturas ya era una especie de victoria en sí mismo. Demostraba que ahora los británicos respetaban a los americanos, lo que no ocurría antes de Bunker Hill, y eso era suficiente.

Por supuesto, la pérdida de las alturas de Brooklyn significaba que no podía retenerse Nueva York, mas por un momento Howe se abstuvo de atacar la isla de Manhattan, pues esperaba aun entonces, dos meses después de la Declaración de la Independencia, un acuerdo pacífico.

Había tomado prisionero al general John Sullivan (nacido en Somersworth, New Hampshire, el 17 de febrero de 1740) durante la batalla de Brooklyn y lo utilizó como emisario. Sullivan marchó a Filadelfia con un mensaje de Howe proponiendo una conferencia de paz.

El Congreso aceptó. Tres firmantes de la Declaración de la Independencia, Benjamin Franklin, John Adams y Edward Rutledge (nacido en Charleston, Carolina del Sur, el 23 de noviembre de 1749) convinieron en arriesgarse a ir a Staten Island y ponerse en manos de un general británico para quien ellos sólo podían ser traidores. El 6 de septiembre se reunieron con Howe, que fue sumamente cortés. Pero no se llegó a nada. Howe explicó que no podía haber discusiones hasta que los americanos no admitiesen revocar la Declaración de la Independencia. Era demasiado tarde para esto. No se podía renunciar a la independencia. Howe, defraudado, hizo preparativos para la ocupación de Nueva York. El 15 de septiembre envió sus tropas a través del río East hasta Kip's Bay, sobre la costa oriental de Manhattan, muy al norte de la ciudad, que por entonces sólo ocupaba la punta meridional de la isla. Esperaba atrapar al ejército americano al sur y obligarlo a rendirse.

Pero no tuvo éxito. Aunque Washington no tenía fuerzas suficientes para ganar victorias y aunque no era un gran general, sí era un hombre astuto y cauto, y esto a veces es casi tan bueno como ser grande. Previo la acción británica, hizo evacuar la ciudad y se retiró a la parte norte de la isla, donde fortificó las alturas de Harlem.

Howe lo persiguió, pero, nuevamente, después de una escaramuza indecisa, optó por no llevar un asalto directo.

Otra vez surgió el recuerdo de Bunker Hill .

Durante un mes, Washington permaneció en las alturas de Harlem, tratando de adivinar cuál sería el siguiente paso británico, y durante un mes Howe permaneció en Nueva York tratando de llegar a una decisión.

Fue en ese intervalo cuando se produjo un incidente, poco importante en sí mismo, que ha logrado un lugar sacrosanto en el folklore americano. Concernía a Nathan Hale (nacido en Coventry, Connecticut, el 6 de junio de 1755), un maestro de escuela que había luchado en el asedio de Boston y había alcanzado el grado de capitán. Ahora se ofreció voluntariamente para actuar como espía detrás de las líneas británicas. Fue descubierto, capturado y condenado a la horca el 22 de septiembre de 1776.

Hale era graduado de Yale y quizá en el Catón de Joseph Addison (publicado sesenta años antes), acerca de un patriota romano que murió luchando tenazmente por las libertades de su ciudad, Addison le hace decir: «¡Lástima que sólo podamos morir una vez para salvar a nuestra patria!» En el patíbulo, sus últimas palabras fueron: «Lo único que lamento es tener solamente una vida que perder por mi país.»

Otra cosa estaba ocurriendo mientras Howe esperaba, irresoluto, en Nueva York, algo mucho menos dramático, pero de decisiva importancia.

El Congreso decidió reforzar su representación en Francia y envió a Arthur Lee (nacido en Strattford, Virginia, el 21 de diciembre de 1740) y a Benjamin Franklin para que se unieran a Silas Deane. Lee era tan incompetente como Deane, y los dos se pelearon e intrigaron uno contra el otro, haciendo más daño que bien a la causa americana. Pero Franklin compensó esta situación, pues era ideal para el puesto. Era renombrado en Europa como científico y como inventor del pararrayos. Era conocido por sus escritos y admirado por su aguda filosofía. Se convirtió en el fervor de la aristocracia francesa y, adulándola con todas sus fuerzas por si eso servía de algo, despertó simpatías en toda Francia por la causa americana.

La retirada a través de Nueva Jersey

Las dilaciones de Howe arruinaron toda la estrategia británica. Si hubiese actuado rápidamente después de ocupar Nueva York, si hubiese atacado con la decisión y energía de un gran general, o al menos de un general audaz, fácilmente podía haber aplastado al pequeño ejército de jóvenes granjeros de Washington, y luego haber efectuado un avance aguas arriba del río Hudson hasta Albany.

Las fuerzas británicas de Canadá, que ya habían derrotado a un contingente americano el invierno anterior, podían haber avanzado hacia el sur para unirse con Howe y aislar a Nueva Inglaterra del resto de las colonias. Muy probablemente, esto habría obligado a los americanos a llegar a algún género de compromiso que habría excluido la independencia.

En verdad, las fuerzas británicas ya estaban avanzando hacia el sur desde Canadá. Sir Huy Carleton, que había defendido con éxito Quebec el invierno anterior, estaba reuniendo barcos para llevar a sus hombres al sur del lago Champlain. Frente a él estaba Benedict Arnold, que aún se aferraba a su plan de conquista del Canadá. Pero entre el 11 y el 13 de octubre, la flota de Carleton aplastó a los barcos apresuradamente reunidos y tripulados por hombres reclutados al azar, y luego bajó por el lago hasta Crown Point, en su extremo meridional.

Pero Carleton no recibió ninguna noticia de Howe que le hiciese pensar que podía esperar cooperación de él. No deseaba tener que pasar un penoso invierno en Adirondack sin la esperanza de una unión de las fuerzas. Por ello, el 3 de noviembre se retiró a Canadá y Gran Bretaña perdió una oportunidad.

Sólo el 12 de octubre, Howe se decidió a moverse, pero sus objetivos eran limitados. Envió su ejército aguas arriba del río East y lo hizo desembarcar en Pell's Poit, en el norte de Bronx. Su plan era pasar al Hudson y aislar a Washington en el norte de Manhattan.

Este intento de derrotar a Washington mediante maniobras solamente fracasó, pues Washington le llevaba mucha ventaja. Dejando un contingente en Fort Washington, en el extremo septentrional de Manhattan, llevó su ejército a Westchester y marchó hacia White Plains. Howe lo siguió y en White Plains se dio una pequeña batalla el 28 de octubre en la que los británicos expulsaron a Washington de una colina estratégica, pero en la que perdieron 300 hombres y los americanos 200.

Howe se detuvo nuevamente ante la imposibilidad de soportar las pérdidas, y esperó la llegada de refuerzos. Washington de inmediato se deslizó a North Castle, a ocho kilómetros al norte, donde el 1 de noviembre se atrincheró en una posición aún más fuerte.

Howe decidió no perseguir al escurridizo Washington y, después de otro día de dilación, se volvió contra la fuerza americana que estaba en Fort Washington. Este y Fort Lee, inmediatamente del otro lado del río, sobre la costa de Nueva Jersey, estaban bajo el mando de Nathaniel Greene (nacido en Potowomut, Rhode Island, el 7 de agosto de 1742). Washington había aconsejado la evacuación de ambos puestos mientras era tiempo, pero Greene, con poco tino, pensó que podía resistir a los británicos.

El 16 de noviembre, Howe envió 13.000 hombres (principalmente hessianos, bajo el mando de un comandante hessiano) contra Fort Washington y lo obligó a rendirse. El 19 de noviembre sacó provecho de esta victoria enviando tropas bajo el mando de Cornwallis a través del Hudson.

Fort Lee también fue tomado, pero al menos aquí no hubo rendición. Greene consiguió sacar del fuerte a sus hombres, pero se vio obligado a abandonar valiosos suministros.

La pérdida de Fort Washington y Fort Lee fue un duro golpe para Washington, pero temía que todavía habría algo peor. El cruce del Hudson significaba que Howe podía avanzar sobre Filadelfia. A ciento cuarenta kilómetros al sudoeste de Nueva York, Filadelfia era la mayor ciudad americana y la sede del Congreso, por lo que en cierto modo podía ser considerada como la capital de los Estados Unidos. Washington pensaba que no se podía ceder Filadelfia sin luchar, costase lo que costase.

Por ello, Washington dejó 7.000 hombres en North Castle al mando de Charles Lee y él se llevó 5.000 más al norte, a Peekskill. Allí, durante la noche del 10 de noviembre, atravesó el Hudson y se lanzó al sur para cubrir la ruta a Filadelfia. Washington unió sus fuerzas con las del derrotado Greene en Hackensack, Nueva Jersey, poco después de la pérdida de los fuertes.

Cornwallis avanzó sobre ellos, y lo único que podían hacer era retirarse. Washington envió mensajes urgentes a Charles Lee, en North Castle para que cruzara el Hudson con sus hombres y se le uniera. Si se iba a librar una batalla con los británicos, Washington necesitaría todos los hombres que pudiese obtener.

Pero Charles Lee valoraba poco a Washington y mucho a sí mismo. Su intención era obtener algún éxito notable que, contrastado con las continuas retiradas de Washington, le ganase el cargo de comandante en jefe. Por ello, pasó fríamente por alto las órdenes de Washington. Sólo el 2 de diciembre, cuando se convenció de que no iba a suceder nada en North Castle y que toda la lucha sería en Nueva Jersey, cruzó el Hudson con sus hombres.

Para entonces, Washington y Greene habían sido rechazados a New Brunswick y aún estaban retirándose rápidamente. Lograron llegar al río Raritan y atravesarlo, mientras los lentos británicos perdían la oportunidad de apoderarse ellos de un puente fundamental y atrapar a los americanos. (En verdad, Howe usó parte de su ejército en una acción totalmente secundaria, pues la envió a capturar Newport, en Rhode Island. El ejército cumplió con esta misión el 8 de diciembre, pero fue un esfuerzo desperdiciado, pues el objetivo de Howe debía ser la destrucción del ejército de Washington. Debía haber postergado toda otra cosa.)

Washington y Greene llegaron a Trenton, Nueva Jersey, el 11 de diciembre, y cruzaron el río Delaware para entrar en Pensilvania, justo delante de los ingleses. Cornwallis, tomando una decisión digna de Howe, optó por suspender la persecución esta vez. Colocó a sus hombres en Trenton y algunas de las ciudades circundantes y se dispuso a esperar el invierno.

Charles Lee aún estaba perdiendo el tiempo en Nueva Jersey, pero el 13 de diciembre fue capturado por una patrulla británica y puesto fuera de acción. Era lo mejor que podía haber sucedido para la causa americana. Sullivan, que había sido tomado prisionero en Brooklyn, fue cambiado por otro y ahora tomó el mando en reemplazo de Lee. Llevó a los soldados a Pensilvania, el 20 de diciembre, y se unió a las fuerzas de Washington.

El medio año transcurrido desde que Howe había llegado a Nueva York había sido un período de prueba para los americanos. Después de todos los éxitos americanos en Nueva Inglaterra, Washington había perdido Nueva York, había sido expulsado de un punto tras otro y había tenido que escabullirse por Nueva Jersey. Ahora la misma Filadelfia estaba en peligro, tan claramente en peligro, en efecto, que el Congreso Continental salió apresuradamente de Filadelfia y se instaló en Baltimore, poniendo todos los poderes en manos de Washington.

Thomas Paine, quien prestaba servicios en el ejército bajo las órdenes de Nathaniel Greene, publicó una serie de folletos llamados *La Crisis Americana*, en los que trataba de levantar el ánimo caído de los americanos, instando a sus compatriotas a ver las cosas más allá de los días oscuros.

El primer número fue publicado el 23 de diciembre de 1776, y empezaba diciendo:

«Estos son los tiempos que ponen a prueba el alma de los hombres. El soldado de verano y el patriota de tiempos tranquilos se abstendrán en esta crisis de prestar servicios a su país; pero el que puede resistir ahora merece el amor y el agradecimiento de hombres y mujeres, La tiranía, como el infierno, no es fácil de vencer; pero tenemos este consuelo: que cuanto más duro es el conflicto, tanto más glorioso es el triunfo. Lo que nos cuesta poco, lo estimamos también en poco: es sólo lo que nos cuesta lo que da a cada cosa su valor. El Cielo sabe cómo poner un justo precio a sus bienes; y sería extraño, en verdad, que un artículo tan celestial como la Libertad no fuese altamente valorado.»

Contraataque a través del río Delaware

Cuando 1776 se acercaba a su fin, la situación no era tan mala como podría parecer. Gracias a la lentitud de Howe y a su estilo de lucha en un todo carente de imaginación, y gracias a las hábiles retiradas de Washington, el ejército americano permanecía en pie y su moral no había sido destruida por ninguna derrota catastrófica. En verdad, en los combates que se habían producido, los americanos se habían desempeñado dignamente, y había sido el predominio británico en número y suministros el causante de las derrotas americanas, más que falta de espíritu en ellos. (Aunque debe admitirse que los americanos no habrían podido salir bien parados sin la ayuda que les proporcionó la incompetencia de Howe.) Y ahora Howe, inerte como de costumbre, se retiró a cuarteles de invierno. Llevó la mayor parte del ejército a Nueva York, pero dejó guarniciones a lo largo del Delaware, particularmente en Trenton, para vigilar a Washington. Howe se dispuso a descansar durante el invierno, seguro de que los americanos de la parte occidental del río Delaware harían lo mismo. Washington estaba decidido a que los americanos no hiciesen lo mismo. Era necesario que el ejército

americano se demostrase a sí mismo que seguía existiendo y poseía espíritu ofensivo pese a su larga retirada. Así, planeó atacar a su vez.

Para tal fin, eligió la noche de la Navidad. En Trenton, había 1.400 hessianos que seguramente estarían durmiendo la mona después de la celebración de la Noche Buena. Sería posible cogerlos por sorpresa.

A las 7 de la tarde del 25 de diciembre, pues, Washington, con 2.400 hombres, atravesó el peligroso río Délaware obstruido por los hielos, en un punto situado a trece kilómetros al norte de Trenton[14]. Se suponía que otras dos partidas más pequeñas cruzarían más al sur, pero no lo hicieron.

En la orilla oriental a las 3 de la madrugada del 26, el ejército de Washington se dividió en dos columnas, una bajo el mando de Greene y la otra bajo el de Sullivan. Ambas se dirigieron apresuradamente hacia Trenton por diferentes caminos.

Mientras ocurría esto, el comandante hessiano de Trenton, beatíficamente ignorante de que sucediese nada peligroso, pasaba la noche bebiendo y jugando a las cartas. Se cuenta que un espía leal quiso informar del inminente ataque americano, pero no se le permitió la entrada. Entonces envió una nota, que el comandante se metió en un bolsillo y olvidó. (Puesto que historias casi idénticas se cuentan de otros ataques por sorpresa en la historia, este relato puede no ser verdadero.)

A las 8 de la mañana las columnas americanas se reunieron en Trenton y atacaron con la artillería de Knox retumbando incesantemente. Los hessianos, que se levantaban tambaleando de la cama, no tenían posibilidad alguna. Su comandante fue muerto, junto con otros treinta, y fueron capturados más de 900 hessianos. Las fuerzas americanas sufrieron solamente cinco bajas en total. Washington condujo su ejército de vuelta a la orilla occidental del río, pero, como los británicos no reaccionaron inmediatamente, cruzó nuevamente el Delaware y, el 30 de diciembre de 1776, ocupó Trenton.

No fue propiamente una batalla, pero significó que Washington y su ejército estaban bien vivos. Todos los patriotas americanos se regocijaron ante las noticias y los reclutas afluyeron en cantidad al ejército de Washington.

Howe se percató del golpe que se había asestado al prestigio británico y comprendió que podía ser restablecido si se podía atrapar al ejército de Washington en Trenton. Por ello, el 1 de enero de 1777 se lanzó a una insólita actividad y envió a Cornwallis con 7.000 soldados para que se dirigiera apresuradamente hacia el sur y cogiera la presa. El 2 de enero Cornwallis llegó donde estaba el ejército de Washington y acampó al este de Trenton. Pero ya era tarde, y Cornwallis pensó que tendría tiempo suficiente al día siguiente para realizar la tarea, «para cazar al viejo zorro», como él decía.

El viejo zorro no era tan fácil de cazar. Dejó los hombres necesarios para hacer los ruidos que cabría esperar de un campamento ocupado y el resto del ejército se escabulló antes del alba. Cuando Cornwallis se despertó, Washington estaba cerca de Princeton.

En Princeton Washington derrotó a una fuerza británica y luego marchó al norte hasta Morristown, Nueva Jersey, adonde llegó el 7 de enero. Allí, finalmente, instaló sus cuarteles de invierno. Pensó que había hecho bastante. Los ingleses también. Cornwallis instaló sus cuarteles de invierno en New Brunswick, a treinta kilómetros al sur de Morristown.

---

14 Este episodio, tan importante para la causa americana, fue inmortalizado en una enorme pintura, Washington cruzando el Delaware, realizada en Alemania, en 1851, por el alemán-americano Emanuel Leutze. Esta es, probablemente, la pintura más conocida inspirada por un incidente de la historia americana y sólo la supera en popularidad la obra no histórica El espíritu del 76, pintada en 1876 por Archibald M. Willard.

Un resultado del éxito de Washington fue que el 4 de marzo de 1777 el Congreso retornó a Filadelfia, desde Baltimore. Su preocupación aún consistía principalmente en obtener ayuda extranjera. Aunque a gran escala ésta tendría que esperar un éxito más sólido que el obtenido por Washington en Trenton, los voluntarios individuales empezaron a llegar a América.

Uno de ellos, con mucho el más importante, fue Marie Joseph de Motier, marqués de Lafayette. Nacido el 6 de septiembre de 1757, sólo tenía diecinueve años cuando, en diciembre de 1776, decidió ir a América para alistarse en su ejército. Era rico, había hecho un feliz matrimonio y tenía todas las oportunidades de llevar la vida dorada de un cortesano francés. Pero no lo deseaba. Era un joven idealista, rebosante de ideas de gloria militar y con las ideas teóricas sobre la libertad de los intelectuales franceses.

Logró de los representantes americanos en París que le concediesen el rango de general de división y se marchó, aunque su suegro y rey, Luis XVI, desaprobaba la idea. Los americanos tampoco se regocijaron de su llegada, pensando que sería un francés refinado que exigiría un trato especial y despreciaría a los rústicos que lo rodeaban.

Muy por el contrario. Lafayette tenía intención de utilizar solamente sus propios recursos. El barco en que llegó era suyo. No quería paga ni pidió mando alguno. Sólo quería prestar servicios. Más aún, conoció a Washington y ambos simpatizaron instantáneamente. Trabaron una amistad de toda la vida, casi tan estrecha como entre un padre y un hijo (Washington tenía veinticinco años más que Lafayette).

La mera presencia de Lafayette hizo maravillas sobre la moral de los hombres. De alguna manera representaba el interés de Francia por la nueva nación, y el aire modesto y los leales servicios de Lafayette dieron una buena imagen de Francia. Ningún otro extranjero ha sido tan reverenciado en los corazones y la leyenda americanos como Lafayette.

También llegaron otros notables voluntarios extranjeros. Entre ellos estaba Johann Kalb, un alemán de origen campesino (nacido el 29 de junio de 1721), que insistía en hacerse llamar barón de Kalb. Era un guerrero con muchos años de experiencia y moriría en acción, luchando por la causa americana.

También estaba un soldado prusiano, Frederick William von Steuben (nacido el 17 de septiembre de 1750), quien se había distinguido luchando bajo el mando de Federico II de Prusia. Fue a América, en parte, porque tenía dificultades financieras (una situación crónica en él). El francés pagó su parte.

Un voluntario polaco, Tadeusz Kosciusko (nacido el 4 de febrero de 1746) fue uno de los primeros en llegar. Ayudó a fortificar Filadelfia, mientras el ejército de Washington se retiraba a través de Nueva Jersey y cuando parecía que Filadelfia iba a ser atacada pronto.

Otro voluntario polaco fue Casimir Pulaski (nacido el 4 de marzo de 1747), quien había combatido contra Rusia en defensa de su patria con coraje y tenacidad. Pero Polonia fue derrotada, y Pulaski se marchó a América para librar otra batalla por la libertad. Como De Kalb, Pulaski moriría en acción.

En el nuevo año, aparecieron nuevas pruebas de un renovado optimismo cuando, el 14 de junio de 1777, el Congreso resolvió adoptar una bandera nacional con trece franjas rojas y blancas alternantes, al igual que en 1 la bandera del Ejército Continental. Pero en la unión (el rectángulo de la parte superior izquierda), iba a haber, en lugar de la Unión Jack, trece estrellas, una por cada Estado. No se especificó cómo debían estar dispuestas las trece estrellas, pero luego se adoptó un modelo circular.

Esa fue la primera bandera nacional, que iba a ser conservada desde entonces con cambios secundarios en lo concerniente al número de franjas y de estrellas. Desde entonces, el 14 de junio ha sido celebrado, de modo no oficial, como el «Día de la Bandera».

Hay una leyenda cara a los corazones de los escolares y sus maestros según la cual cierta Betsy Ross (nacida en Filadelfia en 1752) hizo la primera bandera y hasta determinó las estrellas como de cinco puntas, mostrando cuan fácilmente podía hacerse una estrella de cinco puntas, plegando adecuadamente la tela y luego haciendo un solo corte. Pero esta historia fue contada por primera vez en 1870, un siglo después del presunto suceso, y no hay ningún indicio contemporáneo de que haya ocurrido.

CAPÍTULO 5 - EL VIRAJE DECISIVO

La invasión de Burgoyne

En Gran Bretaña, el general John Burgoyne estaba planeando la victoria británica para 1777. Había estado en Boston bajo las órdenes de Howe, y luego con Carleton, cuando éste realizó su abortado avance por el lago Champlain.

Burgoyne se sentía muy disgustado por la manera como esta campaña había sido conducida. Pensaba que era la clave para aplastar la rebelión americana, el medio para separar a los dos centros rebeldes, Nueva Inglaterra y Virginia. Tal avance aguas abajo y arriba del Hudson debía ser llevado a cabo a toda costa, en su opinión, y no debía haber sido abandonado tan a la ligera.

Presentó su plan al gobierno británico. El mismo, según su plan, llevaría un fuerte ejército desde Canadá al sur, por el lago Champlain y el río Hudson, mientras Howe llevaría su ejército de Nueva York al norte. Se unirían en la vecindad de Albany, mientras un tercer ejército proveniente del este, del lago Ontario, también se les uniría. Todo Nueva York estaría bajo efectivo control británico y Nueva Inglaterra quedaría aislada.

El gobierno británico aceptó el plan, pero, como de costumbre en tales casos, concedió a Burgoyne sólo la mitad del número de hombres que éste juzgaba necesario para la tarea. Burgoyne decidió conformarse.

El 1 de junio de 1777, con 4.000 soldados británicos, 3.000 hessianos y 1.000 canadienses, partió hacia el Sur. El descenso por el lago Champlain era fácil, y el 1 de julio llegó a Fort Ticonderoga, que había estado en manos americanas desde la hazaña de Ethan Alien, dos años antes. No había ninguna posibilidad de que los americanos pudiesen retenerlo contra el ejército de Burgoyne, por lo que la guarnición se retiró juiciosamente, Burgoyne tomó el fuerte el 6 de julio y luego se dirigió a Skenesboro, en el extremo meridional del lago.

Ahora sólo tenía que avanzar ciento diez kilómetros, pero eran unos ciento diez kilómetros duros, porque eran por tierra y a través de una región de espesos bosques. Peor aún, a medida que los americanos se retiraban, destruían puentes y cortaban árboles para bloquear el camino. El ritmo de avance de Burgoyne quedó reducido a alrededor de un kilómetro y medio por día, en parte porque se empeñaba en arrastrar un enorme tren de suministros. Con todo, el 29 de julio estaba en Fort Edward, a sólo sesenta y cinco kilómetros de Albany.

La situación americana era grave, pero aun con Burgoyne a punto de penetrar en el Estado de Nueva York, los americanos hallaban tiempo y ocasión para reñir por el mando.

Puesto que la campaña se realizaba en Nueva York, parecía natural que el oficial neoyorquino de más alto rango, Philip Schuyler, comandase las fuerzas americanas. Por otro lado, Benedict Arnold, aún en busca de un puesto a la medida de sus méritos, quería el mando. Había estado luchando gallardamente a lo largo de la frontera canadiense durante un año y medio, y, aunque había sido derrotado, había conducido muy bien a sus pequeñas e inadecuadas fuerzas.

Pero las rivalidades entre los Estados eran decisivas. Para que Arnold condujese el ejército, tenía que ser hecho general de división, y ya no había más cabida para generales de división de Nueva Inglaterra. De otra parte, las tropas de Nueva Inglaterra se negaban rotundamente a servir a las órdenes de Schuyler. No solamente era un aristócrata sin capacidad para impresionar al soldado común, sino que la mayoría de los

combatientes de Nueva Inglaterra eran de las Montañas Verdes y consideraban a Nueva York un enemigo tan peligroso como Gran Bretaña.

En un intento de llegar a un compromiso, Schuyler y Arnold fueron dejados de lado y, el 4 de agosto, se dio el mando a Horatio Gates (nacido en Inglaterra alrededor de 1727). En 1772, había emigrado a América y se había establecido en Virginia occidental. Se incorporó al Ejército Continental y tomó parte en la retirada de Canadá, en 1776.

No había mostrado signos de especial capacidad, pero al menos los hombres de Nueva Inglaterra estaban dispuestos a servir bajo sus órdenes. Arnold no tuvo más opción que ponerse bajo su mando, pero la negativa del Congreso a otorgarle el mando que merecía, lo llenó de rencor. No olvidaría.

Lo que impidió que los americanos perdieran la campaña mientras reñían fue el hecho de que el lento progreso de Burgoyne le estaba causando serias dificultades, pues se había quedado casi sin alimentos. Los campos estaban vacíos de ellos, y tenía que hacer algo.

Esperaba que llegasen suministros con el coronel Barry Saint Leger, quien condujo a su contingente aguas arriba del río San Lorenzo hasta el lago Ontario y luego al este, a lo ancho de Nueva York, para reunirse con Burgoyne. Era un camino tortuoso, pero, en teoría, permitiría rebasar a las fuerzas americanas que se enfrentaban con Burgoyne y se encontrarían repentinamente atacadas por un flanco y por la retaguardia. Esto era muy fácil de hacer en el mapa, pero con cientos de kilómetros de soledades que recorrer y un campo posiblemente hostil por el cual abrirse camino, el asunto era discutible.

Saint Leger llegó al lago Ontario y desembarcó en Oswego, Nueva York, el 25 de julio, aproximadamente cuando Burgoyne se acercaba a Fort Edward. Con una fuerza total de 1.700 hombres, Saint Leger se dirigió hacia el este a través del lago Oneida.

Estaba atravesando territorio iroqués. Los iroqueses, durante más de un siglo y medio habían estado firmemente del lado británico contra los neerlandeses y franceses (véase La formación de América del Norte). Nunca fueron un pueblo numeroso, pero siempre compensaron su escasez numérica con osadía y habilidad en la lucha de guerrillas.

Pero a través de todo el siglo XVIII, mientras se desangraban en las guerras y apenas podían mantener su fuerza, los colonos se habían multiplicado y expandido a su alrededor. Por la época de la Guerra Revolucionaria, los iroqueses ya no podían dominar la región. Y por si esto fuera poco, por primera vez en su historia reciente estaban desunidos. Algunas de las tribus iroquesas estaban a favor de los colonos americanos, otras del ejército británico. Pero en ninguna de ambas partes las opiniones eran entusiastas.

Era leal al ejército británico el jefe mohawk Joseph Brant, quien estaba junto a Saint Leger. El 3 de agosto de 1777, las fuerzas británicas llegaron a Fort Stanwix, a unos 110 kilómetros al este del lago Ontario y aún a 160 kilómetros del lugar donde esperaba Burgoyne, al sur del lago Champlain. La guarnición que defendía Fort Stanwix se negó a rendirse y Saint Leger se dispuso a ponerle sitio.

Pero en la vecindad había colonos que se estaban reuniendo para luchar contra los invasores. Bajo el mando del general Nicholas Herkimer (nacido cerca de lo que es hoy Herkimer, Nueva York, en 1728), 800 de ellos avanzaron en socorro del fuerte. Fueron cogidos en una trampa por los mohawks de Brant en Oriskany, a dieciséis kilómetros al norte de su objetivo y fueron destrozados; el mismo Herkimer cayó mortalmente herido. Pero la lucha fue fiera y los indios no salieron indemnes. Pensando que ya habían hecho lo suficiente y que sería juicioso conservar sus hombres para otro día, los mohawks desaparecieron gradualmente en el bosque.

Benedict Arnold, al frente de otra pequeña fuerza de unos 1.000 hombres, marchó al oeste siguiendo las huellas de Herkimer. Deliberadamente, hizo difundir el rumor de que su ejército era mucho mayor de lo que realmente era. Saint Leger, sin sus indios, no se atrevió a presentar batalla. El 23 de agosto abandonó el asedio de Fort Stanwix y retrocedió apresuradamente por el camino por el que había llegado.

Así, Burgoyne fue abandonado en las soledades del norte de Albany sin ninguna posibilidad de recibir ayuda y suministros de Saint Leger. Tampoco había ninguna esperanza de que la marcha victoriosa de un ejército británico desde el oeste lograse que los iroqueses y los leales de la región se le uniesen para luchar contra los americanos rebeldes.

Mientras Saint Leger estaba detenido ante Fort Stanwix, el problema de los alimentos obligó a Burgoyne a enviar una tropa de hombres al este con instrucciones de saquear el campo de Nueva Inglaterra y llevarse caballos, ganado y cereales. Unos 700 hombres, la mitad de ellos hessianos, la otra mitad canadienses e indios, fueron destacados para este fin.

Su primer objetivo fue Bennington, en la región de las Montañas Verdes, y allí estaban esperando los Muchachos de las Montañas Verdes, en número de 2.600, bajo el mando del general de brigada John Stark (nacido en Nutfield, New Hampshire, el 28 de agosto de 1728). Stark había tomado parte en casi todos los combates importantes librados hasta entonces en la Guerra Revolucionaria, pues había luchado en Bunker Hill, en Quebec, y había estado con Washington durante la retirada a través de Nueva Jersey.

El 16 de agosto de 1777, Stark se enfrentó con los invasores en Bennington y condujo a sus hombres en una salvaje carga contra ellos, gritando que la victoria sería suya «o Molly Stark sería viuda». La victoria fue suya. Los invasores, sorprendidos y superados en número, fueron muertos o capturados (excepto unos pocos indios que lograron escapar). Una brigada de refuerzo enviada, demasiado tarde, por Burgoyne, fue rechazada perdiendo la tercera parte de sus efectivos.

La batalla de Bennington fue una terrible derrota para Burgoyne, más allá del número de hombres perdidos. Significó que no iba a obtener alimentos y suministros. Además, la noticia de la victoria hizo que grandes cantidades de hombres afluyeran a unirse a la bandera americana, de modo que Burgoyne se halló rodeado por fuerzas crecientes.

Iba a tener que luchar o morir de hambre, y cada día que pasaba aumentaba las probabilidades en contra suya.

La rendición de Burgoyne

Pero, mientras tanto, ¿dónde estaba el general Howe, quien, según el plan de Burgoyne, se suponía que llevaría su ejército aguas arriba del río Hudson y, así, atraparían a los americanos en las destructivas mandíbulas de un cascanueces?

Increíblemente, Howe había decidido avanzar en otra dirección totalmente distinta. Aun tratándose de Howe, esto es inimaginable.

Hay una leyenda que culpa a lord George Germain, el miembro del gabinete británico a cargo de las colonias, quien dirigía la estrategia global de la guerra. Había aceptado el plan de Burgoyne y se suponía que había informado a Howe exactamente de cuál era su parte. Pero, se dice, se marchó para pasar fuera un largo fin de semana y, en su prisa, metió el mensaje a Howe en una casilla, pensando enviarlo al retornar. Pero, cuando volvió, se olvidó de todo.

Esto parece improbable. Si bien es muy posible que un miembro del gabinete (o cualquiera) sea descuidado aun en el asunto más importante, Howe debía saber, hasta sin instrucciones, que tenía que marchar al norte para reunirse con Burgoyne.

Aparentemente, Howe comprendía esto, pero había algo más en su pensamiento. Sabía muy bien que su manejo de la guerra, hasta entonces, había sido abismalmente malo. Bunker Hill fue una continua pesadilla para él, y ahora su campaña de 1776 en Nueva York y Nueva Jersey era otra pesadilla. Aunque había tomado Nueva York y había infligido varias derrotas a Washington, estas derrotas no eran decisivas. Washington se había escapado de su puño una y otra vez, y lo había puesto totalmente en ridículo con el golpe de Trenton.

Howe quería compensar sus errores pasados con algún brillante golpe militar que aplastase a Washington. Si se unía con Burgoyne podía terminar la guerra, pero el mérito sería atribuido a Burgoyne. Howe parece haber estado convencido de que, si tomaba Filadelfia, podía imponer la capitulación a los americanos, y todo el mérito sería suyo; sobre todo puesto que él tomaría Filadelfia y luego correría hacia el norte para unirse a Burgoyne. Howe consiguió de algún modo convencer a lord Germain, y este tonto, después de haber dicho a Burgoyne que Howe iría al norte para encontrarse con él, luego le dio permiso a Howe para marcharse a otra parte.

Así, el 23 de julio de 1777, mientras Burgoyne se abría camino de manera penosa y jadeante por los bosques al sur del lago Champlain, Howe, quien debía estar subiendo por el río Hudson, tranquilamente embarcó 18.000 hombres en los barcos y navegó hacia el Sur. No tenía ninguna intención de tomar la ruta terrestre a través de Nueva Jersey, donde Washington estaba esperándolo. En cambio, se dirigió por mar hacia el sur, hasta la bahía de Chesapeake, y luego hacia arriba, a través de la bahía, para desembarcar a unos pocos kilómetros al sur de Filadelfia y tomarla por sorpresa.

Por supuesto, no había nada que lo detuviera por mar, y el 25 de agosto de 1777 (después de que la batalla de Bennington y la retirada de Saint Leger dejasen a Burgoyne en una situación desesperada), Howe colocó su ejército en la costa de lo que es ahora Elkton, Maryland, a unos setenta y cinco kilómetros al sur de Filadelfia.

Washington, quien naturalmente esperaba que Howe marchase hacia Albany (¿quién podía prever toda la medida de la estupidez de Howe?), se había dirigido hacia el norte, pero al recibir noticias de la llegada de Howe a la punta de la bahía de Chesapeake, marchó rápidamente hacia el sur con su ejército de 12.000 hombres. Puesto que Howe se movía tan lentamente como siempre, Washington alcanzó a los británicos en Brandywine Creek, a mitad de camino entre Elkton y Filadelfia.

El 11 de septiembre de 1777 se libró la batalla de Brandywine Creek, y Howe, que combatía con el mayor cuidado (pues ahora era la ambición de su vida aplastar a Washington), ejecutó excelentes maniobras de flanqueo. Dirigió contra el ejército americano un ataque frontal y luego envió columnas a ambos lados. Washington no tenía el tipo de preparación militar que le permitiese contrarrestar maniobras enemigas bien ejecutadas, y fue completamente superado. Perdió unos mil hombres y tuvo que retirarse lo más rápidamente que pudo a Filadelfia. El general Greene mantuvo en orden la retirada y evitó un desastre peor.

Ahora no había nada que impidiera a Howe marchar sobre Filadelfia. Una vez más, el Congreso abandonó la ciudad apresuradamente. El 19 de septiembre, sus miembros se reunieron en Lancaster, Pensilvania, a cien kilómetros al oeste de Filadelfia, y al día siguiente se trasladaron a Nueva York, a veinticinco kilómetros más al oeste.

El 26 de septiembre de 1777 Howe tomó Filadelfia y, con el sentimiento de victoria que lo invadió, volvió a ser el viejo Howe. No hizo ningún intento de perseguir a Washington.

Washington, por su parte, pensó que era imposible permitir a Howe mantener el dominio de Filadelfia sin hacer algún intento de desalojarlo. El principal campamento de Howe estaba en Germantown, a once kilómetros al norte de Filadelfia, y, el 3 de octubre, Washington lo atacó de una manera muy complicada. El asalto involucraba a

columnas que atacaban desde diferentes direcciones y acudían al apoyo unas de otras, en una maniobra muy intrincada.

Desgraciadamente, las tropas no preparadas de Washington no podían hacer marchas y contramarchas con la precisión adecuada. Además, la mañana en la cual la maniobra iba a llegar a su culminación fue brumosa y algunos destacamentos americanos, irremediablemente perdidos, dispararon sobre su propio bando.

Washington terminó perdiendo casi otros mil hombres y tuvo que retirarse nuevamente, mientras Greene, una vez más, hacía su tarea admirablemente.

Después de esto, Howe se estableció en Filadelfia para pasar el invierno. La región había sido despejada y Washington no osaría molestarlo. La sociedad de Filadelfia lo acogió gratamente; los soldados británicos nunca se habían sentido tan cómodos en América antes.

Sin duda, Burgoyne estaba dando sus últimas boqueadas lejos, en el norte. ¿Se preocupó Howe por esto o sintió un acceso de remordimiento por no hacer al menos un gesto de marchar en su ayuda? Quizá no. Había restablecido su reputación, ante sus propios ojos al menos, derrotando a Washington diestramente en dos batallas y ocupando la capital rebelde. Hasta podía hacerse la ilusión de creer que, estando él mismo cómodamente instalado en Filadelfia, los americanos pedirían la paz.

Ciertamente, por la situación del ejército de Washington, habría parecido que Howe tenía razón. Después de la doble pérdida en Bradywine y Germantown, Washington instaló sus cuarteles de invierno en Valley Forge, Pensilvania, a treinta y dos kilómetros de Filadelfia. Así, su ejército estaba entre los británicos de Filadelfia y el Congreso en York.

Para los americanos, el invierno fue horrible. Fue excepcionalmente frío, con nieves tempranas. El campo estaba pelado y los granjeros no vendían nada al pequeño ejército americano que sólo tenía el dinero «continental» sin valor para pagar. En cambio, los granjeros vendieron a los pudientes británicos de Filadelfia.

Los harapientos soldados se congelaron durante el invierno, con escasos alimentos, prácticamente sin ropa de abrigo y hasta con escasez de zapatos. Unos tres mil murieron por las privaciones y otros desertaron. El hecho de que el evanescente espectro del ejército se mantuviese unido y permaneciese en pie se debía, casi totalmente, a la dominante presencia de Washington.

Pero al menos el ejército americano, aunque sufrió mucho, permaneció en pie. El ejército de Burgoyne, en el norte, estaba en peor situación. Perdida la batalla de Bennington, mientras los americanos acudían en cantidad al ejército de Gates, Burgoyne sin embargo se abrió camino. Logró llegar a Saratoga y pasarla. Gates había fortificado las alturas de Bemis, a veintisiete kilómetros al sur de Saratoga y a sólo cuarenta kilómetros al norte de Albany, y ahora se enfrentó con el ejército que se acercaba de Burgoyne.

Gates tenía 7.000 hombres, y el 19 de septiembre (ocho días después de que Washington perdiese la batalla de Brandywine Creek) envió a 3.000 de ellos adelante, al encuentro de las fuerzas de Burgoyne. Se hallaban bajo el mando de Benedict Arnold y Daniel Morgan. Morgan (nacido en Hunterdon County, Nueva Jersey, en 1736) había estado con Arnold en Quebec, donde combatió bien.

El combate de Freeman's Farm, a un kilómetro y medio al norte de las alturas fortificadas, no fue particularmente científico. Ambas partes sencillamente arremetieron hacia adelante. Los tiradores de primera de Morgan hicieron estragos entre los británicos, pero los americanos eran superados en número y Gates, aunque sus fuerzas crecían rápidamente, se negó a enviar refuerzos.

Los americanos retrocedieron y Burgoyne mantuvo el terreno, que luego fortificó. Técnicamente, fue una victoria británica, pero los británicos habían tenido

mayores pérdidas, y las fuerzas de Burgoyne disminuían con la deserción de los indios, mientras que las de Gates seguían aumentando.

Para entonces, simplemente tenia que hacerse algo desde Nueva York. Howe no había dejado la ciudad enteramente desprotegida, sino que había mantenido allí una pequeña fuerza comandada por Clinton. En esas circunstancias, Clinton llevó a algunos hombres aguas arriba del Hudson, y el 6 de octubre logró tomar dos fuertes al norte de Peekskill.

Burgoyne, que aún esperaba en Freeman's Farm, sabía que no podía quedarse allí sentado esperando la llegada de Clinton. Tenía que retirarse o atacar, y si atacaba, tenía que ser de inmediato. Las fuerzas americanas ascendían entonces a 11.000 y seguían aumentando.

Mientras tanto, los oficiales de Gates se enfurecían calladamente ante el hecho de que Gates no atacaba. Su falta de coraje les había hecho perder una aplastante victoria en Freeman's Farm. Además, en sus informes mostró una callada mezquindad al omitir mencionar a Arnold, que era sin duda el oficial más brillante del ejército. Cuando Arnold protestó, recibió el habitual trato injusto que recibía siempre, pues Gates lo relevó del mando.

El 7 de octubre, Burgoyne inició su avance con una fuerza de reconocimiento cuya misión era ubicar exactamente la situación de las tropas americanas. El combate comenzó, pero bajo el mando de Gates los americanos avanzaron cautamente.

Arnold, condenado a permanecer fuera de la lucha, no pudo resistir más. Echando pestes, tomó el mando del centro, de modo totalmente ilegal, y ordenó la carga. Él cargó con la tropa y recibió una herida en el muslo izquierdo que le rompió el hueso. Pero la batalla de las alturas de Bemis terminó con una aplastante derrota británica, gracias a la iniciativa de Arnold, y ahora Burgoyne tuvo que retirarse tambaleando a Saratoga.

No había esperanza para él. Cada día llegaban más americanos que se unían a las fuerzas que lo rodeaban. el 15 de octubre Clinton llegó a Kingston, a unos ciento treinta kilómetros al sur de Saratoga y, al hallar resistencia, abandonó y volvió a Nueva York. Aunque hubiera seguido marchando hacia el norte, no habría llegado a tiempo; y aunque hubiese llegado a tiempo, las fuerzas que llevaba consigo no habrían sido suficientes para modificar el resultado.

El 17 de octubre de 1777 Burgoyne finalmente cedió. Ahora estaba rodeado por 20.000 hombres, que lo superaban de cuatro a uno, de modo que se rindió. Trescientos oficiales (incluidos seis generales) y 5.500 hombres convinieron en deponer sus armas, marchar a Boston, volver a Gran Bretaña y no tomar parte nuevamente en la guerra.

Este suceso, que se produjo dos semanas después de la derrota de Washington en Germantown, anuló con creces la campaña victoriosa de Howe. Aunque Howe había derrotado a Washington, éste había salvado a su ejército una vez más y aún rondaba por Pensilvania. Burgoyne, en cambio, se había rendido.

La rendición de un ejército británico en el campo de batalla era un hecho muy poco común aun en las mejores condiciones, pero la rendición a un puñado de rústicos, tan profundamente despreciados por los soldados regulares británicos, era escasamente concebible. Fue una pasmosa humillación para Gran Bretaña, ante los ojos de todo el mundo.

La alianza francesa

Benjamin Franklin había cautivado a la sociedad francesa, cuando llegó a Francia en diciembre de 1776. Cuatro años antes, había sido elegido miembro de la

Academia Francesa de Ciencias, y ahora los sabios franceses se apresuraron a reunirse con el anciano filósofo del Oeste.

Franklin, deliberadamente, se vestía de un modo muy sencillo, como un cuáquero. No usaba peluca, ni polvos ni espada; en cambio, llevaba un sólido bastón. Los aristócratas franceses estaban encantados de esta sencillez. Franklin, quien siempre se había sentido atraído por las damas (y sabía cómo abordarlas), supo muy bien encantar a las bellezas de moda de la sociedad francesa.

Gracias a Franklin, la aristocracia francesa de la corte de Luis XVI estaba totalmente a favor de la ayuda a los americanos, y este favorable clima de opinión hizo posible que el gobierno francés enviase suministros a los americanos de manera discreta. Francia también permitió a los barcos americanos usar puertos franceses en el curso de sus incursiones contra la flota británica. Pero Francia se había abstenido cuidadosamente de ir demasiado adelante en esta dirección como para provocar una colérica reacción británica.

Pero luego, el 7 de diciembre de 1777, llegaron a París las noticias de la rendición de Burgoyne.

El gobierno francés se puso en actividad cuando, por vez primera, pensó que los americanos podían realmente derrotar a Gran Bretaña. Si era así, no iba a dejar que obtuvieran su independencia sin sentir un adecuado agradecimiento a Francia. Sería muy útil para Francia tener un aliado en el continente americano. Si podía convertirse a la nueva nación en una ayuda para Francia, aún podía lograrse el empate con Gran Bretaña.

Además, si los franceses no se movían rápidamente, la rendición de Burgoyne podía llevar a Gran Bretaña a hacer concesiones que los americanos aceptarían. El Imperio Británico en América del Norte se reconstituiría y los británicos y los americanos podían entonces celebrar su reconciliación volviéndose contra un enemigo común, que sólo podía ser Francia.

(De hecho, los británicos hicieron concesiones a los americanos después de la rendición de Burgoyne. Apresurada y casi abyectamente, cedieron en todas las demandas de los americanos excepto una: no concedían la independencia. Si hubieran tomado esta actitud tres años antes, no habría habido guerra y hoy el mundo sería totalmente diferente. Pero los británicos no podían hacer que el reloj marchase para atrás. Ahora los americanos estaban resueltos a mantener su independencia. Y puesto que Gran Bretaña no podía avenirse a aceptarla, la guerra continuó.)

Los franceses, ansiosos de estimular a los americanos a resistir las rumoreadas ofertas británicas, ahora concedieron una alianza abierta.

El 6 de febrero de 1778 se selló oficialmente la alianza entre Francia y América. Se establecieron generosos acuerdos comerciales. Francia reconoció la independencia de América y se intercambiaron representantes diplomáticos oficiales. Franklin dejó de ser el jefe de una comisión no oficial; se convirtió en el ministro americano ante Francia.

Tal alianza significaba la guerra entre Francia y Gran Bretaña, por supuesto, y Francia se resignó a ella. El 17 de junio de 1778 hubo un enfrentamiento entre barcos de las dos naciones, y la guerra entre ellas se convirtió en un hecho.

Uno de los primeros frutos de la alianza con Francia fue que los suministros empezaron a llegar al helado ejército de Washington en Valley Forge. El barón von Steuben, el voluntario prusiano que servía en las fuerzas americanas, llegó a Valley Forge el 23 de febrero de 1778 y empezó a entrenar al ejército al estilo prusiano. No fue tarea fácil, y von Steuben tuvo que apelar a toda su reserva de invectivas alemanas para decir a los torpes americanos lo que pensaba de ellos. Se cuenta que, cuando finalmente quedó agotado, ordenó a un ayudante que soltase tacos a los soldados en inglés.

Pero cuando llegó el tiempo cálido, el ejército americano estaba en mejor forma y se parecía más a una fuerza de combate profesional que nunca antes.

Washington tuvo que capear otra dificultad, después de la rendición de Burgoyne. A algunos americanos les parecía que Gates era un gran general que había destruido a un ejército británico. (En realidad, Gates no había hecho nada, y si había que asignar el mérito a una persona ésa era Benedict Arnold, quien fue nuevamente ignorado, como parecía ser su destino inevitable.) En contraste con él, Washington parecía un fracaso, y en el Congreso cundía la propensión a reemplazar a Washington por Gates como comandante en jefe.

Ha circulado una leyenda de que había una verdadera conspiración a tal efecto encabezada por Thomas Conway, un soldado irlandés que había prestado servicios en el ejército francés y había llegado a los Estados Unidos sólo en 1777. Contra la recomendación de Washington, había sido designado inspector general del Ejército Continental.

Si realmente hubo tal «conjura de Conway», fue extraordinariamente inepta. Gates carecía de coraje en la lucha política tanto como en cuestiones militares y, cuando fue presionado por Washington, que hervía de indignación, rápida y cobardemente negó toda participación en el asunto. Resultó que, pese a los sucesos de Saratoga y Filadelfia, la popularidad de Washington entre sus oficiales, soldados y los americanos en general era imbatible. El Congreso se vio obligado a apoyarlo, pero lo hizo de la manera más tibia posible. Conway renunció y fue reemplazado como inspector general por el barón von Steuben.

Si los antecedentes y la personalidad de Washington lo mantuvieron en su cargo, ciertamente no sucedió lo mismo con Howe.

En la primavera de 1778, el gobernador británico decidió que estaba hasta las narices de William Howe. Para entonces, era totalmente claro que su acción en Filadelfia había sido un colosal error. Ni siquiera había logrado destruir el ejército de Washington ni había hecho ningún intento de destruirlo cuando se hallaba reducido a la piel y los huesos en Valley Forge. Su hoja de servicios mostraba tal ineptitud que es difícil evitar la conclusión de que hizo más por la causa americana que cualquier general, con excepción de Washington.

El 8 de mayo de 1778 Howe fue relevado del mando y reemplazado por Clinton, quien al menos había hecho el esfuerzo de remontar el valle del Hudson y socorrer a Burgoyne.

Clinton se encontró frente a una seria escalada de la guerra. Francia ahora estaba en ella, y Francia tenía una flota. Los buques franceses siempre habían sido derrotados por los británicos en el curso de la Guerra contra Franceses e Indios, pero no era prudente dar por descontado que los británicos obtendrían batallas navales. Había informes de que una flota francesa estaba cruzando el Atlántico, y Clinton no se atrevió a permitir que sus fuerzas se dispersaran.

Por ello, se dispuso a evacuar Filadelfia (por la cual Howe había arruinado a Burgoyne) y a concentrar sus fuerzas en Nueva York. El 18 de junio los británicos abandonaron Filadelfia e iniciaron la marcha al noreste a través de Nueva Jersey. (El 2 de julio el Congreso retornó nuevamente a Filadelfia después de una. ausenda de casi nueve meses.)

Washington no era Howe. Inmediatamente levantó el campamento de Valley Forge y se dispuso a perseguir a los británicos. Era su intención atacar a los británicos en la marcha, mientras tenían sus filas extendidas, y envió un destacamento de 6.400 hombres bajo el mando de Charles Lee, para que siguiesen el rastro y atrapasen a los británicos.

Era el mismo Charles Lee que se había insubordinado en la época de la retirada de Washington de Nueva York. Había sido tomado prisionero por entonces, pero, por una colosal mala suerte para los americanos, había sido cambiado por otros prisioneros

y vuelto a tomar parte en la guerra. Washington cometió uno de sus raros errores de juicio al confiarle el mando.

Lee aparentemente pensaba que se trataba del mismo ejército que había dado vueltas por Nueva Jersey casi dos años antes y no apreciaba para nada el nuevo profesionalismo que había entrado en sus filas. Estaba seguro de que todo ataque de los americanos llevaría sencillamente a la derrota. Por ello, el 28 de junio de 1778, cuando finalmente alcanzó a los británicos dispersos en Monmouth Court House, Nueva Jersey, a unos ochenta kilómetros al noreste de Filadelfia, sólo atacó cautelosamente. Sus órdenes eran confusas, como si estuviese tratando de que cualquier infortunio que aconteciese fuese atribuido a la incapacidad de sus subordinados, no a él.

Luego, cuando Clinton inició una rápida concentración de sus fuerzas, Lee ordenó apresuradamente la retirada. Para entonces llegó Washington con el ejército principal. Horrorizado ante la vista de los americanos en retirada sin ningún signo de haber presentado una adecuada batalla, Washington le hizo saber claramente a Lee lo que pensaba. Los que sólo conocían su majestuosa reserva y su calma caballeresca le oyeron con espanto proferir toda clase de improperios. (Lee fue llevado ante un tribunal marcial el 4 de julio, y condenado el 12 de agosto. Su carrera militar terminó, y ahora se sabe que, en realidad, era un traidor que había estado trabajando secretamente para los británicos.)

Washington ordenó detener la retirada y el enérgico von Steuben reformó las columnas y las envió nuevamente adelante, pero la oportunidad de asestar un golpe apabullante a una parte del ejército británico y de hacer cundir el pánico en el resto había desaparecido. Ahora se entabló una lucha cabal entre los dos ejércitos principales, aproximadamente iguales en número.

Los americanos demostraron su temple resistiendo los ataques británicos y manteniéndose firmes. Ninguna de las partes fue expulsada del campo de batalla y las pérdidas fueron iguales, unas 350 bajas cada uno.

Durante la noche, fueron los británicos los que se escabulleron, por lo que podría ser considerada como una victoria americana. Sin embargo, los británicos estaban tratando de llegar a Nueva York, y lo lograron sin serias pérdidas pese a los esfuerzos de Washington, por lo que podría ser considerada como una victoria táctica británica. La mejor solución sería considerar la batalla de Monmouth como un empate.

Washington sólo pudo conducir su ejército hasta White Plains («Llanuras Blancas») que había dejado dos años antes, y desde allí vigilar a los británicos instalados en Nueva York. Carecía de la fuerza suficiente para atacarlos.

La guerra en la frontera

Durante la mayor parte de los tres años transcurridos desde abril de 1775 hasta junio de 1778, las batallas principales habían sido libradas cerca de las grandes ciudades de Nueva Inglaterra y los Estados intermedios: Boston, Nueva York y Filadelfia. Pero también la guerra se libraba en la frontera occidental.

La frontera bullía de colonias, y la hostilidad de los indios era grande. Durante todas las disputas crecientes entre americanos y británicos, y pese a la Proclama de 1763, el avance al oeste se había mantenido. Si hubo; un hombre del que pueda decirse que encarnó este hecho, ése fue Daniel Boone (nacido cerca de lo que es: ahora Reading, Pensilvania, el 2 de noviembre de 1734).

Cuando Boone todavía era joven, su familia se trasladó a los límites occidentales de Carolina del Norte. Desde 1767, Boone puso trampas y cazó más allá de los Alleghenies, y el 1 de abril de 1775 fundó un fuerte que llamó Boonesboro, en lo

que es ahora Kentucky central. Llevó allí a su mujer y su hija, que fueron las primeras mujeres americanas que vivieron en Kentucky.

El camino abierto por Boone fue seguido por otros. Los especuladores en bienes raíces hasta trataron de formar nuevas colonias a lo largo de los bordes occidentales. Una colonia llamada «Vandalia» se formó en 1769 (y fue aprobada por el rey Jorge en 1775), en la región que es ahora Virginia occidental. En 1774, la mayor parte de la zona de Kentucky fue organizada con el nombre de «Transylvania» por Richard Henderson (nacido en el condado de Hanover, Virginia, en 1735).

Estas colonias nacieron muertas. Las colonias más viejas no permitirían su existencia. Virginia sostenía que todo el territorio en el que fueron organizadas Vandalia y Transylvania (y más allá) le pertenecía.

Pero, perteneciese o no a las colonias marítimas, la tierra de los Montes Apalaches y al oeste de éstos, estaba siendo colonizada. Se estima que, por la época de la Guerra Revolucionaria, había 250.000 colonos en las regiones del interior.

El avance hacia el oeste no dejó de hallar la resistencia de los indios. La tribu shawnee, cuyo centro estaba en lo que ahora llamamos el Estado de Ohio, consideraba parte de sus terrenos de caza a las tierras situadas al sur del río Ohio.

Lord Dunmore, gobernador de Virginia, envió partidas armadas en 1774 contra los shawnees, en lo que fue llamado la «Guerra de lord Dunmore». Después de que una de esas partidas cayera en una emboscada tendida por los shawnees, lord Dunmore reunió a 1.500 colonos de la frontera occidental de Virginia, los puso bajo el mando del coronel Andrew Lewis (nacido en Irlanda en 1720) y los envió al río Ohio. Lewis encontró fuerzas indias en Point Pleasant (nombre dado al lugar en 1770 por George Washington) en el río Ohio, a unos 260 kilómetros al sudoeste de Pittsburgh y sobre la frontera occidental de lo que es hoy el Estado de Virginia.

Allí Lewis derrotó a los shawnees, el 6 de octubre de 1774, poniendo fin a la Guerra de lord Dunmore y convirtiendo la región situada al sur del río Ohio en un sitio suficientemente seguro para la colonización. Fue la última guerra colonial contra los indios. Antes de un año más tarde, lord Dunmore se vio obligado a huir de Virginia y la colonia se convirtió en un Estado independiente.

Pero la Guerra Revolucionaria provocó un aumento de los problemas con los indios; esto fue muy peligroso, en verdad, pues los británicos formaron alianzas con las tribus indias y las estimularon a realizar incursiones en las que se mataba indiscriminadamente a no combatientes. De hecho, algunos «leales» americanos fueron peores a este respecto que los británicos.

Un notorio ejemplo fue el de John Butler (nacido en New London, Connecticut, en 1728). En 1777 reclutó «leales» e indios y formó una alianza con el jefe mohawk Joseph Brant. El 4 de julio de 1778 los «Comandos de Butler», como se los llamó, derrotaron a un grupo de colonos conducido por Zebulon Butler (nacido en Ipswich, Massachusetts, en 1731, y que no era pariente del anterior) en el valle de Wyoming de Pensilvania. Siguió una matanza indiscriminada. La pequeña ciudad de Wilkes-Barre fue totalmente incendiada y los indios reunieron 227 cueros cabelludos.

El 11 de noviembre de ese año, una matanza similar fue llevada a cabo por Butler y Brant en Cherry Valley, Nueva York, a unos cien kilómetros al oeste de Albany Allí fueron reunidos cuarenta cueros cabelludos, tomados de colonos que ya se habían rendido.

Más al oeste, en Fort Detroit, el comandante británico Henry Hamilton suministró a los indios de los alrededores cuchillos y pagó primas por cueros cabelludos americanos. Por ello, se lo llamó «El Comprador de Cabello».

Los americanos, al dirigir la fuerza de que disponían contra los británicos, parecían incapaces de contrarrestar estas incursiones en el oeste, pero George Rogers Clark (nacido en el condado de Albemarle, Virginia, el 19 de noviembre de 1752)

elaboró un plan. Había combatido en la Guerra de lord Dunmore y participado en la exploración y colonización de Kentucky.

Propuso conducir una fuerza para tomar puestos avanzados en el territorio de Ohio, puestos que habían pertenecido a los franceses veinte años antes y que ahora ocupaban colonos franceses bajo el mando de oficiales británicos. Argumentaba que los colonos franceses no tenían mucho apego a sus amos británicos y que, al estar Francia aliada a los Estados Unidos, los franceses del territorio de Ohio estarían dispuestos a cambiar de bando. En tal caso, sería suficiente una pequeña fuerza americana para catalizar ese cambio.

Patrick Henry, a la sazón gobernador de Virginia, aprobó el plan y dio a Clark el rango de teniente coronel. Clark reunió 175 hombres y partió aguas abajo del río Ohio el 12 de mayo de 1778. A comienzos de julio estaba en el Misisipí superior y tomó las colonias de Kaskaskia y Cahokia sin problemas, pues los franceses, en efecto, cambiaron de bando. El fuerte de Vincennes, a 160 kilómetros al este del Misisipí, también desertó de los británicos y reconoció la soberanía de Virginia. (La soberanía de Virginia, no la americana, pues Clark luchaba en nombre de su Estado.)

Hamilton el Comprador de Cabello reaccionó. Se lanzó desde Detroit con 500 hombres (la mitad de ellos indios) y el 17 de diciembre de 1778 tomó Vincennes.

Clark condujo su pequeña fuerza desde Kaskaskia a Vincennes en febrero de 1779, a través de lo que es hoy el sur de Illinois, abriéndose camino a través de tierras bajas inundadas con un tiempo helado. Avanzaron tiritando y el 25 de febrero de 1779 atacaron Vincennes. Los británicos, tomados totalmente por sorpresa, cedieron.

Lo que hizo Clark con un puñado de hombres fue de la mayor importancia. Mientras los británicos luchaban por una franja de costa marítima, Clark aseguró el dominio americano sobre vastas regiones del interior. América crecía con más rapidez que la que los británicos ponían en someterla.

Y mientras los americanos conquistaban las lejanas tierras del interior, también efectuaban terribles daños en otra frontera, en el mar. Había una Flota Continental, como había un Ejército Continental. Los barcos americanos no podían abrigar la esperanza de derrotar a la armada británica, pero podían atacar el comercio británico y lo hicieron. Fueron tomados cientos de barcos mercantes británicos.

El de más éxito de los capitanes marinos americanos fue John Paul Jones, quien había nacido en Escocia el 6 de julio de 1747 y llegado a los Estados Unidos después de iniciada la Guerra Revolucionaria. Había estado en el mar desde los nueve años, y su experiencia le aseguró una rápida promoción en la Flota Continental. El 8 de agosto de 1778 obtuvo el rango de capitán.

Capturó barcos mercantes con gratificante regularidad y fue él quien llevó las noticias oficiales de la rendición de Burgoyne a Francia. (Aunque las noticias llegaron de manera no oficial antes.) A su llegada, en esta ocasión, recibió un saludo de los barcos franceses, el 14 de febrero de 1778. Esto era un homenaje a la bandera de los Estados Unidos, que su barco hizo flamear; fue la primera demostración de reconocimiento de los Estados Unidos como nación independiente fuera de los mismos Estados Unidos.

En la primavera de 1778, Jones recorrió las aguas que rodean a las Islas Británicas, haciendo estragos en todos los barcos que pudo hallar, desembarcando en la costa escocesa y, el 24 de abril, tomando un barco de guerra británico llamado Drake, en honor al gran marino británico de dos siglos antes y que había sido el John Paul Jones de su época (véase La formación de América del Norte).

En el verano de 1779, Jones estaba al frente de una pequeña flota de la que él ocupaba el buque insignia, el *Bon Homme Richard* (un viejo barco restaurado y así llamado en homenaje a Benjamin Franklin, quien había usado como seudónimo «Poor

Richard» —o «Bon Homme Richard», en francés). Nuevamente, zarpó hacia las aguas británicas.

El 23 de septiembre, Jones encontró una escuadra de barcos mercantes británicos custodiados por barcos de guerra, el mayor de los cuales era el *Serapis*.

Contando con la superioridad del fuego de sus pequeñas armas, Jones puso al *Bon Homme Richard* junto al Serapis y los amarró. Durante tres horas, en una noche iluminada por la luna, los dos barcos combatieron cañón con cañón.

El *Bon Homme Richard* sufrió serios daños, y desde el *Serapis* gritaron. «¿Os rendís?»

John Paul Jones, según una historia contada cuarenta y cinco años más tarde, respondió resueltamente: «¿Rendirnos? Pero si todavía no hemos empezado a luchar.»

Y fue el Serapis el que se rindió, aunque el *Bon Homme Richard* se estaba hundiendo y su tripulación tuvo que ser trasladada al barco británico.

Las depredaciones de Jones no dañaron seriamente la economía británica y por sí solas no podían derrotar a Gran Bretaña. Sin embargo, sus hazañas humillaron a los británicos. Era de su armada de lo que los británicos estaban más orgullosos, y he aquí que un marino americano merodeaba por sus aguas a su antojo, tomaba barcos de guerra y, lo peor de todo, se mostraba más valiente que los lobos de mar británicos.

El pueblo británico quizá no se inmutaba por una lucha que se libraba a cinco mil kilómetros de su patria, pero con Jones a sus puertas podían ver que la guerra no marchaba bien. Lo mismo otras potencias europeas, las cuales, al descubrir que los americanos no temían el poder marítimo británico, empezaron a preguntarse por qué debían temerlo ellas.

CAPÍTULO 6 - EL CAMINO HACIA LA VICTORIA

Francia interviene

Pese a las brillantes perspectivas en el oeste y en el mar, Washington sabía que no era probable que la guerra terminase sin una derrota efectiva de los británicos en la costa marítima. Para esto, sus fuerzas eran insuficientes.

En 1778, los británicos tenían firmemente en sus manos los puertos de la ciudad de Nueva York y de Newport, en Rhode Island. Mientras dominasen el mar, podían reforzar sus ejércitos en ambas ciudades a su gusto y desde ellas como bases atacar cualquier punto de la costa. Si Washington podía romper la línea de barcos británicos, cualquiera de las dos ciudades, o ambas, podía ser asediada y obligada a rendirse por hambre, y los británicos muy probablemente tendrían que renunciar a la guerra.

Pero la destrucción de la flota británica sólo podía ser obra, si es que era posible, por la flota francesa, y los franceses consideraban esta posibilidad. Poco después de que se ratificase la alianza con América, Francia envió una escuadra de diecisiete barcos al oeste, bajo el mando de Charles Héctor D'Estaing. Estos buques llegaron a las cercanías de Nueva York el 8 de julio de 1778.

Mas para entonces los británicos habían evacuado Filadelfia (precisamente porque habían recibido noticia de que estaba en marcha una escuadra francesa) y se concentraron en Nueva York. La flota británica estaba en el puerto esperando, y la cuestión era si los barcos franceses navegarían a través de los estrechos para hacerle frente.

Quizá D'Estaing estaba deseoso de hacerlo, pero sus oficiales y los pilotos locales no. Estaban seguros de que navegar hasta los cañones británicos era suicida. Por ello, la escuadra francesa cambió de rumbo y trató, en cambio, de obtener el premio menor de Newport.

En Newport, estaban a punto de desembarcar, el 29 de julio, cuando se levantó una tormenta. Los barcos franceses se alejaron para eludir las grandes olas y hallaron que una escuadra británica, con refuerzos recientemente llegados, los estaba esperando. Podía haberse producido una batalla, pero la tormenta empeoró y por un momento pareció que ambas flotas serían imparcialmente destruidas. Cuando terminó, los barcos británicos volvieron maltrechos a Nueva York, mientras los barcos franceses se dirigieron con dificultad a Boston y luego a las Antillas para pasar el invierno.

Washington no pudo hacer más que rechinar los dientes. Cualquiera que fuese el valor de la alianza con Francia, la flota francesa, en todo caso, no había logrado nada.

En cuanto a Clinton, con su cuartel general en Nueva York, pensó que, inalterado su dominio de los puertos de mar, podía atacar en otra dirección. Hasta entonces, la cota meridional no había sido tocada por la guerra. Clinton sabía que el sentimiento leal a Gran Bretaña era particularmente fuerte en Georgia y si podía atacar allí, podía establecer una base valiosa desde la cual operar contra el norte.

Por ello, el 25 de noviembre envió al sur a 3.500 hombres bajo el mando del teniente coronel Archibald Campbell, por el océano, que aún estaba firmemente en manos del poder marítimo británico. Se dirigieron a Savannah, Georgia, el puerto americano más meridional. Desde Florida (en poder de los británicos desde 1763), mil hombres comandados por Augustine Prevost marcharon hacia el norte.

El plan fue cumplido a la perfección. El 29 de diciembre de 1778, Savannah fue tomada por los británicos con escasas dificultades. Una fuerza americana de menos de

mil hombres fue sencillamente barrida. Desde Savannah, Campbell avanzó al norte, a Augusta, que fue tomada el 29 de enero de 1779.

Los americanos contraatacaron lo mejor que pudieron ganando algunas batallas menores en los lindes (útiles desde el punto de vista moral), pero ni Augusta ni Savannah pudieron ser retomadas. El principal esfuerzo se efectuó el 3 de septiembre de 1779, cuando D'Estaing llevó la flota francesa a Savannah desde las Antillas. Disponía de treinta y cinco barcos y 4.000 soldados. En Savannah, defendiendo la ciudad, estaba Prevost, con sólo 3.000 soldados.

La situación parecía favorable a los americanos. Algunos barcos británicos fueron tomados cerca de Savannah, y se puso sitio a esta ciudad. Alrededor de 1.500 soldados americanos al mando de Benjamin Lincoln (nacido en Hingham, Massachusetts, en 1733), quien había prestado buenos servicios en Saratoga, bloquearon los accesos terrestres y, por supuesto, los barcos franceses bloquearon la ciudad por mar.

Pero la estación estaba avanzada y había posibilidades de tormentas a medida que el otoño se acercaba a su fin. D'Estaing pensó que sus buques estaban peligrosamente expuestos y se puso cada día más intranquilo. El 9 de octubre pensó que era necesario intentar un asalto directo contra las posiciones fortificadas británicas, pero fue como Bunker Hill al revés.

La fuerza atacante fue barrida. D'Estaing quedó herido y Casimir Pulaski, que cargó temerariamente a la cabeza de sus hombres, recibió la muerte. Fue el primero de los voluntarios extranjeros importantes que murió por la causa americana. Había combatido bien en Brandywine y Germantown, y había estado con el ejército en Valley Forge.

D'Estaing, totalmente desalentado, llevó de vuelta su flota a Francia. Había estado frente a la costa americana durante más de un año y no había logrado nada, aunque, para hacerle justicia, había hecho todo lo que pudo.

A fines de 1779, toda Georgia estaba en manos británicas y, después de cuatro años y medio de lucha, los británicos podían decir que habían sometido al menos a una de sus antiguas colonias.

Contrarrestaban la pérdida de Georgia algunos éxitos americanos en el Norte. Clinton había expandido cautamente su dominio de las regiones que rodeaban a Nueva York. Hizo incursiones por la costa de Connecticut y llevó sus fuerzas aguas arriba del río Hudson. El 31 de mayo de 1779 tomó un fuerte americano sin terminar en Stony Point, a cincuenta kilómetros al norte de Nueva York. Colocó 1.700 hombres en el fuerte como guarnición.

La acción siguiente fue emprendida por el general Anthony Wayne (nacido en Waynesboro, Pensilvania, el 1 de enero de 1745), quien había estado con Arnold en la retirada de Quebec, había luchado en Brandywine y Germantown y había padecido en Valley Forge. Se había desempeñado particularmente bien en Monmouth, donde su conducción tuvo un papel importante en hacer que la batalla terminase en un empate después de que Charles Lee hubiese desaprovechado la ocasión.

Ahora su intención era atacar Stony Point con 1.500 hombres. Un desertor que abandonó el ejército para no participar en tal temeraria operación llamó loco a Wayne por soñar siquiera en tal acción. Wayne no sólo la soñó: sino que la llevó a cabo. El 16 de julio de 1779, a la medianoche, lanzó una carga salvaje. Los británicos, demasiado confiados, estaban durmiendo, y toda la guarnición, junto con quince cañones y algunos valiosos suministros, fue tomada a costa de sólo un puñado de bajas de los americanos. El resultado de esta carga supuestamente loca fue que Wayne ha sido conocido desde entonces por los historiadores como el «Loco Anthony».

En el interior del Estado, John Sullivan, que había combatido en Brooklyn y en Trenton, condujo fuerzas americanas contra los leales a los británicos y los indios, quienes habían efectuado matanzas como las de Wyoming Valley y Cherry Valley.

Llevó a sus hombres al noroeste desde Wilkes-Barre y se le unió otra fuerza proveniente del suroeste, de Albany. Un total de 2.700 hombres se desplazaron hacia el oeste, a lo que es ahora Elmira, Nueva York. Allí, el 29 de agosto de 1779, los Comandos de Butler y sus aliados iroqueses al mando de Joseph Brant fueron rotundamente derrotados.

Luego las fuerzas americanas procedieron torvamente a acabar con los iroqueses. Los asentamientos indios fueron sistemáticamente destruidos, los huertos segados y los campos de cereales arrasados. La destrucción fue total y el poder iroques quedó destruido para siempre.

De allende los mares llegaron noticias de una nueva ayuda.

España había combatido con Gran Bretaña, intermitentemente, durante dos siglos, y estaba tan ansiosa como Francia de debilitar a su gran enemiga.

Sin embargo, era más renuente que Francia a hacerlo mediante la ayuda a los americanos. España, como Francia, era una monarquía absoluta. Y a diferencia de Francia, España no tenía un conjunto vigoroso de intelectuales izquierdistas. No había ningún deseo en España de acudir en ayuda de un grupo de bribones que hablaban de libertad y democracia.

Mas si era derrotada Gran Bretaña, España podía adueñarse del territorio situado al este del Misisipí, territorio que, sumado a sus posesiones al oeste del río, habría puesto todo ese rico valle bajo su dominio.

Además, tenía internamene mayores quejas contra Gran Bretaña. Gibraltar, punto fuerte de la costa meridional de España, había sido tomado por Gran Bretaña en 1704 y lo había retenido contra todos los intentos de España para recuperarlo.

El 3 de abril de 1779 España juzgó que Gran Bretaña tenía suficientes problemas como para poder hacerle un pequeño chantaje. Pidió a Gran Bretaña que le devolviera Gibraltar, y la amenazó con la guerra si se negaba ello. Los británicos se negaron. España llegó a un acuerdo con Francia, pues, y el 21 de junio de 1779 declaró formalmente la guerra a Gran Bretaña.

España era débil y, por sí sola, no constituía una amenaza para Gran Bretaña. Pero tenía una flota que, suma da a la francesa, aumentaba las probabilidades de que Gran Bretaña perdiera el dominio del Atlántico. Si esto ocurría, aunque fuese temporalmente, Gran Bretaña podía perder la guerra en América del Norte. El 27 de septiembre de 1779, el Congreso designó a John Jay (nacido en la ciudad de Nueva York el 12 de diciembre de 1745 ministro en España. Hijo de un próspero comerciante Jay había sido miembro de ambos Congresos Continentales, Pero había sido elegido también para la Legislatura de Nueva York y optó por asistir a las sesiones de ésta de modo que se perdió la oportunidad de firmar la Declaración de la Independencia. El 7 de diciembre d 1778 volvió al Congreso y fue elegido su presidente.

En España, la principal tarea de Jay era persuadir esta nación a que reconociese la independencia americana. En esto, fracasó. Después de todo, España también tenía colonias y no deseaba sentar ningún precedente que pudiese alentar los intentos de lograr la independencia d sus propias colonias. En cambio, abogó por una paz d compromiso por la que Gran Bretaña quedaría debilitada pero los americanos permanecerían bajo la férula británica, objetivo casi imposible de lograr.

La entrada de España en la guerra alentó a América a creer que Gran Bretaña podría estar dispuesta a aceptar términos de paz sobre la base del reconocimiento de la independencia americana. Pero Gran Bretaña, estimulada por los sucesos de Georgia, permaneció intransigente, y la guerra continuó.

Cobardía y traición

Pese a las victorias aisladas de Stony Point, en el territorio indio, y en el mar, y pese a la entrada de España en la guerra, el invierno de 1779-1780 parecía sombrío, en verdad.

Georgia había sido separada y la flota francesa había resultado inútil en todo momento. El ejército de Washington, en sus cuarteles de invierno de Morristown, Nueva Jersey, donde había estado tres inviernos antes, estaba nuevamente en mala situación. Los suministros llegaban con lentitud y la paga se efectuaba con papel moneda emitido por el Congreso, con el cual no se podía comprar nada. Las raciones tuvieron que ser reducidas, y en la primavera partes del ejército estaban al borde del amotinamiento.

Y lo peor aún estaba por llegar, pues Clinton se dispuso a ampliar las victorias británicas en el sur. A ciento treinta kilómetros al noreste de Savannah estaba Charleston, la metrópoli de Carolina del Sur y el más ferviente centro del radicalismo al sur de Virginia. El 28 de junio de 1776 había rechazado a una fuerza británica enviada para tomarla, fuerza comandada por Clinton y Cornwallis.

En enero de 1780, Clinton y Cornwallis condujeron una flota desde Nueva York para borrar esa mancha de su hoja de servicios. Llevaron consigo 8.500 hombres, un tercio de los cuales eran leales americanos a Gran Bretaña. Prevost marchó con su ejército británico por tierra desde Savannah para unirse a ellos (había tratado de tomar Charleston sin apoyo naval, la primavera anterior, pero había fracasado).

Era políticamente imposible abandonar Charleston sin combatir, y Benjamin Lincoln, que había intentado valientemente expulsar a los británicos de Georgia, ahora encabezó una fuerza de más de 5.000 hombres y la introdujo en la ciudad.

Pero las posibilidades de Lincoln eran nulas. El 11 de abril de 1780, 14.000 británicos rodearon la ciudad por tierra y por mar. El 12 de mayo Lincoln comprendió que no tenía otra opción y se rindió. Unos 5.400 americanos fueron capturados en total, entre ellos siete generales, además de cuatro barcos y muchos suministros militares. Fue la más costosa derrota americana de la guerra.

Muy satisfecho, Clinton retornó a Nueva York, dejando a Cornwallis a cargo de la campaña meridional con una fuerza que estaba formada principalmente por leales. El segundo en el mando era sir Banastre Tarleton, quien cultivó deliberadamente una reputación de crueldad y permitió a sus soldados matar prisioneros.

A los pocos meses de la caída de Charleston, prácticamente toda Carolina del Sur estaba en manos británicas, con lo que éstos recuperaron a una segunda colonia rebelde.

Hubo lucha de guerrillas, sin duda, que acosaron a los británicos. Una banda guerrillera estaba bajo el mando de Francis Marión (nacido en el condado de Berkeley, Carolina del Sur, en 1732). Logró escapar de Charleston después de su caída y, ocultándose en las ciénagas, hostigó interminablemente a los británicos. Fue llamado el «Zorro de las Ciénagas». Otros jefes guerrilleros eran Andrew Pickens (nacido cerca de Paxtang, Pensilvania, en 1739) y Thomas Sumter (nacido cerca de Charlottesville, Virginia, en 1734).

Sus hazañas sirvieron para levantar la moral, pero no pudieron debilitar el dominio británico. Tampoco sirvió de mucho que una fuerza española tomase Mobile, sobre la costa del golfo, el 14 de marzo de 1780. (De hecho, esto empeoraba las cosas, en cierto modo, pues era improbable que todo territorio tomado por los españoles volviese a formar parte de territorio americano después de la guerra, aunque Gran Bretaña fuese derrotada.)

Para restaurar el derrumbe del espíritu americano, era menester enviar un nuevo ejército para reemplazar al perdido en Charleston y compensar esta derrota con victorias.

En abril de 1780, Washington envió un destacamento al sur bajo el mando del barón de Kalb. Pero el Congreso, contra el consejo de Washington, designó a Gates para que comandase esa fuerza y lo puso por encima de Kalb. Todavía lo rodeaba la aureola de la victoria sobre Burgoyne en Saratoga.

Gates tomó el mando del ejército cerca de Hilisboro, en la parte septentrional de Carolina del Norte, y decidió marchar a Camden, en Carolina del Sur (a 190 kilómetros al norte de Charleston), donde Cornwallis había establecido una avanzada fortificada.

La marcha fue difícil, y lo había sido desde la salida del cuartel general de Washington. Los suministros tardaban en llegar,, y los soldados padecían hambre. Cuando el ejército llegó a Camden, había menos de 3.000 hombres capaces de combatir y sólo 1.000 de ellos eran veteranos del ejército de Washington.

Cornwallis, que fue quizá el mejor general británico de la Guerra Revolucionaria, esperaba a Gates con menos hombres, pero mejor entrenados y en mejores condiciones.

El 16 de agosto de 1780 se libró la batalla de Camden. La brigada de Tarleton cargó y, al aproximarse el bosque de bayonetas, los americanos rompieron filas y huyeron. De Kalb y su contingente hicieron lo que pudieron para resistir a los británicos, pero fracasaron. De Kalb fue muerto.

En cuanto a Gates, tomó parte en la retirada. En verdad, su caballo tenía fama de ser el más veloz de América, y él lo lanzó a todo galope. Siguió retirándose, en un pánico absoluto, a lo largo de todo el camino hasta Charlotte, en Carolina del Norte, a cien kilómetros al norte de Camden. Sólo 700 soldados llegaron allí con él.

Esto puso fin a la carrera de Gates, pero la pérdida de un segundo ejército en una deshonrosa derrota era pagar un precio demasiado alto por librarse de un cobarde incapaz.

El destino del «héroe» de Saratoga, sin embargo, fue mejor que el del héroe real, pues ahora, en ese negro año de 1780, Benedict Arnold añadió el capítulo más negro de todos.

Pocos habían contribuido tanto a la causa americana como Arnold, que recibió muy poco a cambio. No obtuvo promoción ni reconocimiento, sino sólo heridas. En el verano de 1778 no estaba apto para el servicio activo a causa de su pierna despedazada y se le dio el fácil cargo de comandar las fuerzas americanas de Filadelfia. Allí vivió bien, resarciéndose de la dureza de sus campañas.

Arnold nunca había sido popular entre los oficiales que poseían menos bríos y capacidad que él, y ahora sus extravagancias en Filadelfia le ganaron una total impopularidad. Fue acusado de violar varias reglas militares y tuvo que pedir un tribunal militar para probar su inocencia. El tribunal se reunió en diciembre de 1779 y fue convicto de un par de cargos menores y sentenciado a recibir una reprimenda de Washington.

Washington, que apreciaba los servicios de Arnold, había hecho lo posible para apoyarlo y a veces había impedido que renunciase encolerizado, en el pasado. Ahora hizo lo posible por salvar el orgullo de Arnold reprimiéndolo tan suavemente que puede decirse que no fue una reprimenda.

Sin embargo, el orgullo de Arnold estaba herido más de lo que podía soportar. Había quedado viudo en 1775, y en la primavera de 1779 se había casado con una bella joven de Filadelfia cuyas simpatías iban hacia los «leales». Fue fácil para ella persuadirlo de que debía hacer algo contra la ingratitud americana, y Arnold comenzó a sondear a los británicos sobre la posibilidad de venderles información por dinero.

Después del juicio del tribunal militar y de su condena, fue más allá. Pidió a Washington el mando de West Point, una importante fortificación a orillas del río Hudson, a unos sesenta y cinco kilómetros al norte de Nueva York. Washington, ansioso de complacer al desaprovechado general, se lo concedió. En la primavera de 1780,

Arnold empezó a negociar la rendición del fuerte a los británicos a cambio de veinte mil libras.

El oficial británico que trató con Arnold era el comandante John André. Este había luchado junto a Howe en la campaña que terminó con la captura de Filadelfia y, después del retiro de Howe, fue ayudante de campo del general Clinton a cargo del servicio de inteligencia. Había estado en el asedio y la captura de Charleston y, cuando volvió a Nueva York, en junio de 1780, le esperaba la oferta de Arnold de entregar West Point.

El 21 de septiembre de 1780, André remontó el Hudson con una bandera de tregua y convino los términos finales del acuerdo. Arnold recibiría veinte mil libras si la entrega de West Point se hacía con éxito, y diez mil si lo intentaba, fracasaba y tenía que huir al campo británico. El barco que había llevado a André aguas arriba del Hudson había sido atacado y tuvo que retirarse, por lo que André permaneció allí durante la noche y luego trató de volver a las líneas británicas por tierra.

No parecía aconsejable tratar de hacerlo con el conspicuo uniforme rojo de los soldados británicos, por lo que se puso ropas civiles. Pero desde ese momento se convirtió en un espía, en términos de derecho militar. Con el uniforme podía ser un prisionero de guerra, si lo capturaban; pero sin él, podía ser ahorcado.

Ocurrió que en su viaje al sur fue detenido e investigado por soldados americanos. En su bota fueron encontrados papeles concernientes a West Point que fueron enviados inmediatamente a Arnold, quien parecía la autoridad apropiada. Arnold sabía que su traición pronto sería descubierta y escapó inmediatamente a las líneas británicas, dejando a André como cabeza de turco.

Evidentemente, el verdadero reo era Arnold y, cuando André fue condenado a muerte por un tribunal militar, Washington ofreció entregarlo a los británicos a cambio de Arnold. Clinton podía haberse sentido tentado a aceptar, pero había dado su palabra a Arnold y su honor exigía que se negase, de modo que André fue ahorcado el 2 de octubre de 1780.

Benedict Arnold no fue colgado, pero habría sido mejor para él que lo fuese. Cualquiera que fuese el motivo de su resentimiento, su traición era inexcusable. En primer lugar, había sido apoyado y apreciado por Washington al menos, y su respuesta había sido usar la simpatía de Washington como medio para montar la traición. Además, no lo hizo por convicción. Se puede perdonar a un hombre por cambiar de lado si realmente ha llegado a creer que la justicia y el honor están del nuevo bando adoptado. Pero éste no era el caso de Arnold. No abrigaba ninguna convicción sobre la justicia de la causa británica; no pensaba que había combatido por la parte equivocada. Sencillamente se había vendido por dinero.

No es de extrañarse, pues, de que, pese a todos los servicios que prestó a la causa americana, haya pasado a la historia como un redomado villano, cuyo nombre, para oídos americanos, ha sido desde entonces sinónimo de «traidor».

Tampoco le fue bien con los británicos. Los oficiales británicos podían, por necesidad militar, estar dispuestos a tratar con un traidor que se vendía por dinero, pero no tenían por qué tener trato social con él después. Además, era considerado moralmente un cobarde por haber permitido que André muriese por él. Aunque Arnold combatió del lado británico por el resto de la guerra y recibió más de 6.000 libras, tierras en Canadá y el rango de general de brigada, su carrera declinó constantemente. Abandonó América un año después de su traición y nunca retornó, viviendo amargado y taciturno los últimos veinte años de su vida, con el sentimiento de haber fracasado en todo.

Sin embargo, lo que fue Arnold antes de su traición no se olvidó enteramente. Un siglo después de la batalla de Saratoga, se erigió un monumento en el lugar. Se construyeron cuatro hornacinas y en tres de ellas se colocaron estatuas de Gates,

Schuyler y Morgan. La cuarta quedó vacía, pues hubiera contenido una estatua de Arnold, si éste no hubiese caído en la traición.

Y en otra parte del campo de batalla, en el lugar donde Arnold cayó herido, hay un monumento con la escultura de una bota: un recuerdo de la pierna herida por la causa americana. El monumento habla de «el soldado más brillante del Ejército Continental», pero no menciona su nombre.

Los americanos resisten

Los americanos tenían mucho que lamentar en 1780. Después del triunfo de la rendición de Burgoyne y la alianza francesa, habían transcurrido tres años de amarga decepción. Habían pasado por las frustraciones de Monmouth, de la flota francesa, de la pérdida de dos Estados sureños, de la vergonzosa huida de Gates y de la traición de Arnold. Hasta una nueva acción naval de Francia (iniciada por Lafayette, quien había visitado Francia en 1779 para urgir a que se emprendiese alguna acción enérgica) había dado muy pocos resultados.

El 2 de mayo de 1780 Francia envió cerca de 7.000 soldados a través del Atlántico, en una poderosa flotilla comandada por Jean Baptiste de Rochambeau. Los barcos llegaron a Newport, Rhode Island, el 11 de julio y las tropas desembarcaron. Pero casi inmediatamente llegó la flota británica y estableció un bloqueo. Los barcos franceses quedaron acorralados en Newport durante un año.

Rochambeau podía haber dejado sus barcos en Newport y marchado hacia el oeste para unirse a Washington. Pero no deseaba abandonar sus barcos, y Washington, a decir verdad, no lo quería sin esos barcos.

Desde que los británicos habían evacuado Filadelfia a causa de la temida llegada de barcos franceses, Washington sentía un saludable respeto por el poder marítimo. En lo sucesivo, mantuvo en un mínimo la lucha por tierra; añadir soldados franceses a los suyos no habría servido de nada y, quizá, sólo habría dado origen a fricciones entre los franceses y los americanos. Washington estaba decidido a esperar hasta que los franceses pudieran poner una flota a su disposición, tanto como hombres.

Sin embargo, hubo algunos destellos de luz, uno de ellos en el sur, donde la situación parecía más sombría.

Allí, terminada la batalla de Camden y con Georgia y Carolina del Sur firmemente en la férula británica, Cornwallis empezó a desplazarse al norte, hacia Carolina del Norte. También al norte y siguiendo una ruta paralela, iban unos 1.400 «leales» conducidos por el comandante Patrick Ferguson. Contra él, acudieron en enjambre los rústicos colonos, cada uno con su largo rifle.

Ferguson decidió detenerse en King's Mountain, en el oeste de Carolina del Sur y a dos kilómetros y medio del límite con Carolina del Norte. El 7 de octubre de 1780, 900 americanos treparon por la montaña para llegar hasta Ferguson. Normalmente, tendría que haber sido un Bunker Hill, pero los americanos no avanzaron alineados con uniformes escarlatas, como habían hecho los británicos en aquella batalla. En cambio, subieron de roca en roca y de árbol en árbol.

Cuando aparecía un soldado enemigo aislado, era eliminado con los rifles de mortal eficacia. Cuando las fuerzas de Ferguson atacaron, los americanos se esfumaron ante las bayonetas, y luego empezaron a eliminarlos nuevamente. Ferguson fue muerto, y con él pereció la mitad de las fuerzas «leales». Los restantes se rindieron. Los americanos sólo tuvieron 90 bajas.

Como la batalla de Trenton después de la retirada a través de Nueva Jersey, la batalla de King's Mountain levantó la moral americana y contribuyó mucho a

neutralizar la vergüenza de Camden. Persuadió a Cornwallis a postergar el avance hacia el norte para el año siguiente.

El 14 de octubre, una semana después de la batalla, Cornwallis llegó a sus cuarteles de invierno, en Winnsboro, Carolina del Sur, a sesenta y cinco kilómetros al oeste de Camden. El mismo día, el general Nathaniel Greene, quien se había retirado por Nueva Jersey con Washington cuatro años antes, fue puesto al mando del ejército del sur.

Menos vistosos y espectaculares que la victoria de King's Mountain fueron otros avances hechos por los americanos, económicos y políticos.

Económicamente, la causa americana se hallaba con abismales dificultades a inicios de 1781. Los soldados americanos eran pagados con dinero continental, que no valía nada, y aun esa paga se atrasaba. Cuando se difundió el rumor de que los reclutas eran sobornados con moneda contante y sonante para que se incorporasen al ejército, algunas de las tropas de Pensilvania del campamento de invierno de Washington en Morristown se rebelaron y exigieron que también se les pagase con dinero fuerte. Se hicieron concesiones, pero muchos soldados se marcharon coléricos lo mismo. Otras rebeliones de tropas de Pensilvania y Nueva Jersey sólo pudieron ser sofocadas después de fusilar a algunos hombres.

El 20 de febrero de 1781, el Congreso, desesperado por el problema del dinero, nombró a Robert Morris superintendente de finanzas. (Hoy lo llamaríamos el «Ministerio de Hacienda».) Morris, nacido en Liverpool, Inglaterra, el 31 de enero de 1734, llegó a Maryland cuando era un muchacho de catorce años y luego se incorporó a un próspero establecimiento comercial de Filadelfia. Sólo con renuencia llegó a aceptar la idea de la independencia, pero fue uno de los firmantes de la Declaración.

Hizo todo lo que pudo para mantener en equilibrio las finanzas, pero sólo después de que le dieron los poderes necesarios, en 1781, logró finalmente poner un poco de orden en la economía americana, con ayuda de préstamos de Francia, España y los Países Bajos. También usó su crédito personal para dar apoyo al ejército de Washington, sin el cual éste no habría podido librar las decisivas batallas de 1781.

Otro financiero que fue de gran ayuda a la causa americana, aunque en una posición menos oficial, fue Haym Solomon (nacido en Polonia alrededor de 1740), uno de los varios miles de judíos que vivían en América en la época de la Revolución y que era un incondicional adepto del bando americano. En total, adelantó 700.000 dólares, una suma principesca por aquellos días, al Ejército Continental. Nunca se le devolvió nada, y murió en 1785 prácticamente en la pobreza.

Políticamente, los trece Estados, cada uno celosamente orgulloso de su independencia, lograron alcanzar cierto tipo de unión.

Ya antes de firmarse la Declaración de la Independencia, el hecho de la guerra había dictado algún género de cooperación entre los Estados. Sencillamente, no podían luchar contra Gran Bretaña como trece naciones separadas que tomasen trece conjuntos distintos de decisiones.

El 12 de junio de 1776 John Dickinson fue encargado de elaborar los detalles de tal unión, y el Congreso adoptó el esquema que él preparó el 15 de noviembre de 1977, un año y medio más tarde.

La naturaleza de la unión, escrita en un documento llamado «Los artículos de la Confederación», era débil, en verdad. Los Estados particulares retenían la mayor parte de los poderes, incluido el poder —de suprema importancia— de establecer impuestos, de modo que el Congreso sólo podía obtener el dinero que los Estados quisieran darle. Esta fue una de las principales razones de que el dinero continental careciese de valor.

Entre las facultades del Congreso estaban el conducir la política exterior y los asuntos indios, regular la acuñación, establecer un sistema postal, pedir préstamos y dirimir disputas entre Estados. Pero aun en aquellos ámbitos en los que podía tomar

decisiones, el Congreso no disponía de ningún medio para ponerlas en práctica. El Congreso sólo podía pedir a los Estados que hiciesen lo necesario para ponerlas en práctica, y los Estados, por supuesto, podían optar por no hacerlo.

No había ningún poder ejecutivo. Cada Estado enviaba delegados al Congreso, pero, independientemente del tamaño de la delegación, cada Estado tenía un voto.

Por más de tres años después de que el Congreso aceptase los artículos de la Confederación, éstos, sin embargo, siguieron siendo no oficiales, pues carecían de la aprobación de los trece Estados. La dificultad residía en la cuestión de las tierras occidentales.

Cuando se crearon las colonias, las cartas reales concedidas habían sido muy vagas en cuanto a los límites (por la falta de conocimiento del interior continental) y también muy generosas. En varios casos, se concedía a las colonias una indefinida jurisdicción al oeste. Por ello, varios Estados reclamaban tierras al oeste de su zona colonizada y, en algunos casos, las reclamaciones de diferentes Estados entraban en conflicto. Ocurría esto, particularmente, con las tierras situadas al norte del río Ohio, que eran reclamadas en su totalidad por Virginia y parcialmente por Pensilvania, Connecticut, Massachusetts y Nueva York.

Por otro lado, algunos de los Estados, por la manera como se habían formado y por su situación geográfica, no hacían en absoluto reclamaciones al oeste y tenían límites fijos y definidos. Eran Rhode Island, Nueva Jersey, Delaware y Maryland.

Los Estados que no presentaban reclamaciones eran pequeños en un principio, y parecían destinados a hacerse más pequeños, comparativamente, a medida que los otros Estados engullían más tierras occidentales. Uno de ellos, Maryland, decidió, pues, no firmar los Artículos de la Confederación hasta que llegase el momento en que los diversos Estados renunciasen a sus pretensiones de tierras occidentales. Adhirió tenazmente a esta resolución por más de tres años, pese a todas las presiones de la guerra y pese al hecho de que los otros doce Estados, incluidos los pequeños, habían firmado los artículos.

Todos los americanos deben estar agradecidos a Maryland por esa resolución. Si hubieran subsistido las reclamaciones sobre el oeste, la historia de los Estados americanos habría sido la historia del intento de los Estados más grandes por adueñarse de tierras, y de interminables querellas entre ellos por cuestiones de límites. Finalmente, no habría habido unión alguna, sino sólo diversos Estados independientes tan mutuamente hostiles como las varias naciones de Europa.

Ante la insistencia de Maryland, uno tras otro, los Estados renunciaron con renuencia a sus pretensiones sobre las tierras occidentales y convinieron en que esas regiones no colonizadas fuesen consideradas como propiedad de la unión de los Estados, en conjunto. Connecticut lo, admitió el 10 de octubre de 1780; Virginia, el 2 de enero de 1781; Nueva York, el 1 de marzo de 1781.

Con la admisión por Nueva York, Maryland finalmente se consideró satisfecha, y el 1 de marzo de 1781 firmó los Artículos de la Confederación. Sólo entonces éstos entraron legalmente en vigor. El 4 de julio de 1776 los Estados individualmente se hicieron independientes, pero el 1 de marzo de 1781 empezaron a existir legalmente los Estados Unidos de América, y el Congreso Continental se convirtió en el «Congreso de los Estados Unidos».

Y mientras la situación financiera y política de América mostraba síntomas de mejora, los problemas de Gran Bretaña en Europa seguían aumentado. Durante más de un siglo, desde que había derrotado a las flotas neerlandesas en el decenio de 1660-1669, Gran Bretaña había dominado los mares. Este dominio le había dado poder, un imperio y prosperidad. Naturalmente, esto había causado envidia y recelos en otras naciones.

Ahora Gran Bretaña estaba atascada en una guerra aparentemente interminable con sus antiguas colonias, con su propia gente inquieta y dividida, mientras Francia y España se incorporaban a la guerra contra ella. Otras naciones se sintieron alentadas y adoptaron cada vez más una postura antibritánica.

La primera de ellas fue Rusia. Estaba bajo el gobierno de Catalina II, una mujer capaz interesada en las ideas izquierdistas de los intelectuales franceses. Cuando Gran Bretaña trató de imponer un bloqueo contra Francia y España, Rusia anunció, el 28 de febrero de 1780, que no lo admitía y que los barcos rusos protegerían los derechos de los comerciantes rusos a navegar por donde lo deseasen. Llamó a la formación de una «Liga de Neutralidad Armada», a la que se incorporaron otras naciones. Casi todas las potencias marítimas europeas neutrales se incorporaron a ella en 1780 y 1781.

La Liga de Neutralidad Armada no pudo hacer mucho en el momento decisivo. El 20 de diciembre de 1780 Gran Bretaña declaró la guerra a los Países Bajos, que llevaba un vasto comercio con los Estados Unidos. Este comercio fue reducido drásticamente, y, aunque los Países Bajos eran un miembro de la Liga de Neutralidad Armada, los otros miembros no hicieron nada.

Sin embargo, Gran Bretaña se encontró aislada. La necesidad de vigilar a todas las flotas de Europa obstaculizó las operaciones navales de los británicos contra los americanos; la aversión a la guerra aumentó constantemente entre el pueblo británico.

Decisión en Virginia.

A comienzos de 1781, los ejércitos británicos todavía dominaban Georgia y Carolina del Sur y aún estaban dispuestos a avanzar al norte. La batalla de King’s Mountain había retrasado este avance, pero no lo había detenido. Era tarea del general Greene hacer este avance lo más difícil posible.

Tan pronto como Greene tomó el mando, penetró en Carolina del Sur. No era bastante fuerte para atacar a Cornwallis, pero destacó a 800 hombres comandados por Morgan (quien se había distinguido en Saratoga) para limpiar de británicos el oeste de Carolina del Sur.

Cornwallis envió a Tarleton en persecución de Morgan, quien estaba muy dispuesto a dejarse atrapar, siempre que fuese en un terreno de su elección. Esto ocurrió en Cowpens, en la parte más septentrional de Carolina del Sur. El 17 de enero de 1781 Morgan ubicó cuidadosa mente a sus hombres, cuyo número ahora había aumentado a mil, en tres líneas, con la caballería oculta detrás de una colina. Todos tenían sus instrucciones.

Tarleton se acercó con un número igual de hombres y atacó inmediatamente. La primera línea de fusileros americanos apuntaron con sus mortíferos rifles y mataron o hirieron a varias docenas de los soldados que avanzaban, retrocediendo luego rápidamente. La segunda línea hizo lo mismo.

Los británicos soportaron el castigo y, pensando que la doble retirada significaba que los americanos no resistirían su asalto, cargaron en un total desorden. Pero la primera y la segunda línea sólo se habían retirado para unirse a la tercera, y la línea unificada resistió firmemente mientras la caballería americana cargaba desde atrás de la colina.

Los británicos quedaron atrapados. Sufrieron 329 bajas y todos los supervivientes se rindieron. Los hombres de Morgan tuvieron menos de setenta y cinco bajas. Fue una segunda King’s Moutain.

Encolerizado, Cornwallis condujo su ejército tras los americanos. Rápidamente, Morgan y Greene se retiraron, logrando unir sus fuerzas en el centro de Carolina del Norte, para luego seguir desplazándose al norte. Parecía como si abandonasen Carolina

del Norte, un tercer Estado, a los británicos, y buscasen presurosamente refugio en Virginia, que estaba pasando por serias dificultades, Allí, Benedict Arnold, ahora convertido en oficial británico, estaba acosando la zona rural. El 5 de enero, doce días antes de la batalla de Cowpens, había saqueado e incendiado Richmond, que había sido elegida capital de Virginia sólo dos años antes.

Pero, en realidad, Greene había logrado llevar a las fuerzas de Cornwallis a realizar una persecución fatigosa e inútil. Cuando Cornwallis llegó a Virginia central-meridional, sin haber atrapado a los americanos, tuvo que volver para permitir descansar a sus hombres y reunir suministros. Se retiró a Hilisboro, en Carolina del Norte.

Pero Greene no pensaba concederle ningún reposo. Recibió refuerzos y se dirigió hacia el sur nuevamente. Cornwallis se vio obligado a tratar de detenerlo y, el 15 de marzo de 1781, los dos ejércitos se encontraron en Guilford Courthouse, a ochenta kilómetros al oeste de Hilisboro.

Allí, Greene colocó a sus hombres como lo había hecho Morgan en Cowpens. Más aún, Cornwallis arrojó a sus hombres contra los americanos en un furioso asalto frontal, exactamente como había hecho Tarleton en Cowpens.

Pero esta vez las cosas no sucedieron como antes. Los americanos no constituían la fuerza escogida que había seguido a Morgan. Algunos se llenaron de pánico ante el asalto. Greene, comprendiendo que el ejército podía quedar en peligro si permanecía allí, retiró a sus hombres. Esto convirtió el combate, técnicamente, en una victoria británica, pero los soldados americanos que no se habían dejado arrastrar por el pánico dispararon bien, de modo que las pérdidas británicas fueron grandes, considerablemente mayores de lo que Cornwallis podía permitirse.

El 28 de marzo de 1781, Cornwallis llevó a sus hombres a Wilmington, en Carolina del Norte, una ciudad costera en la cual podía asegurarse los suministros mientras los británicos dominasen el mar. Allí esperó refuerzos.

Greene ahora ignoró a Cornwallis y marchó al sur nuevamente, entrando en Carolina del Sur. Allí no ganó ninguna asombrosa victoria, pero logró restablecer la dominación americana del Estado, confinando a los británicos a la ciudad de Charleston y sus vecindades.

Así como la guerra en el norte finalmente sólo había dado a los británicos el puerto marítimo de Nueva York, así también la guerra en el sur, después de casi tres años, había dejado a los británicos solamente en posesión de los puertos marítimos de Savannah, Charleston y Wilmington.

Cornwallis decidió hacer otra jugada. Georgia y las Carolinas habían sido suficientemente vapuleadas como para ser incapaces de resistir sin ayuda del norte. Por ello, decidió atacar a Virginia, la más grande de las colonias rebeldes y la base de los suministros del ejército americano del sur. Si lograba tomarla, los americanos tendrían que abandonar toda la mitad meridional del país.

El 25 de abril de 1781 abandonó Wilmington y avanzó rápidamente hacia el norte. El 20 de mayo se unió a las fuerzas de Benedict Arnold en Petersburg, Virginia, a unos cincuenta kilómetros al sur de Richmond.

En Virginia, realizó vastas incursiones. Tarleton condujo tropas a Charlottesville, a unos cien kilómetros al noroeste de Richmond, donde se reunía el gobierno del Estado de Virginia después de haber huido de la capital. Allí estuvo a punto de atrapar al gobernador Thomas Jefferson y a la Legislatura. Los hombres que conducía Cornwallis ahora ascendían a 7.500, pero las pequeñas fuerzas americanas que conducía Lafayette y se le oponían también estaban aumentando, y los franceses las conducían muy bien.

A medida que pasaba el verano, Cornwallis pensó nuevamente que haría mejor en volver a la costa y asegurarse los suministros y refuerzos. Esta vez decidió

establecerse en Yorktown, una ciudad costera situada a cien kilómetros al sudeste de Richmond y cerca de la bahía de Chesapeake. Llegó allí el 1 de agosto de 1781.

Pero con el verano también había llegado el momento de que Washington se moviese. La flota francesa de las Antillas estaba ahora al mando del almirante Francois de Grasse, quien obtuvo allí algunas victorias menores sobre los británicos. Esto hizo que pudiera trasladarse a la costa americana si lo deseaba.

En la esperanza de que pudiese hacerlo, Washington decidió que podía utilizar a esos soldados franceses. Se reunió con Rochambeau (cuyos hombres aún estaban en Newport, Rhode Island) en Connecticut y lo persuadió de que uniese sus hombres a las fuerzas americanas cerca de Nueva York. El encuentro se efectuó el 5 de julio.

El 14 de agosto finalmente llegaron a Washington noticias de la flota francesa. De Grasse tenía la opción de bloquear a Clinton en Nueva York o a Cornwallis en Yorktown. Eligió Yorktown porque estaba más cerca de su puerto en las Antillas. Hizo saber que podía estar frente a la costa americana sólo hasta mediados de octubre.

De inmediato Washington llevó sus tropas a Staten Island, como si planease un ataque a Nueva York. Cuando los británicos hicieron entrar sus tropas para efectuar la defensa, Washington rápidamente cambió de rumbo y se dirigió al sur con rapidez, demasiado rápidamente para que los británicos tratasen de interceptarlo.

El 30 de agosto de 1781, la flota de De Grasse llegó frente a Yorktown, y Cornwallis contempló espantado un mar en el que los barcos que se aproximaban eran los del enemigo. Fue la primera vez en la guerra que el mar no era un amigo y un aliado de los británicos; la primera vez que una fuerza británica en una ciudad costera fue rodeada, pues Cornwallis estaba frente a De Grasse por mar y a Lafayette por tierra.

Los barcos británicos llegaron casi en seguida, desde luego, para hacer frente a De Grasse. Pero el 5 de septiembre de 1781 De Grasse condujo sus barcos contra los británicos con bastante éxito, pues infligió considerablemente más daños de los que recibió. Cuando llegaron refuerzos para los franceses, los barcos británicos se vieron obligados a alejarse y abandonar a Cornwallis.

De Grasse era partidario de efectuar un ataque inmediato contra Cornwallis, ya que De Grasse no abrigaba ilusiones de poder mantener el dominio del mar por mucho tiempo contra los británicos. Pero Lafayette insistía en que debían esperar la llegada de Washington. Sencillamente, Washington debía participar en la cacería, y el leal Lafayette no tenía ningún deseo de arrebatársela para él.

A fines de septiembre, llegó al escenario de la lucha el cuerpo principal del ejército de Washington, con su contingente francés al mando de Rochambeau, y se montó el asedio en regla de Yorktown.

La posición de Cornwallis era desesperada. El 17 de octubre no vio más alternativa que rendirse. Ofreció su rendición a Rochambeau, pero el francés la rechazó. Cornwallis tenía que rendirse al comandante en jefe americano. El 18, Cornwallis cedió también en esto, y el 19, cerca de 8.000 soldados británicos depusieron sus armas. La espada de Cornwallis fue entregada al general Lincoln, quien un año antes había tenido que rendir Charleston.

Clinton acudió con barcos y hombres al auxilio de Cornwallis, pero llegó una semana más tarde y, al hallar que los americanos estaban en posesión de Yorktown, se apresuró a volver a Nueva York.

Washington habría seguido y lanzado el mismo género de ataque por tierra y por mar contra Nueva York que había tenido éxito con Yorktown, pero De Grasse no quería saber nada de ello. Hasta entonces había tenido suerte al desafiar a los británicos, pero no quería seguir tentando esta suerte. Era tiempo para él de volver a las Antillas, y hacia ellas se dirigió. (En la primavera siguiente, fue derrotado y capturado por una flota británica, con lo que terminó el año del predominio francés en el mar, pero éste había sido suficientemente largo y se había producido en el momento oportuno.)

Clinton aún estaba seguro en Nueva York, pues, pero esto realmente no importaba. Las noticias de la rendición de otro ejército británico finalmente convencieron hasta al más tozudo halcón de los legisladores británicos de que la guerra era un completo fracaso.

Cuando lord North recibió la noticia de la rendición de Cornwallis, exclamó: «¡Oh, Dios, todo ha terminado!» Y así fue. El 20 de marzo de 1782, después de haber persuadido con lágrimas a Jorge III de que firmase la paz, aun a costa de conceder la independencia americana, renunció como primer ministro. Fue sucedido por lord Rockingham, el mismo que había subido al poder en la época de la revocación de la Ley de Timbres, y se suponía que la tarea de Rockingham era otorgar la independencia a América y hacer la paz.

El 4 de abril Clinton fue relevado como comandante en jefe de las fuerzas británicas en América y fue sucedido por Carleton (quien cinco años y medio antes había defendido Canadá contra Montgomery y Arnold). La tarea de Carleton era sencillamente hacerse cargo de las tropas británicas hasta que se sellara la paz. Por eso, llevó todas las tropas a Nueva York. Wilmington, Savannah y hasta Charleston fueron evacuadas antes de fines de 1782.

Pero Yorktown no significó la paz para las regiones rurales. Los «leales» y los indios continuaron sus incursiones en las zonas apartadas. Todavía fue necesario luchar contra ellos. Por ello, siguieron las batallas menores, y la última de importancia se libró en el oeste. George Rogers Clark, que había expulsado a los británicos del territorio de Ohio tres años y medios antes, ahora reunió fuerzas y, el 10 de noviembre de 1782, derrotó a los indios shawnees en lo que es ahora el sur de Ohio.

Mas para entonces estaban en su apogeo las negociaciones de paz. Benjamin Franklin, John Jay y John Adams estaban en París, conversando de manera no oficial con representantes del gobierno británico. El 19 de septiembre de 1782 las conversaciones se hicieron oficiales cuando el representante británico recibió la autorización adecuada para tratar con los americanos. En esta autorización se hacía referencia a los «Trece Estados Unidos», lo cual equivalía a un reconocimiento oficial de la independencia americana.

Los negociadores americanos no tuvieron una tarea fácil. Aunque los británicos estaban tan cansados de la guerra que deseaban darle fin casi a toda costa, los americanos pusieron pegas en puntos menores y corrieron el riesgo de agotar la paciencia de los británicos. La posición británica en el mar se hacía cada vez más fuerte, y hay límites para todo. Además, los franceses y los españoles tampoco estaban ansiosos de que la nueva nación se hiciese demasiado fuerte e hicieron todo lo posible por alinearse calmosamente con los británicos contra las exigencias americanas más extremas.

Pero los americanos se mantuvieron firmes en un punto, además de la independencia, y era que su tierra se extendería hasta el Misisipí e incluiría todo el territorio situado al sur de los Grandes Lagos que había sido británico desde 1763. Francia habría querido que los Estados Unidos quedasen limitados a la franja costera al este de los Apalaches, pero los Estados Unidos no querían saber nada de esto, y ganaron. El territorio fue concedido en un tratado de paz preliminar firmado en París el 30 de noviembre de 1782. (Sin duda, los españoles habían tomado la costa del golfo de Gran Bretaña en el último par de años e insistían en conservarla y en tomar Florida, que había sido suya durante dos siglos y medio antes de 1763. Pero España era aliada de América, y Gran Bretaña estaba deseosa de que los Estados Unidos se hiciesen cargo de esta nación por su cuenta.)

La paz preliminar se haría efectiva cuando Gran Bretaña llegase a un acuerdo con Francia. Este se alcanzó finalmente (pese al fastidio de Francia hacia los

negociadores americanos, por tratar de obtener los términos más ventajosos para ellos, y más favorables de lo que hubiese preferido Francia), el 20 de enero de 1783.

El 19 de abril, el Congreso, que eligió deliberadamante el octavo aniversario del tiroteo de Lexington para tal fin, proclamó el fin de la guerra. Por último, terminaron las formalidades finales y el Tratado de París entró en vigor el 3 de septiembre de 1783.

La guerra había terminado y los Estados Unidos habían obtenido su independencia.

CAPÍTULO 7 - HACIA LA CREACIÓN DE UNA NACIÓN

Después de la guerra

La nueva nación era enorme para patrones europeos. Su superficie era de 2.200.000 kilómetros cuadrados, o sea cuatro veces la de Francia. Su población aún era pequeña, pero estaba creciendo rápidamente. Al final de la guerra, era de unos 3.000.000, de los cuales 500.000 eran esclavos. Virginia era todavía el Estado más grande, con una población de 450.000 habitantes.

Las cicatrices de la guerra fueron relativamente leves. Las ciudades, en general, no habían sido tocadas, y con excepción de las incursiones lealistas e indias no hubo verdaderas atrocidades. Las bajas americanas quizá fueron 19.000, con unos 4.000 registrados como muertos en acción. No se conocen las bajas británicas, pero se estiman que fueron al menos el doble que las americanas.

La mayor tragedia fue la de los «leales», quienes habían luchado por lo que consideraban su patria y su rey. Si la rebelión americana hubiese sido aplastada, habrían sido héroes; pero, según ocurrieron las cosas, fueron traidores. Lo mejor que podían hacer era abandonar un país que ahora era activamente hostil hacia ellos. El 26 de abril de 1783, 7.000 «leales» abandonaron la ciudad de Nueva York en condición de refugiados, como los llamaríamos hoy. Algunos se marcharon a Gran Bretaña, otros a Canadá. Hubo muchos más, pues las estimaciones sitúan el número total de los refugiados «leales» que abandonaron los Estados Unidos o fueron expulsados en 100.000. Muchos otros miles se quedaron, sufriendo grados diversos de malos tratos, hasta que se calmaron las pasiones de la guerra.

Los británicos también se marcharon. En noviembre, los británicos de Nueva York se replegaron, dispuestos a embarcarse. El 25 de noviembre de 1783, se marcharon de la ciudad de Nueva York y el 4 de diciembre abandonaron Staten Island.

El Congreso disolvió el Ejército Continental el 3 de noviembre, y el 4 de diciembre Jorge Washington se despidió de sus oficiales en Fraunces Tavern, en Nueva York. Luego viajó a donde celebraba sus sesiones el Congreso, en Annapolis, Maryland, y el 23 de diciembre renunció formalmente a su cargo. Durante ocho años y medio había realizado una agotadora labor, y en todo ese tiempo, en medio de derrotas y desastres provocados a veces por la acción militar, a veces por un clima implacable y a veces por la incapacidad del Congreso, se había mantenido firme e inquebrantablemente en su puesto.

El resultado no sólo fue la victoria, sino también una gran admiración hacia Washington de los americanos, a través de toda su historia, y, en verdad, admiración también de todo el mundo.

La acción de Washington, al retirarse en lugar de tratar de usar la popularidad obtenida con una guerra victoriosa para ganar poder político sobre la nación, fue admirada tanto interior como exteriormente. Fue llamado «el Cincinato americano», por el legendario general romano que en el siglo V a. C., fue llamado de su granja y hecho dictador para que condujese el ejército romano contra un enemigo amenazante. Condujo el ejército a la victoria y luego renunció inmediatamente a la dictadura para volver a su arado.

En abril de 1783, el general Knox, el más íntimo amigo de Washington, esbozó un plan para formar una «Sociedad de los Cincinatos», a la que podían pertenecer los oficiales retirados del Ejército Continental. Dos mil ex oficiales se incorporaron a ella y se crearon secciones en todos los Estados. Naturalmente, Washington fue su primer

presidente. La sociedad tuvo considerable prestigio en aquellos tempranos años, y en 1790 un puesto militar a orillas del río Ohio fue rebautizado en su honor; desde entonces, ha sido la ciudad de Cincinnati (Ohio).

Pero la Sociedad de los Cincinatos estableció la pertenencia hereditaria a ella, lo cual desencadenó una tempestad de controversias, pues muchos temían que se convirtiese en una aristocracia americana y que hasta apoyaría una monarquía americana. Para oponerse a ella, se crearon varias sociedades democráticas, y una de éstas, que fue conocida como Tammany Hall, fue un poder político en la ciudad de Nueva York durante un siglo y medio.

Por la época en que terminó la guerra, los Estados Unidos eran una nación, en el sentido, por ejemplo, de que había una ciudadanía nacional. Una persona que viviese dentro de sus límites era un americano, y no un virginiano o un carolino o una persona de Massachusetts (aunque pudiese considerarse tal cosa también). Podía viajar libremente de un Estado a otro y no se lo consideraba un extranjero en ninguno de ellos. Asimismo, los Estados Unidos estaban representados por agentes diplomáticos únicos, que hablaban en nombre de todos los Estados.

Sin embargo, el espíritu nacional era muy endeble. El poder económico dentro de la nación pertenecía casi enteramente a los Estados, y lo mismo el poder político. Afortunadamente, en el fuego de la revolución, los Estados habían terminado adoptando posiciones muy similares en muchos aspectos. No había diferencias irreconciliables... todavía.

Cada uno de los trece Estados tenía una constitución escrita, que definía el papel y el poder de cada rama del gobierno. Esto era diferente de la situación de Gran Bretaña, que no tenía ninguna constitución escrita. A los radicales americanos les había sido difícil defender la doctrina de los derechos naturales sin una constitución escrita a la cual apelar, y estaban decididos a no volver a tal situación. Además, los Estados, en los días en que eran colonias, poseían cartas que tenían la fuerza de las constituciones, de modo que estaban habituados a la idea de una guía escrita sobre las reglas básicas de gobierno. (De hecho, Connecticut y Rhode Island siguieron usando sus cartas coloniales como constituciones estatales, simplemente eliminando toda referencia al rey.)

La mayoría de las constituciones mostraban los efectos de la desconfianza americana hacia un poder ejecutivo fuerte, nacida de la lucha contra el rey y sus gobernadores de poderes estrictamente limitados. (La legislatura nacional, el Congreso, no tenía ningún poder ejecutivo.) Sólo en Massachusetts y en Nueva York había gobernadores elegidos por el voto popular.

Para impedir que la legislatura se hiciese demasiado fuerte, había elecciones frecuentes, por lo común anuales, y a veces hasta semestrales. En general, había dos cámaras en las legislaturas, por influencia de Gran Bretaña, donde había una Cámara de los Lores y una Cámara de los Comunes.

La preocupación de los americanos por sus «derechos» en la década anterior a la Revolución, llevó a poner esos derechos específicamente por escrito, de acuerdo con el precedente establecido por George Mason en Virginia; de modo que estas constituciones generalmente contenían una «Ley de Derechos».

Uno de los principales derechos así garantizados era la libertad religiosa. En un Estado tras otro, el apoyo del gobierno a una religión particular «establecida» llegó a su fin. La Iglesia anglicana, que había sido la religión oficial en todos los Estados meridionales, perdió ese carácter y se convirtió en la Iglesia episcopaliana. Al final de la guerra, sólo Massachusetts y Connecticut tenían una iglesia oficial (la congregacionalista); Massachusetts, el último Estado que se resistió, no le quitó tal carácter hasta 1833.

Una seguridad adicional para las libertades de las personas fue el hecho de que las constituciones estatales habitualmente contenían disposiciones para su propia

enmienda, de modo que si condiciones diferentes u opiniones diferentes hacían represiva o irrelevante la constitución tal como había sido escrita, podía ser adaptada apropiadamente mediante alguna forma de votación.

La nueva nación no sólo eliminó la monarquía; también avanzó hacia la democracia eliminando la aristocracia por título o por posesión de tierras. Las tradiciones británicas sobre el «vínculo» y la «primogenitura», por las cuales las propiedades territoriales no podían ser vendidas y debían ser heredadas en su totalidad por el hijo mayor, fueron abolidas. Esto desalentó la formación de grandes patrimonios, y la riqueza y el poder heredados concomitantes.

Más aún, había mucha tierra disponible, de modo que ni para un hombre pobre era difícil obtener una granja. Los patrimonios de los «leales» fueron confiscados, lo mismo que las propiedades de la Corona. También había disponible tierra barata. Los Estados que habían convenido en renunciar a sus pretensiones occidentales durante la Guerra Revolucionaria ahora, uno tras otro, cedieron sus posesiones en el oeste al gobierno nacional. (El último Estado que lo hizo fue Georgia, en 1802.) Algunos

especuladores con tierras hicieron grandes fortunas, pero los Estados Unidos, en conjunto, se convirtieron en una nación de pequeños granjeros propietarios de su tierra.

La tendencia general hacia la «libertad» se manifestó de muchas maneras. Los códigos penales se suavizaron. Los castigos se hicieron, en general, menos severos y los encarcelados fueron tratados más humanitariamente.

También floreció el movimiento contra la esclavitud. Cuatro días antes de la batalla de Lexington, se fundó en Pensilvania la primera sociedad abolicionista, dedicada a poner fin a la esclavitud. En los Estados septentrionales, el sentimiento contrario a la esclavitud ganó terreno en todas partes. Al final de la Guerra Revolucionaria, estaba claro que, en los Estados situados al norte de Maryland, la institución de la esclavidad estaba desapareciendo. El límite esteoeste entre Pensilvania y Maryland había sido determinado, entre 1763 y 1767, por dos matemáticos ingleses, Peremiah Mason y Charles Dixon, de modo que fue esta «línea Mason-Dixon» la que estaba destinada a ser el límite entre los Estados en los cuales la esclavitud seguiría existiendo y aquellos en los que tendría fin. Sin embargo, el carácter mortal de esta división no se hizo evidente durante una generación más.

Casi el único rasgo antidemocrático de las constituciones estatales era que había requisitos de propiedad para participar en el gobierno. Solamente los hombres cuyas propiedades superasen determinado valor podían ocupar cargos oficiales. (En Carolina del Sur, el gobernador tenía que poseer un patrimonio de al menos diez mil libras.) También había requisitos de propiedad para votar, aunque eran generalmente menores que antes de la guerra.

El resultado de esto era que el control de los gobiernos de los Estados estaba en manos de los acomodados, los grandes terratenientes o los hombres de negocios prósperos.

Era seguro que esto traería problemas. Al terminar la guerra, cuando desapareció toda la excitación de la victoria, se produjo una depresión. El comercio se estancó, en parte porque las naciones europeas, habiendo contribuido a la independencia americana para debilitar a Gran Bretaña, no estaban en absoluto interesadas en seguir fortaleciendo a Estados Unidos. Gran Bretaña, con la que los Estados Unidos llevaban la mayor parte del comercio, fue suficientemente vengativa como para tomarse la molestia de arruinar ese comercio.

El Congreso no tenía ninguna autoridad para regular el comercio, de modo que los trece Estados tomaban sus propias medidas, dando origen a la anarquía. Las potencias extranjeras consideraban inútil tratar de hacer acuerdos comerciales con el Congreso. Gran Bretaña decía burlonamente que habría tenido que firmar trece tratados distintos con los «Estados Desunidos».

Quienes más sufrieron la depresión fueron los granjeros. Estaban agobiados por las deudas y tuvieron que entregar su tierra y su ganado en pago por esas deudas a los hombres de negocios. Puesto que la legislatura estaba bajo el dominio de los pudientes, que eran acreedores, era inútil que los granjeros pidiesen ayuda al Estado.

La situación era peor en Massachusetts, donde los sectores comerciales exigían el pago de las deudas en metálico y se negaban a admitir papel moneda para tal fin.

Rechazado el papel moneda, con elevados impuestos (proporcionalmente mayores para lo pobres) y con un numero cada vez mayor de granjeros expulsados de sus tierras, primero hubo quejas, luego reuniones y por último disturbios. La acción más amenazadora se produjo cuando, en agosto de 1786, un granjero en la miseria, Daniel Shays (nacido en Hopkinton, Massachusetts, en 1747), que había luchado en Bunker Hill y en Saratoga, asumió el mando de un grupo.

Los granjeros de Shays impidieron la reunión del tribunal de Springfield y, en general, hicieron mucho ruido pero poco daño real. Pero los comerciantes de la parte oriental del Estado estaban muy alarmados y sus ideas acerca de la rebelión sufrieron un

repentino cambio. Se reclutó un ejército bajo el mando del general Lincoln, que no tuvo ningún problema para aplastar a los mal organizados rebeldes. En febrero de 1787, la «Rebelión de Shays» había terminado.

Afortunadamente, no hubo ningún baño de sangre. Los líderes salieron del Estado (Shays vivió en el Estado de Nueva York por treinta y ocho años más después de la rebelión) y el gobierno estatal de Massachusetts tuvo el tino de tomar medidas para aliviar la situación de los granjeros tanto con respecto a los impuestos como a las deudas. Además, en general, los negocios empezaron a mejorar.

La Confederación se esfuma

En los años inmediatamente posteriores a la Guerra Revolucionaria, se hizo cada vez más claro para muchos que gran parte de la confusión reinante en el país (y había inquietud en casi todos los Estados y motines en varios, no sólo en Massachusetts) provenía del carácter de la unión establecida por los Artículos de la Confederación.

Estaba formada por trece gobiernos con poder y un gobierno central sin poder. El Congreso no podía regular el comercio, de manera que los Estados individuales ponían barreras arancelarias que obstruían el comercio interno y elevaban innecesariamente los precios en todas partes. No había ninguna política exterior coherente que se pudiera adoptar, ninguna política unificada en lo concerniente a los indios. No había ningún modo de que el Congreso pudiese emprender la acción para impedir la rebelión dentro de un Estado o hacerle frente una vez iniciada.

Parecía claro que, mediante los Artículos de la Confederación, los Estados Unidos no podían abrigar la esperanza de ganar respeto en el exterior o seguridad y prosperidad en el interior. Lo que se necesitaba era invertir la situación: crear un gobierno central con suficiente poder para permitir a la nación actuar como una unidad, un gobierno central con poder para crear impuestos, establecer regulaciones e imponer sus decisiones. En tales condiciones, los Estados quedarían con los poderes que el gobierno central no necesitase. Una situación en la que regiones menores se unen a una región mayor que posee la mayor parte del poder recibe el nombre de «federalismo». Lo que se necesitaba no era una unión, sino una «unión federal».

Al menos eso fue lo que empezó a creer cada vez más gente. El argumento más fuerte contra tal unión federal era que el gobierno central se volvería opresivo. Un Estado cuyos intereses no concordasen con los de la mayoría podía verse obligado, contra su voluntad, a entrar en vereda. En todos los Estados había personas que temían tal posibilidad.

Esos temores de una represión futura tenían que hacer frente al hecho del caos presente. ¿Qué había de hacerse, por ejemplo, con el río Potomac y la bahía de Chesapeake, cuyas aguas eran compartidas por Virginia y Maryland? ¿Debían el río y la bahía ser por siempre objeto de una pugna entre los dos Estados?

Esto era un motivo de preocupación para James Madison de Virginia (nacido en Port Conway, Virginia, el 16 de marzo de 1751). Había sido miembro de la convención que había redactado la constitución de Virginia y su declaración de derechos. Había sido particularmente activo en el establecimiento de la libertad religiosa en el Estado. Fue miembro del Congreso en los últimos años de la guerra y le inquietaba particularmente su falta de poder, por lo que intentó (sin éxito) aumentarlo. Después de la guerra formó parte de la legislatura de Virginia, pero no cesó de abogar por un gobierno central más fuerte.

En 1785, propuso que Virginia y Maryland abordasen el problema del río Potomac. Maryland sugirió que quizá debía invitarse también a Pensilvania y Delaware,

y de inmediato Madison aceptó la propuesta y la amplió' ¿Por que no extender la invitación a todos los Estados y discutir los asuntos comerciales de la nación?

Madison logró interesar a Washington en la cuestión, y el prestigio de Washington era enorme. La legislatura de Virginia lanzó un llamado, el 21 de enero de 1786, para efectuar tal convención.

El llamado fue un fracaso, pues cuando la convención se reunió en Annapolis, Maryland, el 11 de septiembre de 1786, sólo estaban presentes doce delegados. Estos eran de cinco Estados: Virginia, Nueva Jersey, Delaware,

Pensilvania y Nueva York. Maryland, en cuyo territorio se reunió la «Convención de Annapolis» no se molestó en elegir delegados; tampoco lo hicieron Connecticut, Carolina del Sur y Georgia. Los Estados restantes eligieron delegados, pero éstos no llegaron.

John Dickinson, antaño de Pensilvania pero ahora de Delaware, quien había elaborado el primer esbozo de los Artículos de la Confederación, fue elegido presidente de la Convención, pero era claro que era poco lo que ésta podía hacer. Al menos por el momento.

Pero estaba presente James Madison y, más importante aún, también estaba Alexander Hamilton de Nueva York.

Hamilton nació en la isla de Nevis, en las Antillas Británicas, el 11 de enero de 1755. Después de una in fancia difícil y en la que vivió en la pobreza, llegó a la ciudad de Nueva York en 1772. Estudió en el King's College (ahora Columbia) y luego abrazó la causa radical. Combatió en la Guerra Revolucionaria y se ganó la alta estima de Washington, de quien fue ayuda de campo con el rango de teniente coronel.

Después de la guerra, se hizo abogado, interesado en cuestiones financieras, y demostró ser un prolífico escritor en el campo de la política. Se relacionó con una rica e influyente familia de Nueva York al casarse con la hija del general Schuyler, y esto le permitió entrar en la legislatura de Nueva York, en enero de 1787, y luego ser designado delegado a la Convención de Annapolis.

Hamilton era firme partidario de un gobierno central fuerte, y sabía desde el comienzo que una convención destinada a abordar problemas comerciales solamente no lograría nada si se dejaban como estaban los Artículos de la Confederación.

Por ello, trató de persuadir a los otros delegados de que allí no había nada que hacer. Les propuso suspender las sesiones y convocar a otra reunión para más adelante. Los otros delegados aceptaron y Hamilton se ofreció para redactar la resolución que contuviese esa convocatoria.

Tal como la redactó Hamilton, la convocatoria era para una convención que se reuniría en Filadelfia (la capital de la nación) en mayo de 1787, para considerar todas las cuestiones relacionadas con el establecimiento de un gobierno central eficaz. La Convención de Annapolis, que había sido convocada para abordar un problema específico de carácter limitado, no tenía ningún derecho legal a hacer tal convocatoria para un propósito tan vasto, pero Hamilton la presentó de todos modos. Confiaba en que la creciente insatisfacción por el gobierno débil haría que se pasase por alto la ilegalidad del llamado e instase a designar delegados para tal fin, una vez lanzado. Tenía razón.

Aunque la Convención de Annapolis sólo celebró sesiones durante cuatro días, esto fue suficiente. Logró dar el impulso para otra convención mucho más importante; una convención, en efecto, que iba a crear los Estados Unidos en la forma en que existen hoy.

Sin embargo, no puede otorgarse a esa convención todo el mérito de hacer de los Estados Unidos lo que es ahora. Aunque los americanos interesados en un gobierno central fuerte, como Madison y Hamilton, hacían lo posible por sentar las bases de lo que se llamaría la «Convención Constitucional», el Congreso moribundo, bajo los chirriantes e inútiles Artículos de la Confederación, se preparaba para emprender la

acción en un asunto importante. Y lo hizo con tal sabiduría que sentó un precedente, nunca violado desde entonces, que hizo posible el crecimiento pacífico de los Estados Unidos.

Se trataba de las tierras occidentales cedidas por los trece Estados y ahora en manos del Congreso. ¿Qué haría el Congreso con ellas? El 23 de abril de 1784 Jefferson había sugerido el otorgamiento a las tierras occidentales de gobiernos temporales distintos de los de los Estados y que, más adelante, cuando la población hubiese crecido lo suficiente, se formasen nuevos Estados en esas tierras. Hasta hizo un diseño en forma de tablero de Estados para los territorios occidentales y les dio nombres extravagantes. El Congreso recibió la sugestión con simpatía, pero no emprendió ninguna acción concreta.

Pero luego, en 1787, al Congreso se le presentó una ocasión de obtener dinero de las tierras occidentales. Un grupo de especuladores en tierras organizó la «Compañía de Ohio» y quiso comprar la mayor cantidad de tierra posible para luego parcelarla y venderla a colonos. El Congreso estaba dispuesto a vender (era una manera de obtener dinero sin tener que recurrir a los tacaños Estados), pero la Compañía de Ohio quería cierta seguridad para la inversión de su dinero. Quería algún escrito similar a las cartas que los reyes británicos solían conceder a las colonias.

Por ello, el Congreso decidió establecer una base legal para gobernar las tierras occidentales a fin de satisfacer a la Compañía de Ohio. La parte particularmente implicada era la situada al norte del río Ohio, que constituía el sector noroccidental de los Estados Unidos de entonces. Lo que se elaboró, pues, y luego se aprobó, el 13 de julio de 1787, fue la «Ordenanza del Noroeste», que seguía las líneas de la idea de Jefferson.

Un signo de la completa decadencia del gobierno central es que esa acción absolutamente vital se llevase a cabo con sólo dieciocho miembros del Congreso presentes.

La Ordenanza del Noroeste fue elaborada principalmente por dos delegados de Massachusetts: Nathan Deane (nacido en Ipswich, Massachusetts, en 1752) y Rufus King (nacido en Scarboro, Maine, el 24 de marzo de 1755).

Para empezar, la Ordenanza del Noroeste estipulaba que un gobernador y otros funcionarios serían nombrados por el Congreso para que gobernasen el «Territorio del Noroeste» situado al norte del río Ohio y al sur de los Grandes Lagos, al este del río Misisipí y al oeste de Pensilvania. Cuando hubiese suficientes colonos, se crearía una legislatura de dos cámaras.

Segundo, cuando la población llegase a cierto nivel, se formarían nuevos Estados en el territorio; no menos de tres y no más de cinco. (Finalmente, se formaron cinco Estados: Ohio, Indiana, Illinois, Michigan y Wisconsin.)

Tercero, se decidió que los nuevos Estados serían iguales a los antiguos en todo aspecto, y éste es el punto fundamental de la Ordenanza y que merece inscribirse en letras doradas. Si los trece Estados originales hubiesen considerado apropiado establecer una dominación colonial sobre las tierras occidentales y formar Estados de poderes subordinados que hubiesen sido títeres en manos de los «Estados superiores», por así decir, la historia de los Estados Unidos, indudablemente, habría estado señalada por la rebelión y la desintegración.

En cambio, se decidió que un Estado era un Estado, independientemente de su ubicación, de la extensión de su historia o del relato de sus hazañas pasadas. Estados Unidos ha adherido siempre a este principio desde entonces. Las partes no colonizadas de su territorio en expansión fueron organizadas primero como «territorios» y luego como Estados; y una vez que un Estado se formaba, era un Estado en pleno.

Cuarto, las libertades civiles ganadas por la población de los trece Estados como resultado de la Guerra Revolucionaria fueron transferidas al territorio. Estas libertades

no eran sólo la recompensa de quienes habían luchado por ellas, sino de todo el que formase parte de la nación.

De hecho, en un aspecto el Congreso fue más allá de lo que habían hecho la mayoría de los Estados, pues la Ordenanza prohibía la esclavitud en el Territorio del Noroeste. Sin duda dos Estados (Massachusetts y New Hampshire, el más septentrional) ya habían puesto fin a la esclavitud dentro de sus límites, pero eran Estados y podían hacer lo que quisieran. Pero en este caso el Congreso actuó para abolir la esclavitud de antemano, arrogándose poderes que supuestamente pertenecían a los Estados.

En un período posterior de la historia americana, cuando el problema de la esclavitud se hizo mucho más serio, indudablemente no se habría permitido esa acción. Pero en esta ocasión fue llevada a cabo, y también sentó un precedente. Mostró que el gobierno central (no meramente algunos Estados particularmente) podía considerar que «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad» proclamados como derechos naturales en la Declaración de la Independencia podían ser concedidas a todas las personas, y no sólo a las de origen europeo.

La convención constitucional

Era imposible predecir por entonces que la Ordenanza del Noroeste tendría tanta importancia. Parecía muy probable, en cambio, que fuese un acto carente de sentido de un gobierno cada vez más carente de sentido, y que los Estados Unidos de América estuviesen a punto de quedar fragmentados en un conjunto anárquico de gobiernos independientes, a menos que se hiciese algo rápidamente.

Pero la nación respondió al desafío. Mientras se aprobaba la Ordenanza del Noroeste, la labor de Madison y Hamilton en la Convención de Annapolis estaba dando sus frutos. Una nueva Convención Constitucional se reunió en Filadelfia con el objetivo de crear un gobierno más eficiente.

Once de los trece Estados completaron el nombramiento de delegados a la Convención durante la primavera de 1787. El décimo segundo Estado, New Hampshire, designó delegados después de que la Convención iniciase sus sesiones, el 25 de mayo de 1787. Pero el décimo tercero, la pequeña Rhode Island, permaneció tercamente apartado. Consciente de su pequeño tamaño, no quería saber nada de una Convención que, pensaba, terminaría estableciendo el principio federal, despojando a los Estados de sus derechos particulares. Suponía que los Estados grandes y populosos dominarían y que Rhode Island sería entonces una diminuta e ignorada mancha de tierra.

Un total de cincuenta y cinco hombres de doce Estados participaron en las deliberaciones, que duraron casi cuatro meses. Eran, en su mayor parte, hombres acaudalados y de posición, de ideas conservadoras. Había acomodados comerciantes y abogados de los Estados septentrionales y propietarios de plantaciones con esclavos de los Estados meridionales.

Jorge Washington fue elegido presidente y, dado que su reputación era casi la de un semidiós por entonces, esto sirvió para dar a la Convención una atmósfera de importancia que no habría tenido de otro modo. Pero Washington no participó en los tumultuosos debates, sino que, sabiamente, consideró que su papel debía ser el de una influencia moderadora que estaba por encima de los partidismos. Benjamin Franklin estuvo presente como parte de la delegación de Pensilvania. Tenía a la sazón ochenta y un años (el delegado más viejo, por quince años) y estaba llevando a cabo el último de sus muchos servicios a su país. Apenas le quedaban tres años de vida.

Alexander Hamilton, por supuesto, representó a Nueva York y, aunque abogaba por un gobierno central fuerte, sorprendentemente tuvo escasa participación en las sesiones. James Madison de Virginia, en cambio, fue el que más duramente trabajó.

Entre otras cosas, mantuvo un detallado diario de las sesiones, que se realizaban en secreto. Sólo gracias a este diario, no publicado hasta 1840, tenemos un conocimiento detallado de lo que sucedió en la Convención. Otro delegado de Virginia era George Mason, quien había hecho contribuciones a la constitución estatal liberal de Virginia.

Estaba también Gouverneur Morris de Pensilvania (nacido en la ciudad de Nueva York el 31 de enero de 1752), otro partidario de un gobierno central fuerte. Había trabajado en la constitución del Estado de Nueva York, defendiendo la libertad religiosa y la abolición de la esclavitud. Tuvo éxito en lo primero, pero fracasó en lo segundo. Había estado en el Congreso Continental, donde había apoyado vigorosamente a Washington. En 1779 fue derrotado en la reelección al Congreso y dejo Nueva York para establecerse en Piladelfia

Durante el período de los Artículos de la Confederacion, Morris trabajó con Robert Morris (con quien no tenia ningún parentesco) en las finanzas de la joven republica. Fue Gouverneur Morris quien primero sugirió una acuñación decimal, que más tarde fue aceptada por la convenclón Constitudonal, Morris hablaba con mayor frecuencia que cualquier otro delegado, atacando a la democracia, pues desconfiaba del pueblo y pensaba que era mas seguro dejar las riendas del gobierno en manos de hombres ricos y de buena familia. Fue Gouvemeur Morris, más que cualquier otro delegado, e responsable de la redacción de la Constitución tal como fue finalmente y es justo afirmar que la fraseología clara y simple del documento contribuyó a hacer de él lo que ha llegado a ser: el esquema escrito de gobierno de mayor éxito en la historia del mundo.

El colega pensilvano de Morris, James Wilson (nacido en Escocia el 14 de septiembre de 1742), había emigrado a América en 1765, cuando arreciaba la controversia sobre la Ley de Timbres, y pronto pasó al bando americano. Había sido uno de los firmantes de la Declaración de la Independencia y, si bien favorecía una autoridad central fuerte, también se preocupaba por los derechos individuales. Entre los que recelaban de un gobierno central demasiado fuerte se contaban Roger Sherman de Connecticut (nacido en Newton Massachusetts, el 19 de abril de 1721) Elbridge Gerry de Massachusetts (nacido en Marblehead, Massachusetts, el 17 de julio de 1744) Ambos fueron firmantes de la Declaración de la Independencia.

Casi inmediatamente, los partidarios de la idea federal empezaron a obtener victorias. Se decidió desde el comienzo, por ejemplo, que se elaboraría una nueva constitución y que no serían usados como base los Artículos de la Confederación. También se decidió conducir los debates en secreto para no despertar las pasiones populares (las cuales, se daba por descontado, serían antifederalistas), que harían imposibles los compromisos, y fue esto lo que hizo tan importante el diario de Madison. Finalmente, se decidió que todo lo que se elaborase en la Convención sería votado por convenciones elegidas por votación popular, no por las legislaturas estatales, que, con seguridad, por su misma naturaleza, serían antifederalistas.

El 29 de mayo de 1787, cuatro días después de que la Convención abriese sus sesiones, Edmund Randolph de Virginia (nacido en Williamsburg, Virginia, el 10 de agosto de 1753) presentó un vasto plan para la reorganización del gobierno, el llamado «plan de Virginia».

El plan de Randolph estaba destinado a tener peso, pues los antecedentes de Randolph eran irrecusables. En 1775, el padre de Randolph, un funcionario real, abandonó las colonias rebeldes y se marchó a Gran Bretaña con la mayor parte de su familia. Pero el joven Edmund se quedó, optando por su país antes que por su familia. Contribuyó a elaborar la constitución de Virginia y, en 1786, fue elegido gobernador del Estado. Como gobernador del más viejo y más grande de los Estados, su voz tenía que ser escuchada.

Randolph propuso formar un Congreso de dos cámaras. La inferior iba a ser elegida por voto popular, con un número de diputados de cada Estado proporcional a la población. La cámara superior (superior porque el mandato de sus miembros era más largo) sería elegida por la inferior entre candidatos propuestos por las legislaturas estatales. El ejecutivo iba a ser elegido por las dos cámaras conjuntamente. Y todo ello iba a constituir un gobierno federal que dominaría a los Estados individuales.

Había otras cosas más, pero el punto claro del plan de Virginia era que la cámara inferior iba a ser dominante, pues tanto la cámara superior como el ejecutivo, en último análisis, serían elegidos por la cámara inferior. Y puesto que ésta iba a representar a los Estados en proporción a la población, los Estados mayores, en efecto, dominarían la nación.

La Convención pasó a discutir los detalles: si la elección popular era segura, si habría un solo ejecutivo o una comisión, etc.

Pero los pequeños Estados, irritados por el plan que daba la supremacía a los Estados grandes, presentaron un plan propio. Era el «plan de Nueva Jersey», presentado el 15 de junio por William Paterson de Nueva Jersey (nacido en Irlanda en 1745 y llevado a Nueva Jersey de niño).

El punto esencial del plan de Nueva Jersey era que cada Estado iba a tener un voto en la legislatura, cualquiera que fuese el número de delegados presentes. De este modo, ningún Estado podía tener más poder que cualquier otro, cualquiera que fuese su tamaño.

El plan de Nueva Jersey era irrealizable, evidentemente. Equivalía a conservar los Artículos de la Confederación, enmendándolos a fin de dar al Congreso unos pocos poderes adicionales. Los Estados mayores estaban seguros de que esto era una ridícula pérdida de tiempo y rechazaron de plano el plan de Nueva Jersey, pero esto no persuadió a los Estados pequeños a que aceptasen el plan de Virginia.

La Convención habría quedado dividida, y con ello la nación, de no haber sido por el «Compromiso de Connecticut» elaborado por Roger Sherman, que hizo la sugerencia lógica de incorporar características de ambos planes a la legislatura. La cámara inferior sería elegida por voto popular en proporción a la población. La cámara superior no sería elegida por voto popular, sino mediante designación por las legislaturas estatales; y en la cámara superior cada Estado tendría un solo voto[15].

Puesto que ambas cámaras intervendrían en la legislación, se conservarían los intereses de los Estados grandes y de los pequeños. Los Estados grandes tendrían voz preponderante en la cámara inferior, pero los pequeños Estados tendrían un voto igual en la superior. El compromiso fue aceptado el 16 de julio.

Con él también fue aceptado otro compromiso sobre una disputa entre los Estados en los que la esclavitud era común, los situados al sur de la línea Mason-Dixon, y aquellos en los que la esclavitud era desaprobada cada vez más, los situados al norte de la línea.

La cuestión era si contar a los esclavos como parte de la población al calcular el número de diputados de la cámara baja y en el establecimiento de impuestos. Los Estados sureños querían que se contara a los esclavos negros como personas en el cálculo del tamaño de la diputación Estatal, ya que esto habría aumentado su poder; y no querían contarlos como personas en la fijación de impuestos, ya que esto disminuiría sus impuestos. Querían todas las ventajas.

Los Estados norteños también querían todas las ventajas, pero a la inversa. Querían que los esclavos negros no contasen como personas para calcular el tamaño de la diputación, pero contarlos como tales para fines fiscales.

Ambas partes llegaron finalmente a un compromiso, contando cada esclavo como tres quintos de una persona tanto para el número de diputados como para el establecimiento de impuestos.

En el mes final de la Convención se elaboraron otros detalles. Los diputados de la cámara inferior, o Cámara de Representantes, tendrían un mandato de dos años; los de la cámara superior, o Senado, un mandato de seis años que sería alterno, de modo que un tercio del Senado fuese elegido cada dos años. Habría un solo ejecutivo, o presidente, con un mandato de cuatro años. También se creó un Tribunal Supremo con miembros vitalicios, etc.

El método para elegir al presidente exigió otro compromiso. Algunos abogaban por la elección popular, para que hubiera un presidente fuerte, independiente del Congreso. Otros, desconfiando del pueblo y recelando de un ejecutivo fuerte, querían que fuese nombrado por el Congreso. Finalmente se decidió que votaría el pueblo, pero sólo para elegir electores. Estos electores luego elegirían al presidente. De esta manera, la influencia del pueblo tendría peso, pero el voto final reposaría en el juicio sobrio de los electores, quienes, se suponía, serían más sabios que la población en general[16].

Finalmente, el 17 de septiembre, la Constitución fue terminada, la misma Constitución, esencialmente, que la vigente hoy en los Estados Unidos.

Algunos delegados se retiraron en el curso de las sesiones, y tres que estaban presentes el día en que la Convención aprobó la Constitución se negaron a firmar.

Estos fueron Mason y Randolph de Virginia, y Gerry de Massachusetts. Los treinta y nueve delegados restantes firmaron, entre otros Roger Sherman, Alexander Hamilton, William Paterson, Benjamin Franklin, Robert Morris, James Wilson, Gouverneur Morris, John Dickinson, James Madison y, por supuesto, Jorge Washington.

La adopción de la Constitución

Pero la Constitución no tenía vigencia, según sus propias disposiciones, hasta que no fuese aprobada por convenciones elegidas para tal fin al menos en nueve Estados. Inmediatamente, la población empezó a alinearse en pro o en contra del nuevo documento. Quienes apoyaban el sistema federal propuesto en la Constitución fueron llamados «federalistas». Los que se oponían eran «antifederalistas».

En cierta medida era una disputa entre los jóvenes y los hombres de edad. Los viejos veteranos que durante años habían luchado contra la tiranía ejecutiva de Gran Bretaña no deseaban establecer en el país una posible tiranía ejecutiva. Tampoco los atraía la certeza de impuestos dobles, pues ahora el gobierno federal pondría impuestos, tanto como el Estado correspondiente. Más aún, los viejos líderes de la nación habían terminado por dominar sus Estados particulares como resultado de la Revolución y no deseaban ceder el poder a un gobierno central.

Por otro lado, los jóvenes que habían llegado a la conciencia política desde la Revolución y durante ella no habían pasado por la larga y difícil lucha con Gran Bretaña en las décadas anteriores, y sólo conocían la victoria. Deseaban la fortaleza de un gobierno federal.

La mejor defensa de la Constitución fue una serie de setenta y siete artículos escritos para un periódico de Nueva York. Estos exponían con gran fuerza los

16 Este molesto «Colegio Electoral» ha existido desde entonces como parte del sistema político americano. Durante muchos, muchos años ha sido un cuerpo vacío en el que cada elector votaba de acuerdo con el voto mayoritario en su Estado. Pero aún es posible que un elector elija a quien quiera, y a veces alguno lo hace.

argumentos a favor de un gobierno central vigoroso. Fueron publicados durante un período de siete meses, a partir del 27 de octubre de 1787 y llevaban la firma «Publius». Sus autores verdaderos fueron James Madison, Alexander Hamilton y John Jay.

Mientras se estaban publicando los ensayos de «Publius» (pronto recopilados en forma de libro bajo el título de *El Federalista*), los federalistas ganaban las primeras batallas. Delaware, con una población de menos de 60.000 habitantes, era el más pequeño de los Estados a este respecto y comprendía que no podía aspirar a ninguna forma de gobierno central en la que pudiera tener mayor poder que un voto, como los otros Estados, en la cámara superior. Por ello, reunió una convención especial que votó unánimemente, el 7 de diciembre de 1787, la aceptación de la Constitución. Fue el primer Estado en hacerlo.

Pensilvania convocó también una convención ratificadora. Los federalistas de la convención, bien organizados y actuando con rapidez, forzaron una votadón antes de que los antifederalistas pudiesen reunir sus fuerzas. El 12 de diciembre Pensilvania adoptó la Constitución por 46 votos a favor y 23 en contra.

Nueva Jersey, otro pequeño Estado, cuyo «plan de Nueva Jersey» había al menos asegurado votos iguales en la cámara superior para los pequeños Estados, reunió una convención ratificadora que aceptó unánimemente la Constitución el 27 de diciembre. Le siguieron Georgia, el 2 de enero de 1788, con una votación unánime, y Connecticut, el 9 de enero, con una votación de 128 a favor y 40 en contra.

En el lapso de cinco semanas, pues, cinco Estados ratificaron la Constitución. Esto significaba que sólo cuatro Estados más tenían que ratificarla para que, en cierto modo la lucha por la Constitución estuviera ganada más que a medias.

Sin embargo, de los cinco Estados que habían aceptado la Constitución, cuatro eran pequeños en cuanto a población y era de esperar que la aceptasen. Sólo un gran Estado, Pensilvania, había aceptado ya la Constitución, y ello en gran medida gracias a una rápida treta por parte de los federalistas.

Pero en enero los antifederalistas se habían organizado y terminó el tiempo de las victorias fáciles por la Constitución.

La primera lucha verdadera se produjo en Massachusetts, donde los antifederalistas tenían mayoría entre los elegidos para la convención ratificadora. Esta se reunió el 9 de enero, y siguieron cuatro semanas de forcejeos políticos en los que los federalistas trataron de ganar votos prometiendo concesiones en lo relacionado con el futuro gobierno central. Por ejemplo, tuvieron que prometer apoyar a John Hancock como candidato a vicepresidente por la nueva Constitución.

Pero finalmente no se pudo hacer nada. Sencillamente, la Constitución no pudo ser aprobada por la convención de Massachusetts, demasiado imbuida todavía del espíritu de la lucha contra Jorge III. Si bien la Constitudón ofrecía un esquema de gobierno, no limitaba suficientemente las facultades del gobierno para infringir las libertades civiles. Cuando se produjo finalmente la votación, el 6 de febrero de 1788, Massachusetts aceptó la Constitución por estrecho margen, 187 a 168 votos, pero sólo con la recomendación de que se añadiese a la Constitución una lista de derechos que el gobierno federal no podía violar. Estaba claro que si no se hacía esto, Massachusetts estaba dispuesta al menos a provocar muchos problemas.

Maryland le siguió, el 28 de abril, por una votación de 63 a 11, también con una recomendación de que se agregase una «Ley de Derechos» a la Constitución. Carolina del Sur la ratificó el 23 de mayo, con una votación de 149 contra 73.

A fines de mayo de 1788, pues, ocho Estados habían ratificado la Constitución, mientras Virginia estaba enzarzada en una lucha homérica entre el pro y el contra. Si ella, el Estado más grande, ratificaba la Constitución, con lo que sería el noveno en hacerlo, cosa bastante apropiada, la cuestión estaba terminada.

El más enérgico combatiente a favor de la Constitución en Virginia, por supuesto, era Madison. El gobernador Randolph también la apoyaba. Se había negado a firmar la Constitución por resentimiento, porque su plan no había sido aceptado en la forma en que lo había presentado. Pero después de reflexionar se convenció de que la Constitución era bastante buena de todos modos, y anunció su conversión.

Contra la Constitución estaba George Mason, quien tampoco la había firmado, porque hería sus vigorosas opiniones liberales la falta de una Ley de Derechos en el documento y por no poner en entredicho la esclavitud. Patrick Henry y Richard Henry Lee, viejos luchadores de los días prerrevolucionarios, también se oponían firmemente a la Constitución.

Pero mientras Virginia discutía, New Hampshire actuaba. Había vacilado durante toda la primavera, pero ahora la urgencia de adelantarse a Virginia y ser el noveno Estado agitó los sentimientos lo suficiente como para efectuar la ratificación por 57 votos contra 47, el 21 de junio.

Desde el punto de vista legal, pues, la Constitución de los Estados Unidos se convirtió en la ley básica del país el 21 de junio de 1788, cinco años después del final de la Guerra Revolucionaria y casi doce años después de la Declaración de la Independencia.

Pero, en realidad, toda unión en la que no estuviese Virginia se hallaba condenada al fracaso, de modo que el voto de Virginia todavía era decisivo. Poco a poco, Madison fue respondiendo a todas las objeciones con fría lógica. Lo apoyaba con eficacia John Marshall (nacido en Virginia el 24 de septiembre de 1755), quien había combatido en el Ejército Continental durante la guerra y había estado junto a Washington en Valley Forge.

Los antifederalistas hicieron un último intento de condicionar la aceptación de la Constitución a la adopción de una Ley de Derechos, en vez de recomendar solamente que se adoptase tal ley. Pero el mismo Washington puso toda su abrumadora influencia del lado de la Constitución y el intento de aceptación condicional fue derrotado. El 25 de junio, cuatro días demasiado tarde para ser el noveno Estado en ratificarla, Virginia aceptó la Constitución por 89 votos contra 79, y se convirtió en el décimo Estado de la Unión.

En Nueva York, donde la lucha había sido particularmente sucia, Hamilton y Jay finalmente lograron dificultosamente obtener la ratificación el 26 de julio de 1788, por una votación de 30 contra 27. Nueva York se convirtió en el undécimo Estado que aceptó la Constitución.

Sólo quedaban dos Estados, Carolina del Norte y Rhode Island, y la nación decidió no esperarlos y proceder a la formación de un nuevo gobierno. El Congreso, que aún actuaba bajo los Artículos de la Confederación, echó a rodar el balón el 13 de septiembre de 1788 llamando a elecciones para formar un nuevo Congreso[17], que actuase según la Constitución.

También dispuso la elección del primer presidente de los Estados Unidos según la Constitución, fijando su mandato de cuatro años a partir del 4 de marzo de 1789. Luego el viejo Congreso sencillamente se disolvió, pues nunca volvió a reunirse después del 21 de octubre de 1788, de modo que por cinco meses los Estados Unidos estuvieron sin un gobierno central.

Varios Estados votaron electores, cuyo número era igual a la suma de senadores y representantes de cada Estado. Puesto que cada Estado tenía dos senadores y al menos un representante, el número mínimo de electores de cada Estado era tres (el caso de

17 Este nuevo Congreso es llamado el «Primer Congreso» y desde entonces los Congresos han sido numerados a partir de éste; cada dos años se forma un nuevo Congreso, con la elección de todos los diputados y un tercio de los senadores. En el momento de escribir este libro, está en sesiones el Congreso Nonagésimo Tercero.

Delaware, por ejemplo). Virginia, con dos senadores y diez representantes, tenía doce electores, el mayor número de todos los Estados.

Sólo diez Estados votaron realmente electores. Carolina del Norte y Rhode Island aún no habían ratificado la Constitución, y Nueva York no se molestó en elegirlos. Fueron elegidos un total de sesenta y nueve electores, que se reunieron el 4 de febrero de 1789. De acuerdo con la Constitución, cada uno debía votar por dos hombres. El que obtuviera más votos sería presidente, y el segundo vicepresidente.

Cada uno de los sesenta y nueve electores puso a Jorge Washington como uno de los dos hombres por los que votaban. Así, Washington fue elegido unánimemente primer presidente de los Estados Unidos. Treinta y cuatro de los electores votaron también por John Adams. Puesto que ningún otro fue mencionado tantas veces, John Adams se convirtió en el primer vicepresidente de los Estados Unidos.

Mientras tanto, se efectuaron también las elecciones para las cámaras del Congreso, y se suponía que el 4 de marzo éste se reuniría en Nueva York, que era por entonces la capital de la nación. El presidente y el vicepresidente debían recibir su investidura en esa ocasión.

Pero no pudo ser así. El país era demasiado grande; y los viajes demasiado lentos. Por primera y por última vez en su historia, el Congreso y la presidencia de los Estados Unidos no inauguraron su mandato en el tiempo legal.

Sólo el 6 de abril de 1789 llegaron suficientes congresistas a Nueva York para que el Primer Congreso iniciase sus trabajos. Y transcurrió aún más tiempo desde que el resultado de la votación electoral fue comunicada oficialmente a Washington y Adams, y éstos hicieron sus majestuosos viajes desde sus respectivas casas hasta Nueva York. Sólo el 21 de abril John Adams juró como vicepresidente y sólo el 30 de abril Jorge Washington recibió su investidura como presidente.

Luego, finalmente, los Estados Unidos empezaron a actuar como una verdadera nación, bajo el sistema de gobierno que aún posee, casi dos siglos después.

Capítulo 8 - La organización de la nación

El nuevo gobierno

El Primer Congreso empezó inmediatamente a organizar el gobierno. Creó cinco departamentos ejecutivos al servicio del presidente. Concernían a los Asuntos Exteriores (que pronto cambió su nombre por el de Departamento de «Estado»), el Tesoro, la Guerra, la Justicia y el Correo.

Washington designó uno por uno a los hombres que iban a encabezar esos departamentos. Nombró a Thomas Jefferson, por ejemplo, primer secretario de Estado. Jefferson no pudo ocupar el cargo hasta el 22 de marzo de 1790, por lo que John Jay, que había llevado los asuntos exteriores bajo los Artículos de la Confederación, actuó hasta entonces como secretario.

Alexander Hamilton fue nombrado secretario, del Tesoro, el 11 de septiembre de 1789, mientras Henry Knox, quien había sido secretario de Guerra según los Artículos de la Confederación, permaneció en el cargo bajo la Constitución.

Edmund Randolph de Virginia encabezó el Departamento de Justicia como primer fiscal general, mientras Samuel Osgood de Massachusetts (nacido en Andover en 1748), que había luchado en Lexington y Concord y había formado parte del Congreso Continental, fue el primer director general de Correos.

La Constitución no decía nada en lo concerniente a los consejeros del presidente, pero Washington (quien, para su gloria y el infinito bien de la nación, no tenía ningún apetito de poder) mantuvo consultas regulares con los jefes de sus departamentos y buscó su consejo. Estos hombres, pues, formaron el primer gabinete, sentando un precedente que todos los presidentes han seguido desde entonces.

El Tribunal Supremo, instituido por la Constitución, fue creado por la acción del Congreso el 24 de septiembre de 1789, y Washington nombró a John Jay primer presidente del Tribunal Supremo. Otros cinco jueces fueron nombrados para integrar este organismo. Eran James Wilson de Pensilvania, William Cushing de Massachusetts (nacido en Scituate en 1732), John Blair de Virginía (nacido en Williamsburg en 1732), John Turtledge de Carolina del Sur (nacido en Charleston en 1739) y Robert Harrison de Maryland. Todos eran juristas respetables y capaces.

Además, se crearon tribunales menores que no eran mencionados por la Constitución, tribunales de circuito [tribunales con dos o más sedes en un mismo distrito] y tribunales de distrito, todos provistos de jueces experimentados, de modo que se creó un poder judicial fuerte inmediatamente, para que correspondiese con las fuertes ramas ejecutiva y legislativa del gobierno.

Considerando todo esto, Estados Unidos fue afortunado en que su gobierno constitucional empezase con un conjunto de hombres sumamente capaces en las tres ramas del gobierno. Podría argüirse que nunca la nación volvería a ver un nivel tan homogéneamente alto de capacidad en el gobierno, pero si es así, tanto mejor.

Si tuvo que haber un «mejor», fue bueno que eso sucediese cuando la frágil y joven nación, en sus comienzos, necesitaba más desesperadamente espíritus sabios y manos resueltas.

Quizá el acto más importante del Primer Congreso fue abordar inmediatamente el asunto de la salvaguardia de las libertades civiles, como habían recomendado Massachusetts y otros cuatro Estados en el curso de la lucha por la ratificación. Los federalistas, que dominaban el Primer Congreso, habían prometido introducir los

cambios constitucionales necesarios y eran suficientemente sensatos como para comprender que era mejor cumplir con su promesa.

El 25 de septiembre de 1789, el Congreso, a iniciativa de James Madison, adoptó doce declaraciones destinadas a servir como enmiendas a la Constitución y a tener tanta fuerza en la ley fundamental como la Constitución misma. Diez de ellas fueron rápidamente adoptadas por un Estado tras otro, y el 15 de diciembre de 1791 esta «Declaración de Derechos» se convirtió en parte integrante de la Constitución.

La Primera Enmienda prohibía al Congreso violar la libertad de religión, de expresión y de prensa, así como obstruir el derecho de reunión o de presentar quejas. La Segunda prohibía al Congreso violar el derecho del pueblo a portar armas.

La Tercera Enmienda prohibía el alojamiento de soldados en casas sin el consentimiento de los propietarios (una de las quejas prerrevolucionarias contra Gran Bretaña), y la Cuarta prohibía las búsquedas e incautaciones no razonables (otra de las quejas).

La Quinta Enmienda prohibía llevar a juicio a las personas dos veces por el mismo delito, u obligar a una persona a testificar en contra de sí misma o el encarcelamiento o las confiscaciones sin un adecuado proceso legal.

La Sexta Enmienda aseguraba a los individuos los juicios rápidos; la Séptima Enmienda el juicio por jurados; la Octava Enmienda protegía a la persona contra las fianzas excesivas o los castigos crueles y desusados.

La Novena Enmienda explicaba cuidadosamente que el hecho de que se mencionasen ciertos derechos específicamente no significaba que los derechos no menciona dos fuesen negados específicamente.

La Décima Enmienda protegía especialmente a los Estados, no a los individuos, pues declaraba que todo derecho no concedido específicamente al gobierno federal por la Constitución quedaba reservado para los Estados.

Tan pronto como la Declaración de Derechos fue sometida a los Estados, Carolina del Norte reconsideró su negativa a ratificar la Constitución. Convocó una Convención y, el 21 de noviembre de 1789, se convirtió en el décimo segundo Estado que ratificó la Constitución, por 184 votos a favor y 77 en contra. Sólo el 29 de mayo de 1790 la terca Rhode Island (amenazada con poner barreras arancelarias contra ella) finalmente se unió al resto de la nación y fue el décimo tercer Estado que ratificó la Constitución, y aún entonces por 34 votos a favor y 32 en contra. La formación de la nación, regida por la Constitución, quedó finalmente completada, y ocurrió que sus estadísticas fueron presentadas al público el mismo año. En 1790 se realizó y publicó el primer censo de los Estados Unidos, y se dispuso efectuar en lo sucesivo uno de tales censos cada diez años.

En 1790 la joven nación tenía una población de 3.929.214 habitantes, bastante homogéneamente distribuidos entre los siete Estados al norte de la línea Mason-Dixon y los seis Estados situados al sur de ella. Era una nación rural, pues sólo 1/30 de su población vivía en ciudades. La ciudad más grande, Filadelfia, tenía una población de 42.444 habitantes. Le seguía Nueva York, con 38.131, y en tercer lugar venía Boston, con 18.038.

El número de esclavos negros en la población era un poco menos de 700.000, o sea, el 18 por 100 del total.

De ellos, 300.000 estaban en el Estado de Virginia, de modo que por aquel entonces su población estaba com puesta en un 40 por 100 por esclavos negros. Los Estados al norte de la línea Mason-Dixon tampoco carecían aún de esclavitud. Había 40.000 esclavos negros en los Estados septentrionales, la mitad de ellos en Nueva York. Sólo Massachusetts no tenía esclavos en 1790.

Las nuevas finanzas

El miembro más capaz y más activo de esa primera administración sumamente activa y capaz era Alexander Hamilton, el secretario del Tesoro. Comprendía que los Estados Unidos no podrían progresar mucho sin la ayuda financiera de las naciones europeas. Para obtener dinero del exterior cuando lo necesitase, la nación tenía que hacerse de crédito; esto es, dejar bien en claro que el dinero tomado en préstamo sería devuelto con intereses.

La mejor manera de lograr esto era hacerse cargo de las deudas que la nación ya tenía. Los Estados Unidos habían acumulado una deuda de casi doce millones de dólares con las naciones europeas (principalmente con Francia y los Países Bajos) en el curso de la Guerra Revolucionaria, y cuarenta millones de dólares con diversas personas y organizaciones del interior mismo de los Estados Unidos.

Hamilton sugirió, en un informe al Congreso el 14 de enero de 1790, que los Estados Unidos aceptasen la plena responsabilidad por toda la deuda, exterior y doméstica, y que emitiesen nuevos bonos como garantía de reintegro, bonos que podían cambiarse por los viejos certificados emitidos por el Congreso Continental en todo su valor original. Los nuevos bonos tenían un interés del 6 por 100.

Hamilton también propuso que los Estados Unidos asumiesen toda la deuda de los Estados individuales. Había dos razones por las cuales estuvo a favor de esta medida. En primer lugar, el crédito de los Estados Unidos no tendría una base suficientemente estable si el gobierno central pagaba sus deudas pero los Estados individuales no. En segundo lugar, el gobierno central se fortalecería si los hombres de negocios de la nación invertían en él, y no en los Estados individuales.

Naturalmente, había que hallar el dinero para pagar todas estas deudas, y Hamilton sugirió para tal fin la venta de tierras occidentales, así como el establecimiento de impuestos federales en la forma de impuestos sobre el consumo y aranceles más elevados. Tales impuestos, cuando fueron establecidos por Gran Bretaña, habían provocado la Revolución, pero ahora la situación era diferente. En primer término, era un Congreso americano, no un Parlamento británico, el que los establecía. En segundo término, la idea de Hamilton era que el aumento del comercio exterior y de los préstamos exteriores a que daría origen la obtención de crédito incrementaría tanto la prosperidad que los nuevos impuestos serían fáciles de pagar.

En apariencia, todo esto sonaba bien, pero había objeciones, y bastante razonables. El pago de la deuda externa no podía discutirse, pero el pago, en su totalidad, de la deuda interna tenía su aspecto injusto.

Muchos granjeros, veteranos y pequeños hombres de negocios habían recibido certificados de deuda del Congreso Continental por materiales que el Congreso había comprado pero que nunca había pagado. Los retuvieron mientras pudieron, pero cuando llegaron tiempos difíciles, vendieron los certificados por el dinero en efectivo que necesitaban a personas que tenían dinero disponible. Naturalmente, la compra de esos certificados era muy especulativa, porque podía resultar que el gobierno americano los repudiase y no los pagase nunca.

Por ello, los especuladores pagaban por los certificados mucho menos de su valor nominal. Un hombre en apuros que tenía un trozo de papel que teóricamente valía cien dólares lo vendía por diez dólares en efectivo. Este era dinero que al menos tenía cuando lo necesitaba. El especulador podía perder diez dólares si el gobierno repudiaba la deuda o ganar noventa dólares si la aceptaba.

Ahora Hamilton propuso que el gobierno pagase en su totalidad las viejas deudas, y los especuladores se regocijaron. Todos los granjeros y otras personas en dificultades que se habían visto obligados a vender sus certificados fueron perjudicados. Eran ellos quienes habían tratado con el gobierno y esperado el pago, y ahora era a otros

a quienes se pagaba. Parecía injusto, y muchos de los líderes del gobierno hicieron oír sus voces en defensa de los pobres. Sugirieron que el pago total debía hacerse a los que recibieron primero los certificados; que se pagase menos a los especuladores.

Hamilton se opuso a esto. Tenía simpatías por la clase mercantil acomodada, a la que consideraba formada por miembros capaces y valiosos de la sociedad. Si un hombre pobre carecía de fe suficiente en el gobierno para retener sus certificados, ¿no era falta suya? Y para el gobierno, discriminar entre unos poseedores y otros sería un mal negocio y perjudicaría su crédito.

El problema dividió al Partido Federalista. Thomas Jefferson y James Madison pensaban que la espina dorsal de la nación la constituían los granjeros, no los hombres de negocios, y anhelaban impedir la concentración de la riqueza y el poder en unos pocos. Mientras que Hamilton (respaldado por Washington, quien admiraba mucho al joven hombre) deseaba ver a los Estados Unidos gobernados por la «mejor gente», Jefferson y Madison tenían ideas democráticas y querían que los Estados Unidos estuviesen gobernados por todos.

Jefferson y Madison también se opusieron al deseo de Hamilton de poner aranceles altos. Al elevar los precios de los artículos manufacturados extranjeros, Hamilton esperaba obligar a Estados Unidos a apelar a los artículos manufacturados domésticos. Esto fortalecería la industria americana a expensas de los granjeros, quienes tendrían que pagar precios más altos por productos manufacturados inferiores. Hamilton pensaba que esto sería beneficioso a largo plazo, cuando los Estados Unidos se convirtiesen en una nación industrial, pero Jefferson y Madison querían que Estados Unidos siguiese siendo una nación de pequeños granjeros independientes, pensando que sólo así podían mantenerse las virtudes cívicas y evitar la corrupción de las grandes ciudades y de los malos gobiernos.

En tiempos modernos, diríamos que Hamilton y Washington eran conservadores, y Jefferson y Madison liberales.

Unos y otros tuvieron adeptos. Los seguidores de Hamilton y Washington, que estaban a favor de un gobierno central fuerte que tuviese el control de las finanzas de la nación, aún se llamaban a sí mismos federalistas. Los partidarios de Jefferson y Madison, quienes ahora pensaban que el péndulo se inclinaba demasiado en dirección de la centralización y deseaban una república más democrática, llegaron a llamarse a sí mismos «republicanos demócratas». Este fue el comienzo del sistema de partidos en Estados Unidos.

El sistema de partidos rápidamente adquirió un tinte local, gracias al plan de Hamilton de hacer que el gobierno federal se hiciese cargo de las deudas de los Estados individuales. El problema era que algunos Estados tenían deudas enormes, que habían hecho muy pocos intentos de pagar, mientras que otros ya habían pagado gran parte de sus deudas.

Naturalmente, los Estados con grandes deudas estaban encantados de librarse de ellas y cargarlas al gobierno federal, mientras que los Estados con pocas deudas con sideraban que eran castigados por su ahorro y estabilidad, al pedírseles que contribuyesen a pagar la deuda de los Estados derrochadores.

Ocurría que los Estados de Nueva Inglaterra tenían las mayores deudas y una economía comercial que se habría beneficiado con el programa financiero de Hamilton. Los Estados sureños tenían las deudas menores y habrían sido los más dañados por el programa de Hamilton. Por consiguiente, Nueva Inglaterra se hizo firmemente federalista, y los Estados sureños fuertemente republicanos demócratas. Los Estados intermedios nadaron entre dos aguas.

Los Estados sureños lograron obtener los votos necesarios para derrotar, por un estrecho margen de 31 a 29, el proyecto de ley de asunción de las deudas de los Estados por el gobierno federal.

Hamilton, que era un hombre de recursos, apeló a algo que sabía que el Sur deseaba, algo que se les podía dar a cambio de que cediesen en la cuestión de las deudas de los Estados. Concernía a la cuestión de la capital de los Estados Unidos.

Durante la Guerra Revolucionaria, Filadelfia había sido la capital, en el sentido de que había sido el lugar donde se reunía el Congreso Continental. Allí se había firmado la Declaración de la Independencia; allí se había reunido la Convención Constitucional. Y, a fin de cuentas, era la ciudad más grande y más progresista de la nación.

Fue en Nueva York, la segunda ciudad en tamaño, donde Washington había recibido su investidura, y durante un tiempo fue la capital. Filadelfia y Nueva York, desde luego, eran ciudades norteñas.

Pero presentaba desventajas hacer capital de los Estados Unidos a Filadelfia, o Nueva York, o en verdad a cualquier gran ciudad. En primer lugar, tales ciudades tenían grandes poblaciones, que podían volverse ingobernables cuando estaban descontentas. Así, en 1783, un motín de soldados no pagados, en Filadelfia, había obligado al Congreso a largarse apresuradamente y reunirse, temporalmente, en Princeton, Nueva Jersey, y, en 1785, en Nueva York. Por otro lado, las diversas ciudades estaban bajo la jurisdicción de uno u otro Estado, y el gobierno federal no podía estar seguro de que un Estado particular lo defendiese apropiadamente, sobre todo si tal Estado se hallaba descontento por la acción del Congreso.

Era necesario construir una nueva ciudad, no asociada a ningún Estado, y entregada principalmente a la maquinaria del gobierno. Pero la cuestión principal era dónde estaría situada tal ciudad.

Un lugar razonable podía ser a lo largo del río Potomac, el límite entre Maryland y Virginia. Era una ubicación central, aproximadamente a mitad de camino sobre la franja costera de los Estados Unidos. Y puesto que estaba al sur de la línea Mason-Dixon, los estados meridionales preferían esa situación. En particular, Virginia deseaba que se la situase allí, y Virginia era el centro mismo de la creciente oposición republicana democrática.

En junio de 1790, Hamilton se reunión con Madison y ofreció obtener el apoyo del Norte para crear una capital sobre el Potomac, a cambio del apoyo del Sur a que el gobierno federal se hiciera cargo de la deuda de los Estados. El compromiso fue aprobado. Un número suficiente de votos sureños admitieron la asunción de la deuda por el gobierno federal como para permitir la aceptación del programa de Hamilton, y la capital de los Estados Unidos fue establecida sobre el río Potomac, donde se encuentra todavía. La capital iba a trasladarse a Filadelfia hasta que la nueva estuviese lista.

Se fijó un emplazamiento de forma cuadrada, con diez millas de cada lado (el tamaño máximo permitido por la Constitución), a horcajadas del río Potomac, con los dos tercios septentrionales en Maryland y el tercio meridional en Virginia. Los dos Estados cedieron la tierra al gobierno federal, para que ningún Estado tuviese autoridad sobre la capital federal.

Pero el desarrollo de la ciudad se produjo enteramente en el sector de Maryland y, en 1847, la parte de Virginia fue devuelta a este Estado. La capital federal está ahora incluida enteramente en el lado de Maryland del Potomac; tres lados del cuadrado dan al río, con una superficie de sesenta y nueve millas cuadradas. La región es el «Distrito de Columbia», en homenaje a Colón, por supuesto, descubridor de América, y también porque Columbia se había convertido en un sinónimo poético de los Estados Unidos. La ciudad que creció dentro de ella recibió su nombre, inevitablemente, en honor a Jorge Washington.

La planificación de la ciudad fue asignada a Pierre Charles L'Enfant (nacido en París en 1754), un ingeniero que había prestado servicios durante la Guerra Revolucionaria. Concibió un plan de amplias calles que irradiarían desde la parte de la

ciudad en la que iban a estar situados la Casa del Ejecutivo y el edificio del Congreso. (Este último luego fue llamado el «Capitolio», a imitación de un edificio similar de la antigua Roma.) Entre la Casa del Ejecutivo y el Capitolio iba a haber una ancha avenida.

El plan de L'Enfant era demasiado para lo que podían permitirse los Estados Unidos, por lo que fue despedido. Entonces la ciudad capital empezó a crecer al azar y desmañadamente. Sólo en 1901 los planes de L'Enfant fueron sacados de la oscuridad e impuestos sobre la ciudad aún en crecimiento.

El éxito de Hamilton al lograr que el gobierno federal se hiciese responsable de todas las deudas de los Estados en su valor nominal lo llevaron a una mayor extensión del poder federal sobre la economía. Urgió a la creación de un «Banco de los Estados Unidos», un banco que sirviese al gobierno federal, que controlase y regulase a los diversos bancos estatales y, en particular, controlase el papel moneda de la nación.

Jefferson y sus adeptos se oponían a la creación de tal banco, arguyendo que la Constitución no daba al gobierno federal el poder para ello. Hamilton argumentaba que, si bien la Constitución no mencionaba específicamente a tal banco, todo el tono de ella implicaba dicho banco. ¿Cómo podía el gobierno recaudar impuestos y regular eficientemente el comercio sin tal banco?

Así comenzó la disputa entre los «construccionistas estrictos», que se ajustaban estrechamente a la Constitución y no iban ni un milímetro más allá de sus estipulaciones claramente expresadas, y los «construccionistas vagos», quienes deseaban extraer todo género de implicaciones de lo que en ella se decía. Esta discusión ha proseguido en los Estados Unidos desde entonces; habitualmente, los que están en el poder son construccionistas vagos y los de la oposición construccionistas estrictos.

En general, los construccionistas vagos prevalecieron una y otra vez, el gobierno federal se hizo cada vez más fuerte con los años y es ahora más fuerte que nunca.

En 1791, Hamilton, el construccionista vago, prevaleció sobre Jefferson, el construccionista estricto, y se votó la creación del Banco de los Estados Unidos. Comenzó a operar el 12 de diciembre de 1791.

El Banco de los Estados Unidos tuvo que crear un nuevo sistema de acuñación. Por consejo de Gouverneur Morris, las libras, chelines y peniques británicos fueron abandonados a favor de la mucho más sensata acuñación decimal que usamos hoy. La unidad básica, el «dólar», recibió su nombre y su valor del peso español, llamado dólar por los americanos.

El Banco controló la cantidad de papel moneda en circulación, con lo cual impidió la caída del valor del papel moneda. Esto, en general, favoreció a las clases comerciales, que eran comúnmente acreedoras y no aceptaban papel moneda barato como pago de sus deudas. En cambio, perjudicó a las clases rurales, que generalmente eran deudoras.

La victoria inicial de Hamilton y los federalistas durante los primeros años del gobierno federal parece, en conjunto, haber sido beneficiosa. Los Estados Unidos tuvieron una base financiera sólida y se estableció el principio de un gobierno federal fuerte. Si alguno de estos desarrollos hubiese fracasado, es dudoso que los Estados Unidos hubiesen podido resistir las vicisitudes futuras.

Los nuevos Estados

Otro precedente de la mayor importancia para la existencia futura de los Estados Unidos se estableció en 1791. Se trataba de la cuestión de la admisión de nuevos Estados.

Sin duda, la Ordenanza del Noroeste había considerado la admisión futura de nuevos Estados sobre una base de igualdad con los viejos Estados, pero concernía a UQ

territorio limitado, la región situada al norte del río Ohio, y obedecía a los Artículos de la Confederación. ¿Cómo sería bajo la nueva Constitución?

Según la Constitución, el gobierno federal siguió recibiendo títulos de propiedad sobre tierras occidentales situadas fuera de los límites de los trece Estados originales. Carolina del Norte cedió todos sus títulos occidentales en 1790, después de ratificar la Constitución, y sólo Georgia continuó manteniendo sus pretensiones a tierras ubicadas más allá del Misisipí. (Georgia finalmente cedió en 1802.) Pero la primera prueba no se produjo en relación con esas tierras occidentales, sino con los tramos de las Montañas Verdes de Nueva Inglaterra, un territorio que estaba al oeste de New Hampshire y al este y el norte de Nueva York. La parte septentrional de este territorio había sido francesa antes del Tratado de París de 1763, lo cual se refleja aún en el nombre con que es conocida laregión, «Vermont», forma distorsionada de la expresión francesa para designar las «Montañas Verdes». Después de 1763, el territorio fue reclamado por Nueva York y por New Hampshire, y esta disputa perduró durante la Guerra Revolucionaria y después de ella. Fue para rechazar tanto a Nueva York como a New Hampshire por lo que los habitantes de Vermont se organizaron en los «Muchachos de las Montañas Verdes» bajo el mando de Ethan Allen. Los Muchachos de las Montañas Verdes combatieron en Ticonderoga y en Bennington, como ya expusimos antes.

En el curso de la Guerra Revolucionaria, Vermont declaró su independencia de los británicos y se organizó como Estado. El 8 de julio de 1777 adoptó una constitución estatal que fue la primera en admitir el sufragio de todos los hombres, sin establecer ningún requisito sobre propiedades. Fue también la primera constitución estatal que prohibió absolutamente la esclavitud.

Pero fue un Estado sólo para sí mismo. El Congreso no lo reconoció oficialmente, y Nueva York y New Hampshire siguieron manteniendo sus pretensiones sobre el territorio, aunque no adoptaron ninguna medida. De hecho, si no de derecho, Vermont fue una república independiente y siguió siéndolo durante todo el período de los Artículos de la Confederación.

Excluyendo los intentos por poner fin a esa situación por la fuerza, cosa que nadie quería hacer, la cuestión debía ser regularizada. En 1790, Nueva York y New Hampshire renunciaron a sus pretensiones. En enero de 1791, Vermont adoptó formalmente la Constitución de los Estados Unidos y, el 4 de marzo, fue aceptado en la Unión como el decimocuarto Estado. Obtuvo todos los derechos de los otros trece Estados y no fue en modo alguno castigado por no haber sido uno de los Estados cuyos delegados habían firmado la Declaración de la Independencia.

Al año siguiente le tocó el turno al territorio situado al oeste de Virginia. Durante muchos años, Virginia lo consideró como parte de su territorio y en una época lo había organizado como el condado de Kentucky (del nombre del río Kentucky, que a su vez provenía de una palabra india que quizá significaba «tierra de prados»). Después de la Guerra Revolucionaria, los colonos afluyeron a él y Virginia lo cedió al gobierno federal. Entró en la Unión con el nombre de Kentucky el 1 de junio de 1792, como el decimoquinto Estado. Su constitución estatal permitía la esclavitud.

Después de la entrada de Kentucky en la Unión, el Congreso decretó que, a partir del 1 de mayo de 1795, la bandera americana consistiría en quince franjas y quince estrellas, como símbolo de la aceptación de los nuevos Estados en un pie de igualdad con los viejos. Pronto se vio que la adición de una nueva franja por cada Estado era farragosa, y no se volvió a cambiar la bandera durante un cuarto de siglo, aunque a la sazón cinco Estados más fueron admitidos en la Unión.

Sólo en 1818 se le ocurrió al Congreso dejar las trece franjas originales y aumentó únicamente el número de estrellas. Desde entonces, las estrellas han aumentado con el número de Estados, y la actual bandera americana tiene cincuenta estrellas.

La igualdad de poderes de los nuevos Estados se puso de manifiesto inmediatamente, pues tuvieron la oportunidad de elegir electores para presidente en 1792, cuando el mandato de Jorge Washington se acercaba a su fin. En conjunto, su presidencia tuvo éxitos notables. Los Estados Unidos se habían consolidado y la Constitución funcionaba bien.

Sin embargo, la elección de 1792 planteó una crisis a la nación. ¿Quién sucedería a Washington? ¿Podía sucederse a sí mismo y ser elegido por un segundo plazo? La Constitución no decía absolutamente nada acerca de si un presidente podía servir por un mandato, por dos o por tantos como pudiera antes de morirse.

Idealmente, en una democracia, debe turnarse en el gobierno tanta gente como sea posible. Si se establecía el precedente de que los presidentes podían ser reelegidos, la posibilidad de una consolidación del poder quizá facilitaría a un presidente el convertirse en un dictador de por vida, y las reelecciones cada cuatro años serían una mera formalidad.

Ciertamente, Jefferson y quienes estaban de acuerdo con sus ideas tenían esto presente y habrían deseado poner el límite de un mandato que permitiera apartar a Washington, sobre todo considerando que sus ideas eran cada vez más favorables a Hamilton.

Pero la querella entre Jefferson y Hamilton, y la hostilidad entre los republicanos demócratas y los federalistas, se habían hecho tan profundas que no parecía haber ninguna posibilidad de que coincidiesen en alguien que no fuera Washington o de efectuar una elección sin éste que no fuese tan enconada como para herir, quizá fatalmente, a la nación.

A toda costa, no debía haber lucha de partidos en 1792, lo cual significaba que Washington debía seguir siendo presidente, puesto que era la única persona que admitían todas las partes. Más tarde, después de cuatro años más, quizá la nación fuese suficientemente fuerte para soportar una riña electoral.

Washington, quien había tratado firmemente de mantenerse por encima de la política partidista (aunque sus simpatías se dirigían hacia Hamilton), comprendió la situación y aceptó con renuencia a ofrecerse nuevamente para la presidencia.

Los electores se reunieron en Filadelfia el 5 de diciembre de 1792, y todos votaron por Washington, quien obtuvo 132 votos y fue, por segunda vez, elegido unánimemente presidente de los Estados Unidos.

Setenta y siete de los electores votaron por John Adams, además de Washington. Puesto que sacó el mayor número de votos después de Washington, fue elegido vicepresidente otra vez. Pero los electores republicanos demócratas votaron por George Clinton de Nueva York como su candidato número dos.

Clinton (nacido en Little Britain, Nueva York, el 26 de julio de 1739) era un declarado antifederalista y, como gobernador de Nueva York, se había opuesto con todas sus fuerzas a la ratificación de la Constitución. Junto con Robert Livingston (quien había formado parte de la comisión que había redactado la Declaración de la Independencia) y Aaron Burr de Nueva York (nacido en Newark, Nueva Jersey, el 6 de febrero de 1756), Clinton había ayudado a organizar el Partido Demócrata Republicano a Jefferson y Madison. Jefferson no simpatizaba totalmente con estos norteños, pero era importante que el partido estuviese representado en el Norte para que tuviese algún poder.

Clinton sólo obtuvo 50 votos (Jefferson 5 y Burr 1), lo cual demuestra que el Partido Federalista aún dominaba en la nación. También mantuvo el control del Senado, pues el Tercer Congreso fue federalista por 17 votos a 13, mientras que en el Segundo la relación había sido de 16 a 13. Pero el control de la Cámara, que había sido federalista por 37 votos a 33 en las elecciones de 1790, pasó al Partido Demócrata Republicano en 1792, por 57 a 48 votos.

Los indios

El primer mandato de Washington fue una época de paz exterior para los Estados Unidos, pero no hubo paz en la frontera occidental. Más allá de los Alleghenies, aún estaban los indios.

Incorporados ahora al territorio americano, los indios, sin embargo, no eran ciudadanos americanos y los hombres de la frontera sentían hacia ellos una profunda hostilidad. Los indios tenían tierras que poblaban escasamente y dejaban casi todo tal como había sido siempre, mientras que los colonizadores americanos querían tierras que pudiesen dividir en granjas y en las que pudiesen fundar ciudades donde vivieran millones de hombres.

El gobierno americano abrazaba principios idealistas por los cuales los indios no debían ser molestados y hostigados, sino que se los debía estimular a civilizarse, esto es, a convertirse en granjeros. Su derecho a sus tierras y su libertad era reconocido en la Ordenanza del Noroeste y en una temprana declaración del Primer Congreso. Pero el gobierno, en esta cuestión, era débil, mientras que los fronterizos estaban en el lugar y eran resueltos.

Poco a poco, las tierras de los indios fueron compradas a éstos, con o sin alguna acción militar. Se firmaban tratados con los indios después de cada adquisición, todo muy juramentado y registrado, y regularmente violado por los americanos en la siguiente ofensiva para obtener nuevas tierras.

Los indios, como siempre, ganaron en muy pocas ocasiones, pero estas pocas ocasiones figuran en lugar destacado en los libros de historia y a menudo reciben el nombre de «matanzas». En general, no se menciona el lento pero constante retroceso de los indios.

Por ejemplo, se pensaba que el Territorio del Noroeste debía ser fortificado en lugares estratégicos para reforzar la posición americana contra los británicos del Canadá. Hacerlo significaba construir fortificaciones en territorio indio, a lo que los indios se oponían, pensando (probablemente con razón) que sólo serían una cuña. Los británicos, desde sus puestos canadienses (para no hablar de algunos que aún tenían en territorio realmente americano), alentaban y armaban a los indios para debilitar a los americanos en el noroeste.

Como resultado de ello, empezó la primera de las guerras contra los indios que libraría Estados Unidos como nación, a diferencia de las guerras anteriores, libradas por los británicos y los colonos. Estados Unidos seguiría librando guerras contra los indios exactamente durante un siglo, guerras que terminarían con el completo sojuzgamiento (y, en gran medida, el exterminio) de los indios en todo el territorio americano.

En octubre de 1790, los indios miami, en lo que es ahora el estado de Indiana, derrotaron a una unidad del ejército americano; inmediatamente se hizo toda clase de esfuerzos para invertir la situación. Se pensaba que una derrota no vengada animaría a los indios a desmandarse.

Por ello, al año siguiente, la tarea de restablecer el prestigio americano fue confiada a Arthur Saint Clair (nacido en Escocia, en 1736), quien era gobernador del Territorio del Noroeste. Avanzó con 2.000 hombres, dirigiéndose hacia el norte desde lo que es ahora Cincinnati, hacia el lugar de la derrota anterior. Se hallaba aún a sesenta y cinco kilómetros de su objetivo, el 4 de noviembre de 1791, cuando fue atacado sorpresivamente por una banda de indios y sus fuerzas fueron diezmadas. Retrocedió después de que casi la mitad de sus hombres quedasen muertos o heridos.

Washington, quien había sufrido un ataque indio por sorpresa en ocasión de la derrota de Braddock, al comienzo de la Guerra contra Franceses e Indios, había

advertido a Saint Clair de tal posibilidad y estaba furioso. Era absolutamente necesario compensar esas derrotas, y para ello se dirigió al Loco Anthony Wayne, quien tan eficazmente había tomado por asalto Stony Point trece años antes.

Wayne preparó un nuevo ejército y, en la primavera de 1794, se trasladó al norte a través de lo que es ahora Ohio occidental, siguiendo el camino del desafortunado avance de Saint Clair. Wayne mantuvo su ejército vigoroso e intacto, y en el Ohio noroccidental construyó Fort Defiance. Este sólo estaba a sesenta kilómetros al sudoeste de Fort Miami, que, a su vez, se hallaba a dieciséis kilómetros al sudoeste del extremo sudoccidental del lago Erie. Fort Miami, aunque se hallaba en territorio americano, estaba en manos de los británicos y servía como base de suministros a los indios.

Las fuerzas indias, en cuya tierra estaba ahora Wayne, rechazaron las ofertas de acuerdo y se retiraron hacia el fuerte británico, parapetándose tras una red de árboles caídos. El 20 de agosto de 1794 Wayne ordenó el ataque. Audazmente, las tropas americanas lanzaron sus caballos saltando por encima de los árboles y, una vez que pasaron las barricadas, se arrojaron sobre log indios, que huyeron y se dispersaron inmediatamente. Esta «batalla de los Arboles Caídos», librada cerca de donde está ahora la ciudad de Toledo, Ohio, no duró más de cuarenta minutos, pero fue suficiente. El ánimo de los indios quedó quebrantado por un tiempo.

Wayne remató esta victoria reuniendo a representantes de las castigadas tribus de la región de Ohio para celebrar una conferencia de paz en su fortaleza de Fort Greenville, a ciento cuarenta kilómetros al norte de Cincinnati. Por el Tratado de Greenville, firmado el 3 de agosto de 1795, los indios cedieron a los Estados Unidos grandes extensiones de tierra, inclusive los lugares donde hoy se alzan Detroit y Chicago.

CAPÍTULO 9 - LA DOMINACIÓN FEDERALISTA

La fijación de los límites

Una vez organizada la nación, ésta dispuso finalmente del tiempo necesario para examinar sus límites. La Guerra Revolucionaria había terminado y los británicos habían reconocido la independencia americana, pero no habían abandonado el continente norteamericano. Permanecieron en Canadá, a lo largo de toda la frontera septentrional de los Estados Unidos. Y al conceder la independencia americana, los británicos no estaban en modo alguno dispuestos a permitir que los jóvenes Estados Unidos se hiciesen fuertes. Unos Estados Unidos fuertes podían combatir con Gran Bretaña por la posesión de toda la América del Norte, como antaño había hecho Francia.

Por ello, Gran Bretaña prosiguió una política de sordo hostigamiento. Hizo la vida difícil para los americanos de muchas maneras. Por ejemplo, alentó y armó a los indios del Territorio del Noroeste y retuvo puestos fortificados en territorio americano, aunque por el tratado de paz había convenido en entregarlos todos a los americanos. Con esos puestos que aún retenían, los británicos se beneficiaban enormemente de un comercio de pieles que los inermes americanos consideraban suyo con razón.

Los británicos no sólo permanecieron en Fort Miami, sino también en Detroit, a unos pocos kilómetros al norte, y en Fort Michilimackinac, en la unión de los lagos Hurón y Michigan. Más al este, retuvieron puestos en el Estado de Nueva York, inclusive los sitios de Niágara y Oswego, además de otros sobre el río San Lorenzo y el lago Champlain. (Desde estos últimos, estimularon la agitación en Vermont, en los años anteriores a su conversión en Estado.)

Gran Bretaña podía esgrimir una justificación para todo esto en el hecho de que los Estados Unidos tampoco cumplían con sus obligaciones, establecidas por el tratado de paz. Bajo los Artículos de la Confederación, los Estados separados se negaban a pagar deudas con Gran Bretaña que habían contraído antes de la guerra, y el Congreso no podía obligarlos a que lo hicieran. Tampoco podía el Congreso asegurar un trato liberal a los «leales», como los Estados Unidos se habían comprometido a hacer en el tratado. La propiedad de los «leales» fue confiscada y éstos mismos maltratados y, en muchos casos, obligados a marchar al exilio.

Pero en ese intercambio de violaciones, la balanza estaba enteramente en contra de los Estados Unidos. Gran Bretaña restringía arbitrariamente el comercio americano y trataba con el mayor desprecio a los barcos y marinos americanos. Los barcos británicos no vacilaban en detener barcos americanos en alta mar y buscar en su tripulación hombres que pudieran ser de origen británico. Esos hombres raptados luego eran obligados a prestar servicios a los británicos, acción llamada «requisa».

En otras palabras, las acciones británicas dañaban la prosperidad americana y humillaban los sentimientos americanos. Por el estímulo a los indios, ponían en peligro vidas americanas.

Y pese a esto, en el decenio de 1790-1799 se produjo un aumento de los sentimientos probritánicos en los Estados Unidos. Entre otras cosas, la Revolución Americana había terminado ya y los viejos veteranos revolucionarios tenían seguro el poder en sus manos. No querían más revoluciones, y los sucesos en Europa habían llevado a Gran Bretaña al gran bastión del conservadurismo contra una tempestad revolucionaria que barría a Francia por entonces.

Además, pese al hostigamiento y las humillaciones infligidas por Gran Bretaña al comercio americano, subsistía lo suficiente de éste como para mantener próspera a

América y, tal como estaban las cosas, el mantenimiento de esa prosperidad dependía de la buena voluntad británica.

Por consiguiente, pues, los federalistas, que eran apoyados por los hombres de negocios y los sectores comerciales, eran acentuadamente probritánicos. Sorprendentemente, Nueva Inglaterra, que había sido la más fanáticamente antibritánica antes de la Guerra Revolucionaria y durante ella, ahora dio media vuelta y en las primeras décadas de la independencia americana se hizo cada vez más probritánica, casi hasta el fanatismo.

Hamilton aprovechó el incremento del sentimiento probritánico para instar a efectuar negociaciones para dirimir las diferencias pendientes entre los Estados Unidos y Gran Bretaña. Por supuesto, había que hacerlo cuidadosamente, pues las heridas de la Guerra Revolucionaria en modo alguno se habían cicatrizado completamente. Por ejemplo, el mismo Hamilton no podía emprender las negociaciones (aunque hubiese deseado hacerlo) porque era demasiado notoriamente probritánico y tenía demasiados enemigos. En cambio, persuadió a Washington a que enviase a John Jay, presidente del Tribunal Supremo, a Londres. Jay era tan probritánico como Hamilton, pero esta inclinación era menos conocida.

El 19 de abril de 1794 Jay desembarcó en Londres, y el 19 de noviembre concluyó el «Tratado de Londres» con los británicos. En los Estados Unidos era más conocido como el «Tratado de Jay».

Según los términos del tratado, Gran Bretaña hacía escasas concesiones. La cuestión de la requisa y la ayuda británica a los indios no se mencionaban. Todo lo que los británicos concedían era una promesa de que los puestos septentrionales serían evacuados y que se levantarían algunas de las restricciones al comercio americano. Pero, considerando la debilidad americana y la fuerza británica, aun esas concesiones eran dignas de nota y podían no haber sido otorgadas si no hubiera sido porque Gran Bretaña estaba envuelta en una guerra en el continente europeo y no deseaba entrar en inútiles disputas en América del Norte.

A cambio de eso, los Estados Unidos convenían en aceptar el arbitraje en la cuestión de las deudas de los Estados; y finalmente el gobierno federal tuvo que entregar dos millones y medio de dólares a Gran Bretaña.

Toda la misión de Jay fue desde el comienzo un motivo para la lucha entre partidos. Mientras se negociaba el tratado, los republicanos demócratas proclamaron ruidosamente que los federalistas probritánicos pretendían efectuar una traición. Una vez que se publicaron los términos del tratado, aullaron que era una traición. En Virginia, donde la deuda con Gran Bretaña era grande y parecía que el Estado tendría que hacer sacrificios para pagarla, la indignación alcanzó su punto culminante.

Jay fue vilipendiado de un extremo al otro de la nación, y cuando Hamilton trató de hablar en público a favor del tratado, fue recibido con una lluvia de piedras. («Si usáis argumentos tan contundentes —dijo con sequedad— me retiraré.»)

Pero el Congreso era vigorosamente federalista. El Cuarto Congreso, elegido en 1794 en medio de un creciente disgusto de los americanos por los sucesos en Francia, vio aumentar la representación federalista en el Senado de 17 a 19, contra 13 de los republicanos demócratas. En cuanto a la Cámara de Diputados, que había tenido una mayoría demócrata republicana en el Tercer Congreso, fue reconquistada por los federalistas en el Cuarto, por 54 votos contra 52.

Washington también usó su influencia en favor del tratado. Fue ratificado exactamente por la mayoría de los dos tercios que exigía la Constitución, y Washington lo firmó el 14 de agosto de 1795.

Pero esto no fue todo. Se necesitaba dinero para hacer efectivas diversas partes del tratado. Era la Cámara de Representantes la que tenía el poder de emitir billetes de dinero y, si bien los republicanos demócratas habían perdido la mayoría en la Cámara,

seguían siendo fuertes y parecían totalmente decididos a bloquear todas las asignaciones.

Pero el 28 de abril de 1796 Fisher Ames de Massachusetts (nacido en Dedham el 9 de abril de 1758) se levantó en defensa de las asignaciones. Era un federalista que se había convertido al ultraconservadurismo después de la rebelión de Shays. Ahora, en un vigoroso discurso señaló que, sin el tratado, la guerra con Inglaterra y la destrucción de los Estados Unidos eran inevitables. Este discurso hizo ganar votos suficientes como para hacer aprobar las asignaciones.

En conjunto, el tratado resultó ser mucho mejor de lo que parecía. Por un lado, los británicos abandonaron los puestos septentrionales, de modo que finalmente Estados Unidos fue dueño de su propio territorio. Por otro lado, aunque el tratado no lo exigía, los británicos, de hecho, dejaron de armar a los indios, por lo que hubo calma en el Territorio del Noroeste y pudo continuar su colonización. El comercio de pieles pasó a manos americanas y las condiciones del rico comercio marítimo con las Antillas se aliviaron.

Más aún, el tratado impidió que las relaciones con Gran Bretaña empeorasen y, quizá, degenerasen en una guerra abierta, algo que los Estados Unidos no podían permitirse por entonces, pues probablemente no hubiesen sobrevivido. El tratado sólo retrasó lo inevitable, tal vez, pero lo retrasó diecisiete años, y para entonces los Estados Unidos ya eran suficientemente fuertes como para sobrevivir a la crisis.

Una situación algo similar existía en el sudoeste, donde había aún dominios españoles. Aunque más débil que Gran Bretaña como potencia mundial, el Imperio Español en América del Norte, con casi tres siglos de antigüedad, seguía expandiéndose.

Durante la Guerra Revolucionaria había expulsado a los británicos de Florida y la costa del golfo y había recuperado esas regiones, de modo que los Estados Unidos, por el Tratado de París de 1783, fue excluido del golfo de México. Toda la costa septentrional del golfo estaba dominada por España. Lejos, sobre la costa del Pacífico, el Imperio Español también estaba expandiéndose hacia el norte. Mientras Estados Unidos conquistaba su independencia, se fundaban colonias españolas en lo que es hoy California. San Diego fue fundada en 1769, San Francisco en 1776 y Los Angeles en 1781.

La expansión hacia el norte hasta amenazó un territorio que los Estados Unidos consideraban como propio. Por el Tratado de París, el territorio americano se extendía al sur hasta la línea que señala la actual frontera meridional de Georgia, línea que se extiende al oeste hasta el río Misisipí. Pero España había operado muy al norte de esta línea durante la Guerra Revolucionaria. Toda Luisiana, el vasto territorio situado al oeste del Misisipí, era suya y en un momento, en 1781, las fuerzas españolas tomaron un puesto británico en Fort Saint Joseph, inmediatamente al este del extremo meridional del lago Michigan. España, pues, no vaciló en reclamar como suyos esos territorios sudoccidentales que hoy constituyen los Estados de Alabama y Misisipí. Para apoyar esas reclamaciones, los españoles mantuvieron puestos en el sudoeste y, como los británicos en el Norte, alentaron a los indios a resistirse contra la colonización americana de la región.

Lo peor de todo era que España dominaba el curso inferior del río Misisipí, con un firme asentamiento en ambas orillas, pues poseía la gran ciudad de Nueva Orleans. Antes de la Guerra Revolucionaria, Gran Bretaña había tenido el privilegio de usar libremente el Misisipí a través de todos los territorios dominados por España. Estados Unidos sostenía que había heredado este privilegio con la independencia, pero España pensaba de otro modo. No tenía más deseos que Gran Bretaña de ver establecerse unos Estados Unidos poderosos en el continente y, el 26 de junio de 1784, cerró el Misisipí a los comerciantes americanos. Así quedó bloqueado el más importante camino comercial del interior americano.

Pero España, puesto que era más débil que Gran Bretaña, estaba más dispuesta a negociar. Ya en 1786 ofreció renunciar a sus reclamaciones territoriales más extremas si los americanos reconocían el dominio español sobre el Misisipí inferior. John Jay, que llevaba los asuntos exteriores durante la vigencia de los Artículos de la Confederación, estaba dispuesto a aceptar la propuesta a cambio de concesiones comerciales que favoreciesen a los expedidores del noreste. Pero los Estados meridionales se oponían inflexiblemente a toda concesión a España.

España, entonces, intrigó durante varios años para tratar de separar a los colonos sudoccidentales de los Estados Unidos ofreciéndoles concesiones comerciales. Abrigaba la esperanza de establecer en el valle meridional del Misisipí una región teóricamente independiente, pero, en realidad, bajo dominación española.

Un americano que parecía dispuesto a unirse a España en esto era James Wilkinson de Maryland (nacido en el condado de Calvert en 1757). Era un hombre increíblemente rastrero y traidor con una notable capacidad para salirse con la suya. Había combatido en la Guerra Revolucionaria y alcanzado de alguna manera el rango de general de brigada. Luego había intrigado contra Washington y se había visto envuelto en irregularidades financieras. Ahora, habiéndose trasladado al Oeste después de la guerra, aceptó dinero de España.

En qué habría terminado esto es difícil saberlo, pero los sucesos de Europa cambiaron las cosas. En el decenio de 1790-1799, la guerra se estaba generalizando y la posición de España empeoró. La conclusión del Tratado de Jay le inspiró el temor de que Gran Bretaña y los Estados Unidos se unieran e hiciesen causa común contra ella. Por ello, pidió negociaciones para dirimir las diferencias.

El ministro americano ante Gran Bretaña, Thomas Pinckney de Carolina del Sur (nacido en Charleston el 23 de octubre de 1750), fue enviado a España para negociar un tratado. Como sureño, no estaba dispuesto a conceder nada de importancia.

El 27 de octubre de 1795 se firmó el Tratado de San Lorenzo (habitualmente llamado el «Tratado de Pinckney»). Entre la firmeza de Pinckney y la nerviosidad de España por el Tratado de Jay, los Estados Unidos obtuvieron todo lo que podían razonablemente pedir. El límite se fijó en el paralelo 31°, de acuerdo con el tratado de 1783 con Gran Bretaña, línea que penetraba a lo largo de sesenta y cinco kilómetros en la costa septentrional del golfo de México. Más aún, los americanos recibieron, al menos temporalmente, el derecho de usar libremente el río Misisipí.

En 1795, pues, la frontera americana era clara a lo largo de casi todos sus bordes. Solamente permanecía en disputa la línea entre Maine y Canadá.

La Revolución Francesa

Extrañamente, la nación con la que los jóvenes Estados Unidos tuvo mayores problemas durante el segundo gobierno de Washington fue Francia, su aliada en la guerra reciente; una aliada sin la cual no podía haberse logrado la independencia.

Había cálidos sentimientos entre el pueblo americano hacia Francia, por supuesto, pero había muchos que no podían permitir que la pura emoción influyera en el juicio. Después de todo, por idealistas que hubiesen sido individualmente algunos franceses, como Lafayette, el gobierno francés había ayudado a los Estados Unidos por su propio interés, y mucho más por enemistad hacia Gran Bretaña que por amistad hacia los colonos. La retribución que Estados Unidos pudiera ahora dar también debía ser por propio interés.

Sin duda, la alianza con Francia continuó. En noviembre de 1788, Thomas Jefferson, que era ministro ante Francia cuando regían los Artículos de la Confederación

(por lo cual no desempeñó ningún papel en la Convención Constitucional), negoció una renovación de la alianza.

Los sectores comerciales y empresariales de Estados Unidos, sectores para los que lo principal era el intercambio, es decir, que dependían de Gran Bretaña, al hallar que su interés era ser probritánicos, eran automáticamente antifranceses. La oposición, principalmente rural, podía más fácilmente mantener los sentimientos antibritánicos del pasado y, por ende, tendía a ser profrancesa.

Esta situación se reflejó en los dos partidos americanos desde el instante mismo de su fundación. Los federalistas, conservadores y orientados hacia los negocios, eran probritánicos y antifranceses. Los demócratas republicanos, liberales y con base en los granjeros, eran antibritánicos y profranceses.

La situación se agudizó y llevó a una crisis por el hecho de que Francia se sumergía en el caos y la revolución. El gobierno de Luis XVI, increíblemente corrupto e ineficaz, también estaba financieramente en bancarrota (gracias, principalmente, a los gastos que supuso su intervención en la Guerra Revolucionaria). El descontento creciente entre todos los sectores de la población llevó a Francia al borde de la violencia.

El 14 de julio de 1789, diez semanas después de la investidura de Washington como primer presidente de los Estados Unidos, una muchedumbre parisina atacó y saqueó la Bastilla, la más famosa prisión de Francia y durante siglos el símbolo del poder despótico del rey de Francia. Jefferson, aún ministro americano ante Francia, pero que pronto asumiría su cargo de secretario de Estado, fue testigo del suceso.

El ataque a la Bastilla (hoy celebrado como el día nacional de Francia) inició lo que recibe el nombre de la Revolución Francesa. El poder del rey y de la aristocracia fue limitado constantemente y se hicieron oír cada vez más voces radicales.

Parecía que los Estados Unidos debían dar la bienvenida a una nueva Francia revolucionaria que proclamaba algunos de los ideales democráticos por los que los americanos habían luchado sólo una década antes. Y, en verdad, Jefferson y los demócratas republicanos simpatizaban con ella. Pero los federalistas, que eran de tendencias aristocráticas, sentían antipatía por la creciente Revolución Francesa y se hicieron más firmemente antifranceses.

La Revolución Francesa pronto fue más radical y sangrienta de lo que había sido la Revolución Americana. Había razones para que así fuese; los revolucionarios franceses se enfrentaban con un gobierno más corrupto e ineficiente, con fuerzas enemigas más inmediatas y amenazantes, y no tenían ninguna tradición o experiencia de un gobierno representativo. A medida que la Revolución Francesa se hizo más extrema, el sentimiento americano, en general, se volcó hacia el bando federal.

Los revolucionarios franceses depusieron a Luis XVI y proclamaron una república, el 21 de septiembre de 1792; luego, ejecutaron a Luis, el 21 de enero de 1793 (muy poco después de la elección de Washington para su segundo mandato). Los izquierdistas franceses, llamados «jacobinos», eran fuertes por entonces y gradualmente asumieron el poder. Para los federalistas, la palabra «jacobino» tenía todo el impacto emocional de la voz «comunista» para los conservadores americanos modernos.

Jefferson y sus partidarios eran acusados de abrigar simpatías jacobinas, y al menos una reforma sensata fue rechazada por insensatos sentimientos antijacobinos. Los revolucionarios franceses idearon un sistema decimal de medidas llamado el «sistema métrico», que es con mucho el mejor y el más lógico que se haya inventado nunca. Los americanos podían haberlo adoptado, como adoptaron el sistema decimal de moneda, y estuvieron a punto de hacerlo, pero el hecho de que hubiese sido concebido por «jacobinos» lo impidió. Después, jamás se aceptó el sistema métrico, aunque se estuvo por hacerlo en varias ocasiones. El resultado es que hoy en día todo el mundo usa el

sistema métrico o está por adoptarlo; y solamente los Estados Unidos se aterran a su ilógico e inútil sistema deleznable de medidas.

Los monarcas que rodeaban a Francia fueron hostiles a los revolucionarios desde el comienzo, pues pensaban, con toda razón, que si la ineficiencia despótica era destruida en Francia, sus propios tronos estaban en peligro. Cuando Luis XVI fue ejecutado, pensaron que sus propias personas estaban en peligro. Gran Bretaña, aunque no era una monarquía absoluta, también era hostil, en parte por vieja enemistad y en parte por disgusto ante las tácticas revolucionarias francesas.

Los revolucionarios franceses, exasperados por la interferencia extranjera y en busca de un modo de unir a los franceses contra un enemigo común, declararon la guerra a Gran Bretaña, España y Holanda, el 1 de febrero de 1793. Esto inició una guerra de veintidós años, durante la cual Francia ganó enormes victorias, obtuvo enorme poder, y luego sufrió enormes derrotas y perdió todo. También creó la situación que hizo posible el Tratado de Jay y el Tratado de Pinckney.

Puesto que durante toda esta guerra Gran Bretaña luchó contra el poder francés del lado de la estabilidad conservadora, los federalistas se hicieron cada vez más probritánicos, y los demócratas republicanos, que no deseaban una Francia demasiado fuerte, se hicieron más tibiamente profranceses.

El comienzo de la guerra planteó a Estados Unidos un dilema. Según los términos de la alianza con Francia, podía parecer que los Estados Unidos debían acudir en ayuda de su vieja amiga. Ciertamente, Francia esperaba que lo hiciera. Por otro lado, Estados Unidos no estaba en condiciones de ir con ligereza a la guerra.

Los partidos se alinearon como se esperaba. Hamilton y los federalistas insistían en que el tratado con Francia había sido hecho con Luis XVI y había muerto con este monarca. Jefferson y los demócratas republicanos sostenían que el tratado había sido hecho con el pueblo francés y tenía más validez que nunca ahora que el pueblo dominaba en la nación.

Washington vacilaba, y luego halló una salida magistral. Sin aceptar ni negar la validez del tratado, sencillamente señaló que éste exigía a Estados Unidos acudir en ayuda de Francia si ésta era atacada. Puesto que era Francia la que había declarado la guerra, Francia era la atacante, no la atacada, y Estados Unidos quedaba libre de la obligación de ir en su ayuda. Por ello, el 22 de abril de 1793 proclamó la neutralidad en el conflicto europeo. A fin de endulzar esto un poco para Francia, también aprovechó la oportunidad para reconocer la República Francesa.

Pero antes de que los Estados Unidos proclamasen su neutralidad, la nueva República Francesa había enviado un ministro a los Estados Unidos, quien cruzó el océano con la firme creencia de que hallaría un aliado entusiasta. El ministro era Edmond Charles Genét. Puesto que los revolucionarios franceses habían abolido todos los títulos y decretado que había que dirigirse a todo el mundo, sin excepción, como «ciudadano», comúnmente es llamado en los libros de historia el «Ciudadano Genét».

Genét llegó a Charleston, Carolina del Sur, el 8 de abril, y, con la tranquila suposición de que Estados Unidos era un aliado, procedió a poner en servicio barcos en calidad de corsarios, para que atacasen barcos ingleses en beneficio de Francia. En esto, tuvo la cooperación del gobernador de Carolina del Sur. También trató de organizar expediciones terrestres contra el territorio británico del norte y el territorio español del sur. Nada menos que George Rogers Clark fue encargado de conducir una expedición contra Nueva Orleáns.

Al viajar de Charleston a Filadelfia, a través de territorio demócrata republicano, Genét fue saludado en todas partes con enorme entusiasmo. Las reuniones a las que asistió y los discursos grandilocuentes que oyó adulando a la Revolución Francesa lo convencieron de que el país estaba con él, y no se sintió perturbado por la Proclamación

de Neutralidad (que se produjo dos semanas después de su llegada) ni por la fría recepción que le brindó Washington el 18 de mayo.

Genét fue informado de que sus actividades violaban la neutralidad americana y prometió comportarse bien, pero no hizo tal cosa. Siguió estimulando a los americanos a efectuar acciones bélicas y, en verdad, cuando recibió una nueva advertencia, amenazó con apelar al pueblo americano pasando por encima de Washington.

En esto, fue demasiado lejos. Los demócratas republicanos apoyaban a Francia y estaban en contra de la neutralidad, pero ni siquiera ellos estaban dispuestos a apoyar a un diplomático extranjero contra su propio gobierno. En verdad, los excesos de Genét estaban inclinando la nación hacia el federalismo, y Jefferson reconoció el hecho de que estaba perjudicando la causa demócrata republicana. El mismo sugirió que Genét fuese expulsado. El 23 de agosto, Washington pidió a Francia que llamase de vuelta a Genét.

Francia estaba muy dispuesta a llamar a su ministro, pues por entonces su gobierno se había desplazado mucho más a la izquierda y los jefes del partido al que pertenecía Genét estaban siendo guillotinados. En verdad, el sucesor de Genét llegó con una orden de arresto de su predecesor.

Genét pidió asilo y Washington se lo concedió. Genét se estableció en Nueva York, se casó con la hija del gobernador George Clinton y se convirtió en ciudadano americano. Se convirtió en un granjero americano durante los cuarenta y un años restantes de su vida, con lo que vivió lo suficiente para ver a Francia gobernada nuevamente por reyes.

El asunto Genét benefició a los Estados Unidos, ya que puso fin de modo efectivo a la alianza con Francia y le dio la oportunidad de mantener su neutralidad durante casi veinte años. También dio a Washington, a quien se había ofendido, el empujón final hacia los federalistas y sus opiniones probritánicas. Hasta entonces, había mantenido a Hamilton y Jefferson en su gabinete pese a su intenso enfrentamiento, pero ahora estaba dispuesto a dejar que Jefferson se marchase. Este renunció como secretario de Estado el 31 de diciembre de 1793 y pasó abiertamente a la oposición.

Hamilton y Adams

No todos los problemas del segundo gobierno de Washington se relacionaban con la política externa. Hubo también problemas internos que, por un momento, llegaron a un nivel en que se los pudo calificar de «rebelión».

Hamilton, en su esfuerzo para dar estabilidad financiera a los Estados Unidos, hizo aprobar ciertos impuestos al consumo por el Congreso en 1791, y uno de ellos afectaba al whisky y otras bebidas destiladas. Era un impuesto directo, como la mal afamada Ley de Timbres de un cuarto de siglo antes, y halló un poco la misma reacción.

En Pensilvania occidental la oposición fue particularmente intensa. Los granjeros de allí tenían dificultades para transportar cereales por caminos primitivos a través de extensas soledades. Comúnmente convertían el excedente de cereales en whisky, que era más fácil de transportar, podía conservarse indefinidamente y era muy solicitado. El impuesto sobre el whisky reducía mucho sus ganancias y hubo agitadas reuniones en Pittsburgh en 1792, en las que se lanzaron invectivas contra el impuesto al whisky en términos muy semejantes a los utilizados contra la Ley de Timbres.

Un dirigente de los protestadores era Albert Gallatin (nacido en Ginebra, Suiza, el 29 de enero de 1761), quien había llegado a América en 1780 y, después de una breve estancia en Boston, se había establecido en las soledades de Pensilvania. Era miembro de una comisión que amenazaba con usar todas las medidas legales para impedír la recaudación. Y así lo hicieron. También usaron métodos ilegales. Los agentes fiscales fueron alquitranados y emplumados, y recibieron otros rudos tratos.

En 1794, cuando las leyes concernientes a la recaudación del impuesto fueron reforzadas, la resistencia también aumentó, y en julio Pensilvania occidental parecía en rebelión abierta. (Estas acciones han sido llamadas la «rebelión del whisky».)

El gobernador de Pensilvania, un demócrata republicano, no hizo nada y Hamilton urgió a Washington a usar el poder federal directo. El 7 de agosto de 1794 llamó a 13.000 soldados de Virginia, Maryland, Pensilvania y Nueva Jersey. Bajo el mando de Hamilton (que siempre soñaba con la gloria militar) y el mismo Washington acompañándole (en parte para mantener una vigilancia paternal sobre su protegido), el ejército marchó hacia la región desafecta y toda resistencia se derritió ante ellos. No hubo ninguna batalla. En noviembre todo había terminado. Dos cabecillas fueron capturados, enjuiciados por traición y condenados, pero pronto Washington los perdonó.

La importancia del incidente residía en que el gobierno federal había demostrado que podía emprender una acción directa para sofocar la rebelión. No tuvo que actuar a través de los diversos Estados. Este adicional fortalecimiento del gobierno federal convenía a Hamilton, aunque exacerbó aún más la oposición de la comunidad de los granjeros contra el Partido Federalista.

Pero a medida que el segundo mandato de Washington se acercaba a su fin, pareció estar cada vez menos por encima de las luchas partidistas que dividían al país.

Para entonces, Hamilton se había convertido en una persona tan controvertida y era tan claramente el objeto del rencor demócrata republicano que finalmente renunció como secretario del Tesoro, el 31 de enero de 1795. Fue el primero en ocupar ese cargo y, en opinión de muchos, también el más grande. Pero siguió siendo gran amigo y consejero de Washington, y fue más que nunca el poder detrás del trono, pues ahora podía actuar más tranquilamente.

Una renuncia más desdichada fue la de Edmund Randolph, quien había sido nombrado secretario de Estado en reemplazo de Jefferson. Randolph era tan profrancés como Jefferson y se descubrieron elementos de juicio que parecían indicar que Randolph recibía sobornos de Francia. Enfrentado por Washington con los elementos de juicio, Randolph renunció ante los ataques y se retiró a la vida privada. Fue reemplazado por Timothy Pickering de Massachusetts (nacido en Salem el 17 de julio de 1745), que era un ultrafederalista y un inflexible partidario de Hamilton.

Todos los ojos estaban puestos en el presidente ahora. ¿Qué decidiría con respecto a 1796? ¿Se ofrecería para ocupar la presidencia nuevamente?

Washington estaba decidido a no hacerlo en ninguna circunstancia. Tenía sesenta y cuatro años y estaba ansioso de librarse de la responsabilidad en la que había actuado casi continuamente durante veinte años. Más aún, en los últimos años de su presidencia se había visto cada vez más vilipendiado por autores y oradores demócratas republicanos a medida que él se inclinaba por el bando federalista, y hallaba esto difícil de soportar.

De modo que planeó retirarse y lo anunció en una especie de Alocución de Despedida a la nación. Fue preparada en gran medida por Hamilton, quien la redactó de manera que diera el prestigio de Washington a la doctrina federalista. El 19 de septiembre de 1796 fue publicada en los periódicos.

En esa alocución, Washington anunciaba que no aceptaría un tercer mandato y denunciaba el desarrollo de los partidos políticos y del espíritu partidista que invadía en forma creciente la política americana. (¡Ay!, su denuncia no sirvió de nada.)

Luego pasaba a defender su política de neutralidad, el punto por el que había sido criticado más frecuentemente. Advirtió a la nación que debía evitar verse envuelta innecesariamente en querellas extranjeras. Subrayó que los Estados Unidos debían atender a su propio interés al tratar con el resto del mundo y, por tanto, que «nuestra verdadera política es evitar alianzas permanentes con ninguna parte del mundo exterior».

Después de todo, Estados Unidos era una nación débil a la sazón, y si bien la alianza con una nación podía beneficiar a sus intereses en un momento determinado, en otro momento podían ser mejor servidos por la alianza con otra nación. Por ello, Washington decía que «podemos confiar con seguridad en alianzas temporales para situaciones extraordinarias».

Este consejo juicioso fue deformado en años posteriores para presentar a Washington como si hubiese aconsejado a los Estados Unidos ponerse en contra de todas las alianzas exteriores. Esto condujo a la nación a un aislamiento que sería útil en el siglo XIX, pero muy perjudicial en el siglo XX.

Así, Washington se retiró y, por primera vez en su historia, Estados Unidos estuvo frente a una lucha por la presidencia, a medida que 1796 se acercaba a su fin.

Participó en esa lucha un nuevo Estado constituido con la región occidental de Carolina del Norte. Esa región había sido reclamada por Carolina del Norte antes de la Revolución y, en fecha tan tardía como 1783, fue organizada como el condado más occidental de Carolina del Norte, con capital en Nashville (así llamada en homenaje a Francis Nash, un general de Carolina del Norte que había muerto en acción durante la Guerra Revolucionaria).

Después de la guerra, cuando Carolina del Norte puso en práctica su promesa de ceder sus tierras occidentales al gobierno central, los colonos de la región trataron de apresurar las cosas formando un Estado al que llamaron «Franklin» (por Benjamin Franklin). John Sevier (nacido en New Market, Virginia, en 1745) se desempeñó como su gobernador, pero el Estado no fue reconocido y en 1788 se disolvió.

Pero, a medida que la población crecía, no podía posponerse la creación de un Estado. El 21 de enero de 1796 se adoptó una constitución estatal, John Sevier fue nuevamente elegido gobernador y, el 1 de junio de 1796, la región ingresó a la Unión como el décimo sexto Estado, con el nombre de Tennessee, nombre de origen indio pero de significado desconocido.

El 7 de diciembre de 1796, pues, 138 electores de dieciséis Estados se dispusieron a elegir presidente y vicepresidente.

El candidato federalista lógico era Hamilton. Sin duda, Hamilton no era nativo, un requisito constitucional para ocupar la presidencia, pero una cláusula especial permitía una excepción en el caso de aquellos que eran ciudadanos en el momento de la adopción de la Constitución, aunque hubiesen nacido en el extranjero. (Se supone que se introdujo esta excepción pensando específicamente en Hamilton.)

Sin embargo, Hamilton había estado en primera fila de la batalla y si bien tal vez era el hombre más brillante de América, también era el más odiado. Había sido acusado de irregularidades financieras y de mantener relaciones con mujeres, y algo de las calumnias cundió. No era posible tratar de que se lo eligiese, para no hablar de gobernar el país.

A falta de él, estaba John Adams. Este era bajo, rechonchón, vano, frío, sin tacto y antipático, pero no había duda de que era inteligente, capaz, rígidamente honesto y merecía el reconocimiento de su país. Había sido una figura descollante en la lucha contra la Ley de Timbres, por la independencia y en las negociaciones del tratado de paz. Había sido el primer ministro de Estados Unidos ante Gran Bretaña (una posición difícil, considerando la situación) y había pasado ocho años en el ingrato cargo de la vicepresidencia, que para Adams era de una irritante impotencia.

Pero a Hamilton le disgustaba Adams, de quien pensaba que no era suficientemente federalista ni un admirador suficientemente intenso de Hamilton. Este deseaba seguir siendo la potencia detrás del trono e inició una campaña para persuadir a todos los electores que votasen por Adams a que votasen también por Thomas Pinckney (quien había hecho aprobar el Tratado de Pinckney y, por ende, era popular en regiones que eran demócratas republicanas).

La razón ostensible de Hamilton para hacer eso era impedir que Jefferson ocupase el segundo lugar y, así, se convirtiese en vicepresidente. Pero la razón real, se piensa, era la esperanza de que la impopularidad personal de Adams diese como resultado que algunos electores votasen por Pinckney y, al último momento, decidiesen no votar por Adams. Esto habría hecho de Pinckney el nuevo presidente, cosa preferible para Hamilton.

Desgraciadamente para Hamilton, su acción tuvo un efecto bumerang. Algunas de sus dudosas intenciones fueron reveladas a Adams, y los electores que favorecían a éste dieron su segundo voto a Jefferson, en algunos casos para fastidiar a Hamilton. El resultado fue que, de los votos emitidos, 71 eran para Adams, 68 para Jefferson y 59 para Pinckney.

Adams se convirtió en el segundo presidente de los Estados Unidos y Thomas Jefferson en el segundo vicepresidente.

Esta elección reveló un serio fallo en el sistema constitucional para elegir a los hombres que debían ocupar los dos cargos. Los creadores de la Constitución habían pensado en electores que elegían a sus hombres por razones elevadas, idealistas, de modo que el mejor hombre se convirtiera en presidente y el segundo mejor en vicepresidente.

En cambio, los electores votaron por consideraciones partidistas. Esto hacía muy probable, de hecho casi inevitable, que el hombre con la segunda cantidad mayor de votos fuese del partido opuesto al del hombre que recibiera la mayor votación, como en ese caso había ocurrido.

Desde el punto de vista federalista, era afortunado que el vicepresidente tuviese escaso poder. Además, los federalistas también triunfaron en el Congreso, gracias al permanente disgusto nacional por los excesos de la Revolución Francesa. En el Quinto Congreso, que se reunió en 1797, hubo una ganancia de un escaño en el Senado para los federalistas, quienes ahora llevaron la oposición por 20 votos contra 12, y en la Cámara de Diputados, donde había 58 votos contra 48.

El peor aspecto de la elección, para los federalistas, era que la disputa entre Hamilton y Adams continuaba y prácticamente desgarraba al partido por la mitad. Adams, quien carecía de la tortuosidad del político de éxito, conservó en sus puestos a los miembros del gabinete de Washington. Entre ellos, estaba Pickering, como secretario de Estado, aunque Pickering estaba totalmente del lado de Hamilton y no pensaba en absoluto traicionar a su jefe. Aunque Adams sabía que ciertos miembros del gabinete conspiraban con Hamilton, su fría integridad lo obligaba a mantenerlos mientras pensase que realizaban bien sus tareas.

Crisis con Francia

Cuando Adams recibió la investidura, el 4 de marzo de 1797 (y Washington se convirtió en el primer expresidente de la nación), el país se enfrentó con una situación más seria que las querellas partidistas internas.

Francia estaba furiosa por el Tratado de Jay, que parecía mantener a los Estados Unidos comercialmente atado a Gran Bretaña, y por lo que parecía ser una ingratitud de los americanos hacia la ayuda francesa brindada quince años antes.

Por ello, Francia inició un plan de hostigamiento de los barcos americanos, y, en diciembre de 1796, cuando Charles Cotesworth Pinckney, de Carolina del Sur (nacido en Charleston en septiembre de 1746, un hermano mayor de Thomas Pinckney y delegado en la Convención Constitucional) fue enviado a Francia como ministro, el gobierno francés se negó a recibirlo. Se vio obligado a trasladarse a los Países Bajos.

Francia, al parecer, había roto las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos el 15 de noviembre.

Esto era algo muy cercano a la guerra, y algunos de los ultrafederalistas estaban dispuestos a considerarlo así. Pero Adams no quería arriesgarse a una guerra antes de haber hecho algún esfuerzo por evitarla. Envió a Europa a dos hombres más, para que se unieran con Pinckney. Uno de ellos era John Marshall, el federalista de Virginia, quien era particularmente valioso para el partido porque era un enemigo a muerte de Thomas Jefferson. El otro era Gerry de Massachusetts, un ardiente demócrata republicano. (Esto creó el precedente de que, en los asuntos exteriores, no se debe ignorar totalmente al partido de la oposición.) Los tres hombres recibieron instrucciones de suavizar las relaciones con Francia. El gobierno francés admitió negociar con ellos; llegaron a París el 4 de octubre de 1797.

Por entonces, el «reinado del terror» que había caracterizado al período más radical de la Revolución Francesa había terminado, y Francia era gobernada por un suave pero muy corrupto «Directorio» de cinco hombres. Su ministro de Asuntos Exteriores era el brillante Charles Maurice de Talleyrand-Périgord, quien tenía, entre sus defectos, un desmedido amor por el dinero y una total disposición a aceptar sobornos.

Tres agentes de Talleyrand se reunieron con los delegados americanos y pronto quedó claro que lo que se necesitaba era dinero. Si los americanos querían la paz, tendrían que pagar por ella.

Los delegados americanos no tenían ninguna autoridad para ofrecer dinero, pero cuando trataban de negociar racionalmente, siempre se llegaba a la cuestión del soborno. Finalmente, uno de los agentes franceses lo dijo sin rodeos y pidió una respuesta.

Pinckney, exasperado, le dio una: «No, no, ni un céntimo». (Más tarde surgió la leyenda de que había dicho: «Millones para la defensa, pero ni un céntimo como tributo.» Pero éste es el tipo de frase que los hombres de relaciones públicas inventan después de los hechos.)

Eso puso fin a la cuestión. Pinckney y Marshall volvieron a su país. Gerry, el demócrata republicano, se quedó un poco más, con la esperanza injustificada de que Francia decidiera ser razonable. Luego, también se marchó.

La estúpida (no puede usarse otra palabra) acción de Francia fue un regalo del cielo para los federalistas. Adams ordenó la publicación de los detalles de la cuestión (sustituyendo los nombres de los tres agentes de Talleyrand por X, Y y Z, por lo que ha sido llamada desde entonces el «asunto XYZ») y los Estados Unidos vibraron de indignación.

Por primera y única vez en su historia, Adams fue, por breve tiempo, un ídolo popular. La canción «Hail, Columbia» fue escrita por entonces, obra de Joseph Hopkinson de Pensilvania (nacido en 1770). En ella, se elogiaba a Washington por su nombre y a Adams llamándolo «el jefe que ahora manda». Fue cantada en todas partes con delirantes aplausos y los demócratas republicanos fueron reducidos a silencio. Ni siquiera Jefferson pudo decir nada.

En la ola de patriotismo que resultó de ello, los federalistas llegaron al pináculo de su poder. En las elecciones de mitad del mandato para el Sexto Congreso, los federalistas ganaron seis escaños más en la Cámara de Representantes, reduciendo los escaños demócratas republicanos de 64 a 42. Aunque perdieron un escaño en el Senado, su mayoría siguió siendo cómoda, de 19 a 13.

Los ultrafederalistas, percibiendo el ánimo de la nación, pidieron, exultantes, la guerra. El miembro del gobierno que se destacó en esta demanda fue Timothy Pickering, el secretario de Estado.

Pero Adams se resistió a ir demasiado lejos. Si tenía que haber guerra, que Francia la declarase. La política americana se limitaría a hacer preparativos para la

guerra y a defender el país, si era atacado, pero no se haría una formal declaración de guerra.

Se dieron los primeros pasos, en efecto, y se gastaron millones en la defensa. En 1797, se construyeron los primeros barcos de guerra dignos de nota de la armada americana. El *United States* fue botado en Filadelfia, el *Constellation* en Baltimore y el *Constitution* en Boston. Un Ministerio de Marina independiente fue creado el 30 de abril de 1798, y también un cuerpo de infantería de marina. El ejército fue reforzado, y Washington fue llamado nuevamente del retiro para que lo comandase.

Era Hamilton quien realmente quería encabezar el ejército, pero esto Adams no lo permitió en ninguna circunstancia. Pero Washington no quiso asumir el mando a menos que se hiciese a Hamilton su segundo jefe, y Adams tuvo que aceptarlo, lo cual significó que la querella entre Hamilton y Adams se hizo aún más enconada.

Se produjo una guerra naval no declarada entre las dos naciones, en la que durante un año, aproximadamente, barcos franceses y americanos lucharon, cuando se encontraban en alta mar. Cada parte capturó unos 100 barcos del contrario, y la batalla más notable se dio el 9 de febrero de 1799, cuando el Constellation capturó la fragata francesa *L'Insurgente*. En general, el curso de los sucesos fue favorable a los americanos.

En 1799, el Directorio francés fue derrocado por un general de treinta años asombrosamente capaz, Napoleón Bonaparte. Ahora gobernó la nación con el título de «cónsul», y tenía grandiosos planes en los que una inútil guerra con Estados Unidos no tenía cabida alguna. Por ello, cuando Adams intentó reanudar las negociaciones (para horror de los ultrafederalistas) Bonaparte aceptó de buena gana.

El 30 de septiembre de 1800 se firmó el Tratado de Mortfontaine (habitualmente llamado la «Convención de 1800»). Francia convino en recibir un ministro americano y en tratarlo con dignidad. Más aún, se puso fin formalmente a la alianza de 1788, y los Estados Unidos entraron en el nuevo siglo totalmente desembarazados de toda alianza extranjera.

Adams manejó toda la cuestión notablemente bien, sin un fallo, en verdad, pero al hacerlo dividió el Partido Federalista. Los ultrafederalistas se mostraron tan abiertamente en rebelión que Adams tuvo que despedir a Pickering como secretario de Estado y nombrar a John Marshall en su lugar.

Adams no fue tan juicioso en asuntos internos. La oleada de resentimiento contra Francia se endureció hasta constituir un áspero movimiento federalista contra los extranjeros y los disidentes. Los inmigrantes estaban afluyendo a los Estados Unidos y llevaban consigo sus costumbres europeas. Muchos de ellos, particularmente los de origen francés, dieron su apoyo a la causa demócrata republicana.

Los conservadores americanos (como casi siempre desde entonces), pues, recelaron de los «agitadores extranjeros» y los ultrafederalistas vieron en ello la oportunidad para hacer permanente su dominación del país y convertirlo en una república aristocrática, como una especie de Gran Bretaña sin rey.

En el verano de 1798, aprovechando el aumento de los sentimientos antifranceses, el Congreso dominado por los federalistas aprobó una serie de leyes. Una de ellas, aprobada el 18 de junio, aumentaba el requisito de residencia para la naturalización de cinco años (como se había establecido en 1795) a catorce años. Otra ley daba al presidente el derecho de expulsar a extranjeros del país, si los consideraba peligrosos o sospechaba en ellos una inclinación a la traición. Estas dos leyes equivalían a un permiso general al presidente para expulsar a su voluntad a cualquier extranjero durante un período de catorce años después de su llegada. Los «agitadores extranjeros» tendrían que estarse quietos.

Pero ¿qué ocurriría con los que ya eran ciudadanos o habían nacido en los Estados Unidos pero causaban problemas? El 14 de julio de 1798 se aprobó una ley

contra la sedición nativa. Se imponían severas penas contra cualquiera, extranjero o ciudadano, que conspirase para oponerse a la ejecución de las leyes, u hostigase a cualquier funcionario federal que tratase de aplicar la ley o que se reuniese en multitudes con el fin de provocar disturbios. Más aún, se imponían penas también por «cualquier escrito falso, escandaloso o malicioso» con la intención de dañar la reputación del presidente, del Congreso o del gobierno federal en general.

Algo podía decirse a favor de estas «Leyes sobre Extranjeros y Sedición», como fueron llamadas. El gobierno federal aún era joven e inexperto, y existía un verdadero peligro de que pudiese ser despedazado si no había límites por parte de los partidistas políticos. Y éstos no se ponían límites. Era un período de elocuencia calumniosa y de una violencia fácil de provocar.

Aunque era claro que esas leyes violaban la libertad de expresión y de prensa establecida por la Primera Enmienda a la Constitución, habrían despertado menos resentimiento si se las hubiese puesto en práctica de una manera no partidista. Pero los federalistas, juzgando erróneamente el temperamento del país, procedieron a hacer de las leyes un arma política. Cientos de extranjeros fueron expulsados, pero todos ellos simpatizaban con los republicanos demócratas. Setenta individuos fueron puestos en prisión de acuerdo con la Ley de Sedición, todos ellos republicanos demócratas.

Los republicanos demócratas, bajo líderes como Jefferson y Madison, cuyo prestigio los ponía por encima de todo reproche, reaccionaron violentamente y hallaron fácil comparar la situación de ese momento con la que había imperado bajo Jorge III. El resultado fue que, si bien los federalistas parecían más poderosos que nunca al poner en vigor esas leyes, estaban perdiendo terreno entre el pueblo.

La oposición demócrata republicana fue tan lejos que las legislaturas estatales de Kentucky y Virginia aprobaron resoluciones, a fines de 1798, en las que se denunciaba a las Leyes sobre Extranjeros y Sedición en términos que hacían recordar a los de James Otis y Patrick Henry de treinta años antes.

Las Resoluciones de Kentucky (redactadas por Jefferson) y las Resoluciones de Virginia (redactadas por Madison) afirmaban que las Leyes sobre Extranjeros y Sedición eran inconstitucionales, y que el gobierno federal, al ponerlas en práctica, estaba empeñado en una actividad ilegal.

Ambos conjuntos de resoluciones, particularmente las aprobadas en Kentucky, adoptaban la posición de que, cuando el gobierno federal emprendía acciones ilegales e inconstitucionales, correspondía a los gobiernos estatales intervenir y, presumiblemente, prohibir la ejecución de esas leyes dentro de sus límites.

Ni Kentucky ni Virginia, en realidad, trataron de hacerlo, y ambos Estados proclamaron su completa lealtad a la Unión, pero esta teoría según la cual los Estados eran soberanos y tenían derecho a juzgar las acciones del gobierno federal, siguió siendo una firme creencia de muchos. Esta idea de «derechos de los Estados» iba a surgir una y otra vez en la historia de la nación.

La doctrina de los derechos de los Estados, por la cual cada Estado era, en definitiva, el amo en su territorio, ciertamente hubiera destruido a la Unión si realmente se la hubiera aplicado, y no sólo proclamado, y llegaría el tiempo en que esto estuvo a punto de ocurrir.

Mas por el momento las crecientes pasiones fueron acalladas por la noticia de que Jorge Washington había muerto.

El 12 de diciembre de 1799 cogió una laringitis después de exponerse a caballo, de manera poco juiciosa, a la acción de un día frío y nevoso. Si se le hubiera dejado tranquilo, con calor y reposo, indudablemente se habría recuperado. Pero los médicos se metieron con él y, siguiendo la práctica médica de la época, le aplicaron cuatro sangrías intensas y lograron matarlo. Murió el 14 de diciembre.

Henry Lee de Virginia (nacido en el condado de Prince William el 21 de enero de 1756), quien había sido un jefe de caballería durante la Guerra Revolucionaria y por ende era llamado «Harry de la Caballería Ligera», y que ahora era congresista después de haberse desempeñado como gobernador de su Estado, escribió un elogio de Washington. Fue leído en una sesión del Congreso del 19 de diciembre, y en él aparece un pasaje en el que se declara que Washington fue «el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en los corazones de sus compatriotas». Esta frase ha estado asociada a Washington desde entonces. También se lo llama comúnmente el «Padre de este país», expresión que Henry Knox fue el primero en aplicarle, en 1787.

CAPÍTULO 10 - LA LUCHA POR LA PAZ

El empate presidencial

La pausa que produjo la muerte de Washington no duró mucho y, en 1800, la nación estaba dispuesta para la batalla. Los federalistas tenían su carta más fuerte en la manera como habían enfrentado a Francia. Como para simbolizar el nuevo prestigio ganado por el gobierno federal, en el mismo verano en que Francia se echó atrás, la sede del gobierno fue transferida a la nueva ciudad de Washington, D. C. John Adams fue el primer presidente que ocupó la Casa del Ejecutivo en esta ciudad. El Congreso se reunió allí por primera vez el 17 de noviembre de 1800.

La afortunada guerra naval no declarada con Francia había, sin embargo, acarreado dificultades. Los esfuerzos dirigidos a construir barcos y ampliar el ejército habían ocasionado, inevitablemente, la elevación de los impuestos. Además, el comercio con Francia había declinado, mientras los británicos, bajo la presión de sus propias necesidades bélicas, continuaban hostigando a los barcos americanos. Los republicanos demócratas, aprovechando estos efectos colaterales indeseables, también utilizaron las Leyes sobre Extranjeros y Sedición para acusar de «tiranía» a los federalistas.

Los republicanos demócratas no tuvieron problema para elegir a sus líderes en 1800. Thomas Jefferson, quien había fundado el partido y lo había conducido desde su nacimiento, era su candidato natural para presidente en 1796 y ahora, nuevamente, en 1800, Para vicepresidente, presentaron a Aaron Burr de Nueva York, un dirigente de la rama norteña del partido.

Aaron Burr había prestado servicios durante la Guerra Revolucionaria, había estado en Quebec con Benedict Arnold y había luchado en la batalla de Monmouth. Después de la guerra, obtuvo éxito como abogado y se convirtió en uno de los más importantes líderes políticos de Nueva York; se oponía en todo punto a Alexander Hamilton. En 1791, derrotó al suegro de Hamilton en una contienda por el escaño senatorial de Nueva York, y en lo sucesivo la querella continuó por todos los medios.

Los federalistas tuvieron muchos más problemas. Podría pensarse que elegirían automáticamente a John Adams para la reelección, pero el acuerdo pacífico de Adams con Francia había ofendido amargamente a los ultrafederalistas. Hamilton hizo todo lo que pudo para tratar clandestinamente de deshacerse de Adams. De algún modo Aaron Burr obtuvo la prueba de lo que Hamilton estaba haciendo y pronto (y regocijadamente) lo hizo público. Hamilton quedó en un aprieto y se volvió a proponer la candidatura de Adams. Para vicepresidente, los federalistas eligieron a Charles C. Pinckney, popular a causa del papel que le cupo en el asunto XYZ.

El 3 de diciembre de 1800, 138 electores se reunieron para votar y Hamilton hizo todo lo posible para que al menos uno de los electores federalistas no votase por Adams, para que Pinckney fuera vicepresidente. Fue peor que inútil; Pinckney perdió un voto (otorgado a John Jay), de modo que el día terminó con 65 votos para Adams y sólo 64 para Pinckney.

Pero eso importaba poco. La mayoría de los electores, 73, eran republicanos demócratas y optaron unánimemente por Jefferson y Burr, 73 votos para cada uno, y el resultado fue un empate para la presidencia, el único en la historia americana. (Es sorprendente que los republicanos demócratas no hubiesen previsto esto.)

No fue verdaderamente un empate, por supuesto, pues todos los electores tenían claramente la intención de votar a Jefferson para la presidencia y a Burr para la

vicepresidencia. Pero la Constitución no permitía especificar cada puesto. En caso de que ningún candidato obtuviese la mayoría, la elección tenía que ser decidida «inmediatamente» en la Cámara de Representantes, donde cada Estado tenía un voto.

Los republicanos demócratas se hallaron en una posición totalmente horrorosa. Evidentemente, habían ganado la elección, pero querían a Jefferson, no a Burr, como presidente. Burr tampoco se adelantó a decir que no aceptaría la presidencia. Dejó las cosas como estaban (lo cual Jefferson no le perdonaría).

Si hubiera sido la Cámara recientemente elegida la que tenía que decidir, no habría habido ningún problema. Por primera vez, los republicanos demócratas dominaban el Congreso; en efecto, el Séptimo Congreso, que pronto se reuniría, tenía una mayoría demócrata republicana de 18 a 14 en el Senado y de 69 a 36 en la Cámara. Pero era la vieja Cámara del Sexto Congreso, fuertemente federalista, la que tenía que votar, y los federalistas (o al menos algunos de ellos) eran muy capaces de votar por Burr sencillamente para fastidiar a la oposición.

Durante una semana, hubo un punto muerto en la Cámara, mientras los federalistas asumían el papel de aguafiestas. Pero fue roto por Hamilton, quien se halló en la poco envidiable posición de tener que elegir entre dos enemigos. Odiaba a ambos hombres, pero sabía que Jefferson era un estadista, por equivocadas que fueran sus posiciones desde el punto de vista de Hamilton, mientras que Burr era un intrigante sin principios. Hamilton ejerció su influencia para que algunos de los votos federalistas fueran para Jefferson, y el 17 de febrero de 1801, en la trigésimosexta votación, el empate fue roto y Jefferson fue elegido por el voto de diez Estados contra cuatro.

El suceso hizo evidente que el sistema constitucional para elegir al presidente no funcionaba en el sistema de partidos y que, en adelante, cada elección sería echada a perder por la riña constante dentro de cada partido para ajustar los votos de modo a hacer a un candidato presidente y al otro vicepresidente.

Pero la Constitución podía ser enmendada. Lo que se necesitaba era la aprobación por dos tercios por cada cámara del Congreso y por tres cuartos de los Estados. Era un duro obstáculo, que impedía estropear a la ligera la Constitución, pero no imposible de superar. La Ley de Derechos había sido aceptada como las diez primeras enmiendas y, el 8 de enero de 1798, se adoptó una undécima enmienda, por la cual se prohibía al gobierno federal implicarse en el juicio contra un Estado por un ciudadano de otro Estado o nación.

Ahora se preparó otra enmienda en la que se daban cuidadosas instrucciones para la votación presidencial y por las que cada elector debía elegir el presidente y el vicepresidente de manera separada. Fue ratificada y se convirtió en parte de la Constitución como la Enmienda Decimosegunda el 25 de septiembre de 1804. Esto se hizo con antelación a la siguiente elección y nunca volvió a plantearse una situación como la de Jefferson y Burr. (Durante más de sesenta años no se introduciría otra enmienda en la Constitución.)

Los federalistas abandonaron sus cargos con la menor delicadeza imaginable. Leyes creando tribunales y funcionarios legales adicionales fueron rápidamente aprobadas por el moribundo Sexto Congreso federalista, sólo cinco días antes del final del mandato de Adams. Aprovechando esta «Ley Judicial», Adams pasó su último día en el poder nombrando a buenos federalistas para los diversos cargos. El resultado de esto fue que, si bien los republicanos demócratas dominaban las ramas ejecutiva y legislativa del gobierno desde 1801, el poder judicial siguió siendo federalista. Por consiguiente, Jefferson iba a verse envuelto en una desventajosa querella contra el poder judicial durante la mayor parte de su gobierno.

Adams tuvo también ocasión de nombrar un presidente del Tribunal Supremo después de perder la elección. Oliver Ellsworth de Connecticut (nacido en Windsor, en 1745), el segundo presidente, había renunciado por razones de salud. Como tercer

presidente del Tribunal Supremo, Adams nombró a John Marshall, el 20 de enero de 1801.

Al hacerlo, Adams seguramente era consciente de que Jefferson y Marshall eran tan enconados enemigos como Hamilton y Burr. Pero con ello Adams hizo más, sin saberlo. John Marshall, un firme federalista, siguió siendo presidente del Tribunal Supremo durante treinta y cuatro años y mantuvo viva la doctrina de un gobierno federal fuerte mediante las decisiones que tomó, decisiones que dieron al Tribunal Supremo el poder que tiene hoy.

El 4 de marzo de 1801 Jefferson fue investido del cargo de presidente de una nación de más de 5.300.000 (según el censo de 1800), en una ceremonia que se caracterizó por la mayor simplicidad.

Con su investidura, se puso fin a la dominación federalista y a todos los intentos para convertir a los Estados Unidos en una república aristocrática. Jefferson hizo que todas las leyes represivas del gobierno de Adams fuesen revocadas y dedicó los mayores esfuerzos para imponer la filosofía del gobierno por todo el pueblo. En verdad, la historia de los Estados Unidos como república democrática comienza con Jefferson, por lo que algunos historiadores hablan de la «revolución de 1800». (No obstante, Jefferson fue suficientemente sabio como para abstenerse de todo intento de invertir la política financiera de Hamilton o de tratar de debilitar el gobierno federal. Se había opuesto a esta política, pero comprendió que era beneficiosa.)

Se tomó juramento a un nuevo gabinete, por supuesto, y sus figuras principales eran James Madison como secretario de Estado y Albert Gallatin como secretario del Tesoro. Este era el mismo Gallatin que había desempeñado un papel importante en la rebelión del whisky, y no cabe sorprenderse de que el nuevo gobierno pronto eliminase el impuesto sobre el whisky.

Jefferson era un pacifista convencido. Su mayor deseo era la paz, reducir el ejército y la armada todo lo posible y gobernar con el método más económico que se pudiese lograr. Desgraciadamente, no podía obtener la paz por sí solo. Europa estaba en las primeras etapas de una serie de guerras entre Napoleón Bonaparte de Francia y todo el resto de Europa, conducida por los británicos. Fue un huracán bélico al que los Estados Unidos fueron arrojados casi impotentes, pero del que Jefferson estaba decidido a sacarlos.

Extrañamente, el peligro inmediato de guerra que se presentó con la investidura de Jefferson involucró algo totalmente distinto, mucho menos importante pero mucho más irritante inmediatamente.

La costa mediterránea sudoccidental estaba ocupada a la sazón por varias naciones musulmanas llamadas los «Estados de Berbería». De oeste a este, eran Marruecos, Argelia, Túnez y Trípoli, y causaban serios daños. Sus barcos atacaban el comercio que se efectuaba por el Mediterráneo, y las potencias europeas pagaban lo que equivalía a «dinero por protección» para mantener a salvo sus barcos. Gran Bretaña o Francia fácilmente podían haber limpiado esos nidos de piratas, si lo hubiesen querido. Pero la guerra habría costado más de lo que valía y, además, ambas potencias estaban ocupadas combatiendo una contra otra. Dejaron que las cosas siguieran como estaban.

Una vez que Estados Unidos se hizo independiente, los barcos americanos ya no podían protegerse con la bandera británica. Tenían que pagar, a su vez, el dinero por la «protección». Más aún, los Estados de Berbería, comprendiendo que Estados Unidos estaba más distante y era más débil que Gran Bretaña y Francia, pedían mayores sobornos de los que esperaban de las grandes potencias.

Bajo Washington y Adams, el gobierno americano bufó de cólera, pero pagó entre veinte y treinta mil dólares por año a cada uno de los Estados de Berbería. No era más ni menos que un tributo, pese al hecho de que el pueblo americano, por aquel

entonces, proclamaba sonoramente, en otro contexto, que pagaría millones para la defensa pero ni un céntimo como tributo.

Lo peor de todo era que los Estados de Berbería no veían ninguna razón para cumplir los tratados. Cobraron lo que el tráfico produciría y el 14 de mayo de 1801, diez semanas después de la investidura de Jefferson (quizá contando con la ansiedad de éste por mantener la paz), el gobernante de Trípoli repudió el tratado y declaró la guerra a los Estados Unidos.

Con renuencia, Jefferson autorizó la acción contra Trípoli y empezó a reforzar la armada. Actuó lenta y suavemente, siempre con la esperanza de que no se llegaría a combatir en serio, pero en 1803 tuvo que enviar una escuadra de barcos americanos al Mediterráneo bajo el mando del comodoro Edward Preble (nacido en Portland, Maine, en 1761).

El 31 de octubre de 1803 los tripolitanos dieron un golpe. Un barco americano, el Philadelphia, había encallado en el puerto y los tripolitanos, después de capturar y encarcelar a la tripulación, trataron de utilizar el barco.

Para evitar la humillación de que los tripolitanos combatiesen con un barco americano, Preble, el 16 de febrero de 1804 envió un destacamento al mando del teniente Stephen Decatur (nacido en Sinnepuxent, Maryland, el 5 de enero de 1779) al puerto de Trípoli. Bajo la hábil conducción de Decatur, los hombres abordaron el barco, lo incendiaron y volvieron sin sufrir pérdidas. Luego la escuadra americana puso a Trípoli bajo un estrecho bloqueo y empezó a bombardearla.

Entre tanto, un aventurero americano, William Eaton (nacido en Woodstock, Connecticut, el 23 de febrero de 1764), con diez soldados de la infantería de marina de los Estados Unidos y algunos árabes reclutados en Egipto, marchó al oeste desde el Nilo y atacó a la ciudad tripolitana de Derna, a unos 800 kilómetros al este de Trípoli. El 27 de abril de 1805, con el apoyo del bombardeo por barcos americanos situados frente a la costa, la tomó.

Trípoli ya tenía suficiente. El 4 de junio de 1805 se firmó un tratado por el que el gobierno americano quedaba libre de la obligación de pagar tributo, aunque admitía pagar un rescate por los marinos americanos capturados. Entonces fue retirada la escuadra naval americana y correspondió al gobernante de Trípoli cumplir con el tratado, lo que sólo hizo, desde luego, cuando quiso. Los otros tres Estados de Berbería siguieron como antes.

No fue realmente una guerra ni una victoria, pero los barcos americanos habían emprendido la acción mientras que las potencias europeas no lo habían hecho, y la llevaron a cabo bien, considerando la lejanía de los Estados Unidos y la renuencia del gobierno. Fue la primera guerra ofensiva librada por los Estados Unidos contra hombres que no eran indios. Fue la primera aventura ultramarina de la nación.

Los infantes de marina no olvidaron su primera brillante hazaña. El himno de los Infantes de Marina comienza así: «Desde las mansiones de Moctezuma hasta las costas de Trípoli...»

La nación se duplica

La Guerra de Trípoli apenas podía ser considerada como algo más que una molestia secundaria cuando se la comparaba con las elevadas ambiciones del cónsul francés Napoleón Bonaparte. Bonaparte tenía sueños de alcance mundial que no eran realistas. Entre otras cosas, soñaba con renovar el Imperio Francés en América del Norte perdido cuarenta años antes. Así, después de acabar la insignificante guerra contra Estados Unidos mediante la Convención de 1800, se volvió sobre España al día siguiente.

El 1 de octubre de 1800 Bonaparte obligó a la débil España a aceptar el Tratado de San Ildefonso, por el cual España cedía a Francia el territorio aún llamado Luisiana (véase La formación de América del Norte), es decir, aproximadamente, todo el territorio regado por los tributarios occidentales del río Misisipí, un territorio que tenía más o menos el tamaño de los Estados Unidos de la época. Restablecía la posición de Francia en el continente norteamericano, al menos como posibilidad futura, pues Bonaparte, por el momento, no hizo nada para hacer efectiva la transferencia.

Antes de poder hacer algo en Luisiana, Bonaparte necesitaba la paz en Europa. El 14 de junio de 1800 había obtenido una de sus grandes victorias en la batalla de Marengo sobre Austria, y las potencias europeas se vieron obligadas a aceptar hoscamente la situación. Hasta Gran Bretaña se cansó de la guerra y, finalmente, aceptó el llamado «Tratado de Amiens», el 27 de marzo de 1802, de modo que por último Bonaparte obtuvo la paz... y también la victoria.

Otra cosa que necesitaba era una base segura en las ricas Antillas. Allí, por el comercio, podía construir una sólida estructura financiera mediante la cual poder desarrollar las tierras vírgenes de Luisiana y crear una nueva Francia.

Francia había poseído la parte occidental de la isla de Santo Domingo (la parte que hoy constituye la nación de Haití) desde el siglo XVII, y en 1697 la obtuvo toda de España. Por entonces, su población consistía principalmente en esclavos negros. Poco después de la Revolución Francesa, esos esclavos fueron liberados, pero sólo la libertad de la esclavitud no era suficiente. Los negros querían su independencia y estaban dispuestos a luchar por ella.

Bonaparte, quien juzgó que necesitaba la isla, envió un ejército a Santo Domingo. Los negros lucharon heroicamente, pero no podían resistir a los bien equipados y entrenados franceses.

Así, por un momento, en 1802, Bonaparte debe de haber pensado que había ganado. Tenía la paz en Europa, una isla como base en el Caribe y la vasta Luisiana en el interior americano.

Y entonces todo quedó desbaratado. El victorioso ejército francés cayó víctima de un enemigo al que no podía combatir: la fiebre amarilla. Los soldados franceses murieron en batallones y pronto pareció que ninguno de ellos retornaría a Francia y que Bonaparte no dispondría de la isla finalmente. Además, la Paz de Amiens resultó ser poco sólida. Los británicos, inexorablemente hostiles, lamentaron la paz desde el instante en que se firmó y sólo estaban buscando una excusa para reiniciar la guerra.

Sin una isla y sin paz, Luisiana era inútil para Bonaparte. Una vez reanudada la guerra, los británicos, que poseían una base segura en Canadá, se apoderarían de Luisiana. Si Bonaparte no podía tener Luisiana, deseaba por sobre todo lo demás que al menos tampoco la tuviese Gran Bretaña. ¿Cuál era la alternativa? Al llegar a este punto, debe de haber pensado en los Estados Unidos.

Los Estados Unidos se enteraron del tratado secreto por el cual se transfería la Luisiana a Francia en mayo de 1801, poco después de la investidura de Jefferson. De un extremo a otro, la nación se sintió horrorizada. Tener a una España relativamente débil como dominadora de la desembocadura del Misisipí era bastante malo; pero tener en su lugar a una Francia poderosa y victoriosa era intolerable.

Jefferson, aunque era profrancés y antibritánico, no podía por menos de pensar que si se efectuaba realmente la transferencia de Luisiana, Estados Unidos tendría que formar una alianza con Gran Bretaña contra Francia. Pero, entre tanto, no se hizo nada por hacer efectiva la transferencia, y Jefferson vacilaba.

A fines de 1802, cuando Bonaparte comprendió cada vez más claramente que no podía retener Luisiana, decidió poner en un aprieto a Jefferson. España había permitido el comercio por el río Misisipí desde el Tratado de Pinckney de 1795. Ahora, como

resultado de una secreta presión francesa, España violó el tratado y cerró el Misisipí al comercio americano, el 16 de octubre de 1802.

Esto suponía la guerra a las negociaciones, pues Estados Unidos no podían tolerar un Misisipí cerrado. Jefferson, el apóstol de la paz, optó por la negociación. Tal vez los Estados Unidos podían comprar la desembocadura del Misisippí, algo que era más seguro y, a largo plazo, menos costoso (aunque menos «glorioso») que luchar por ella.

El ministro americano en Francia, a la sazón, era Livingston, quien había estado con Jefferson en la comisión que redactó la Declaración de la Independencia, un cuarto de siglo antes. Jefferson envió a su paisano virginiano James Monroe (nacido en el condado de Westmoreland el 28 de abril de 1758) a Francia, con instrucciones para Livingston de que ofreciese dos millones de dólares por Nueva Orleáns y la desembocadura del Misisipí, y se preparase a subir la oferta hasta diez millones.

Sin duda, Livingston y Monroe esperaban considerables dificultades en la negociación de la compra de la desembocadura del Misisipí. Frente a ellos estaba nada menos que el astuto y consumado diplomático Talleyrand, quien era ministro de Asuntos Exteriores bajo Napoleón, como lo había sido bajo el Directorio, y como lo sería también después de Napoleón.

Lo que los americanos no comprendieron fue que Bonaparte estaba irritado por su moderación. ¿Sólo la desembocadura del Misisipí? Talleyrand dejó esto de lado y, sonriendo afablemente, preguntó qué darían los americanos por toda Luisiana.

Los negociadores americanos deben de haberse quedado sin habla por un momento. No tenían ninguna autorización para negociar la compra de toda Luisiana. Sin embargo, cuando pasó el vértigo, comprendieron que, con autorización o sin ella, no podían desperdiciar la oportunidad absolutamente magnífica que se les presentaba. Regatearon un poco y luego, finalmente, accedieron a pagar un precio de quince millones de dólares por un territorio de unos 2.150.000 kilómetros cuadrados, o sea a tres céntimos el acre. La adquisición de Luisiana doblaría la superficie de los Estados Unidos de golpe, y proporcionaría un territorio que podía ser dividido entre todos o parte de los trece Estados.

El acuerdo se firmó el 30 de abril de 1803, justo a tiempo, pues a las dos semanas estalló nuevamente la guerra entre Gran Bretaña y Francia. Si el territorio aún hubiese sido francés una vez iniciada la guerra, Gran Bretaña podía haberse sentido tentada a ocuparlo. Tal como sucedió, Gran Bretaña, prefiriendo que lo tuviese Estados Unidos a arriesgarse a una guerra con Francia y España en aquellas soledades, en realidad facilitó la transferencia. Banqueros británicos prestaron a Estados Unidos el dinero con el cual pagar a Napoleón. (En verdad, la fortuna parecía sonreír a Estados Unidos en 1803.)

Por supuesto, la «compra de Luisiana» planteó un problema a Jefferson. Como construccionista estricto, no creía que el gobierno federal tuviese poder constitucional para comprar territorio de esta manera. Los federalistas, como construccionistas vagos, creían que el gobierno federal tenía tal poder.

En esta ocasión, como era de esperar, los principios resultaron vapuleados. Jefferson decidió que, pese a las consideraciones constitucionales, no podía desaprovechar la oportunidad y aceptó Luisiana. Los federalistas, decidiendo que odiaban a Jefferson más de lo que amaban a sus propias ideas, pronto se opusieron a la compra. Pero fue aprobada por el Congreso demócrata republicano a pesar de su oposición, y el 20 de diciembre de 1803 el territorio de Luisiana fue entregado legalmente por Francia a Estados Unidos.

Jefferson, que quizá fue el hombre de mente más científica de todos nuestros presidentes, dispuso inmediatamente la exploración del nuevo territorio. En realidad, había planeado algo semejante aún antes de que se pensase siquiera en comprar el

territorio. A tal fin, había estado preparando a Meriwether Lewis de Virginia (nacido cerca de Charlottesville, el 18 de agosto de 1774), quien tenía mucha experiencia de las regiones solitarias.

Jefferson nombró a Lewis su secretario privado en 1801 y lo estimuló a que adquiriese conocimientos en aquellos temas necesarios para la exploración.

Al parecer, Lewis no quería asumir solo la responsabilidad por la expedición y sugirió que se nombrase jefe conjunto de la misma a un paisano virginiano, William Clark (nacido en el condado de Carolina el 1 de agosto del770). Clark era un hermano menor de George Rogers Clark y había combatido en la batalla de los Arboles Caídos.

Unos cuarenta hombres fueron elegidos para acompañarlos, todos jóvenes. Clark, quien tenía treinta y tres años cuando se inició la expedición, era el mayor de todos. La partida se dirigió a Saint Louis (fundada por los franceses en 1764, antes de que los hombres del lugar se enterasen de que el territorio había sido cedido a España el año anterior), y allí permanecieron durante el invierno. Más tarde, el 4 de mayo de 1804, se dirigieron al oeste desde el río Misisipí, al territorio prácticamente desconocido que ahora forma parte de los Estados Unidos. En tres botes, remontaron el río Missouri.

En lo que es ahora el oeste de Montana, hallaron que el río Missouri se divide en tres corrientes a las que llamaron río Jefferson, río Madison y río Gallatin en honor a los tres jefes del gobierno. El río Jefferson era el más occidental, y lo siguieron hasta su fuente.

Hablando en términos estrictos, ese punto era el fin de Luisiana, pero más allá estaba una región inexplorada llamada el «territorio de Oregón» que no tenía propietario. En verdad, era la última parte de las costas de los continentes americanos que aún no había sido asignada. Al norte estaban los rusos, en Alaska; al sur, los españoles, en California; pero ni unos ni otros habían hecho efectivas sus vagas reclamaciones sobre el territorio.

Otros también lo habían reclamado. El capitán Cook, el explorador británico, había navegado a lo largo de la costa en 1778. Barcos americanos también habían estado en esas aguas. El navegante americano Robert Gray (nacido en Tiverton, Rhode Island, en 1755), fue el primero en llevar la bandera americana alrededor del mundo, completando la circunnavegación de éste en 1790 y por segunda vez en 1793. En el curso de su segunda circunnavegación, en el barco *Columbia*, se internó en un río de la costa de Oregón y lo llamó el río Columbia, por su barco. Ahora Lewis y Clark entraron en el territorio de Oregón. Cruzaron la Divisoria Continental de aguas, más allá de la cual los ríos ya no fluyen al Atlántico sino al océano Pacífico. Llegaron a la cabecera del río Columbia y descendieron por él hasta el océano, al que llegaron el 15 de noviembre de 1805. Fue basándose en las exploraciones de Grey y de Lewis y Clark por lo que Estados Unidos iba a reclamar el territorio de Oregón cuarenta años más tarde.

Lewis y Clark iniciaron su viaje de retorno el 23 de marzo de 1806 y estuvieron de vuelta en Saint Louis el 23 de septiembre. Fueron los primeros en hacer el viaje terrestre de ida y vuelta al océano Pacífico a través del continente norteamericano.

De acuerdo con instrucciones de Jefferson, Lewis y Clark llevaron extensos diarios, haciendo mapas y descripciones del territorio y elaborando prácticamente una enciclopedia del conocimiento de un territorio que por entonces era casi desconocido, excepto para los indios que vivían en él.

Otro explorador del territorio de Luisiana fue Zebulon Montgomery Pike (nacido en Lamberton, Nueva Jersey, el 5 de enero de 1779, la primera persona mencionada en este libro que nació después de que los Estados Unidos declarasen su independencia). Con instrucciones de explorar la cabecera del río Misisipí, Pike se dirigió al norte desde Saint Louis, el 9 de agosto de 1805. Viajó por lo que es ahora Minnesota y allí, en febrero de 1806, halló comerciantes británicos. Les dijo muy

firmemente que estaban operando en territorio estadounidense y que serían responsables de sus acciones ante la ley americana.

En julio de 1806, Pike fue enviado nuevamente a explorar, esta vez las partes sudoccidentales del territorio de Luisiana. Penetró en Colorado, donde, el 15 de noviembre, avistó la montaña hoy llamada el Pico de Pike. Pike trató de escalarla, pero la falta de adecuadas ropas de abrigo le obligó a desistir.

Siguió hacia el oeste, ignorando las advertencias españolas de que estaba violando su territorio, y finalmente fue capturado por los españoles en lo que es ahora Nuevo México. Su papeles fueron confiscados y sólo fue liberado el 1 de julio de 1807.

Jueces y traidores

El gobierno de Jefferson funcionó interiormente a las mil maravillas. Gallatin, secretario del Tesoro, impuso una rigurosa economía en los gastos del gobierno, incluido el presupuesto militar. Pese a la guerra de Trípoli y la compra de Luisiana, los impuestos fueron reducidos y la deuda nacional disminuyó de 83 a 57 millones de dólares.

Se aprobaron leyes sobre tierras que permitieron al gobierno vender tierra barata a los colonos y darles también ayuda financiera. Los colonos afluyeron al oeste, y Cleveland (fundada en 1796) creció rápidamente. El Estado de Ohio fue formado con la parte más oriental del viejo territorio del Noroeste, y entró en la Unión el 1 de marzo de 1803 como el decimoséptimo Estado.

Pero Jefferson, pese a los éxitos de su gobierno, se vio continuamente frustrado por la dominación federalista del poder judicial, algo de lo que Adams se aseguró en los últimos días de su mandato. El gobierno de Jefferson abordó este problema desde todos los ángulos.

Entre otras cosas, Madison, en su cargo de secretario de Estado, se negó a permitir que ocupasen sus cargos los nuevos jueces de paz nombrados por Adams para el Distrito de Columbia. Uno de ellos, William Marbury, entabló juicio, y el caso de «Marbury contra Madison» fue llevado ante el Tribunal Supremo, ahora presidido por el archienemigo de Jefferson, el federalista John Marshall.

El tribunal de Marshall despachó el caso el 24 de febrero de 1803, pero, al hacerlo, declaró que el Congreso no podía aprobar ni el presidente aplicar una ley que violase la Constitución de los Estados Unidos. Más aún, Marshall negó que el presidente o el Congreso pudiesen juzgar la constitucionalidad de una ley, y sostuvo que esto concernía exclusivamente al Tribunal Supremo. Para dar fuerza a su afirmación, el Tribunal Supremo de Marshall señaló que una de las secciones de la Ley Judicial era inconstitucional.

Fue la primera vez que el Tribunal Supremo declaraba inconstitucional una ley federal, y no iba a volver a ocurrir por más de medio siglo, pero se había sentado el precedente.

Se dio otro paso en 1810, cuando surgieron cuestiones sobre las medidas tomadas por la legislatura de Georgia para oponerse a algunos turbios negocios con tierras realizados por ex miembros de esa legislatura. La cuestión llegó al Tribunal Supremo en un caso conocido como «Fletcher contra Peck», y John Marshall adopto una decisión que, en parte, declaraba inconstitucional y por ende nula una ley del Estado de Georgia. Así, extendió el poder del Tribunal Supremo sobre los Estados, tanto como sobre el gobierno federal. De este modo, el Tribunal Supremo asumió su forma actual.

Puesto que los jueces eran designados de por vida y pocos renunciaban, Jefferson no vio otro modo de acabar con la dominación federalista del poder judicial que mediante la recusación. Todo funcionario (incluido el presidente) podía ser

recusado (es decir, acusado) por acciones que lo inhabilitasen para el cargo. Podía ser juzgado por el Senado y, si era condenado, eliminado del cargo en estricto acuerdo con la Constitución.

Jefferson, pues, dirigió el procedimiento de recusación contra un juez de New Hampshire que era extremadamente federalista y cuyas acciones en los juicios eran tan extrañas que revelaban falta de cordura. El juez fue enjuiciado, condenado el 12 de marzo de 1804 y eliminado del cargo.

Luego Jefferson dirigió el procedimiento de recusación contra un blanco mucho más importante: Samuel Chase de Maryland (nacido en el condado de Somerset el 17 de abril de 1741). Chase fue uno de los firmantes de la Declaración de la Independencia y juez adjunto del Tribunal Supremo, nombrado por Washington en 1796. Era un federalista que, cuando presidía juicios, lo hacía de una manera muy partidista, pero no psicótica. Fue recusado y llevado a juicio ante el Senado en febrero de 1805. Pese a toda la presión del gobierno, fue absuelto el 1 de marzo y Jefferson renunció a la ofensiva. Se dispuso a soportar el poder judicial, ya que no podía hacer otra cosa.

Las victorias que los federalistas podían lograr eran deplorablemente insuficientes para los ultrafederalistas de Nueva Inglaterra, ahora bajo el liderato de Timothy Pickering, que había sido secretario de Estado bajo Washington y bajo Adams. Se había convertido en senador por Massachusetts, uno de los sólo nueve senadores federalistas que quedaron en el Congreso después de las elecciones de mitad del mandato de 1802 (menos de la mitad de los veinte que había habido seis años antes).

Pickering era nativo de Salem, condado de Essex, y puesto que algunos otros líderes del ultrafederalismo también provenían de este condado, ese sector del partido luego fue llamado el «Essex Junto». («Junto» es una deformación de una palabra española [«junta»] que significa «concejo» y se ha llegado a usarla para designar a una fracción o camarilla.) Pickering y sus adeptos veían en el gobierno centrado en los granjeros de Jefferson la destrucción de la prosperidad comercial de Nueva Inglaterra. La compra de Luisiana fue el colmo, para ellos, pues cada nuevo Estado occidental aumentaba la mayoría demócrata republicana, y con el territorio de Luisiana podía hacerse muchos Estados de granjeros, y no comerciales.

Pickering no veía salida alguna, excepto la formación de una nación separada. Los Estados comerciales pondrían fin a su anterior aceptación de la Constitución y reasumirían su soberanía. En otras palabras, se «separarían» de la Unión. Para Pickering, la nueva nación incluiría los cinco Estados de Nueva Inglaterra, más Nueva York y Nueva Jersey. El Junto de Essex hasta se hallaba dispuesto a aceptar ayuda británica para la creación de esta «Confederación Norteña». (Cabe preguntarse qué habría dicho Sam Adams —un inquebrantable demócrata republicano—, pero, mientras el Junto hacía sus planes. Sam Adams, a los 81 años, moría el 2 de octubre de 1803).

Hamilton fue abordado al respecto. ¿Pondría a Nueva York de parte de ellos?

Hamilton rechazó toda posibilidad semejante en los términos más enérgicos. Había aprobado la compra de Luisiana cuando otros federalistas lo habían condenado, y no estaba dispuesto a romper la Unión sólo porque no marchaba a su gusto. Pero Burr estaba a favor de todo aquello contra lo cual estaba Hamilton, y Burr era un hombre inescrupuloso que no se detenía ante nada. El Junto de Essex abordó a Burr.

Burr no iba a presentarse como candidato a vicepresidente en 1804, pues, después de dejarse usar por los federalistas en la elección empatada de 1800, había sido prácticamente expulsado del partido por el encolerizado Jefferson. Burr, entonces, decidió presentarse a candidato para gobernardor de Nueva York, y deseaba hacer otro pacto con los federalistas. Si ellos lo apoyaban, él pondría a Nueva York en la Confederación Norteña.

En la primavera de 1804 se realizó la elección para la gobernación de Nueva York y Burr fue derrotado. Burr pensaba que la razón de su derrota no era difícil de

hallar. Hamilton había hecho una dura campaña electoral en contra de él, por lo cual se obtuvo el apoyo federalista que esperaba.

Era el colmo para Burr. Hamilton le había impedido ser presidente, y ahora le impedía ser gobernador.

En junio, Burr halló un motivo de ofensa en algo que Hamilton había dicho de él, y desafió a su enemigo a un duelo. No había nada que obligase a Hamilton a aceptar el desafío. Desaprobaba los duelos, y sólo tres años antes su hijo mayor había muerto en un duelo. Sabía que Burr era un hombre amargado y un buen tirador. Sin embargo, Hamilton no tuvo coraje para aparecer como cobarde y perder su rango de «caballero».

Aceptó el desafío y, el 11 de julio de 1804, el duelo se llevó a cabo en Weekhawken, sobre la costa de Nueva Jersey del río Hudson. Burr (quien aún era vicepresidente de los Estados Unidos) apuntó cuidadosamente y disparó a Hamilton debajo del pecho. Un poco más de un día después, Hamilton moría a la edad de cuarenta y nueve años.

Pero también se hundieron los planes para una Confederación Norteña. En su ceguera, Burr había arruinado totalmente su carrera política, había hecho de Hamilton un mártir y un héroe y había sumido al Junto de Essex en una amarga impotencia.

El resultado se hizo deslumbrantemente obvio cuando llegó la época para la elección presidencial de 1804. Por primera vez, los candidatos fueron elegidos por corrillos del Congreso, esto es, por reuniones de miembros del Congreso pertenecientes a determinado partido político. Jefferson fue reelegido candidato por los republicanos demócratas, por supuesto. En lugar de Aaron Burr, eligieron a George Clinton, durante largo tiempo gobernador de Nueva York, para la vicepresidencia.

En cuanto a los federalistas, eligieron a Charles Pinckney (el candidato a vicepresidente de 1800) para la presidencia, y a Rufus King de Nueva York, uno de los autores de la Ordenanza del Noroeste, para la vicepresidencia. Había sido miembro de la Convención Constitucional y, más recientemente, ministro ante Gran Bretaña.

El tema principal de la campaña fue la compra de Luisiana, y los federalistas no podían haber hecho nada peor que oponerse a ella. La adquisición de un vasto territorio halagaba tanto el orgullo americano que casi todos los electores elegidos eran republicanos demócratas.

El resultado fue un aplastante triunfo de los republicanos demócratas el 5 de diciembre de 1804. En esta primera elección en la que los electores votaban por un presidente y un vicepresidente de manera separada, Jefferson y Clinton obtuvieron 162 votos electorales contra 14 para Pinckney y King. Sólo en Connectitcut y Delaware tuvieron mayoría los federalistas.

El Noveno Congreso, elegido en esta misma elección, era más republicano demócrata que nunca. La supremacía republicana demócrata fue ahora de 27 a 7 en el Senado y de 116 a 25 en la Cámara. Los federalistas habían menguado hasta quedar reducidos a la impotencia.

En cuanto a Aaron Burr, no pudo hacer nada más que sumergirse en las sombras de la conspiración. Execrado por el asesinato de Hamilton, con órdenes de arresto emitidas por Nueva York y Nueva Jersey, su carrera política estaba terminada. Se marchó al oeste, donde se encontró con su amigo el general James Wilkinson.

Wilkinson, que había recibido dinero de España durante todo el decenio de 1790-1799, en 1805, con la increíble suerte que nunca mereció, había sido nombrado gobernador de todo el territorio de Luisiana, excepto el extremo meridional. Una docena de años antes, había intrigado para separar las regiones del golfo con ayuda de España. Ahora sus planes eran más grandiosos. Soñaba con crear un imperio que no sólo incluiría la parte sudoccidental de los Estados Unidos, sino también territorios españoles, imperio del que él sería el gobernante con Nueva Orleáns como capital. ¿Por qué no? Bonaparte, que había empezado siendo un pobre oficial corso, se había

convertido en dictador de Francia, en el hombre más poderoso de Europa y, el 2 de diciembre de 1804 (tres días antes de la reelección de Jefferson), en emperador de Francia, como Napoleón I. ¡Qué ejemplo para otros!

Burr, quien ya había mostrado su disposición a desmembrar los Estados Unidos, adhirió el vago complot de Wilkinson. Burr tenía una personalidad atractiva y el suave carácter convincente de un estafador. En el oeste conoció a muchas personas a las que deslumbró con sus planes, y en 1806 empezó a reclutar hombres para invadir los dominios españoles. Sólo esperaba que sus aliados de Nueva Orleáns declarasen independiente Luisiana.

Hasta dónde habría llegado la cuestión, en qué medida habría tenido éxito, son cosas que nunca sabremos. John Wilkinson, después de decidir que el complot no triunfaría finalmente, o después de decidir que Burr le estaba robando toda la gloria, o ambas cosas, optó por salir de apuros a expensas de Burr. Nunca vacilante en la traición, Wilkinson escribió una carta a Jefferson en la que la revelaba la conspiración, echaba toda la culpa sobre Burr y se presentaba a sí mismo como un patriota. Cuando Burr se enteró de esto, huyó hacia la Florida española, mientras Wilkinson aparecía una vez más como un dechado de virtudes.

Jefferson, que no necesitaba de mucho estímulo para tratar de aplastar a Burr, inmediatamente lo hizo perseguir. Burr fue arrestado en lo que es ahora Alabama el 19 de febrero de 1807. Se le inició un juicio por traición el 30 de marzo en Richmond, Virginia.

El juez que presidía el Tribunal de Circuito de La Unión ante el cual fue juzgado Burr no era sino John Marshall. Marshall no sentía ninguna simpatía por la conspiración, la traición o por Aaron Burr, pero su odio a Jefferson era predominante. Burr se convirtió en objeto de un duelo entre el presidente y el presidente del Tribunal Supremo; el primero movió cielo y tierra para obtener la condena; el segundo, para obtener la absolución.

El presidente del Tribunal Supremo ganó, por el momento, adoptando una actitud construccionista estricta. Adhería a la definición estricta de traición, la cual, decía la Constitución, consistía en «hacer la guerra contra los Estados Unidos o adherir a sus enemigos».

Burr realmente no había hecho la guerra ni adherido a enemigos. Había sido detenido antes de que lo hiciera y era imposible probar que realmente pretendía hacerlo. Por consiguiente, después de un juicio que duró un mes, Burr fue absuelto, el 1 de septiembre de 1807, y Marshall tuvo la torva satisfacción de frustrar a su enemigo, el presidente.

Burr se marchó a Europa, donde permaneció algún tiempo, y aunque vivió treinta años más, pues murió a los ochenta años en Nueva York, llevó una vida penosa y oscura. A fin de cuentas, fue bien castigado.

Atrapado entre los gigantes

Pero mientras Jefferson combatía con jueces y traidores, el verdadero peligro estaba más allá de las fronteras.

La guerra entre Gran Bretaña y Napoleón fue, en algunos aspectos, un don del Cielo para el comercio americano. Los Estados Unidos eran el mayor poder marítimo neutral y sus barcos transportaban artículos en cantidades propias de tiempos de guerra y con beneficios propios de tiempos de guerra. Por un tiempo, esta prosperidad de tiempo de guerra proporcionó a Estados Unidos más barcos y más comercio per capita que cualquier otra nación del mundo, y el comercio floreció hasta con la lejana China.

Pero era una prosperidad peligrosa y frágil, pues en gran parte se mantenía en desafío a los británicos, que dominaban los mares.

Francia, incapaz de usar sus propios barcos frente al enemigo británico, dependía de la flota americana para obtener lo que necesitaba del mundo fuera de Europa. Los barcos americanos llevaban productos de las colonias francesas o españolas a Francia o a su aliada España, y esos barcos podían ser confiscados por los británicos por llevar «contrabando», es decir, materiales necesarios para la capacidad bélica de Napoleón.

Lo que hacían los barcos americanos era llevar los cargamentos de las colonias a los Estados Unidos, pues los británicos no prohibían a Estados Unidos, que era neutral, importar artículos. Hecho esto, y después de cumplir con ciertas formalidades, el cargamento se volvía americano. Luego, los barcos iban a Francia o España. Ahora eran barcos neutrales americanos que llevaban un cargamento americano y, por ende, inmunes a su captura por los británicos. Era una ficción transparente, pero en 1800 Gran Bretaña había aceptado este principio del «viaje quebrado».

Pero a medida que la guerra en Europa se hizo más enconada, hubo cada vez menos propensión por ambas partes a ser meticulosos con respecto a los derechos de los neutrales. En 1805, Gran Bretaña aplastó a la armada francesa en la batalla de Gibraltar y su dominio del mar se hizo absoluto. Pero Francia ganó la batalla de Austerlitz sobre Rusia y Austria, y Napoleón se hizo más poderoso que nunca.

Sólo Gran Bretaña obstruía el camino de Napoleón hacia la práctica dominación del mundo; y sólo su armada protegía a Gran Bretaña de una invasión napoleónica. Gran Bretaña no tenía un ejército para desafiar a Francia por tierra; y Francia carecía de una armada capaz de desafiar a Gran Bretaña por mar. Ambas usaron armas económicas. Gran Bretaña bloqueó Francia y Napoleón trató de impedir que las potencias europeas comerciasen con Gran Bretaña.

La flota americana quedó atrapada y aplastada entre los dos gigantes. Los británicos, desde 1805, ya no permitieron la ficción del viaje quebrado. Barcos de guerra británicos y corsarios franceses empezaron a apoderarse de buques americanos, y la prosperidad comercial americana llegó a su fin.

Como Gran Bretaña dominaba los mares y era capaz de hacer más daño a la flota americana que Francia, aumentó la cólera contra la primera. Además, estaba el problema de la requisa, con respecto a la cual también aumentó la ira.

Gran Bretaña necesitaba marineros, pues sus barcos eran su defensa y sin ellos sería destruida. Pero la estructura de clases británica era tal que sus jefes trataban a los marineros como a perros. Tan miserable era el trato dado a los marineros a bordo, tan miserables los alimentos que les daban y la frecuencia con que eran azotados por infracciones menores, que ningún hombre cuerdo se alistaba voluntariamente para el servicio. El modo como los británicos obtenían marineros, pues, era capturando a los hombres fuertes de bajo status social y llevándolos a bordo de los barcos por la fuerza, si era necesario. Tales «patrullas de enganche» que proporcionaban los marineros que Gran Bretaña necesitaba formaban parte del modo británico de vida.

Naturalmente, una vez que un británico se hallaba a bordo de un barco, no habría estado en su sano juicio si no hubiese hecho todo lo posible por desertar. Pese a las más duras medidas y la más estricta vigilancia, muchos lo hacían. La deserción era más eficaz cuando los marineros podían llegar a los Estados Unidos, donde no había ninguna barrera lingüística, donde podían obtener fácilmente documentos de nacionalidad fraguados y donde podían trabajar por salarios superiores y mejor trato. En resumen, los británicos tal vez perdían 2.500 hombres al año, hombres que iban a parar a barcos americanos.

Gran Bretaña no podía permitirse esa pérdida. Como nunca se le ocurrió que podía evitar la pérdida mediante un mejor trato, apelaba a la fuerza. No reconocía el

derecho a los súbditos británicos a convertirse en ciudadanos americanos y se sentía compelida, por las exigencias de la guerra, a detener barcos americanos en alta mar en busca de desertores. De este modo, los británicos localizaban a muchos desertores, y también se llevaban a muchos ciudadanos americanos, y hasta a algunos americanos nativos.

Tales acciones eran tan humillantes para los americanos que despertaron un odio creciente hacia Gran Bretaña. El Partido Federalista, que antaño se había beneficiado con la indignación americana contra Francia, ahora siguió menguando ante la tormenta antibritánica. En la elección de medio plazo para el Décimo Congreso, la representación federalista se redujo a 6 en el Senado y a 24 en la Cámara, una pérdida de un escaño en cada uno.

Jefferson, que aún era un hombre de paz, trató de negociar con Gran Bretaña, pero los británicos, que todavía consideraban su guerra con Napoleón como lo más importante, no hicieron ninguna concesión sustancial.

Sin duda, la situación se estaba haciendo cada vez más crítica para los británicos. En 1807, Napoleón, después de ganar otras batallas, dominaba toda Europa al oeste de Rusia y estaba a punto de hacer también una alianza con Rusia. El emperador francés movilizó a todo el continente europeo en una guerra económica contra Gran Bretaña, y los británicos, en medio de su furia y su desesperación, golpeaban cada vez más duramente en el único campo donde poseían la supremacía, el mar.

El 22 de junio de 1807, el barco americano Chesapeake abandonó Norfolk para dirigirse a puertos africanos. No esperaba tener problemas y sus cubiertas estaban tan abarrotadas de productos que a la tripulación le era difícil llegar hasta los cañones.

No muy lejos de las aguas americanas fue detenido por un poderoso buque de guerra británico, el Leopard, el cual exigió que el Chesapeake se sometiese a la requisa, pues se tenían informes de que había cuatro desertores británicos a bordo. El Chesapeake se negó y el Leopard abrió el fuego. El Chesapeake, incapaz de usar adecuadamente sus cañones y superado en poder de fuego aunque hubiese podido hacerlo, se rindió después de media hora, con tres muertos y dieciocho heridos. Un contingente de abordaje británico examinó el barco y se llevó cuatro hombres que, según los británicos, eran desertores.

Los Estados Unidos estallaron de furia y una fiebre bélica se apoderó de la nación. Si Jefferson hubiese declarado la guerra, habría tenido el apoyo popular, pero sabía que Estados Unidos no estaba preparado para la guerra. Su propia política de economía había reducido la armada americana prácticamente a la nada y los barcos británicos asolarían a su antojo la expuesta línea costera americana.

Jefferson sólo podía inclinarse ante lo inevitable. Por el momento, los dos gigantes europeos, Gran Bretaña y Francia, practicaban la guerra abierta contra cualquier barco que comerciase con el enemigo, y Jefferson, viendo a los Estados Unidos atrapados entre los gigantes, renunció a comprometerse.

El 22 de diciembre de 1807 hizo aprobar una «Ley de Prohibición». Según los términos de esta ley, los barcos americanos debían abstenerse de todo comercio con el exterior. La idea más bien desesperada que inspiraba esta medida era que Gran Bretaña y Francia padecerían por la ausencia del comercio americano y harían concesiones.

Pero no tuvo ningún éxito. Bajo el bloqueo británico, el comercio ultramarino de Francia era tan reducido que la pérdida de barcos americanos era una cuestión secundaria para ella. En cuanto a los británicos, como Francia entró en guerra con su vieja aliada, España, en 1808, esto significó que Gran Bretaña podía disponer de los puertos y barcos de la América Hispánica. Esto compensaba con creces la pérdida de los Estados Unidos y, en verdad, los barcos mercantes británicos se beneficiaron con la desaparición de la flota americana.

El daño que provocó la Prohibición fue para las regiones comerciales de los mismos Estados Unidos. El comercio de Nueva Inglaterra y Nueva York quedó destruido, y la región se sumió en una profunda depresión.

CAPÍTULO 11 - LA ENTRADA EN LA GUERRA

El comienzo del cambio

El segundo gobierno de Jefferson estaba terminando en el desastre. Entre el desamparo de la nación contra Gran Bretaña, el vergonzoso asunto de Burr y el total fracaso de la Prohibición, fue tan sombrío como luminoso había sido el primer gobierno.

Sin embargo, Jefferson podía haber tenido un tercer mandato si lo hubiese querido. Pero estaba cansado. Después de cuarenta años en la vida pública y ocho años como presidente, estaba tan ansioso de retirarse como lo había estado Washington. Por ello, dejó bien en claro que no se presentaría como candidato para un tercer mandato. Esta actitud y la negativa de Washington establecieron el precedente de un máximo de dos mandatos que iba a mantenerse por 132 años, aunque la Constitución no lo exigía.

Los republicanos se volvieron a Madison, arquitecto de la Constitución, fiel mano derecha y paisano virginiano de Jefferson, así como secretario de Estado durante los ocho años de la presidencia de Jefferson. George Clinton fue propuesto nuevamente para la vicepresidencia. Los federalistas se aferraron a Pinckney y King.

El resultado fue otra victoria republicana demócrata, pero por un margen reducido. Madison recibió 122 votos electorales y Pinckney 47, el 7 de diciembre de 1808, por lo que Madison fue elegido cuarto presidente de los Estados Unidos. Los federalistas obtuvieron ganancias en el Undécimo Congreso. Aunque su representación en el Senado no varió, doblaron su número en la Cámara de Representantes, que, sin embargo, siguió siendo demócrata republicana, por 94 a 48.

Pero los federalistas recuperaron fuerzas en Nueva Inglaterra, y algunos demócratas republicanos norteños, si bien no se pasaron a los federalistas, se negaron a apoyar a otro virginiano para la presidencia y votaron por Clinton (quien recibió seis votos electorales para la presidencia).

Era claro que la Prohibición estaba fortaleciendo a los federalistas y que esto no podía continuar. Por ello, el 1 de marzo de 1809, tres días antes de abandonar el cargo, Jefferson levantó la Prohibición para que Madison pudiese iniciar su gobierno sin ese impedimento. La prohibición del comercio con Gran Bretaña y Francia se mantuvo, pero los barcos americanos pudieron ir a cualquier otra parte que quisieran.

Madison siguió tratando de mejorar la situación en el mar mediante negociaciones, y al principio las perspectivas parecían esperanzadoras. El ministro británico ante los Estados Unidos, David M. Erskine, trató de llegar a un acuerdo y, en su entusiasmo, concedió más de lo que sus instrucciones le permitían hacer. Madison levantó gozosamente las restricciones sobre el comercio con Gran Bretaña, pero luego el gobierno británico repudió acremente el acuerdo de Erskine, y Madison, defraudado y confundido, tuvo que reimponer las restricciones.

Pero esas restricciones continuaron haciendo mucho daño y poco bien, de modo que el 1 de mayo de 1810 el Congreso intervino. Se aprobó una ley que permitía el comercio con Gran Bretaña y Francia, pero prometía que si cualquiera de estas naciones levantaba todas las restricciones sobre la flota americana, el comercio con la otra sería prohibido.

Fue un gesto bastante tonto, pues Gran Bretaña no cedería, mientras que si Francia lo hacía, puesto que sus restricciones eran de escasa monta, ello importaría poco.

Francia levantó las restricciones, o al menos pretendió haberlo hecho. Aunque aseguró a los Estados Unidos que ya no había restricciones, en la práctica las mantuvo.

Madison, ansioso de obtener algún beneficio de las angustias diplomáticas de los Estados Unidos, aceptó el gesto de Napoleón y rápidamente prohibió nuevamente el comercio con Gran Bretaña, el 2 de marzo de 1811.

Para el público americano, Francia era conciliadora y Gran Bretaña intransigente, de modo que el sentimiento antibritánico siguió aumentando. El gobierno británico, por otra parte, que tenía una experiencia directa de la duplicidad napoleónica, no podía creer que Estados Unidos se hubiese dejado engañar. Los británicos pensaban s que el presidente demócrata republicano sencillamente se dejaba llevar por su prejuicio profrancés y se negaron a levantar sus restricciones sobre los barcos americanos,

Esto fue desafortunado, pues los británicos estaban en condiciones de ser indulgentes. Napoleón se había envuelto en 1808 en una guerra sin posibilidades de victoria en España, y toda Europa se agitaba cada vez más bajo su dura dominación. Sin embargo, Gran Bretaña tenía su orgullo y aún abrigaba un ardiente resentimiento contra sus antiguas colonias, y no cedería.

Así, los sucesos empezaron a dirigirse implacablemente hacia la guerra.

Pero si Estados Unidos parecía inerme frente a Gran Bretaña y Francia, quedaba en pie el hecho de que estaba creciendo rápidamente. En 1810, el censo nacional demostró que la población del país era de 7.239.881 hahitantes, unas dos veces y media mayor que cuando se había obtenido la independencia, en 1783.

Y no se trataba sólo de números. El carácter de la economía americana estaba iniciando un lento cambio en la dirección que Hamilton había esperado y ni Jefferson ni los demócratas republicanos podían hacer nada para detenerlo.

En 1789, un inglés llamado Samuel Slater (nacido en 1768) llegó a los Estados Unidos. Había trabajado en las fábricas inglesas que empezaban a utilizar la máquina de vapor para accionar artefactos que hilaban y tejían, reemplazando el más lento trabajo a mano. Este hecho señaló el comienzo de la «Revolución Industrial». Slater tenía los diseños de tales máquinas en su cabeza y en 1790 fundó una fábrica en Pawtucket, Rhode Island. Así llegó la Revolución Industrial a los Estados Unidos.

Oliver Evans (nacido cerca de Newport, Delaware, en 1755) construyó máquinas de vapor de alta presión ya antes de 1802, y con ellas se pudo construir una fábrica tras otra. Francis Cabot Lowell (nacido en Newburyport, Massachusetts, en 1743, y en homenaje al cual se dio nombre a Lowell, Massachusetts) construyó complejas tejedurías e hilanderías.

A partir de esos comienzos Estados Unidos se convertiría, un siglo y medio más tarde, en la nación industrialmente más avanzada que haya visto el mundo, proceso que, lenta pero constantemente, barrería la nación de los pequeños granjeros que Jefferson había idealizado.

Sin embargo, una consecuencia de la inventiva americana resultaría casi fatal para América.

Desde la Guerra Revolucionaria, la institución de la esclavitud se hizo cada vez más impopular y ganaba terreno la aspiración a hacerla ilegal. Hasta en el Sur, donde estaba la mayoría de los esclavos, había pocos apologistas de ella. El uso de esclavos no era muy rentable y constituía una vergüenza, considerando los elevados ideales democráticos de los demócratas republicanos del Sur. Y, en verdad, hombres como Washington y Jefferson, aunque poseían esclavos, detestaban la institución.

Uno de los cultivos importantes del Sur era el algodón, cada vez más solicitado por las fábricas de máquinas de vapor de Gran Bretaña, que empezaron a producir ropa de algodón barata en grandes cantidades. El paso más difícil era el de separar las fibras de algodón de la simiente. Era un trabajo espantosamente tedioso que se obligaba a realizar a los esclavos negros, pero que sólo podía hacerse lentamente.

La esposa de Nathaniel Greene, viuda del general de la Guerra Revolucionaria (que había muerto en 1786), vivía en Savannah, Georgia. Un día de 1793 recibió como

invitados a algunos plantadores sureños que hablaban con vehemencia de esta dificultad. Estaba presente en esa ocasión un joven protegido de la señora Greene, Eli Whitney (nacido en Westboro, Massachusetts, el 8 de diciembre de 1765), un ingenioso inventor.

En pocas semanas construyó un sencillo cilindro claveteado que, cuando rotaba, enredaba las fibras y las separaba de las semillas mecánicamente.

Esta «desmotadora», que Whitney patentó el 14 de marzo de 1794, aumentó en cincuenta veces la cantidad de algodón que podía ser separado de las semillas. Inmediatamente fue posible aumentar la cantidad de algodón cultivado, pues todos los esclavos podían ser utilizados en los campos, sin tener que desperdiciar prácticamente a ninguno separando pelusas. Las plantaciones de algodón se expandieron, la esclavitud se hizo más rentable y toda oposición a ella gradualmente desapareció en el Sur. En verdad, los sureños empezaron a pensar que sin la esclavitud su economía se destruiría.

Así, estaba montado el escenario para la gran tragedia americana de la guerra civil de setenta años más tarde.

(Whitney no hizo dinero con la desmotadora. Era tan simple que cualquiera podía construirla, y Whitney comprendió la inutilidad de hacer pleitos por la usurpación de su patente. Se marchó a Connecticut, y allí, en 1798, se dedicó a la manufactura de armas de fuego. Lo hizo con precisión y fue el primero en fabricar partes tan iguales que cualquiera de ellas se adaptaba a cualquier arma. A la larga, esto fue más importante que la desmotadora.)

La creciente iniciativa e inventiva de los americanos también contribuyó a neutralizar la debilidad inherente a la vasta extensión de territorio de la nación. Madison fue presidente de una nación con una superficie de 3.800.000 kilómetros cuadrados, mucho más grande que cualquier nación europea, excepto Rusia. En las condiciones de la época, el transporte y las comunicaciones por esas distancias subdesarrolladas eran tan difíciles que hacían razonable que aventureros como Wilkinson soñasen con separar partes remotas de territorio.

Pero el desarrollo se produjo rápidamente. La «carretera de peaje» había sido desarrollada en Gran Bretaña y, el 9 de abril de 1791, fue introducida en los Estados Unidos, cuando se inauguró una carretera de cien kilómetros entre Filadelfia y Lancaster. En 1810 había trescientas compañías constructoras de carreteras en el noreste, y también se construyeron canales (caminos para barcos, en realidad). Los hombres pudieron cada vez más desplazarse rápida y fácilmente, y con cada década que pasó disminuyeron los inconvenientes de la vasta superficie americana.

La nueva era de la máquina de vapor también se inició en el transporte. Ya en 1787, John Fitch (nacido en Windsor, Connecticut, el 21 de enero de 1743) había construido un buque de vapor en el río Delaware, y estaba en funcionamiento. La mala suerte lo llevó a la bancarrota, pero en 1807 Robert Fulton (nacido en el condado de Lancaster, Pensilvania, en 1765) tuvo más suerte en el río Hudson. El barco de vapor también estimuló el comercio interno.

Lejos, pues, de pensar que su vasto territorio era una debilidad, Estados Unidos buscó una expansión aún mayor. Por ejemplo, estaba la cuestión de Florida y la costa del golfo.

Al adquirir Luisiana de Francia, hubo considerable incertidumbre acerca de Florida. En 1810, lo que ahora llamamos Florida era la «Florida Oriental», mientras que la parte de la costa del golfo desde el actual límite noroccidental de Florida, al oeste del río Misisipí, era llamada «Florida Occidental». La cuestión era si una de estas regiones o ambas estaban incluidas en la compra de Luisiana. España sostuvo vigorosamente que ninguna de ellas lo estaba, pero Jefferson afirmó con igual vigor que

Florida Occidental, al menos, estaba incluida, pues sólo con su inclusión podía la desembocadura del río Misisipí estar en manos americanas por ambas orillas. El 27 de octubre de 1810, después de que unos aventureros americanos invadieron desde el sur el

territorio, Madison proclamó que la Florida Occidental formaba parte de los Estados Unidos. La parte occidental de esa región, la parte que ahora constituye la sección del Estado de Luisiana que está al este del río Misisipí, fue ocupada de hecho. La parte situada más al este quedó aferrada por España, que se mantuvo en su fuerte de Mobile, pero aun así el dominio americano sobre el Misisipí inferior fue total.

Recurso a las armas

Los indios del territorio de Ohio observaban atentamente las crecientes tensiones entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Desde la batalla de los Arboles Caídos, la afluencia de colonos blancos había continuado constantemente y estaba claro que el movimiento no se de tendría hasta que toda la tierra fuera ocupada y todos los indios se hubiesen marchado.

Pero si había guerra, los indios podían contar con la ayuda británica. Con esta idea, un nuevo jefe, Tecumseh (nacido cerca de donde está ahora Springfield, Ohio, alrededor de 1768), se dispuso a presentar un frente indio contra los Estados Unidos.

En esto, contaba con la ayuda de su hermano, un jefe religioso carismático llamado «el Profeta». Ambos, actuando como líderes político y espiritual, respectivamente, estaban obteniendo considerables resultados.

El centro de su poder estaba en el territorio de Indiana, donde se hallaba «la Ciudad del Profeta». El gobernador del territorio desde 1800 era William Henry Harrison (nacido en el condado de Charles, Virginia, el 9 de febrero de 1773), cuyo padre, Benjamín Harrison, había sido uno de los firmantes de la Declaración de la Independencia.

Harrison emprendió la acción para frustrar los sueños de los indios antes de que se llevase a cabo la unión de las tribus. Por medios muy dudosos logró que gran parte del territorio indio fuera cedido a los Estados Unidos, en parte para limitar el territorio abierto a Tecumseh y en parte para provocar a los indios a una batalla prematura.

Con la misma idea en la mente, Harrison esperó a que Tecumseh se marchase al sur para tratar de obtener allí apoyo de los indios, y luego condujo una fuerza de mil cien hombres desde Vincennes, su capital, al norte, aguas arriba del río Wabash. El 7 de noviembre de 1811 llegó al río Tippecanoe, cerca de donde estaba situada la Ciudad del Profeta. Acampó allí con la convicción de que, ausente Tecumseh, el Profeta solo no podría resistir a los que instaban a atacar al ejército americano.

Los indios efectuaron una carga y, en los primeros fieros momentos de la batalla de Tippecanoe, los americanos retrocedieron y estuvieron a punto de ser rodeados. Pero, luchando duramente, rechazaron a los indios después de dos horas. Sufrieron doscientas bajas, pero destruyeron la Ciudad del Profeta antes de marcharse.

La batalla de Tippecanoe desbarató el plan de Tecumseh y lo obligó a depender totalmente de los británicos. Puesto que la guerra todavía no había llegado, esto significó que tuvo que esperar.

Como siempre, la noticia de una victoria sobre los indios fue recibida con desbordante entusiasmo. Se oscureció la pequeñez de la victoria y Harrison fue convertido en el héroe del momento. Como se difundió la creencia de que los británicos estaban apoyando a los indios, la batalla provocó un aumento aún mayor del sentimiento antibritánico.

El creciente ánimo belicista ya se había reflejado en la elección de mitad del mandato de 1810, en la que se eligió el Duodécimo Congreso. En este Congreso, los demócratas republicanos reforzaron su predominio en el Senado y se recuperaron de las pérdidas de 1808 en la Cámara de Representantes.

Lo más importante fue que en la elección del Congreso hubo una desaparición masiva de los viejos nombres que habían dominado, más o menos, el gobierno en los veinte años siguientes a la aprobación de la Constitución. Se votó a líderes jóvenes, para quienes la Guerra Revolucionaria era cosa del pasado y que no podían recordar. Habían crecido como americanos independientes y estaban llenos de sueños de poder.

Los del Norte estaban ansiosos de atacar y de apoderarse del Canadá, sosteniendo que mientras estuviese en manos británicas, sería siempre un arsenal donde los indios podían armarse y sentirse estimulados a hacer la guerra. Los del Sur tenían el mismo entusiasmo por adueñarse de Florida. Todos soñaban con mostrar a Gran Bretaña que no podía pisotear el honor americano.

Estos nuevos hombres fueron llamados sarcásticamente los «Halcones de la Guerra» por John Randolph (nacido en el condado de Prince George, Virginia, el 2 de junio de 1773), uno de los sobrevivientes de la era anterior. Era un demócrata republicano intransigente que había roto con Jefferson cuando éste no le pareció suficientemente demócrata republicano.

El miembro principal de los Halcones de la Guerra era Henry Clay de Kentucky, el primer hombre eminente en la política americana asociado a un Estado que no era uno de los trece originales. Sin embargo, había nacido en el condado de Hanover, Virginia, el 12 de abril de 1777. Era tal ahora la fuerza del sentimiento belicista que Clay fue elegido presidente de la Cámara de Representantes.

Pero los Halcones de la Guerra no siempre eran juiciosos en su fervor antibritánico. Tal era el caso del Banco de los Estados Unidos, cuyos estatutos de veinte años debían ser renovados en 1811. En general, había funcionado bien, pero era contemplado como un símbolo del federalismo y un instrumento del poder comercial. Además, unos dos tercios de sus valores estaban en manos británicas, lo cual hacía parecer, para un público cada vez más antibritánico, que el Banco era un instrumento en manos del enemigo.

Por ello, el Duodécimo Congreso se negó a renovar sus estatutos. En el Senado, la votación quedó empatada y el vicepresidente ejerció uno de los pocos privilegios de la vicepresidencia, el de votar para romper un empate en el Senado. Votó contra el mantenimiento del Banco. El cierre del Banco empeoró considerablemente la situación financiera de los Estados Unidos y lo hizo menos capaz de librar una guerra, que no era, desde luego, lo que ansiaban los Halcones de la Guerra.

Y otra dramática acción de guerra tuvo lugar en el mar. El barco de guerra británico *Guerrièrre* (palabra francesa que significa «guerrero») rondaba frente a la ciudad de Nueva York, haciendo requisa de marineros. El 16 de mayo de 1811 el barco de guerra americano *President* fue enviado para poner fin a esa situación.

El *President* divisó un barco de guerra que tomó por el *Guerriére* y lo persiguió. En realidad, el barco era el *Little Belt*, de sólo la mitad de tamaño del *Guerriére* y que no era rival para el *President*. Este alcanzó al otro barco frente al cabo Charles, donde comienza la bahía de Chesapeake y hubo un combate. Muy superado en poder de fuego, el *Little Belt* fue puesto fuera de combate, con nueve muertos y veintitrés heridos. El *President* quedó indemne.

Para los americanos, esto les parecía sólo una venganza por el asunto del *Chesepeake*. Para los británicos se trataba de una cobardía yanqui, al meterse deliberadamente con un barco mucho menor. También el público británico empezó a estar sediento de guerra.

Los gobiernos de ambas naciones eran, en general, renuentes a recurrir a las armas, por popular que fuese esta acción. La larga guerra con Napoleón estaba empezando a afectar a los británicos. En 1811 hubo una seria depresión en Gran Bretaña, y el comercio americano podía haber sido sumamente útil, aun al precio de que se produjese una filtración hacia Francia. En cuanto a Estados Unidos, Madison hacía

apresurados preparativos, ampliando el ejército y mejorando la armada. Sabía que pasaría mucho tiempo antes de que Estados Unidos estuviese realmente preparado para la guerra.

El resultado fue que Madison presionaba para que se efectuasen negociaciones y los británicos, aunque con renuencia, estaban llegando a la conclusión de que debían ceder algo. El primer ministro británico, Spencer Perceval, se dispuso a anular todas las restricciones sobre el comercio americano y a ceder en todas las demandas americanas, excepto en la delicada cuestión de las requisas.

Entonces intervino el Destino. El 11 de mayo de 1812, una persona mentalmente desequilibrada asesinó a Perceval, quien fue el único primer ministro británico asesinado en tiempos modernos. Durante un tiempo, el gobierno británico estuvo sumido en la confusión y no tuvo tiempo de examinar la querella con los Estados Unidos.

El retraso se produjo en un momento en que Madison ya no podía resistir las crecientes presiones en el Congreso y otras partes para que se hiciese una declaración de guerra. En aquellos días no había un cable atlántico ni manera alguna de enterarse del asesinato de Perceval antes de varias semanas, y por lo tanto no se comprendía el desorden que reinaba en Gran Bretaña.

Madison dispuso que los barcos americanos permanecieran en sus puertos para impedir su captura si estallaba la guerra; luego, el 1 de junio de 1812, envió un mensaje al Congreso pidiendo la guerra. El debate fue acalorado. Los Estados costeros de Nueva Inglaterra, así como Nueva York, Nueva Jersey y Delaware, fuertemente antifranceses y probritánicos, votaron contra la guerra, pero predominaron el Sur y el Oeste. La guerra fue declarada por 79 votos a favor y 49 en contra en la Cámara de Representantes, y por 19 a 13 en el Senado. Madison firmó la declaración el 18 de junio y, por segunda (y última) vez en su historia, Estados Unidos estuvo en guerra con Gran Bretaña.

Mientras tanto. Gran Bretaña se había calmado después del asesinato y nuevamente se abordó la cuestión de las restricciones comerciales a los barcos americanos. Todas las restricciones fueron levantadas el 16 de junio, y los últimos trámites parlamentarios sobre la cuestión fueron completados el 23 de junio.

Así, las noticias viajaron simultáneamente en ambos sentidos a través del Atlántico, y ambas partes se enteraron de que estaban en guerra por un asunto que ya había sido resuelto. Pero es difícil detener una guerra una vez que se ha lanzado el insensato grito de la defensa del «honor nacional». Estados Unidos ofreció declarar un armisticio si los británicos, además de lo que ya habían acordado, también renunciaban al derecho de requisa. Pero los británicos no estaban dispuestos a ello, por lo que subsistió un motivo de guerra, pese a todo.

Desastre y triunfo

Los Estados Unidos parecían gozar de una considerable ventaja en la guerra cuando ésta se inició. La frontera con Canadá parecía ser el frente de guerra lógico, y en Canadá Gran Bretaña sólo tenía 7.000 soldados (incluidos 4.000 soldados regulares británicos) para proteger una frontera de más de 1.600 kilómetros de largo. La población canadiense, de sólo medio millón de personas, aún era de cultura acentuadamente francesa y no podía contarse con que se pusiera al servicio de los británicos. Además, los británicos, como en la Guerra Revolucionaria, tenían que reforzar sus tropas enviándolas a cinco mil kilómetros a través del Atlántico tormentoso. La situación de Gran Bretaña, por añadidura, era peor que en la Guerra Revolucionaria, pues la nación estaba desgastada por la guerra que había librado contra Francia durante veinte años, y tenía sus mejores tropas ocupadas en España. Aun su mayor arma, su dominio del mar,

no iba a ser tan útil contra los Estados Unidos como contra Francia, pues los americanos habían construido una pequeña armada bien concebida y tripulada por hábiles marinos, algo que los británicos no sabían pero pronto descubrirían.

Pero las cosas no eran tampoco fáciles para los Estados Unidos. Aunque su población era quince veces mayor que la de Canadá y luchaba en su país, la parte más rica de éste, el noreste comercial, estaba tan radicalmente en contra de la guerra que se hallaban casi dispuestos a separarse de la Unión. Ni su potencial humano ni su dinero contribuían al apoyo de la guerra. En verdad, Nueva Inglaterra comerció con Canadá y Gran Bretaña durante toda la guerra y contribuyó abiertamente al esfuerzo bélico enemigo.

Lo peor de todo era que Estados Unidos empezó la guerra con un grupo de generales viejos y totalmente incompetentes, y con un ejército pequeño y prácticamente sin entrenamiento.

Pese a esto, Estados Unidos soñaba con victorias napoleónicas. (El ejemplo de Napoleón Bonaparte, que era un genio militar, inflamaba a todos los otros generales de la época, aunque pocos tenían tan sólo una décima parte de la brillantez que constituía el éxito de Napoleón.)

Una triple ofensiva fue planeada contra Canadá al comienzo mismo de la guerra. Desde el lago Champlain, iba a haber un avance hacia Montreal y Quebec; desde el Niágara, un avance hacia el oeste; y desde Detroit un avance hada el este.

Mas por grandioso que pareciera en el mapa, era un plan imposible. Los británicos dominaban el mar y los Grandes Lagos, y el ejército americano era un conjunto de hombres no preparados bajo el mando de ancianos incompetentes.

El avance desde el lago Champlain, que era la parte más importante de la ofensiva, ni siquiera comenzó nunca. Requería soldados de Nueva Inglaterra, y los gobernadores de los Estados de Nueva Inglaterra sencillamente no contribuirían con hombres a lo que llamaban «la guerra del señor Madison». Sin el avance contra Montreal y Quebec, las otras dos puntas de la ofensiva carecían de sentido, pero fueron puestas en marcha lo mismo.

El general William Hull (nacido en Derby, Connecticut, en 1753) era gobernador del territorio de Michigan. Había combatido en la Guerra Revolucionaria, pero no tenía ningún talento militar. Tomó posiciones en Detroit, el 15 de julio de 1812, y se preparó (o al menos se supone que se preparó) para invadir Canadá. Pero fueron los británicos, bajo el mando de un jefe muy capaz, el general de división Isaac Brock, quienes tomaron la ofensiva.

El 17 de julio los británicos tomaron Fort Michilimackinac, en el norte de Michigan, sin ningún problema, y los indios del noroeste, convencidos de que los británicos iban a ganar la guerra, afluyeron a ellos y se levantaron contra los Estados Unidos. Los británicos otorgaron a Tecumseh el rango de general de brigada, y éste se dispuso a hostigar las fuerzas americanas.

Hull, con 2.200 hombres, trató de organizar su invasión y cruzó el estrecho hacia Canadá, pero pronto se halló en una situación apurada. Volvió a Detroit y se hundió en una inactividad paralizada. El 15 de agosto los británicos tomaron Fort Dearborn, que había sido construido en 1803 en el sitio de la actual Chicago, y sus auxiliares indios hicieron una matanza con muchos de sus defensores americanos.

El general Brock, después de asegurarse el noroeste, hizo formar a sus tropas (que no eran muchas), las condujo a Detroit y vistió a soldados sin entrenamiento con el uniforme de los soldados regulares británicos, para que su número pareciese más impresionante. Exigió a Hull la rendición, sugiriendo que los indios harían una matanza si se iniciaba la lucha.

Hull, quien tenía a su hija y sus nietos en Detroit, entre los 5.000 civiles que se habían reunido allí en busca de protección, estaba aterrorizado ante la posibilidad de tal

matanza. Por ello, se rindió sin combatir y los británicos ocuparon Detroit el 16 de agosto.

Los intentos americanos de invadir Canadá a través del río Niágara fueron conducidos con igual ineptitud. Esta parte de la ofensiva estaba bajo el mando de Henry Dearborn (nacido en Hampton, New Hampshire, el 23 de febrero de 1751), quien había luchado en la Guerra Revolucionaria y había sido secretario de Guerra durante ocho años bajo Jefferson. Fort Dearborn recibió este nombre en su honor.

Dearborn era tan incompetente como Hull y sus mal entrenadas tropas no mostraban ninguna disposición para el combate. Muchos de ellos se negaron a luchar hasta cuando aquellos que habían cruzado a Canadá estaban siendo derrotados ante sus ojos por un pequeño contingente llevado apresuradamente al lugar por Brock. Todo lo que podía considerarse una ganancia para los americanos era que Brock fue muerto en combate, el 12 de octubre, y los británicos no iban a tener otro comandante de su calibre durante el resto de la guerra.

Las noticias de la rendición de Detroit horrorizaron a los americanos. William Hull fue llevado ante un tribunal militar y condenado a la ejecución (aunque luego fue indultado en consideración a los servicios que prestó en la Guerra Revolucionaria), pero esto no mejoró la situación.

La moral americana habría caído peligrosamente si no hubiese sido por los asombrosos éxitos alcanzados justamente donde parecía que Gran Bretaña era más fuerte: en el mar.

Los barcos americanos, construidos en la época de la guerra naval con Francia, eran fuertes y estaban en buen estado para navegar, y se hallaban tripulados por hombres tan hábiles, al menos, como los de la armada británica. Estaban tan enmaderados que podían resistir cañonazos que hubieran destruido a todos los otros barcos del mundo.

El más famoso de ellos era el *Constitution*, cuyas partes metálicas habían sido hechas por el mismo Paul Revere. Se suponía que llevaba cuarenta y cuatro cañones, pero en realidad tenía cincuenta y cuatro y podía imponerse a cualquier barco de su tamaño en el mundo. Al mando del barco estaba Isaac Hull (nacido en Derby, Connecticut, el 9 de marzo de 1733). Era hermano menor del incapaz William Hull, y tan competente como no lo era éste. Isaac Hull había combatido en la batalla naval con Francia y había bombardeado Derna en apoyo de Eaton durante la Guerra de Trípoli.

El 18 de julio de 1812 el *Constitution* había eludido a una escuadra de cuatro buques británicos y el 19 de agosto se encontró con el *Guerriére* solo. Este barco había estado requisando marineros, y el año anterior el *President* no había logrado dar con él. Ahora, en un enfrentamiento de uno a uno, el *Constitution* se lanzó al combate. En el papel, el *Guerriére* era aproximadamente igual al barco americano, pero en realidad éste tenía mayor poder de fuego y mayor tripulación. En dos horas y media, el *Guerriére* fue acribillado hasta convertirse en un armatoste inútil destinado a hundirse, con setenta y nueve bajas, frente a catorce de los americanos.

Fue el Bunker Hill de la Guerra de 1812 y el combate marino singular más importante de la historia americana. Se produjo tres días después de la humillante rendición de Detroit, y los americanos necesitaban desesperadamente buenas noticias. En segundo lugar, la derrota de un buque británico en combate singular no tenía precedentes y fue tan humillante para Gran Bretaña como la pérdida de Detroit lo había sido para los Estados Unidos.

Más aún, la victoria del Constitution sobre el Guerriére sólo fue una de una serie de ellas. El 13 de agosto, seis días antes, el buque americano Essex se había apoderado del británico Alert. El 18 de octubre, el barco americano Wasp capturó al británico Frolic, a 1.000 kilómetros frente a la costa de Virginia, con diez bajas americanas y noventa británicas.

Al otro lado del Atlántico, frente a la isla de Madeira, el navio americano United States, al mando de Stephen Decatur, tomó el barco británico Macedonian el 25 de octubre, y lo llevó a New London, Connecticut, para que los desafectos habitantes de New London lo viesen y vitoreasen, pese a ellos mismos.

El 29 de diciembre, el *Constitution*, al mando de William Bainbridge (nacido en Princeton, Nueva Jersey, en 1774), en reemplazo de Isaac Hull, quien había sido relevado del mando a petición propia, destruyó al barco británico *Java* frente a la costa de Brasil, con 33 bajas americanas y 150 británicas. Fue por esta batalla por lo que el *Constitution* recibió su apodo de «Old Ironsides» [«Viejas Costillas de Hierro»], pues las balas de cañón rebotaban en él sin dañarlo, nombre que ha conservado desde entonces (pues el barco aún existe y es conservado como un inapreciable tesoro nacional).

El nuevo año no trajo alivio a la hostigada armada británica. El 24 de febrero de 1813 el barco americano *Hornet*, al mando de James Lawrence (nacido en Burlington, Nueva Jersey, el 1 de octubre de 1781), que había estado con Decatur en la destrucción del Philadelphia, hundió el buque británico *Peacock* frente a la Guayana Británica.

Por mucho que los británicos se dijesen a sí mismos que estaban luchando contra los americanos sólo con el dedo meñique de su mano izquierda y que la mayor parte de su energía se consumía en la guerra contra Napoleón, el primer medio año de guerra fue para ellos difícil de soportar. Todo el mundo podía ver que, barco por barco, los americanos eran superiores a los británicos y las potencias del mundo no podían por menos de hallar algo risible en el hecho de que el gran gallo de pelea de los mares fuese rechazado, con la nariz ensangrentada, por el gallito yanqui.

Pese a los meses de guerra, al desastre terrestre y el triunfo en el mar, la elección de 1812 se realizó como estaba prevista. Ahora votaban dieciocho Estados, pues la parte más meridional del territorio de la «compra de Luisiana», bien poblado desde los tiempos de los franceses y los españoles, entró en la Unión con el nombre de Luisiana. Fue el primer Estado formado por territorio situado al oeste del río Misisipí.

La elección de 1812 fue la primera realizada en tiempo de guerra en la historia de la nación y sentó un precedente. En todo el tiempo transcurrido desde la ratificación de la Constitución, las elecciones presidenciales cuadreniales y las elecciones bienales al Congreso nunca han sido suspendidas por ninguna razón, cualquiera que fuese la crisis. Ni ha habido nunca ninguna limitación formal al derecho de la oposición a hacer lo posible para destituir a los ocupantes de cargos, cualesquiera que fuesen los problemas que han aquejado a la nación.

Los demócratas republicanos nombraron candidato a Madison nuevamente, por supuesto. También habrían vuelto a nombrar a George Clinton, pero éste había muerto el 20 de abril de 1812; fue el primer vicepresidente que murió en el cargo. Los demócratas republicanos, conscientes de que su mayor debilidad estaba en el noreste, buscaron a un habitante de Nueva Inglaterra al que pudieran nombrar candidato. (Este tipo de «candidatura equilibrada» ha sido una característica general de la política americana.)

Eligieron a Elbridge Gerry de Massachusetts, el más decidido demócrata republicano de la región. Acababa de cumplir su mandato como gobernador de Massachusetts, con lo que había añadido su nombre al vocabulario político de la nación. Cuando fue gobernador, había modificado los límites de los distritos legislativos estatales a fin de concentrar las poblaciones federalistas en la menor cantidad de distritos posible y obtener victorias demócratas republicanas en el mayor número de distritos posible. Algunos de los distritos tenían extrañas formas, por supuesto, y uno de ellos fue descrito como semejante a una salamandra [«salamander», en inglés].

«¡Una salamandra!» —gruñó el director de un periódico, el 11 de febrero de 1812—. Decid más bien una gerrymandra [«Gerrymander», en inglés].» Desde entonces,

se ha usado en inglés el término «gerrymander» para describir la manipulación de límites políticos para favorecer a un partido.

Los federalistas, en un esfuerzo dirigido a aumentar su fuerza, decidieron nombrar candidato a alguien que no fuese de Nueva Inglaterra y no se identificase particularmente con la doctrina federalista. Los demócratas republicanos contrarios a la guerra de las regiones comerciales habían nombrado candidato a Dewitt Clinton (nacido en Little Britain, Nueva York, el 2 de marzo de 1769) para la presidencia, en oposición a Madison. Era el alcalde de la ciudad de Nueva York y sobrino del vicepresidente que acababa de morir. Los federalistas decidieron apoyarlo.

Como candidato a vicepresidente eligieron a Charles Jared Ingersoll (nacido en 1749), un federalista moderado de Pensilvania. Ingersoll carecía de toda importancia y fue la primera nulidad, pero no la última, que fue presentado como candidato a presidente o vicepresidente por un partido político importante.

Los electores votaron el 2 de diciembre de 1812, y Madison ganó por una mayoría similar a la de 1808. (Ningún presidente americano fue nunca derrotado en tiempo de guerra.) Pero la victoria de 1812 fue regional. Madison ganó todo el Sur y el Oeste, pero arriba de la línea Mason-Dixon sólo ganó en Pensilvania y Vermont. Los federalistas ganaron en el Senado y la Cámara de Representantes. Los federalistas obtuvieron ganancias tanto en el Senado como en la Cámara. En verdad, su representación en la Cámara fue de sesenta y ocho escaños en el Decimotercer Congreso, casi el doble de lo que había sido en el Duodécimo. Sin embargo, los demócratas republicanos retuvieron el firme dominio de ambas Cámaras del Congreso.

En los Grandes Lagos

El esplendor de las victorias americanas en el mar, en 1812, no disminuyó la abrumadora carga sobre los ejércitos americanos conducidos de manera incompetente. Peor aún, Gran Bretaña sintió aligerarse la carga que pesaba sobre sus propios hombros en 1813.

Justamente cuando se inició la Guerra de 1812, Napoleón se había marchado a Rusia. Muchos americanos pensaron que Napoleón se llevaba consigo el destino americano, y, en verdad, si hubiese obtenido la rápida victoria con que él soñaba y hubiese aplastado a la única potencia continental que aún osaba oponerse a él, muy probablemente Gran Bretaña se habría visto obligada a hacer la paz con los Estados Unidos en los términos exigidos por los americanos.

Pero no fue esto lo que ocurrió. Napoleón obtuvo victorias infructuosas en Rusia y se vio obligado a marcharse nuevamente por la nieve, dejando a todo su ejército detrás. Con esto, la fortuna de Napoleón decayó permanentemente. Ya no era un supergeneral, y las naciones europeas que había sometido empezaron a levantarse contra él. Gran Bretaña estaba aún profundamente implicada en los sucesos, pero la atmósfera de crisis había empezado a disiparse y pudo dedicar más tiempo a los fastidiosos americanos.

El 26 de diciembre de 1812 los británicos declararon el bloqueo de las bahías de Chesapeake y Delaware, y en la primavera de 1813 lo extendieron a todos los puertos americanos excepto los de Nueva Inglaterra. (No había ninguna necesidad de poner trabas al comercio de Nueva Inglaterra porque éste se desarrollaba, en gran medida, en beneficio de los británicos. Además, al dar a la región un trato especial, Gran Bretaña esperaba estimular a Nueva Inglaterra a que se separase de la Unión.)

En general, el bloqueo británico se hizo cada vez más estrecho en 1813 y 1814. Los artículos se hicieron escasos en los Estados Unidos, los precios aumentaron y los hombres se quedaron sin trabajo. Las hazañas individuales de los barcos americanos

continuaron (a un ritmo declinante) y los corsarios americanos capturaron más de 1.000 barcos mercantes británicos durante la guerra, pero esto contribuyó poco a disminuir la superioridad global (en número, si no en calidad) de la flota británica y a atenuar el hecho de que la costa americana estaba bloqueada.

Y hasta hubo derrotas navales que ensombrecieron aún más el cuadro.

El *Chesapeake*, que había sido víctima del ataque del *Leopard* en los años anteriores a la guerra, estaba ahora bajo el mando de James Lawrence, quien había tomado el *Peacock* a principios de 1813. El 1 de junio de 1813 el *Chesapeake* se encontró con el *Shannon* a cincuenta kilómetros del puerto de Boston. Los dos barcos estaban igualmente equipados en lo que respecta a cañones, pero el desafortunado Chesapeake tenía una tripulación bisoña que aún no estaba suficientemente entrenada.

Lawrence no podía avenirse a huir ante el enemigo y aceptó la batalla. No había esperanza. El *Chesapeake* fue arrasado por el cañoneo y en quince minutos sufrió 146 bajas, por 83 de los británicos. El mismo Lawrence fue mortalmente herido y, mientras era llevado abajo, dio órdenes entrecortadas de aumentar el fuego y seguir combatiendo. «¡No entreguéis el barco!», decía.

El barco fue entregado y los británicos lo llevaron a Halifax, pero la actitud profesional de Lawrence, que mientras moría pensaba en el barco y no en sí mismo, dio a su muerte un toque de brillo e hizo de él y sus últimas palabras una leyenda para la armada americana desde entonces.

¿Y qué pasaba en el noroeste? Después de la rendición de Detroit se produjo casi un vado americano en la región. La región situada al norte y al oeste del Estado de Ohio fue prácticamente abandonada y si le británicos no la ocuparon por la fuerza, la razón de ello residía en su propia debilidad numérica y no en nada qu los americanos pudieran hacer.

En su desesperación, los americanos se dirigieron al único oficial del ejército que había ganado algún renombre en años recientes: William Henry Harrison, el héroe de la dudosa victoria de Tippecanoe. Se le dieron diez mil hombres a Harrison y se le ordenó que recuperase Detroit.

Harrison avanzó hacia el norte desde el río Ohio en el invierno de 1812-1813, en dirección a la zona donde se había librado la batalla de los Arboles Caídos cas veinte años antes. Se estableció al sur del lago Erie envió columnas hacia Detroit. Una de ellas, que se abrió paso en medio de un tiempo horrible, llegó a Frenchtown a unos sesenta y cinco kilómetros al sur de Detroit Nadie se preocupó en poner una patrulla nocturna, de modo que el contingente fue sorprendido por los británicos comandados por el coronel Thomas Proctor y barrido. Los americanos que no murieron fueron capturados.

Proctor y sus aliados indios conducidos por Tecumset se dirigieron luego al sur, contra las fortificaciones de Harrison. Este resistió durante la primavera y el verano de 1813, pero no tenía ninguna posibilidad de reanudar sus operaciones ofensivas mientras los británicos dominasen los Grandes Lagos. Los británicos podían embarcar hombres y suministros para Detroit y el oeste fácilmente, desde los centros de poder canadienses del este. En cambio, los suministros y refuerzos americanos tenían que avanzar penosamente por tierra, a través de vastas soledades.

Los americanos hicieron intentos de penetrar en el frente del lago más al este. El 22 de abril de 1813, unos 1.600 soldados americanos conducidos por el exploradoi Zebulon Pike se embarcaron en Sackets Harbor, en el extremo más oriental del lago Ontario, y navegaron por 250 kilómetros al oeste para desembarcar en York (en el sitio donde ahora está Toronto).

La expedición estaba bajo la dirección general de Dearborn, a quien se había ordenado avanzar hacia Montreal. Pensó, sin embargo, que si podía apoderarse de la fuerza naval que había en York, el lago Ontario quedaría bajo control de los americanos y el avance sobre Montreal sería más efectivo.

York, en verdad, fue tomada y fueron destruidos un par de sus barcos (Pike murió en el curso de la operación), pero los americanos no lograron tomar el control del lago. En cambio, algunos soldados americanos descontrolados incendiaron gratuitamente edificios del gobierno en York, sentando así un precedente para otros casos de destrucción inútil.

El grupo incursor luego retornó al este. Un segundo intento fue conducido por el coronel Winfield Scott (nacido cerca de Petersburg, Virginia, el 13 de junio de 1786), quien demostró ser un oficial americano competente, cosa rara en la Guerra de 1812. Cruzó el río Niágara el 27 de mayo de 1813, para hacer una incursión en Fort George, sobre la costa meridional del lago Ontario. Los británicos evacuaron el fuerte y se desplazaron al oeste. Los americanos los siguieron y en Stony Creek, a ciento quince kilómetros al oeste, los británicos se detuvieron. El 6 de junio, en la batalla de Stony Creek, Scott fue herido y puesto fuera de combate, y los americanos retrocedieron ante un número menor de británicos. La ofensiva no pudo proseguir.

Dearborn fue relevado del mando el 6 de julio y, cosa increíble, fue reemplazado por James Wilkinson, quien nunca en su vida había demostrado competencia en nada, ni siquiera en las traiciones que siempre emprendía. En ese momento, desgraciadamente, disfrutaba de cierta gloria, pues el 13 de abril había tomado Mobile de la débil dominación española y puesto en manos americanas todo lo que restaba de la Florida Occidental. (Fue la única ganancia territorial hecha por los Estados Unidos en la Guerra de 1812 y, paradójicamente, fue obra del mismo Wilkinson que durante tanto tiempo había tratado de desmembrar el territorio de la nación.)

Se ordenó a Wilkinson que tomase Montreal y se planeó una ofensiva en dos frentes. Wilkinson iba a desplazarse aguas abajo del río San Lorenzo y otro ejército conducido por Wade Hampton (nacido en el condado de Halifax, Virginia, alrededor de 1752) avanzaría al norte desde el lago Champlain. Ambos generales eran incompetentes, y se odiaban uno al otro. No podía concebirse una receta mejor para el fracaso de un ataque en dos frentes.

Wilkinson descendió por el San Lorenzo hasta Chrysler's Farm, a ciento cuarenta kilómetros al sudoeste de Montreal. Allí, una parte de su ejército fue derrotada por una fuerza británica considerablemente menor en número. Wilkinson rápidamente se retiró para pasar el invierno.

Hampton se desplazó al noroeste cautelosamente, fue derrotado por un pequeño contingente británico y pronto retornó a su punto de partida.

Como si esto no fuera suficiente, las tropas americanas se retiraron del lado canadiense del río Niágara en diciembre y juzgaron adecuado incendiar algunas aldeas en su retirada. Esto no tenía utilidad alguna; era sólo por hacer daño. El resultado era de prever. El 29 de diciembre de 1813 los británicos incendiaron Buffalo en venganza.

En lo concerniente a la lucha por tierra, pues, en 1813 no había ocurrido nada de lo cual alegrarse. Para los americanos había sido una serie de fracasos, y en Europa Napoleón había sufrido otras gigantescas derrotas, esta vez en Alemania. Se acercaba el momento en que Gran Bretaña podría dedicar toda su atención a los Estados Unidos.

En verdad, Estados Unidos tal vez habría tenido que aceptar una paz desventajosa en 1814 de no ser por un hombre, el comodoro Oliver Hazard Perry (nacido en South Kensington, Rhode Island, el 23 de agosto de 1785), quien ya había prestado servicios en el Mediterráneo. Sólo tenía veintiocho años de edad a la sazón, y es la primera persona nacida después de que el Tratado de París estableciese la independencia americana que figurará de manera destacada en este libro.

Se le asignó la tarea de arrancar el control del lago Erie a los británicos, para que Estados Unidos pudiese enviar suministros al noroeste. Llegó a Erie, Pensilvania, el 27 de marzo de 1813. No tenía flota. Esperaba el equipo necesario para la construcción

de seis pequeños barcos, equipo que estaba llegando penosamente por tierra desde Filadelfia.

Con este equipo, y usando madera fresca, los barcos fueron construidos, bajo la arrolladora fuerza impulsora de Perry. Cuando Scott realizó su incursión a través del río Niágara, Perry logró llevarse algunos barcos más de Buffalo, el único resultado útil de la lucha en la región del lago Ontario.

Finalmente, Perry dispuso de una flota de diez barcos y el 2 de agosto entró en el lago, en busca de barcos británicos. El buque insignia de Perry era el *Lawrence*, así llamado en honor al capitán del *Chesapeake*, muerto dos meses antes. El lema «No entreguéis el barco» fue inscrito en la bandera de batalla del *Lawrence*.

Hasta el 10 de septiembre no se dio batalla. Perry se halló frente a seis barcos enemigos en Put-in-Bay, en una de las islas situadas en el oeste del lago Erie, no lejos de donde las fuerzas de Hull estaban bajo asedio. Las dos flotas eran casi iguales en cuanto a número de cañones, pero los cañones americanos disparaban más rápidamente.

Las escuadras se bombardearon incesantemente durante tres horas. Los británicos se concentraron en el Lawrence, que fue acribillado; el 80 por 100 de sus hombres fueron muertos o heridos. Perry no podía observar la batalla desde su cubierta, de modo que subió a un bote abierto y fue llevado a otro barco, el Niágara, bajo una andanada de armas pequeñas. El éxito del traslado levantó el espíritu de los americanos y el combate siguió con mayor furia aún. Las pérdidas eran iguales por ambas partes, pero la escuadra británica fue obligada a rendirse. Todos los barcos británicos se entregaron, y Perry envió un mensaje a Harrison que es uno de los más famosos anuncios de victoria de la historia militar. Decía: «Hemos encontrado al enemigo y es nuestro.»

La victoria americana en la batalla del lago Erie fue el Saratoga de la Guerra de 1812. Después de ella, fueron los americanos quienes podían ser fácilmente avituallados y reforzados, y no los británicos. Los británicos comandados por Proctor se vieron obligados a evacuar Detroit el 18 de septiembre, ocho días después de la batalla.

Harrison ahora pasó a la ofensiva. Llevó 4.500 hombres al norte, a través del lago Erie, y los hizo desembarcar en territorio canadiense. Los británicos se retiraron ante ellos y los americanos los persiguieron hasta que llegaron a un punto del río Thames situado a unos den kilómetros al este de Detroit.

Proctor se habría retirado aún más, pero Tecumseh, quien se había opuesto a la evacuación de Detroit y estaba furioso por la retirada, insistió en que se presentase batalla. Proctor cedió y, el 5 de octubre de 1813, se libró la batalla del Thames.

Fue la única victoria americana por tierra, debida particularmente al embate de la caballería de Kentucky bajo el mando del coronel Richard M. Johnson (nacido cerca de Louisville en 1780). Hubo menos de 60 bajas por ambas partes, pero casi 500 británicos fueron tomados prisioneros y, lo más importante de todo, el mismo Tecumseh fue muerto. (Johnson sostuvo que le había dado muerte por su propia mano.)

La batalla del Thames puso fin a la guerra en el noroeste, aunque los británicos resistieron mucho más al norte de Fort Michilimackinac, y el oprobio de la rendición de Detroit por Hull fue más o menos vengado.

CAPÍTULO 12 - A SALVO DESPUÉS DE LA PRUEBA

Batalla en el norte

El año 1814 se inició con una especie de victoria terrestre americana en el sur. A mediados de 1813, las noticias de los éxitos británicos en el norte indujeron a los indios creeks a romper hostilidades contra los americanos. La Guerra Creek que siguió adoptó la forma de casi todas las guerras indias. Empezó con un ataque por sorpresa y una victoria de los indios. El 30 de agosto de 1813, un par de semanas antes de la batalla del lago Erie, los creeks atacaron Fort Mims, a unos cincuenta kilómetros al norte de Mobile, y mataron a la mayoría de la gente del fuerte.

En respuesta, el extravagante Andrew Jackson de Tennessee (nacido en el límite entre las dos Carolinas el 15 de marzo de 1767), con un brazo temporalmente inútil por una herida recibida en un duelo, condujo una compañía de milicianos al sur en noviembre. En el lapso de medio año, las fuerzas de Jackson avanzaron hacia el sur (contra una dura resistencia de los creeks) hasta que se llegó a una batalla culminante en Horsesho Bend, en lo que es ahora Alabama oriental, el 27 de mal 20 de 1814. Los creeks fueron obligados a rendirse y e poder indio quedó deshecho en el sudoeste.

Pero una victoria sobre los indios era insuficiente par que 1814 dejara de presentarse como un año sombrío El 11 de abril de 1814, dos semanas después de Horse shoe Bend, Napoleón finalmente fue derrotado, obligado a abdicar y luego exiliado en Elba. Gran Bretaña obtuvo una victoria completa en la guerra europea y su prestigio llegó a una nueva cúspide. Tenía soldados veteranos que habían combatido durante largos años en España y que eran la fuerza terrestre más formidable que la nación había tenido a su disposición en muchos años.

Gran Bretaña estaba dispuesta, pues, a hacer en serio la guerra a los Estados Unidos. Estrechó su bloqueo ahora incluyó también a Nueva Inglaterra, la cual, a fin de cuentas, nunca se había separado realmente de Estados Unidos.

Los británicos prepararon una ofensiva con la que si pretendía aplastar de una vez por todas a los Estados Unidos. Se planearon tres acciones más o menos simultáneas: una en el norte, en el lago Champlain; otra en el centro, en la bahía de Chesapeake, y otra en el sur en Nueva Orleáns.

Considerando cómo se habían desempeñado los americanos en la guerra (en tierra, al menos), podría parecer que Estados Unidos no podría evitar ser aplastado. Sil embargo, los dos años de lucha, mientras Gran Bretaña se hallaba ocupada principalmente en otras partes, habían sido beneficiosos. Wilkinson, por ejemplo, fue finalmente retirado en la deshonra, y su papel en la historia americana terminó. Ahora asumieron el mando los generales que habían mostrado algún talento.

Los americanos eran conscientes, por supuesto, de que debían esperar un reforzamiento de las fuerzas británicas en el norte, donde se habían librado durante dos años los principales combates terrestres. Trataron de atacar antes de que llegasen esos refuerzos británicos.

Una vez más, los americanos cruzaron el río Niágara para penetrar en territorio canadiense. El contingente americano era de sólo 3.500 hombres, pero ahora eran profesionales bien entrenados y estaban al mando del competente general de división Jacob Jennings Brown (nacido en el condado de Bucks, Pensilvania, en 1775).

El 3 de julio de 1814, los americanos tomaron Fort Erie, inmediatamente al otro lado del río desde Buffalo, y marcharon al norte a lo largo del río, hacia el lago Ontario. Los británicos prepararon una línea defensiva en las márgenes septentrionales del río

Chippewa, a veinticinco kilómetros al norte de Fort Erie y más o menos a mitad de camino entre los dos lagos.

Las fuerzas de vanguardia de los americanos fueron rechazadas por los británicos y por un momento reinó la confusión, pues algunos de los soldados americanos estaban celebrando el Día de la Independencia. Pero una brigada comandada por Scott logró entrar en acción y fue tan hábilmente dirigida que los británicos quedaron atrapados en una línea americana cóncava que disparó sobre ellos por ambos flancos. Los británicos, que sufrieron 500 bajas por 300 de los americanos, rompieron filas y huyeron.

Esta fue la primera vez que un número igual de británicos y americanos se enfrentaron en una batalla campal sin ventajas de posición para ninguna de las dos partes, y los americanos ganaron. En cierto modo, la batalla de Chippewa señala el nacimiento del ejército americano como fuerza de combate profesional.

Brown exploró más al norte. Pero los británicos reunieron refuerzos y, a unos cinco kilómetros al norte del campo donde se había librado la batalla de Chippewa, ocuparon posiciones defensivas en Lundy's Lane, una pequeña aldea situada sobre el lado canadiense de las cataras del Niágara.

El 25 de julio se dio la batalla. Una vez más, las armas retumbaron incesantemente. Los británicos, con 3.000 hombres frente a 2.600 americanos, llevaron ventaja, pero después de cinco horas de dura pelea, en la que participaron todos los hombres, la batalla terminó en un empate, con 900 bajas por ambas partes. Brown y Scott fueron heridos, y lo mismo los dos principales comandantes británicos.

La batalla de Lundy's Lane fue la más dura de la guerra, y una vez más los soldados americanos demostraron que podían hacer frente a las mejores tropas británicas.

Pero Brown no logró que barcos americanos del lago Ontario acudiesen en su ayuda. No deseando arriesgarse a la posibilidad de tener que enfrentarse con nuevos refuerzos británicos, se retiró a Fort Erie y dejó a los británicos en posesión del campo.

Los británicos ahora avanzaron, a su vez, y pusieron sitio a Fort Erie durante todo el mes de agosto. Los americanos se defendieron con habilidad y, en sus salidas, hicieron considerable daño a las fuerzas de asedio, que finalmente se vieron obligadas a retirarse, el 21 de septiembre. Brown planeó entonces otro avance, pero, nuevamente, no logró asegurarse la cooperación naval y, el 21 de noviembre de 1814, abandonó Fort Erie y volvió al lado americano del río Niágara.

La campaña de Brown, aunque mucho más hábilmente conducida que cualquiera de las incursiones de la guerra, sin embargo terminó en la frustración. Durante dos años y medio, los americanos habían estado explorando Canadá y aún no habían obtenido un solo acre de su territorio. Ni lo lograrían nunca. Después de que Brown cruzase de vuelta el río, nunca pisarían suelo canadiense enemigos extranjeros.

Mientras los esfuerzos americanos se concentraban en el frente del Niágara, los británicos planeaban llevar su ataque principal más al este, en el lago Champlain. Allí, el gobernador general de Canadá, sir George Prevost, estaba al mando de 11.000 veteranos británicos de las guerras napoleónicas. Además, había 800 hombres a bordo de dieciséis barcos británicos en las aguas del lago Champlain. Fue el mejor y el mayor ejército que Gran Bretaña envió a América del Norte en esta guerra. Las fuerzas americanas de la región, por otra parte, habían disminuido, porque la mitad de ellas habían sido enviadas al frente del Niágara. Sólo quedaban 3.300 hombres para hacer frente a los británicos.

No parecía haber nada que pudiese impedir al ejército de Prevost hacer lo que Burgoyne no había logrado hacer treinta y siete años antes: descender por el lago Champlain y el río Hudson hasta Nueva York, separar a la desafecta Nueva Inglaterra y quizá unirla al ejército británico que estaba atacando el corazón de América más al sur.

Si se podía llevar a cabo esto, Estados Unidos tendría que rendirse a aceptar los términos que una Gran Bretaña victoriosa quisiera establecer.

Y si al frente del ataque británico hubiera estado un comandante más capaz, podía haber ocurrido esto. Pero era Prevost quien estaba al mando. No quería avanzar demasiado al sur a menos de tener la certeza de que sus líneas de suministros a través de toda la extensión del lago eran seguras. Y no podían ser seguras, en su opinión, si no se eliminaba del lago Champlain una pequeña flotilla americana de catorce barcos.

Por consiguiente, cuando entró en el Estado de Nueva York, el 31 de agosto de 1814, sólo avanzó unas veinticinco millas, hasta Plattsburg, en la mitad de la costa occidental del lago. Allí, el 6 de septiembre, se detuvo y esperó la noticia de que los barcos americanos habían sido eliminados.

Los barcos americanos estaban comandados por Thomas McDonough (nacido en Delaware el 31 de diciembü de 1783), quien había estado con Decatur en el incendio del Philadelphia. Tenía dos barcos menos que el enemigo y seis cañones menos. Pero sus cañones de corto alcance eran más poderosos que los de los barcos británicos, de modo que su tarea era maniobrar de tal manera que el enemigo se acercase.

Por ello, colocó deliberadamente sus barcos a lo largo de un estrecho canal. Los barcos británicos, para avanzar hacia el sur en apoyo de Prevost, tenían que pasar cien metros de los barcos americanos. La alternativa era no moverse en absoluto, y Prevost, atrapado en la trampa del miedo, insistió en que se desplazasen.

Los barcos británicos descendieron el 11 de septiembre de 1814, y durante dos horas las dos escuadras se bombardearon una a otra furiosamente. McDonough maniobró con sus barcos magistralmente, llevando su buque insignia de un lado a otro para poder lanzar mejor sus andanadas sobre el buque insignia enemigo. Finalmente, ambos bandos sufrieron más de cien bajas, pero los barcos de McDonough estaban a flote, mientras que los barcos británicos quedaron reducidos a la impotencia. Como resultado de la batalla del lago Champlain, los americanos obtuvieron el control completo del lago, y Prevost, desesperado, renunció a la ofensiva y, abandonando sus suministros, retornó a Canadá. El gobierno británico lo hizo volver cubierto de deshonra, mientras que McDonough obtuvo una medalla de oro del Congreso, y las legislaturas de Nueva York y Vermont votaron una asignación de tierras para él.

Así, aunque los americanos fracasaron honorablemente en el frente del Niágara, los británicos fracasaron bastante más vergonzosamente en el frente del lago Champlain, y la guerra en el norte llegó a su fin manteniendo cada parte sus posesiones.

Batalla en el centro

La línea central de la triple ofensiva británica tuvo mejor comienzo.

En agosto de 1814, mientras que los americanos del frente del Niágara se habían retirado después de la batalla de Lundy's Lane y Prevost se aprestaba a marchar hacia el sur en masa, barcos de la escuadra de bloqueo británica, con 4.000 veteranos británicos a bordo, entraron en la bahía de Chesapeake. Remontaron el río Patuxent y, el 19 de agosto, desembarcaron en Benedict, Maryland, a cuarenta kilómetros al sudeste de Washington, D. C.

Uno de sus objetivos era apoderarse de ciertos cañoneros que estaban al mando del comodoro Joshua Barney (nacido en Maryland en 1759), que había sido uno de los corsarios de más éxito de la Guerra Revolucionaria. El único medio que tenía Barney de impedir que los cañoneros cayesen en manos de los británicos era destruirlos, y esto fue lo que hizo.

Desaparecidos los cañoneros, los británicos pasaron a su siguiente objetivo: marchar sobre Washington. Bajo el general Robert Ross, las fuerzas británicas

avanzaron hacia el norte a lo largo, del Patuxent. Presumiblemente, esperaban hallar resistencia, pero no hubo ninguna. Los americanos no estaban preparados en absoluto.

El secretario de Guerra, John Armstrong (nacido en Carlisle, Pensilvania, en 1758), era un hombre incompetente, lo que no es sorprendente cuando se recuerda que era un íntimo amigo de Wilkinson. Nunca se le ocurrió que la larga línea costera de América podía ser atacada por un enemigo que dominase el mar. Peor aún, los Estados Americanos, aunque deseosos de defenderse a sí mismos, no sentían ninguna obligación de defender el Distrito de Columbia.

Unos 7.000 soldados fueron reunidos a duras penas, de los cuales sólo unos pocos centenares eran soldados profesionales, los mejores de los cuales eran los 400 marineros a quienes Barney había hecho marchar por tierra hacia Washington después de haber destruido sus cañoneros. Estaban bajo el mando de William H. Winder, otro de los incompetentes del ejército, mantenido en el mando porque era primo del gobernador de Maryland.

Cuando, el 24 de agosto, los británicos llegaron a Bladensburg, a ocho kilómetros al norte de Washington, Winder se dirigió allí apresuradamente con sus tropas. El presidente Madison y la mayoría de su gabinete acudió a observar.

Y lo que vieron fue una vergüenza americana. Los americanos superaban a los británicos en dos a uno y ocupaban una posición mejor. Pero los inexpertos soldados americanos no pudieron resistir el fuego enemigo. Después de sufrir unas pocas bajas, rompieron filas a los quince minutos y huyeron, dejando abierto al enemigo el camino hacia Washington.

Los 400 marineros de Barney pusieron un toque de gloria a la derrota enfrentando a la retaguardia británica durante media hora, pero eran superados de diez a uno. Barney, herido en la lucha, finalmente ordenó que se retirasen. El ejército británico de Ross entró en Washington, D. C., y por primera y única vez en la historia de los Estados Unidos después de la Guerra Revolucionaria su capital estuvo en manos del enemigo.

El presidente Madison y el resto del gobierno se vieron obligados a huir precipitadamente a Virginia.

El comandante británico había recibido órdenes específicas de destruir la sede del gobierno en venganza por el incendio de York y otros lugares de Canadá por los americanos, cosa que los británicos hicieron con deleite.

Prendieron fuego al Capitolio y a la Casa del Ejecutivo, así como a la mayoría de los otros edificios públicos. Pero no hubo saqueo ni destrucción de viviendas privadas. Al día siguiente, el 25, una fuerte tormenta apagó los rescoldos y los británicos abandonaron la ciudad, habiendo realizado su propósito. Madison y otros miembros del gobierno volvieron sigilosamente el 27, y el secretario Armstrong fue obligado a renunciar por la exigencia popular.

(Sólo por un estrecho margen el Congreso votó la reconstrucción de Washington en vez de establecer una nueva capital en otra parte. La Casa del Ejecutivo fue pintada de blanco para ocultar algunos de los efectos del fuego y desde entonces ha sido llamada la «Casa Blanca».)

Los británicos, mientras tanto, se entregaron a una tarea más importante: llevaron un ataque contra Baltimore.

Baltimore era un puerto importante; había sido atacada en forma directa y tomada inmediatamente. Pero los británicos se habían desviado para tomarse una pequeña venganza contra Washington, y el retraso dio tiempo a los americanos, que era lo que más necesitaban.

El general Samuel Smith (nacido en Carlisle, Pensilvania, en 1752), que era un senador de Maryland, puso a trabajar a los ciudadanos de Baltimore y supervisó la construcción de un formidable conjunto de obras de defensa alrededor de la ciudad.

Mientras los británico perdían el tiempo provocando incendios en Washington, Smith reunió 13.000 hombres y apostó mil de ellos el Fort McHenry, que dominaba el puerto de Baltimore.

La flota británica remontó el Chesapeake y, el 12 di septiembre, dieciocho días después del incendio de la Casa del Ejecutivo y un día después de terminar la batalla del lago Champlain, los británicos se lanzaron hacía el norte y llegaron a North Point, a dieciséis kilómetros al sudeste de Baltimore.

Las tropas británicas desembarcaron y avanzaron hacia Baltimore. En Godly Woods, a cinco millas al este de Baltimore, encontraron un contingente de americanos en viados por Smith. Pero no fue como Bladensburg. Los británicos fueron vapuleados y Ross, el conquistador de Washington, fue muerto.

Los americanos, después de infligir 300 bajas y sufrir 200 propias, finalmente se retiraron, pero los británicos comprendieron que no podrían tomar Baltimore por tierra. La ciudad tenía que ser ablandada primero con un bombardeo desde el mar.

En la noche del 13 de septiembre, por ello, los barcos británicos se acercaron todo lo posible a los cañones de Fort McHenry y empezaron un bombardeo que duró toda la noche. A bordo de uno de los barcos había un abogado americano, Francis Scott Key (nacido en el condado de Frederick, Maryland, el 1 de agosto de 1779), quien estaba tratando de negociar la liberación de un anciano médico, un amigo suyo que había sido capturado en Washington.

Tuvo que permanecer a bordo durante el bombardeo, y pasó una noche desasosegada tratando de saber si Fort McHenry se vería obligado a rendirse. Cuando rompió el alba, el viejo médico, igualmente ansioso, preguntó insistentemente: «¿Está todavía allí la bandera?»

Inspirado, Key escribió un poema de cuatro estrofas como expresión de sus sentimientos. Las primeras dos estrofas son las siguientes:

¡Oh!, dime, ¿puedes ver a la temprana luz del alba,
lo que tan orgullosanente saludamos en el último res plandor del crepúsculo,
cuyas anchas bandas y brillantes estrellas, en medio de la peligrosa lucha,
sobre las murallas observábamos ondeando garbosa mente?
Y el rojo resplandor de los proyectiles, las bombas que estallaban en el aire,
daban prueba en la noche de que nuestra bandera aún estaba allí.
¡Oh!, dime, ¿ondea todavía la bandera estrellada
sobre la tierra de los libres y el hogar de los valientes?

En la costa, oscuramente vista entre las brumas de las profundidades,
donde la arrogante hueste enemiga reposa en mortal silencio,
¿qué es aquello que la brisa, sobre la elevada pendiente,
al soplar a rachas, ya oculta, ya descubre?
Ahora recibe la luz del primer destello de la mañana,
reflejada en toda su gloria, ahora brilla en la corriente:
¡Es la bandera estrellada! ¡Que ondee por largo tiempo
sobre la tierra de los libres y el hogar de los valientes!

Key llamó al poema «La defensa de Fort McHenry». Fue publicado el 20 de septiembre, una semana después del bombardeo, e inmediatamente se hizo popular. Se observó que las palabras se adecuaban a una vieja canción báquica llamada «A Anacreonte en el Cielo», y el poema, cantado de esta manera, y más tarde llamado «La bandera estrellada», se convertiría en el himno nacional de los Estados Unidos.

Como indica el poema, el bombardeo de Fort McHenry fue un fracaso para los británicos. Se renunció a todo el proyecto. Los soldados británicos volvieron a sus

barcos y dejaron Baltimore el 17 de septiembre. Un mes más tarde, la flota abandonó la bahía de Chesapeake en dirección a las Antillas. El ataque por el centro, aunque provocó más de un sobresalto al comienzo, fue un fracaso tan grande como el ataque en el norte.

Mientras tanto, continuaron las negociaciones de paz. Cuanto más declinaba la estrella de Napoleón después de su derrota en Rusia, tanto más ansiosos estaban el presidente Madison y el secretario de Estado James Monroe por llegar a una paz de algún género antes de que toda la furia británica pudiera volverse contra los Estados Unidos. La misión americana de paz, que llevaba las negociaciones en Europa, incluía a Gallarin (que seguía siendo secretario de Hacienda bajo Madison) y a John Quincy Adams (nacido en Quincy, Massachusetts, el 11 de julio de 1767, y que era el hijo mayor del ex presidente John Adams).

Durante bastante más de un año los negociadores americanos lucharon por lograr algo que pudieran aceptar. Al principio habían insistido en que cualquier acuerdo de paz debía incluir el abandono por los británicos del derecho de requisa, pero cuando Napoleón, abdicó y la causa americana parecía cada vez más desesperada, se renunció a esta exigencia. Siguiendo instrucciones de su gobierno, convinieron en aceptar un tratado de paz en el que no se mencionase la cuestión de las requisas.

Pero los británicos no eran fáciles de aplacar. En su opinión, los americanos los habían apuñalado por la espalda cuando luchaban contra la amenaza mundial que representaba Napoleón. Los británicos estaban decididos, por ello, a no permitir que los despreciados yanquis salieran de apuros demasiado fácilmente. Exigieron concesiones territoriales de todo género que los americanos no podían conceder. Las noticias del incendio de Washington hicieron aún más arrogante la actitud británica, pero poco después llegaron las noticias de los fracasos en el lago Champlain y en Baltimore, y el orgullo británico se desinfló repentinamente.

El gobierno británico se dirigió al duque de Wellington, que era su más grande general y había contribuido mucho a la derrota de Napoleón, y se le preguntó si se haría cargo de la guerra en América del Norte. Wellington dijo que lo haría si se le ordenaba, pero que sin el control de los lagos, no serviría de nada. Aconsejó firmar una paz sin cambios territoriales.

Así fue. El 24 de diciembre de 1814 se firmó un tratado de paz en Gante, en lo que ahora es Bélgica. El Tratado de Gante no hizo más que restaurar la situación anterior. No se mencionaba la requisa, no se resolvían los problemas comerciales ni se estipulaban cambios territoriales. Sin embargo, terminadas las guerras napoleónicas, era razonable esperar que la actitud británica ahora se ablandase; ya era suficiente con que hubiera paz. Los Estados Unidos, después de dos años y medio de más derrotas que victorias, no estaba con ánimo de pedir más.

Batalla en el sur

Pero hubo una seria dificultad. El Tratado de Gante no era legalmente obligatorio hasta no ser ratificado por ambos gobiernos y las noticias tardaban seis semanas en llegar a Washington, D. C. Si de algún modo la gente que estaba en los escenarios de combate se enteraba de que el tratado había sido firmado, las hostilidades activas cesarían, en espera de la ratificación, pero en 1814 no había ningún cable atlántico. La lucha continuó.

La tercera punta de la triple ofensiva británica, la dirigida contra Nueva Orleáns, estaba proyectada para comenzar en el otoño de 1814, y así fue.

Más aún, también Andrew Jackson estaba avanzando. Jackson fue con mucho la más colorida personalidad de ese período de la historia americana. En la adolescencia, había sido tomado prisionero por los británicos durante la Guerra Revolucionaria y fue

golpeado en el rostro con un sable, de plano, por negarse a lustrar las botas de un oficial. Jackson raramente olvidaba una afrenta, de modo que fue antibritánico por el resto de su vida.

Después de la Guerra Revolucionaria, vivió en Carolina del Norte, se hizo abogado y pronto se trasladó a Tennessee. Formó parte de la convención que elaboró un proyecto de constitución para el nuevo Estado, y luego, en su representación, estuvo un tiempo en cada una de las cámaras del Congreso. Retornó a Nashville, donde fue juez, y se sintió brevemente atraído por las suaves ideas de Aaron Burr. Tan pronto como Jackson se dio cuenta de que Burr planeaba cometer una traición, le retiró su apoyo.

Cuando estalló la Guerra de 1812, Jackson, quien fue puesto al mando de la milicia de Tennessee, echaba espuma por la boca de ansias de enfrentarse con los ingleses. Cuando finalmente se le asignó una tarea, sin embargo, fue la de combatir a los indios creeks.

La triunfal conclusión de esta campaña y el tratado por el cual los indios creeks cedían la mayor parte de lo que es ahora el Estado de Alabama a los Estados Unidos hicieron de Jackson un héroe del oeste. Impacientemente, avanzó hacia el sur para enfrentarse con los británicos.

Era seguro en 1814 que los británicos atacarían en el sur y su objetivo sería, finalmente, Nueva Orleáns. Pero Jackson pensó que la mejor estrategia para los británicos era apoderarse de una base en la costa del golfo, quizá Mobile o, mejor aún, Pensacola, en la Florida española, y desde allí atacar en el Misisipí al norte de Nueva Orleáns, a fin de tomar este rico puerto por sofocación.

Con esta idea, y en contra de las instrucciones (raramente prestaba atención a las instrucciones), estableció una base propia en Mobile y, dirigiéndose al este, invadió Florida y colocó una fuerza de ocupación en Pensacola, el 7 de noviembre de 1814. Su razonamiento era que España, en la guerra contra Napoleón, era la aliada de Gran Bretaña, y el aliado de nuestro enemigo también es nuestro enemigo.

La ofensiva británica se inició el 26 de noviembre, cuando una flota que transportaba 7.500 soldados veteranos británicos abandonó las Antillas y se dirigió al golfo de México. Al frente de esas tropas estaba el general Edward Pakenham, cuya hermana estaba casada con el duque de Wellington.

Jackson tardó un poco en comprender que los británicos se dirigían directamente a Nueva Orleáns y no iban a intentar primero establecer una base en la costa del golfo. Cuando esto estuvo claro, Jackson se abalanzó al oeste, a Baton Rouge, a ciento treinta kilómetros (noroeste de Nueva Orleáns, para esperar los sucesos.

El 13 de diciembre, la flota británica entró en el lago Borne, una entrada del golfo de México, cuyo borde occidental estaba a sólo diecinueve kilómetros al este de Nueva Orleáns. Inmediatamente, Jackson lanzó su tropas a esta ciudad, colocó a ésta bajo la ley marcial ordenó rápidos ataques que desconcertaron a los británicos y construyó una línea defensiva al sudeste de la ciudad.

Mientras las dos partes maniobraban para ocupar posiciones, se firmó el Tratado de Gante. Pero esto nadie podía saberlo. El 8 de enero de 1815, diez días después de la firma del tratado, Pakenham lanzó el ataque. Envió 5.300 honbres contra los parapetos, detrás de los cuales había 4.500 hombres de Kentucky y Tennessee, cada uno con un rifle largo y todos expertos tiradores. Para los británicos, fue un suicidio; sencillamente, eran blancos animados.

Los fusileros americanos dispararon a su gusto y en media hora mataron o hirieron a 2.000 soldados británicos, a costa de 21 bajas propias. Tres generales, incluído Pakenham, se contaron entre los muertos.

Los británicos se retiraron y, después de un período de espera en el que permanecieron aturdidos, se reembarcaron el 27 de enero y se dispusieron a probar suerte en Mobile a fin de cuentas, cuando les llegaron las noticias del tratado de paz.

Aunque la batalla de Nueva Orleáns nunca se habría librado si los americanos hubiesen sabido que se había firmado el Tratado de Gante, en algunos aspectos fue la batalla de mayores consecuencias de la guerra.

En primer lugar, las noticias de la desproporcionada victoria llegaron al público americano antes que las noticias de la firma de la paz, lo cual dio a los Estados Unidos la sensación de haber ganado la guerra. Si el duelo entre el *Constitution* y el *Guerriére* había sido el Bunker Hill de la Guerra de 1812, y la batalla del lago Erie había sido equivalente a la de Saratoga, la batalla de Nueva Orleáns fue la análoga de la de Yorktown.

Después de eso, la noticia de una paz de compromiso que no resolvía ninguno de los puntos por los que se había librado la guerra no desalentó ni humilló a la nación. Las noticias del tratado llegaron a Nueva York el 11 de febrero de 1815, y el presidente Madison proclamó formalmente la paz el 17 de febrero. Para entonces, con la batalla de Nueva Orleáns en su haber, los americanos podían mirar a los británicos a los ojos y desafiarlos a que sostuvieran que la Guerra de 1812 había sido una derrota americana.

Otro estímulo del orgullo americano fue el asunto de los Estados de Berbería. El gobernante de Argelia había aprovechado la Guerra de 1812 para declarar la guerra a los Estados Unidos, apoderarse de barcos americanos y poner en prisión a ciudadanos americanos. Tan pronto como llegó la paz, Stephan Decatur fue enviado con diez barcos al Mediterráneo. El 30 de junio de 1815 obligó a Argelia a capitular y terminaron todos los problemas con los Estados de Berbería.

De hecho, las noticias de la batalla de Nueva Orleáns tuvieron un efecto aún más saludable sobre los británicos. En general, el público británico, que se enteró de la paz prácticamente tan pronto como se firmó, estaba muy insatisfecho. La gloria de haber derrotado a Napoleón y el hecho de que los británicos hubiesen incendiado Washington, D. C., les hizo pensar que no era aceptable nada menos que la victoria absoluta sobre los Estados Unidos. Consideraban que una paz de compromiso era una mezquina rendición. Si no hubiese ocurrido nada más, es posible que el resentimiento británico hubiese hecho inestable la paz.

Las noticias de la batalla de Nueva Orleáns tuvieron un efecto sosegador sobre la opinión pública británica. Las exigencias sedientas de sangre de aplastar a los americanos repentinamente parecieron sin sentido. Por añadidura, poco después de que llegasen las noticias de la derrota británica llegaron los informes de que Napoleón había abandonado la isla de Elba y desembarcado en Francia. De pronto, la guerra contra Napoleón se encendio nuevamente y los británicos tuvieron cuestiones mucho más serias en las cuales pensar que los yanquis del otro lado del mar.

El nuevo intento de Napoleón no duró mucho, y el 18 de junio de 1815 fue definitivamente aplastado por el duque de Wellington en la batalla de Waterloo. Esto era gloria suficiente para los británicos, y no necesitaban nada más a expensas de los Estados Unidos.

En verdad, la batalla de Waterloo anunció un período de casi exactamente un siglo en el que sólo hubo guerras locales, por lo general breves y no sangrientas, en Europa. Durante ese tiempo, Gran Bretaña siguió teniendo el dominio indiscutido de los mares y, detrás de la barrera de la armada británica, Estados Unidos pudo, por un siglo, crecer y desarrollarse sin mucho temor a la interferencia externa.

En la medida en que esto fue el resultado de la tolerancia británica nacida del efecto apaciguador de la batalla de Nueva Orleáns, esta batalla fue una de las más útiles jamás librada por los Estados Unidos y, si se consideran los sucesos del siglo XX, también por Gran Bretaña.

Las consecuencias de la paz

En 1815, puede decirse imparcialmente que Estados Unidos se había demostrado a sí mismo que su nacimiento había sido un éxito y que había sobrevivido a su infancia crítica. Nunca volvería a estar en peligro por causa de una potencia extranjera, y tan ciertamente parecía ser esto el resultado de haber salido a salvo de la Guerra de 1812 que esta guerra es llamada a veces «la Segunda Guerra de la Independencia». Por esta razón, es un punto conveniente para dar fin a un libro titulado El nacimiento de los Estados Unidos.

Durante un tiempo después de 1815, debe de haber parecido que se había logrado internamente un éxito similar, pues, casi milagrosamente, las dimensiones partidistas empezaron a desaparecer y casi todos los americanos se hicieron republicanos demócratas.

Los federalistas habían cavado su propia tumba. Su encono contra la guerra fue suficientemente intenso como para que sus acciones parecieran traidoras. Se negaron a combatir en la guerra y no hicieron ningún secreto de su deseo de aumentar su poder a expensas del gobierno central, al que consideraban que estaba en las garras del sur y del oeste.

Durante todo 1814, cuando Gran Bretaña parecía lista para la cacería, fueron elegidos delegados de los cinco Estados de Nueva Inglaterra y, el 15 de diciembre de 1815, se reunieron en Hartford. La atmósfera nacional era sombría, pues la mayoría de la gente estaba segura de que los británicos pronto tomarían Nueva Orleáns y no había llegado aún ninguna noticia de que los británicos estuviesen suavizando sus exigencias territoriales.

La «Convención de Hartford» se reunió durante tres semanas, hasta el 5 de enero de 1815. Las figuras principales de la convención fueron George Cabot (nacido en Salem, Massachusetts, en 1752) y Harrison-Gray Otis (nacido en Boston, en 1765, y sobrino de James Otis).

La convención adoptó un conjunto de resoluciones que exigían un considerable debilitamiento del Gobierno Federal: un solo mandato para los presidentes, limitaciones a los reclutamientos y embargos militares, derechos restringidos para los ciudadanos naturalizados, etc. La exigencia más importante era la de que cada Estado usase los impuestos federales recaudados dentro de sus límites para su propia defensa.

Naturalmente, si cada Estado era responsable de su propia defensa, toda acción unida en tiempo de guerra sería imposible y la nación se desmembraría al menor roce del exterior. El Gobierno Federal no podía aceptar esto, a menos que ya hubiese sufrido una humillante derrota y careciese de todo poder.

Pero esto era lo que los hombres de la Convención de Hartford esperaban que ocurriera, y designaron a Otis para que encabezase una delegación que fuese a Washington para presentar sus exigencias al presidente Madison.

Como la Convención Constitucional, la de Hartford decidió mantener sus deliberaciones en secreto. Pero, considerando que eran tiempos de guerra y que Nueva Inglaterra era notoriamente desafecta, fue una actitud poco sensata. Los republicanos demócratas proclamaron ruidosamente que la Convención de Hartford estaba tramando una traición, y la nación en su conjunto lo creyó. ¿Por qué, si no, habían de ser tan sigilosos? Y aunque las resoluciones no constituían, en verdad, una traición abierta, es fácil creer que la delegación de Otis pretendía amenazar con la secesión si el presidente Madison no aceptaba sus concepciones.

La delegación de Otis no se preocupó por las acusaciones de traición, pero cuando estuvieron en Baltimore llegaron las noticias de la enorme victoria de Nueva Orleáns. De pronto, pensaron que el presidente Madison no se avendría a razones. Luego llegaron las noticias de una paz que dejaba totalmente intactos a los Estados

Unidos y que, junto con la batalla de Nueva Orleáns, podía considerarse victoriosa. Ahora parecía que Madison ni siquiera hablaría con ellos.

Vagaron fútilmente durante un tiempo en Washington y luego, no pudiendo hacer nada, se marcharon. Ellos, junto con la Convención de Hartford y todos los federalistas de todas partes inspiraron algo que era mucho peor que el temor y la cólera: el ridículo y el desprecio.

El Partido Federalista se desvaneció entre las risas provocadas por el gesto más grotescamente inoportuno de la historia americana, y a los pocos años había desaparecido totalmente. Le siguió lo que se llama a veces «la Era de los Buenos Sentimientos», porque parecía que todos los americanos ahora estaban de acuerdo en lo fun damental y avanzarían unidos.

Stephen Decatur, a su regreso del Mediterráneo, era el héroe del momento. Cuando se hizo un brindis en su homenaje en una reunión de Norfolk, en 1816, respondió con otro que parecía rezumar el sentimiento de unidad y seguridad de un pueblo confiado en su propio destino:

«¡Por nuestro país! Que en su intercambio con naciones extranjeras tenga siempre razón; pero ¡por nuestro país, con razón o sin ella!»

Desde la época en que se firmó la Declaración de la Independencia hasta las resonancias del grandilocuente brindis de Decatur, habían pasado exactamente cuarenta años. Cinco firmantes de la Declaración aún vivían. John Adams, Thomas Jefferson, Charles Carroll de Carrollton, William Floyd (nacido en Brookhaven, Nueva York, en Is 1734) y William Ellery (nacido en Newport, Rhode Island, en 1727). Desaparecido el peligro externo, aparentemente asegurada la paz interna, ¿qué podía andar mal?

Sin embargo, algo fue mal. A los cuatro años del brindis de Decatur, se abrió un sonoro debate sobre la admisión de nuevos Estados, debate que señaló el comienzo de una disputa que, por otros cuarenta años, se haría cada vez más acelerado, más enconado, más lleno de odio, hasta que la nación sobre la cual parecía brillar un sol tan resplandeciente hizo lo que ningún enemigo externo podía haber hecho.

Casi se destruyó a sí misma.

Pero cómo ocurrió eso y cómo sobrevivieron los Estados Unidos, debe ser el tema de otro libro.

Cronología

1760
Octubre 26: Jorge III sube al trono de Gran Bretaña.
1761
Febrero 24: James Otis denuncia los mandatos de asistencia.
1762
Jean Jacques Rousseau publica El contrato social.
1763
Charles Masón y Jeremiah Dixon comienzan la determinación de la «Línea Mason-Dixon».
Febrero 10: el Tratado de París termina la Guerra contra Franceses e Indios.
En abril, George Granville es nombrado primer ministro británico.
El 7 de mayo comienza la Guerra de Pontiac con el bloqueo de Detroit.
El 2 de agosto los británicos derrotaron a los indios en la batalla de Bushy Run.
El 7 de octubre una proclama real prohibe los asentamientos más allá de la cadena Allegheny.
El 1 de diciembre Patrick Henry defiende el gobierno autónomo en la Catísa de Parsons.
1764
Los franceses fundan San Luis.
En marzo, Grenville anuncia un proyecto de Ley de Timbres en las colonias.
El 5 de abril se aprueba la Ley del Azúcar, que eleva los aranceles.
El 19 de abril la Ley de la Moneda prohibe a las colomas emitir papel moneda.
El 17 de noviembre termina la lucha en la Guerra de Pontiac.
1765
El 22 de marzo se aprueba la Ley de Timbres.
El 15 de mayo la Ley de Acuartelamiento ordena a los colonos alojar a los soldados.
El 29 de mayo Patrick Henry denuncia la Ley de Timbres.
El 8 de junio Massachusetts toma la iniciativa de convocar un Congreso para discutir la Ley de Timbres.
El 7 de octubre el Congreso sobre la Ley de Timbres inicia sus sesiones en Nueva York.
El 1 de noviembre la Ley de Timbres entra en vigencia.
1766
El 17 de enero mercaderes de Londres piden la revocación de la Ley de Timbres.
El 13 de febrero Benjamín Frankiin testifica contra la Ley de Timbres ante el Parlamento.
El 18 de marzo la Ley de Timbres es revocada.
El 24 de julio el Tratado de Oswego pone fin a la Guerra de Pontiac.
1767
El 8 de mayo Charles Townshend pronuncia su «discurso del champán».
El 15 de junio es suspendida la Asamblea de Nueva York.
El 29 de junio se impone a los colonos los aranceles de Townshend.
El 4 de septiembre muere Townshend.
El 20 de noviembre entran en vigor los aranceles de Townshend.
El 2 de diciembre John Dickinson comienza la publicación de las Cartas de un granjero.
1768
11 de febrero: circular preparada por Samuel Adams y enviada a otras colonias sugiriendo la oposición unida.
El 10 de junio es capturado el barco de John Hancock por infracciones aduaneras; se producen disturbios.
El 1 de octubre se apostan en Bostón dos regimientos de soldados británicos.
1769

En junio, se forma la colonia de Vandalia en lo que es ahora Virginia occidental.
El 16 de julio se establece una misión en San Diego, primer asentamiento español en California.
1770
19 de enero: disturbios por la destrucción del Asta de la Libertad en la ciudad de Nueva York.
31 de enero: lord North es nombrado primer ministro británico.
5 de marzo: matanza de Bostón.
12 de abril: todos los aranceles de Townshend son suprimidos excepto el del té.
1772
El 10 de junio los americanos incendian el barco británico Gaspée en la bahía de Narragansett.
El 2 de noviembre Samuel Adams y Joseph Warren forman Comités de Correspondencia.
1773
16 de diciembre: «La Reunión de Té de Bostón».
1774
El 31 de marzo Jorge III aprueba la Ley del Puerto de Bostón, la primera de las Leyes Coercitivas.
El 10 de mayo Luis XVI ocupa el trono de Francia.
El 13 de mayo el general Thomas Gage llega a Bostón como gobernador de Massachusetts.
El 24 de mayo la Cámara de Burgesses de Virginia expresa su simpatía por Bostón y declara día de oración el 1 de junio, día en que se cerró al comercio el puerto de Bostón.
El 2 de junio es aprobada por el Parlamento la Ley de Acuartelamiento.
El 22 de junio el Parlamento aprueba la Ley de Quebec.
El 27 de agosto se establece la coloma de Transilvania en lo que es ahora Kentucky.
El 1 de septiembre el general Gage se apodera de suministros de pólvora en Charlestown.
El 5 de septiembre se reúne el Primer Congreso Continental en Filadelfia.
El 17 de septiembre Joseph Warren redacta las Resoluciones de Suffolk.
El 5 de octubre Massachusetts organiza fuera de Bostón un gobierno en desafío al rey y organiza a los «minutemen» [«hombres del minuto»].
El 6 de octubre termina la lucha en la Guerra de lord Dunmore.
El 26 de octubre el Primer Congreso Continental levanta sus sesiones.
El 30 de noviembre Thomas Paine llega a Filadelfia desde Gran Bretaña.
El 13 de diciembre los colonos se adueñan de la pólvora en Portsmouth, New Hampshire.
1775
El 26 de febrero el general Gage envía soldados a Salem.
El 27 de febrero se prohibe el comercio de Nueva Inglaterra con otras colonias.
El 23 de marzo Patrick Henry pronuncia su discurso «Libertad o Muerte».
El 1 de abril Daniel Boone funda Boonesborough.
El 18 y 19 de abril Paúl Reveré y otros efectúan la cabalgata de alerta.
El 19 de abril los americanos derrotan a los británicos en las batallas de Lexington y Concord.
El 23 de abril se inicia el sitio americano a Bostón.
El 10 de mayo se reúne el Segundo Congreso Continental en Filadelfia. Ethan Alien toma Ticonderoga.
El 31 de mayo los colonos de Carolina del Norte occidental adoptan las Resoluciones de Meckienburg.
El 12 de junio Gage pone Bostón bajo la ley marcial.

El 14 de junio se crea el Ejército Continental.
El 15 de junio Jorge Washington es nombrado comandante en jefe del Ejército Continental.
El 17 de junio se libra la batalla de Bunker Hill; los británicos sufren grandes pérdidas; Joseph Warren muere en acción.
El 22 de junio el Congreso empieza a emitir papel moneda.
El 3 de julio Washington toma el mando del Ejército Continental.
El 23 de agosto Jorge III declara en estado de rebelión a las colonias.
El 1 de septiembre Jorge III se niega a aceptar peticiones del Congreso Continental.
El 10 de octubre William Howe reemplaza a Gage como comandante en jefe de las fuerzas británicas en América.
El 13 de octubre el Congreso autoriza la creación de una armada americana.
El 13 de noviembre Richard Montgomery arrebata Montreal a los británicos.
El 31 de diciembre los americanos son derrotados en la batalla de Quebec; Montgomery es muerto; Benedict Arnol, herido.
1776
Los españoles fundan San Francisco. Los españoles llegan también a la desembocadura del río Columbia.
El 1 de enero Washington levanta la primera bandera americana de bandas.
El 5 de enero New Hampshire adopta la primera constitución estatal escrita.
El 10 de enero Thomas Paine publica El sentido común.
El 24 de enero llega a Bostón la artillería de Ticonderoga.
El 3 de marzo Silas Deane es designado para marchar a Francia en calidad de agente comercial.
El 4 de marzo Washington fortifica Dorchester Heights.
El 17 de marzo Howe evacúa Bostón.
El 26 de marzo el ejército británico zarpa del puerto de Bostón hacia Halifax.
El 12 de abril Carolina del Norte se declara a favor de la independencia; es la primera colonia que lo hace.
El 13 de abril Washington lleva el ejército desde Cambridge a Nueva York.
El 7 de junio Richard Henry Lee presenta al Congreso Continental un proyecto de declaración de la independencia.
El 10 de junio Francia se prepara para conceder a los americanos el primer préstamo.
El 11 de junio se elige una Comisión para redactar un proyecto de Declaración de la Independencia, encabezada por Thomas Jefferson.
El 12 de junio se elige una comisión para que esboce un plan de confederación de las colonias, comisión encabezada por John Dickinson.
Una Declaración de Derechos, redactada por George Masón es adoptada como parte de la Constitución del Estado de Virginia.
El 28 de junio una fuerza naval británica es rechazada en Charleston, Carolina del Sur.
La Declaración de Independencia es presentada al Congreso.
El 2 de julio el Congreso aprueba la Declaración de la Independencia. Howe lleva el ejército británico a Staten Island.
El 4 de julio John Hancock firma la Declaración de la Independencia.
El 12 de julio John Dickinson informa de un plan de «Artículos de la Confederación».
El 27 de agosto los británicos derrotan a los americanos en la batalla de Long Island.
El 6 de septiembre se realiza una conferencia de paz abortada en Staten Island.
El 15 de septiembre los británicos ocupan la ciudad de Nueva York.
El 22 de septiembre es ejecutado Nathan Hale.
El 28 de octubre los británicos derrotan a los americanos en la batalla de White Plains (Llanuras Blancas).
El 16 de noviembre los británicos toman Fort Washington.

El 20 de noviembre los británicos toman Fort Lee.
El 21 de noviembre Washington y Greene comienzan a retirarse a través de Nueva Jersey.
En diciembre, Benjamín Franklin es encargado de las negociaciones con Francia.
El 6 de diciembre Transilvania es incorporada a Virginia como «Condado de Kentucky».
El 8 de diciembre los británicos ocupan Newport, Rhode Island.
El 20 de diciembre el Congreso, después de huir de Filadelfia, se reúne en Baltimore.
El 23 de diciembre aparece el primer número de *La Crisis Americana* de Paine.
El 25 de diciembre Washington cruza el río Delaware,
El 26 de diciembre los americanos obtienen la victoria en la batalla de Trenton.
El 30 de diciembre los americanos ocupan Trenton.
1777
El 3 de enero los americanos ganan la batalla de Princeton.
El 4 de marzo el Congreso retorna a Filadelfia.
El 1 de junio el general John Burgoyne inicia la ofensiva para tratar de dividir los Estados Americanos en dos.
El 14 de junio el Congreso adopta la primera bandera con bandas y estrellas.
El 6 de julio Burgoyne toma Ticonderoga.
El 8 de julio Vermont aprueba una constitución escrita que establece el sufragio masculino y la abolición de la esclavitud.
El 23 de julio Howe abandona Nueva York y avanza para tomar Filadelfia.
El 29 de julio Burgoyne toma Fort Edward.
El 4 de agosto Horario Gates toma el mando del ejército americano que se enfrenta con Burgoyne.
El 6 de agosto los británicos e indios que avanzan a través del Estado de Nueva York desde el oeste son detenidos en la batalla de Oriskany.
El 16 de agosto las fuerzas de Burgoyne son derrotadas en la batalla de Bennington.
El 23 de agosto los británicos que están en el oeste de Nueva York abandonan la ofensiva al acercarse Benedict Arnold.
El 25 de agosto Howe desembarca en Maryland,
El 11 de septiembre Howe derrota a Washington en la batalla de Brandywine.
El 19 de septiembre termina en empate la primera batalla de Saratoga entre Gates y Burgoyne.
El 26 de septiembre los británicos ocupan Filadelfia.
El 30 de septiembre el Congreso, después de huir de Filadelfia por segunda vez, se reúne en York, Pensilvania.
El 3 de octubre Howe derrota a Washington en la batalla de Germantown.
El 7 de octubre los americanos, conducidos por Benedict
Arnold, derrotan a Burgoyne en la segunda batalla de Saratoga.
El 17 de octubre Burgoyne se rinde.
Y El 15 de noviembre el Congreso aprueba los Artículos de la Confederación.
En diciembre, Washington establece sus cuarteles de invierno en Valley Forge.
1778
El capitán James Cook explora la costa de Oregón.
El 6 de febrero se sella la alianza entre Francia y los Estados Unidos.
El 23 de febrero el barón von Steuben llega a Valley Forge y entrena al ejército.
El 8 de mayo Clinton reemplaza a Howe como comandante en jefe británico.
El 12 de mayo George Rogers Clark parte para efectuar una expedición al noroeste.
El 18 de junio los británicos evacúan Filadelfia.
Junio 28: empate en la batalla de Monmouth.
El 2 de julio el Congreso vuelve a Filadelfia.

El 4 de julio se produce una matanza de indios «leales» en Wyoming Valley.
El 5 de junio Clark toma Kaskaskia, luego Vincennes.
El 10 de julio Francia declara la guerra a Gran Bretaña.
El 11 de noviembre, matanza de indios «leales» en Cherry
El 17 de diciembre los británicos retoman Vincennes en el noroeste.
El 29 de diciembre los británicos toman Savannah, Georgia
1779
El 29 de enero los británicos toman Augusta, Georgia.
El 25 de febrero Clark toma Vincennes y completa la conquista del noroeste.
El 21 de junio España declara la guerra a Gran Bretaña.
El 16 de julio Anthony Wayne asalta y toma Stony Point, en Nueva York.
En agosto, las fuerzas americanas destruyen el poder iroqués.
El 23 de septiembre Jon Paúl Jones, en el Bon Homme Richard, destruye el Serapis frente a la costa escocesa.
El 9 de octubre el intento americano de retomar Savannah es rechazado.
El 25 de octubre los británics evacúan Newport, Rhode Island.
1780
El 12 de mayo los británicos toman Charleston, Carolina del Sur.
El general Lincoln se rinde en la gran derrota americana de la guerra.
El 11 de julio Rochambeau y los franceses desembarcan en Newport; son asediados allí por los británicos.
El 16 de agosto los americanos sufren una seria derrota en la batalla de Camden; Gates queda deshonrado.
El 23 de septiembre se descubre el complot de Benedict Arnold para rendir West Point.
El 2 de octubre el comandante Andró es ahorcado como espía.
El 7 de octubre los americanos triunfan en la batalla de King's Mountain.
El 20 de diciembre Gran Bretaña declara la guerra a los Países Bajos.
1781
Los españoles fundan Los Angeles.
El 17 de enero los americanos obtienen la victoria en la batalla de Cowpens.
El 20 de febrero Robert Monis es nombrado superintendente de finanzas.
El 1 de marzo, cuando las colonias prometen renunciar a sus reclamaciones de tierras occidentales, Maryland acepta los Artículos de la Confederación; puesto que es el último Estado que lo hace, los Artículos entran en vigor.
El 15 de marzo los americanos sufren una derrota no muy severa en la batalla de Guilford Courthouse.
El 25 de abril Cornwallis se dirige al norte para llegar a Virginia.
El 5 de julio Rochambeau lleva sus tropas francesas desde Newport a la región de Nueva York para unirse a Washington.
El 1 de agosto Cornwailis se retira a Yorktown.
El 30 de agosto De Grasse y la flota francesa llegan a Yorktown.
El 5 de septiembre De Grasse derrota a la flota británica; Washington llega a Yorktown.
El 28 de septiembre empieza el asedio de Yorktown.
El 19 de octubre Cornwailis se rinde en Yorktown.
1782
El 20 de marzo lord North dimite como primer ministro británico.
El 19 de abril los Países Bajos reconocen la independencia de los Estados Unidos.
El 11 de julio los británicos evacúan Savannah.
El 10 de noviembre George Rogers Clark derrota a los shawnees.
El 14 de diciembre los británicos evacúan Charleston.
1783
El 19 de abril el Congreso declara el fin de la Guerra Revolucionaria.

El 13 de mayo se forma la Sociedad de los Cincinatos.
El 30 de junio el Congreso se reúne en Princeton, Nueva Jersey, después de abandonar Filadelfia por tercera vez a consecuencia de un amotinamiento.
El 3 de septiembre el Tratado de París pone fin formalmente a la Guerra Revolucionaria.
El 25 de noviembre los británicos evacúan Nueva York.
El 4 de diciembre Washington se despide de sus oficiales en Fraunces Tavern.
El 23 de diciembre Washington renuncia como comandante en jefe.
1784
Se organiza el Estado de Franklin.
El 23 de abril el Congreso aprueba la sugerencia de Jefferson de organizar el oeste (lo que dio origen a la Ordenanza del Noroeste).
El 26 de junio España cierra el río Misisipí a los americanos.
1785
El 11 de enero el Congreso se reúne en Nueva York, que sigue siendo la capital de los Estados Unidos durante cinco años.
1786
El 21 de enero la legislatura de Virginia convoca a una reunión de todos los Estados en Annapolis para discutir asuntos comerciales.
En agosto, se produce la rebelión de Shay.
El 11 de septiembre se reúne la Convención de Annapolis.
1787
En febrero, termina la rebelión de Shay.
El 21 de febrero el Congreso convoca a una Convención Constitucional.
El 25 de mayo se inaugura la Convención Constitucional.
El 29 de mayo Edmund Randolph presenta el Plan de Virginia.
El 15 de junio William Paterson presenta el Plan de Nueva Jersey.
El 13 de julio la Ordenanza del Noroeste es aprobada por el Congreso.
El 16 de julio la Convención Constitucional aprueba el Compromiso de Connecticut.
El 22 de agosto John Fitch presenta el barco de vapor en el río Delaware.
El 17 de septiembre miembros de la Convención Constitucional firman la Constitución.
El 27 de octubre sale publicado el primer número de *The Federalist*.
El 7 de diciembre Delaware ratifica la Constitución.
El 12 de diciembre Pensilvania ratifica la Constitución.
El 18 de diciembre Nueva Jersey ratifica la Constitución.
1788
El 2 de enero Georgia ratifica la Constitución.
El 9 de enero Connecticut ratifica la Constitución.
El 6 de febrero Massachusetts ratifica la Constitución; sugiere la promulgación de una Declaración de Derechos.
El 28 de abril Maryland ratifica la Constitución.
El 23 de mayo Carolina del Sur ratifica la Constitución.
El 21 de junio New Hampshire se convierte en el noveno Estado que ratifica la Constitución, por lo cual ésta entra en vigor.
El 25 de junio Virginia ratifica la Contitución.
El 26 de julio Nueva York ratifica la Constitución.
El 21 de octubre se realiza la última reunión del Congreso Continental.
En noviembre, se renueva la alianza franco-americana.
El 28 de diciembre se funda Losantiville (luego llamada Cincinnati).
1789
El 4 de febrero los electores votan unánimemente a Jorge Washington como primer presidente de los Estados Unidos; John Adams es elegido como primer vicepresidente.
El 6 de abril el Primer Congreso inicia sus sesiones.

El 21 de abril John Adams presta juramento como vicepresidente en Nueva York.
El 30 de abril Jorge Washington jura como presidente en Nueva York.
El 14 de julio cae la Bastilla en París; comienzo de la Revolución Francesa.
El 11 de septiembre Alexander Hamilton se convierte en primer secretario del Tesoro.
El 25 de septiembre el Congreso presenta una Declaración de Derechos a los Estados.
El 26 de septiembre John Jay es nombrado primer presidente del Tribunal Supremo.
El 21 de noviembre Carolina del Norte ratifica la Constitución.
1790
El primer censo revela que la población de los Estados Unidos es de casi cuatro millones. Samuel Slater inicia la Revolución Industrial en Estados Unidos.
El 22 de marzo Thomas Jefferson es nombrado primer secretario de Estado.
El 29 de marzo Rhode Island ratifica la Constitución; los trece Estados ahora forman parte de la Unión.
El 16 de julio el Congreso decide establecer la futura capital a orillas del río Potomac; la capital se establece por el momento en Filadelfia hasta que esté preparado el nuevo lugar.
El 9 de agosto Robert Gray retorna de la primera circunnavegación americana del mundo.
El 18 de octubre tropas americanas son derrotadas por los indios cerca de lo que es actualmente Fort Wayne.
1791
El 3 de marzo se establecen impuestos al consumo sobre el whisky.
El 4 de marzo Vermont entra en la Unión como décimo cuarto Estado.
El 4 de noviembre Saint Clair es derrotado en el río Waibash por los indios.
El 12 de diciembre se abre el Banco de los Estados Unidos.
El 15 de diciembre la Declaración de Derechos entra en vigencia en calidad de las primeras diez enmiendas a la Constitución.
1792
El 9 de abril se inaugura una carretera de peaje entre Filadelfia y Lancaster; comienzo de la era de los caminos de peaje.
El 11 de mayo Robert Gray, de Bostón, entra en el río Columbia y le da el nombre de su barco.
El 1 de junio Kentucky entra en la Unión como decimoquinto Estado.
El 21 de septiembre los revolucionarios proclaman la República Francesa.
El 5 de diciembre Washington y Adams son reelegidos.
1793
El 21 de enero es ejecutado Luis XVI.
El 1 de febrero Francia declara la guerra a Gran Bretaña.
El 4 de marzo Washington da comienzo a su segundo mandato.
El 6 de abril empieza el Reinado del Terror en Francia.
El 8 de abril el ciudadano Genét llega a Charleston.
El 22 de abril Washington promulga la Proclamación de Neutralidad.
El 23 de agosto Washington pide la retirada de Génet.
El 31 de diciembre Jefferson dimite como secretario de Estado.
1794
El 14 de marzo Whitney patenta la desmotadora.
En julio estalla la rebelión del whisky.
El 27 de julio termina el Reinado del Terror en Francia.
El 20 de agosto Anthony Wayne derrota a los indios en la batalla de los Arboles Caídos.
En noviembre termina la rebelión del whisky.
El 19 de noviembre Gran Bretaña y Estados Unidos firman el Tratado de Jay.
1795

El 31 de enero Hamilton renuncia como secretario del Tesoro.
El 3 de agosto se firma el Tratado de Greenville con los indios óhios.
El 14 de agosto Washington firma el Tratado de Jay.
El 27 de octubre España y los Estados Unidos firman el Tratado de Pinckney.
1796
Fundación de Cleveland.
El 28 de abril Fisher Ames habla en defensa del Tratado de Jay.
El 1 de junio Tennessee entra en la Unión como Estado decimosexto.
El 19 de septiembre se publica la «Alocución de Despedida» de Washington.
El 26 de octubre se establece el Directorio en Francia.
El 15 de noviembre Francia suspende las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos.
El 7 de diciembre John Adams es elegido como segundo presidente de los Estados Unidos. Thomas Jefferson es elegido vicepresidente.
1797
El 4 de marzo John Adams inicia su mandato.
El 10 de mayo es botado el Estados Unidos en Filadelfia, primer barco de la nueva armada.
El 7 de septiembre el Constellation es botado en Baltimore.
El 18 de octubre se inicia el asunto XYZ.
El 21 de octubre el Constitution es botado en Bostón.
El 1 de noviembre Charles Pinckney rompe las negociaciones con Francia, negándose a entregar dinero.
1798
Eli Whitney introduce las partes intercambiables.
Joseph Hopkinson escribe «Hail Columbia».
El 8 de enero entra en vigencia la Undécima Enmienda a i la Constitución.
El 30 de abril se crea el Ministerio de Marina.
El 18 de junio la Ley de Naturalización extiende los requisitos de residencia para la naturalización a catorce años.
Junio 25: Ley sobre Extranjeros.
Julio 14: Ley sobre Sedición.
El 16 de noviembre se aprueban las Resoluciones de Kentucky.
El 24 de diciembre se aprueban las Resoluciones de Virginia.
1799
El 9 de febrero el Constellation captura al barco francés Insurgente.
El 9 de noviembre Napoleón se apodera del gobierno de Francia; se convierte en primer cónsul.
El 14 de diciembre muere Jorge Washington.
1800
En el verano, Washington, D. C., se convierte en capital de los Estados Unidos.
El 30 de septiembre termina la guerra no declarada con Francia.
El 1 de octubre Francia obliga a España a ceder Luisiana.
El 17 de noviembre el Congreso se reúne en Washington por primera vez.
El 3 de diciembre Thomas Jefferson y Aaron Burr empatan en la votación para la presidencia.
1801
El 27 de enero John Marshall es designado presidente del Tribunal Supremo.
El 17 de febrero la Cámara de Representantes nombra a Thomas Jefferson tercer presidente; Aaron Burr es elegido vicepresidente.
El 3 de marzo John Adams nombra jueces en el último momento.
El 4 de marzo Thomas Jefferson inicia su mandato.

El 14 de mayo Trípoli declara la guerra a Estados Unidos.
1802
El 27 de marzo se firma el Tratado de Amiens entre Francia y Gran Bretaña.
El 16 de octubre España cierra el río Misisipí al comercio americano.
1803
Se funda Fort Dearborn (Chicago).
El 24 de febrero el juicio Marbury contra Madison establece el principio de que el Tribunal Supremo puede decidir sobre la constitucionalidad de las leyes federales.
El 1 de marzo Ohio entra en la Unión como decimoséptimo Estado.
El 30 de abril se negocia la compra de Luisiana.
El 31 de octubre los tripolitanos capturan el Filadelfia.
El 20 de diciembre los Estados Unidos toman formalmente posesión del territorio de Luisiana.
1804
El 16 de febrero Stephean Decatur destruye el Filadelfia.
El 12 de marzo un juez federal de New Hampshire es encausado y luego condenado.
El 14 de mayo Lewis y Clark inician la exploración del territorio de Luisiana.
El 11 de julio Alexander Hamilton es muerto en duelo por Aaron Burr.
El 25 de septiembre entra en vigor la Décimosegunda Enmienda a la Constitución; el presidente y el vicepresidente deben ser elegidos en forma separada.
El 2 de diciembre Napoleón Bonaparte se proclama emperador con el nombre de Napoleón I de Francia.
El 5 de diciembre Thomas Jefferson es reelegido; George Clinton es vicepresidente.
1805
El 1 de marzo el juez Samuel Chase es absuelto.
El 4 de marzo Jefferson inicia su segundo mandato.
El 27 de abril Eaton toma la ciudad tripolitana de Derna.
El 4 de junio termina la guerra tripolitana con el triunfo de los Estados Unidos.
El 9 de agosto Zebulon Pike comienza una expedición para explorar el Misisipí superior.
El 21 de octubre Gran Bretaña derrota a Francia en la batalla de Trafalgar; domina los mares.
El 15 de noviembre Lewis y Clark llegan al océano Pacífico.
El 2 de diciembre Napoleón derrota a Rusia y Austria en la batalla de Austerlitz; en tierra, tiene el poder supremo.
1806
Conspiración de Burr.
El 23 de septiembre Lewis y Clark retornan a Saint Louis.
El 15 de noviembre Zebulon Pike descubre el «Pico de Pike».
1807
El 19 de febrero Aaron Burr es arrestado.
El 22 de junio el Chesapeake es detenido por la fuerza por el buque de guerra británico *Leopard*.
El 9 de julio Napoleón firma un tratado de amistad con Rusia; está en la cumbre de su poder.
El 17 de agosto Robert Fulton exhibe un barco de vapor en el río Hudson.
El 1 de septiembre Aaron Burr es absuelto.
El 22 de diciembre Jefferson impone la Ley de Prohibición.
1808
En marzo, Napoleón invade España; comienzo de su deca| dencia.
El 7 de diciembre James Madison es elegido cuarto presidente; George Clinton sigue siendo vicepresidente.

1809
El 1 de marzo es revocada la Ley de Prohibición.
El 4 de marzo Madison inicia su mandato.
1810
El 16 de marzo la causa Fletcher contra Peck establece el principio de que el Tribunal Supremo puede dictaminar sobre la constitucionalidad de las leyes de los Estados.
El 27 de octubre Estados Unidos se anexa la Florida Occidental.
1811
El 2 de marzo se prohibe el comercio con Gran Bretaña después de que Napoleón sostuviera que se levantaban las restricciones sobre los barcos americanos.
El 16 de mayo el *President* derrota al barco británico Little Belt.
El 4 de noviembre se reúne el Duodécimo Congreso.
Henry Clay, jefe de los Halcones de la Guerra, es nombrado portavoz de la Cámara.
El 7 de noviembre Willian Henry Harrison derrota a los indios en la batalla de Tippecanoe.
1812
El 11 de febrero se usa por primera vez la palabra «gerrymander» [división arbitraria de los distritos electorales para obtener ventaja en las elecciones] con referencia a la manipulación de los distritos electorales por Elbridge Gerry.
El 30 de abril Luisiana entra en la Unión como decimoctavo Estado de ella.
El 11 de mayo es asesinado el primer ministro británico Perceval.
El 1 de junio Madison envía un mensaje bélico al Congreso.
El 18 de junio Estados Unidos declara la guerra a Gran Bretaña; comienza la «Guerra de 1812».
El 22 de junio Napoleón lanza la invasión de Rusia.
El 23 de junio Gran Bretaña levanta las restricciones contra los barcos americanos, pues no se ha enterado de la declaración de guerra.
El 17 de julio los británicos toman Fort Machilimackinac.
El 13 de agosto el Essex captura el barco británico Alert.
El 15 de agosto Fort Dearborn (Chicago) se rinde a los británicos.
El 16 de agosto Detroit se rinde a los británicos.
El 19 de agosto el *Constitution* derrota al buque de guerra británico *Guerrière*.
El 14 de septiembre Napoleón llega a Moscú.
El 1-2 de octubre tropas americanas son derrotadas en el frente del Niágara; el general británico Isaac Brock muere en la acción.
El 18 de octubre el Wasp captura al barco británico Frolic.
El 25 de octubre el buque Vnited States captura al barco británico Macedonian.
El 2 de diciembre Madison es reelegido; Gerry es ahora vicepresidente.
El 18 de diciembre Napoleón está de vuelta en París; su ejército se ha perdido en Rusia.
El 26 de diciembre los británicos bloquean Chesapeake y Delaware.
El 29 de diciembre el Constitution captura el barco británico *Java*; se gana el apodo de «Viejas Costillas de Hierro».
1813
El 22 de enero fuerzas americanas son sorprendidas y destituidas en Frenchtown.
El 24 de febrero el Hornet hunde al barco británico Peacock.
El 4 de marzo Madison inicia su segundo mandato.
El 30 de marzo los británicos bloquean toda la costa americana excepto Nueva Inglaterra.
El 27 de abril tropas americanas incendian edificios públicos en York (Toronto).
El 1 de junio el barco británico Shannon captura al Cbesapeake; James Lawrence muere diciendo: «No entreguéis el barco.»
El 6 de junio los americanos son derrotados en la batalla de Stony Creek.

El 30 de agosto los creeks toman Fort Mims y asesinan a la guarnición.
El 10 de septiembre Oliver Hazard Perry derrota a los británicos en la batalla del lago Erie.
El 18 de septiembre los británicos evacúan Detroit.
El 5 de octubre los americanos obtienen la victoria en la batalla del río Thames; Tecumseh es muerto.
El 19 de octubre Napoleón sufre una gran derrota en Alemanía.
El 30 de diciembre los británicos incendian Buffalo.
1814
El 27 de marzo Andrew Jackson derrota a los creeks en Horseshoe Bend.
El 11 de abril abdica Napoleón.
El 31 de mayo el bloqueo británico se extiende a Nueva Inglaterra.
El 4 de julio Winfield Scott derrota a los británicos en la batalla del río Chippewa.
El 25 de julio la batalla de Lundy's Lane termina en un empate.
El 19 de agosto los británicos desembarcan en Maryland.
El 24 de agosto los americanos huyen en la batalla de Bladensburg; los británicos ocupan Washington e incendian los edificios públicos.
El 27 de agosto Madison retorna a Washington.
El 31 de agosto Prevost inicia la marcha por el lago Champlain. El 11 de septiembre Thomas Macdonough derrota a los británicos en la batalla del lago Champlain; fin del avance de Prevost.
El 14 de septiembre los británicos bombardean Fort McHenry en Baltimore; Francis Scott Key escribe un poema a «La bandera estrellada».
El 20 de septiembre es publicada «La bandera estrellada».
El 17 de octubre la nota británica abandona Chesapeake.
El 7 de noviembre Jackson toma Pensacola.
El 15 de diciembre se reúne la Convención de Hartford.
El 24 de diciembre se firma el Tratado de Gante, que pone fin a la Guerra de 1812.
1815
El 5 de enero termina la Convención de Hartford.
El 8 de enero Jackson gana una gran victoria sobre los británicos en la batalla de Nueva Orleáns.
El 1 de marzo Napoleón retorna a Francia.
El 18 de junio Napoleón sufre su derrota final en la batalla de Waterloo.
El 30 de junio Decatur obliga a poner fin a la piratería de los Estados de Berbería.
1816
Brindis de Decatur: «Mi patria, con razón o sin ella.»